

CONTENIDO

Capítulo 1:
Los albores de Norteamérica

Capítulo 2:
El periodo colonial

Capítulo 3:
El camino de la independencia

Capítulo 4:
La formación de un gobierno nacional

Capítulo 5:
La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales

Capítulo 6:
Conflictos sectoriales

Capítulo 7:
La Guerra Civil y la Reconstrucción

Capítulo 8:
Crecimiento y transformación

Capítulo 9:
Descontento y reforma

Capítulo 10:
Guerra, prosperidad y depresión

Capítulo 11:
El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial

Capítulo 12:
Estados Unidos en la posguerra

Capítulo 13:
Décadas de cambio: 1960-1980

Capítulo 14:
El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial

Capítulo 15:
Un puente hacia el siglo XXI

Bibliografía (en inglés)

PERFILES ILUSTRADOS

El advenimiento de una nación

La transformación de una nación

Monumentos y sitios conmemorativos

Agitación y cambio

Una nación del siglo XXI

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 1: Los albores de Norteamérica

"El cielo y la tierra nunca se conjugaron mejor para enmarcar un lugar como morada del hombre".

-- John Smith
fundador de Jamestown, 1607

LOS PRIMEROS NORTEAMERICANOS

En lo más álgido de la Era Glacial, entre 34.000 y 30.000 años a. de JC., gran parte del agua del mundo

estaba contenida en inmensas placas continentales de hielo. En consecuencia, el mar de Bering se hallaba a cientos de metros por debajo de su nivel actual y se formó un puente de tierra, conocido como Beringia, entre Asia y América del Norte.

Las primeras personas que llegaron a América del Norte lo hicieron, casi con seguridad, sin saber que habían llegado a un nuevo continente. Tal vez iban en persecución de alguna presa de caza, como sus antepasados lo hacían desde miles de años antes a lo largo de la costa de Siberia y luego a través de ese puente de tierra firme.

Una vez que llegaron a Alaska, aquellos primeros norteamericanos tardarían miles de años más en abrirse paso a través de los grandes glaciares, avanzando hacia el sur hasta lo que hoy es Estados Unidos. Aún se siguen descubriendo huellas de la vida primitiva en Norteamérica. Sin embargo muy pocas de ellas se remontan con certeza a una fecha anterior al año 12.000 a. de JC. Por ejemplo, recientemente se descubrió un coto de caza en el norte de Alaska que puede datar de casi de esa época. Algo similar se puede decir de las puntas de lanza finamente talladas y de otros artículos que han sido encontrados cerca de Clovis, Nuevo México.



Asentamiento del siglo XIII en Mesa Verde, Colorado. (© Russ Finley/Finley-Holiday Films)

AGRADECIMIENTOS

Reseña de Historia de Estados Unidos es una publicación del Departamento de Estado de EE.UU. La primera edición (1949-50) fue elaborada bajo la dirección editorial de Francis Whitney, en un principio por la Oficina de Información Internacional del Departamento de Estado y más tarde por el Servicio Cultural e Informativo de Estados Unidos. Richard Hofstadter, profesor de historia en la Universidad Columbia, y Wood Gray, catedrático de historia de Estados Unidos en la Universidad George Washington, colaboraron como consultores académicos. D. Steven Endsley de Berkeley, California, preparó el material adicional. A través de los años, la obra ha sido actualizada y revisada en forma exhaustiva por varios especialistas, entre ellos Keith W. Olsen, profesor de historia de Estados Unidos en la Universidad de Maryland, y Nathan Glick, escritor y ex director de la revista *Dialogue (Facetas)* de USIA. Alan Winkler, catedrático de historia en la Universidad Miami (Ohio), escribió los capítulos de ediciones anteriores sobre la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. *Man of the People: A Life of Harry S. Truman* y *For the Survival of Democracy: Franklin Roosevelt and the World Crisis of the 1930s*.

Esta nueva edición ha sido revisada y actualizada cabalmente por Alonzo L. Hamby, profesor distinguido de historia en la Universidad de Ohio. El profesor Hamby ha escrito mucho sobre la política y la sociedad estadounidenses. Algunos de sus libros son *Man of the People: A Life of Harry S. Truman* y *For the Survival of Democracy: Franklin Roosevelt and the World Crisis of the 1930s*. Vive y trabaja en Athens, Ohio.

Director Ejecutivo—
George Clack
Directora Administrativa—
Mildred Solá Neely
Dirección de Arte y Diseño—

Se han hallado artefactos similares en otros lugares, en el norte y el sur del continente americano, lo cual indica que tal vez la vida humana ya estaba bien establecida en gran parte del hemisferio occidental en fecha anterior al año 10.000 a. de JC. Más o menos en esa misma época se empezó a extinguir el mamut y su lugar fue ocupado por el bisonte como la principal fuente de alimento y pieles para los antiguos norteamericanos. Con el tiempo, a medida que se fueron extinguiendo más y más especies de caza mayor -- ya sea por exceso de caza o por causas naturales -- las plantas, bayas y semillas empezaron a tener un papel más importante en la dieta de los norteamericanos primitivos. Poco a poco aparecieron el apacentamiento y los primeros intentos de agricultura. Los americanos nativos que vivían en lo que hoy es el centro de México iban a la vanguardia pues cultivaban maíz, calabacín y frijol, tal vez desde 8.000 años antes de JC. Todo ese conocimiento se propagó hacia el norte en forma paulatina.

Hacia el año 3.000 a. de JC se cultivaba un tipo de maíz primitivo en los valles fluviales de Nuevo México y Arizona. Después empezaron a aparecer los primeros signos del riego y de una vida primitiva en aldeas, alrededor del 300 a. de JC.

En los primeros siglos de la era cristiana, los hohokams vivían en asentamientos cerca de lo que hoy es Phoenix, Arizona, donde erigieron juegos de pelota y edificios en forma de pirámide que recuerdan las que han sido halladas en México, y un sistema de canales de riego.

LOS CONSTRUCTORES DE TÚMULOS Y LOS PUEBLOS

El primer grupo de norteamericanos nativos que erigió túmulos en lo que hoy es Estados Unidos se conoce a menudo como los adenanos. Ellos empezaron a construir sepulcros y fortificaciones de tierra hacia el año 600 a. de JC. Algunos túmulos de esa época tienen forma de ave o de serpiente, y tal vez cumplían propósitos religiosos que aún no entendemos del todo.

Al parecer, los adenanos fueron absorbidos o desplazados por varios grupos a los que se conoce en forma colectiva como los hopewellianos. Uno de los centros más importantes de la cultura de éstos fue hallado en el sur de Ohio, donde aún se pueden ver los restos de varios miles de esos túmulos.

Alrededor del año 500 d. de JC., los hopewellianos desaparecieron también y poco a poco dieron lugar a un amplio grupo de tribus a

las que se conoce en general como la cultura del Mississippi o del túmulo templo. Se cree que una ciudad, Cahokia, cerca de Collinsville, Illinois, tuvo unos 20.000 habitantes durante su mayor esplendor, a principios del siglo XII. En el centro de la ciudad se alzaba un enorme montículo de tierra con la parte superior aplanada, que tenía 30 metros de alto y 37 hectáreas en la base. Otros 80 túmulos han sido hallados en las cercanías.

Las ciudades como Cahokia dependían de una combinación de caza, apacentamiento, comercio y agricultura para obtener su alimento y provisiones. Bajo la influencia de las prósperas sociedades del sur, aquéllas evolucionaron hasta llegar a ser complejas organizaciones jerárquicas que tenían esclavos y hacían sacrificios humanos.

En lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos, los anasazis, antepasados de los hopis modernos, empezaron a construir "pueblos" de piedra y adobe hacia el año 900. Esas estructuras únicas y asombrosas, en forma de apartamentos, se edificaban a menudo en las laderas de grandes precipicios. La más famosa de ellas, el "palacio del risco" en Mesa Verde, Colorado, tenía más de 200 habitaciones. Otro edificio, hoy conocido como las ruinas de Pueblo Bonito, en las márgenes del río Chaco de Nuevo México, tuvo en otros tiempos más de 800 habitaciones.

Tal vez los norteamericanos nativos más prósperos de la América precolombina vivían en la región del noroeste Pacífico, donde la abundancia natural de peces y materias primas hizo posible un abasto alimentario generoso y aldeas permanentes desde 1.000 años antes de JC. La opulencia de sus reuniones, conocidas como "la fiesta de invierno", sigue siendo un modelo de suntuosidad y espíritu festivo que quizá no tiene igual en la historia antigua de Estados Unidos.

CULTURAS NATIVAS NORTEAMERICANAS

Así pues, la América que recibió a los primeros europeos estaba muy lejos de ser un páramo deshabitado. Ahora se cree que en esa época la población del hemisferio occidental era tan abundante como la del oeste de Europa, es decir, de unos 40 millones de habitantes. Los cálculos del número de norteamericanos nativos que vivían en lo que hoy es Estados Unidos al inicio de la colonización europea fluctúan entre dos y 18 millones de habitantes y la mayoría de los historiadores se inclina a favor de la cifra más baja. Lo que sí es seguro es que el efecto devastador de las enfermedades traídas de Europa sobre la población indígena se hizo

sentir, de hecho, casi desde el momento del primer contacto. La viruela, en especial, acabó con comunidades enteras y, según se cree, fue una causa mucho más directa de la reducción precipitada de la población indígena en el siglo XVII, que las múltiples guerras y escaramuzas con los colonizadores europeos.

La cultura y las costumbres indígenas de esa época tenían una extraordinaria diversidad, como era lógico esperar en virtud de la gran expansión de la tierra que habitaban y por los muchos entornos diferentes a los que supieron adaptarse. Sin embargo es posible hacer algunas generalizaciones. La mayoría de las tribus, sobre todo en la región boscosa del oriente y el oeste medio, combinaron actividades de caza, pastoreo y cultivo de maíz y otros productos, para obtener sus alimentos. En muchos casos, las mujeres estaban a cargo del cultivo y la distribución de los alimentos, mientras los hombres se dedicaban a la caza y a luchar en la guerra.

Desde cualquier punto de vista, la sociedad norteamericana nativa estaba muy apegada a la tierra. Una gran identificación con la naturaleza y los elementos era parte integral de sus creencias religiosas. Su vida se orientaba básicamente al clan y a la comunidad, y los niños gozaban de más libertad y tolerancia de lo permitido por las costumbres europeas de esa época.

La cultura nativa norteamericana era esencialmente oral y se tenía en alto aprecio el arte de relatar cuentos y sueños. Es obvio que había un intenso intercambio entre los diversos grupos y hay clara evidencia de que las tribus vecinas mantenían relaciones extensivas y formales, tanto amistosas como hostiles.

LOS PRIMEROS EUROPEOS

Los primeros europeos que llegaron a América del Norte -- al menos los primeros de los que hay pruebas concretas -- fueron noruegos que viajaron al oeste desde Groenlandia, donde Erik el Rojo fundó un asentamiento hacia el año 985. Se cree que en el año 1001 su hijo Leif exploró la costa noreste de lo que hoy es Canadá y que allí pasó un invierno cuando menos.

En 1497, sólo cinco años después del desembarco de Cristóbal Colón en el Caribe, en busca de una ruta occidental al Asia, un marino veneciano de nombre John Cabot llegó a Terranova en una misión que le fue encomendada por el rey de Inglaterra. Aun cuando el viaje de Cabot pronto fue olvidado, más tarde sería la

base de las reclamaciones de Gran Bretaña en Norteamérica. Eso abrió también el camino hacia la rica zona de pesca localizada frente a George's Banks que muy pronto sería visitada con asiduidad por pescadores europeos, sobre todo portugueses.

Colón nunca vio la parte continental de Estados Unidos, pero las primeras exploraciones a la región partieron de las posesiones españolas que él ayudó a establecer. La primera exploración tuvo lugar en 1513 cuando un grupo de hombres desembarcó en la costa de Florida, cerca de la ciudad actual de St. Augustine, bajo las órdenes de Juan Ponce de León.

Con la conquista de México en 1522, los españoles fortalecieron aún más su posición en el hemisferio occidental. Los descubrimientos ulteriores enriquecieron el conocimiento europeo de lo que hoy se conoce como América en honor del italiano Amerigo Vespucci, quien hizo un relato muy popular sobre sus viajes a un "Nuevo Mundo".

Entre las primeras exploraciones españolas importantes figuró la de Hernando de Soto, un conquistador veterano que fue compañero de Francisco Pizarro en la conquista del Perú. La expedición de este explorador partió de La Habana en 1539, desembarcó en la Florida y recorrió el sureste de Estados Unidos hasta el río Mississippi en busca de riquezas.

Otro español, Francisco Vázquez de Coronado, salió de México en 1540 en busca de las míticas Siete Ciudades de Cibola. Los viajes de Coronado lo llevaron al Gran Cañón y a Kansas, pero no logró encontrar el oro o los tesoros que sus hombres buscaban. A pesar de todo, el grupo de Coronado dejó a los pueblos de la región un obsequio notable, aunque involuntario: los caballos que se les escaparon en buen número y transformaron la vida en las Grandes Llanuras. En unas cuantas generaciones, los norteamericanos nativos de las praderas llegaron a ser jinetes consumados, lo cual expandió mucho el alcance y la magnitud de sus actividades.

Mientras los españoles avanzaban hacia el sur, la parte norte de lo que hoy es Estados Unidos se fue revelando poco a poco en los viajes de otros personajes como Giovanni da Verrazano. Este florentino estaba al servicio de Francia y desembarcó en Carolina del Norte en 1524, después de lo cual navegó hacia el norte por la costa del Atlántico, pasando por lo que hoy es el puerto de Nueva York.

Al cabo de un decenio, el francés Jacques Cartier se hizo a la mar

con la esperanza de hallar una ruta marítima al Asia, igual que otros europeos que lo precedieron. Las expediciones de Cartier a lo largo del río San Lorenzo fueron la base de las reclamaciones de Francia sobre Norteamérica, que habrían de prolongarse hasta 1763.

Tras la caída de su primera colonia en Quebec en la década de 1540, unos hugonotes franceses trataron de colonizar la costa norte de Florida dos decenios después. Los españoles, que veían a los franceses como una amenaza para su ruta comercial a lo largo de la Corriente del Golfo, destruyeron la colonia en 1565. Fue irónico que el jefe de las fuerzas españolas, Pedro Menéndez, pronto estableciera una ciudad -- St. Augustine -- no muy lejos de allí. Ese fue el primer asentamiento europeo permanente en lo que más tarde sería Estados Unidos.

La gran riqueza que fluía hacia España desde sus colonias en México, el Caribe y Perú, despertó gran interés en las otras potencias europeas. Las naciones marítimas emergentes, como Inglaterra, impulsadas en parte por el éxito de Francis Drake en sus asaltos contra barcos españoles que transportaban tesoros, se empezaron a interesar por el Nuevo Mundo.

En 1578 Humphrey Gilbert, autor de un libro sobre la búsqueda del Pasaje del Noroeste, obtuvo una concesión de la Reina Isabel para colonizar "las tierras baldías y bárbaras" del Nuevo Mundo que otras naciones de Europa no hubieran reclamado aún. Tendrían que pasar cinco años más para que él pudiera iniciar su campaña. Cuando se perdió en el mar, se hizo cargo de la misión Walter Raleigh, su medio hermano.

En 1585 Raleigh fundó la primera colonia británica en América del Norte, en la isla Roanoke, frente a la costa de Carolina del Norte. Esa colonia fue abandonada más tarde y un segundo esfuerzo del mismo tipo, emprendido dos años después, también fue un fracaso. Tendrían que pasar 20 años para que los británicos hicieran un nuevo intento. Jamestown, la colonia fundada en esa ocasión, en 1607, tuvo éxito y Norteamérica entró en una nueva era.

LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS

Los primeros años del siglo XVII presenciaron el inicio de una gran corriente migratoria de Europa a América del Norte. Este movimiento duró más de tres siglos y lo que empezó como una leve afluencia de pocos cientos de colonizadores ingleses llegó a ser una

avalancha de millones de recién llegados. Impulsados por motivos diversos y poderosos, ellos edificaron una nueva civilización en la parte norte del continente.

Los primeros inmigrantes ingleses que llegaron a lo que hoy es Estados Unidos cruzaron el Atlántico mucho después que España estableciera sus prósperas colonias en México, las Antillas y América del Sur. Igual que todos los primeros viajeros al Nuevo Mundo, ellos también llegaron apiñados en pequeños navíos. Durante las seis a 12 semanas de travesía, su ración alimenticia era precaria. Muchos perecieron víctimas de enfermedades; las naves eran azotadas a menudo por tempestades y algunas se perdieron en el mar.

La mayoría de los emigrantes europeos salió de su patria para escapar de la opresión política, en busca de libertad para practicar su religión o en pos de las oportunidades que su tierra natal les negaba. Entre 1620 y 1635 Inglaterra se vio abrumada por dificultades económicas. Muchas personas no podían hallar empleo. Aun los artesanos hábiles sólo ganaban poco más de lo indispensable para subsistir. Las malas cosechas agravaron las penurias. Además, la Revolución Industrial había creado una próspera industria textil que exigía una oferta cada día mayor de lana para mantener los telares ocupados. Los terratenientes cercaron las tierras de cultivo y arrojaron de ellas a los campesinos para favorecer la cría de ovejas. La expansión colonial le ofreció una buena salida a esa población campesina desplazada.

Tal vez los colonizadores no habrían logrado sobrevivir si no hubieran recibido la ayuda de indígenas amistosos que les enseñaron a cultivar plantas nativas: calabaza, calabacín, frijol y maíz. Además, los inmensos bosques vírgenes que cubrían casi 2.100 kilómetros del litoral oriental eran una rica fuente de leña y animales de caza. Allí encontraron también abundantes materias primas para construir casas, muebles y barcos, además de lucrativas mercancías de exportación.

Pese a que el nuevo continente fue pródigamente dotado por la naturaleza, el comercio con Europa era vital para la importación de los artículos que los colonizadores no podían producir. La costa fue de gran utilidad para los inmigrantes. Todo el litoral les ofrecía un sinnúmero de puertos y caletas. Sólo en dos regiones -- Carolina del Norte y el sur de Nueva Jersey -- no había puertos adecuados para navíos capaces de realizar viajes transoceánicos.

Las tierras localizadas entre la costa y los montes Apalaches se comunicaban con el mar por medio de ríos majestuosos, como el Kennebec, el Hudson, el Delaware, el Susquehanna, el Potomac y muchos más. Sin embargo sólo un río, el San Lorenzo -- dominado por los franceses en Canadá -- ofrecía una vía acuática hacia los Grandes Lagos y el corazón del continente. Los densos bosques, la hostilidad de algunas tribus indígenas y la formidable barrera de los montes Apalaches desalentaron los asentamientos más allá de la llanura costera. Sólo tramperos y comerciantes se aventuraban en esas tierras vírgenes. Durante los primeros 100 años, los colonizadores construyeron sus asentamientos en forma muy compacta, a lo largo de la costa.

Mucha gente se trasladó a América influida por consideraciones políticas. En la década de 1630, el gobierno arbitrario de Carlos I de Inglaterra le dio ímpetu a la emigración. La revuelta y el triunfo ulterior de los opositores de Carlos, bajo el mando de Oliver Cromwell en la década de 1640, hizo que muchos caballeros -- "los hombres del rey" -- probaran fortuna en Virginia. En las regiones europeas de habla alemana, la política opresiva de muchos pequeños príncipes -- sobre todo en materia religiosa -- y la devastación causada por una larga serie de guerras ayudaron a engrosar el movimiento hacia América a fines del siglo XVII y en el XVIII.

El viaje requería cuidadosos planes y administración e implicaba notables gastos y riesgos. Los colonizadores tenían que ser transportados casi 5.000 kilómetros a través del mar. Necesitaban utensilios, ropa, semillas, herramientas, materiales de construcción, ganado, armas y municiones. En contraste con las políticas de colonización de otros países y otras épocas, la emigración de Inglaterra no fue patrocinada directamente por el gobierno, sino por grupos de individuos particulares cuyo principal motivo era el lucro.

JAMESTOWN

La primera de las colonias británicas que se arraigó en América del Norte fue Jamestown. Sobre la base de una carta constitutiva que el rey Jaime I le otorgó a la Virginia (o London) Company, un grupo de casi 100 hombres zarpó hacia la bahía de Chesapeake en 1607. Para evitar un conflicto con los españoles, eligieron un lugar a unos 60 kilómetros de la bahía, en la ribera del río James.

Constituido por gente de la ciudad y aventureros más interesados en hallar oro que en cultivar la tierra, ese grupo no era apto, ni por

temperamento ni por habilidad, para emprender una vida enteramente nueva en las tierras vírgenes. Entre ellos destacó el capitán John Smith como figura dominante. A pesar de las pugnas, el hambre y el ataque de los norteamericanos nativos, la capacidad de ese hombre para imponer la disciplina mantuvo la cohesión de la pequeña colonia en el primer año.

En 1609 Smith regresó a Inglaterra y, en su ausencia, la colonia cayó en la anarquía. En el invierno de 1609-1610, la mayoría de los colonos murió víctima de enfermedades. Sólo 60 de los 300 colonizadores originales habían sobrevivido en mayo de 1610. Ese mismo año, la ciudad de Henrico (hoy Richmond) fue fundada corriente arriba, a la orilla del río James.

Sin embargo no pasaría mucho tiempo antes que se produjera un acontecimiento que revolucionó la economía de Virginia. En 1612, John Rolfe empezó a cultivar un híbrido de semilla de tabaco importada de las Antillas y plantas nativas, y produjo una nueva variedad que agradó a los europeos. El primer embarque de ese tabaco llegó a Londres en 1614. Antes de 10 años ese producto llegó a ser la principal fuente de ingresos para Virginia.

No obstante, la prosperidad no llegó pronto y la tasa de mortalidad a causa de enfermedades y por los ataques de los norteamericanos nativos siguió siendo extraordinariamente alta. Entre 1607 y 1624 cerca de 14.000 personas emigraron a la colonia, pero en 1624 ya sólo 1.132 de ellas vivían allí. Por recomendación de una comisión real, el rey disolvió la Virginia Company y la convirtió en una colonia real ese mismo año.

MASSACHUSETTS

Durante los levantamientos religiosos del siglo XVI, un grupo de hombres y mujeres conocidos como puritanos trató de reformar desde adentro a la Iglesia Establecida de Inglaterra. En esencia, exigían que los ritos y estructuras asociados al catolicismo romano fueran sustituidos por las formas de fe y culto más simples del protestantismo calvinista.

En 1607 un pequeño grupo de separatistas -- una secta radical de puritanos que no creían que la Iglesia Establecida se pudiera reformar jamás -- partió rumbo a Leyden, Holanda, cuya población le brindó asilo. Sin embargo, los holandeses calvinistas los relegaron casi por completo a empleos manuales de baja paga. Algunos miembros de la congregación se sintieron insatisfechos por

la discriminación y decidieron emigrar al Nuevo Mundo.

Una agrupación de puritanos de Leyden obtuvo una concesión sobre las tierras de la Virginia Company en 1620 y, en un grupo formado por 101 hombres, mujeres y niños, zarpó hacia Virginia a bordo del *Mayflower*. Una tempestad los desvió hacia el norte y desembarcaron en Cape Cod, Nueva Inglaterra. Creyendo que estaban fuera de la jurisdicción de cualquier gobierno organizado, los hombres redactaron un acuerdo formal para regirse por "leyes justas e iguales", dictadas por dirigentes de su propia elección. Ese fue el Pacto del *Mayflower*.

El *Mayflower* llegó al puerto de Plymouth en diciembre; los peregrinos empezaron a construir allí su asentamiento en el invierno. Casi la mitad de los colonos murieron de insolación y víctimas de enfermedades, pero los norteamericanos nativos wampanoags vecinos fueron una valiosa fuente de información que les permitió subsistir, pues les enseñaron a cultivar el maíz. Ya en el otoño siguiente, los peregrinos obtuvieron una abundante cosecha de maíz y su comercio de pieles y madera era cada día más próspero.

Una nueva oleada de inmigrantes llegó a las costas de la Bahía de Massachusetts en 1630, provista de una concesión del Rey Carlos I para fundar una colonia. Muchos de ellos eran puritanos, cuyas prácticas religiosas estaban cada vez más restringidas en Inglaterra. Su dirigente, John Winthrop, los instó a crear "una ciudad sobre la colina" en el Nuevo Mundo, un lugar donde pudieran vivir con estricto apego con sus creencias religiosas y ser un ejemplo para toda la cristiandad.

La Colonia de la Bahía de Massachusetts habría de tener un papel importante en el desarrollo de toda la región de Nueva Inglaterra, en parte porque Winthrop y sus colegas puritanos lograron traer consigo su propia carta constitutiva. Así pues, la autoridad del gobierno de la colonia tenía su sede en Massachusetts y no en Inglaterra.

Según las disposiciones de la carta, el poder residía en la Corte General, formada por "hombres libres" que debían ser miembros de la Iglesia Puritana o Congregacional. Con esto se garantizó que los puritanos serían la fuerza política y religiosa dominante en la colonia. La Corte General se encargaba de elegir al gobernador, quien durante gran parte de la siguiente generación fue John Winthrop.

La rígida ortodoxia del gobierno puritano no era del agrado de todos. Uno de los primeros que impugnaron abiertamente la Corte General fue un joven clérigo llamado Roger Williams, quien protestó porque la colonia les arrebatava sus tierras a los norteamericanos nativos y abogó por la separación de la Iglesia y el Estado. Otra disidente, Anne Hutchinson, impugnó ciertas doctrinas claves de la teología puritana. Ambos fueron desterrados junto con sus seguidores.

Williams compró tierras a los norteamericanos nativos narragansetts en lo que hoy es Providence, Rhode Island, en 1636. En 1664, un Parlamento inglés que simpatizaba con él y era controlado por puritanos le concedió el acta constitutiva que estableció a Rhode Island como una colonia distinta donde se practicaba la libertad religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado era total.

Las personas tachadas de herejes, como Williams, no fueron las únicas que salieron de Massachusetts. Los puritanos ortodoxos, deseosos de mejores tierras y oportunidades, no tardaron en dejar también la Colonia de la Bahía de Massachusetts. Las noticias sobre la fertilidad del valle del río Connecticut, p. ej., atrajeron el interés de los granjeros que vivían tiempos difíciles en sus tierras pobres. A principios de la década de 1630, muchos de ellos ya estaban dispuestos a afrontar el peligro del ataque de los norteamericanos nativos con tal de conquistar tierras llanas y profundas, ricas en mantillo. Esas nuevas comunidades suprimían a menudo el requisito de ser miembro de la iglesia para tener derecho de voto, con lo cual se extendió ese privilegio a un número aún mayor de hombres.

Al mismo tiempo, empezaron a surgir otros asentamientos a lo largo de las costas de Nueva Hampshire y Maine, a medida que más y más inmigrantes llegaban en busca de la tierra y la libertad que el Nuevo Mundo parecía ofrecer.

NUEVA HOLANDA Y MARYLAND

Contratado por la Dutch East India Company, Henry Hudson exploró en 1609 la región circundante de lo que hoy es la ciudad de Nueva York y el río que lleva su nombre, hasta un lugar situado tal vez al norte de la actual Albany, Nueva York. Otros viajes posteriores de holandeses sentaron las bases para las reclamaciones y los primeros asentamientos de éstos en la región.

Igual que los franceses en el norte, el principal interés de los holandeses fue el comercio en pieles. Con ese fin, cultivaron estrechas relaciones con las Cinco Naciones de los Iroqueses, la llave de acceso a las regiones centrales de donde provenían las pieles. En 1617 los colonizadores holandeses construyeron un fuerte en la intersección de los ríos Hudson y Mohawk, donde hoy se encuentra Albany.

El asentamiento de la isla de Manhattan data de principios de la década de 1620. En 1624 la isla fue comprada a los norteamericanos nativos de la localidad al precio de 24 dólares según se dice. Pronto se le dio el nombre de Nueva Amsterdam.

Para atraer colonizadores a la región del río Hudson, los holandeses alentaron cierto tipo de aristocracia feudal en lo que se conoció como el sistema de "encomenderos". La primera de sus inmensas haciendas fue establecida en 1630, en la ribera del río Hudson. En el sistema de encomenderos, cualquier accionista o patrón que pudiera llevar 50 adultos a su propiedad en un periodo de cuatro años se hacía acreedor a una parcela con 25 kilómetros de frente hacia el río, derechos exclusivos de caza y pesca, y la jurisdicción civil y penal sobre la tierra. A su vez, él aportaba ganado, aperos y construcciones. Los inquilinos pagaban alquiler al encomendero y le concedían opción prioritaria sobre los excedentes de sus cosechas.

Más al sur, una compañía mercantil sueca que tenía nexos con los holandeses trató de establecer su primer asentamiento junto al río Delaware tres años después. Sin recursos para consolidar su posición, Nueva Suecia fue absorbida poco a poco por Nueva Holanda y más tarde por Pennsylvania y Delaware.

En 1632, la familia católica Calvert obtuvo una carta constitutiva del Rey Carlos I para tomar posesión de las tierras localizadas al norte del río Potomac en lo que más tarde sería Maryland. En virtud de que la carta no prohibía expresamente el establecimiento de iglesias no protestantes, la colonia se convirtió en un refugio para los católicos.

Además de ofrecer refugio a los católicos, que eran cada día más perseguidos en la Inglaterra anglicana, los Calvert deseaban crear fincas lucrativas. Con ese fin y para no tener problemas con el gobierno inglés, alentaron también la inmigración protestante.

La carta constitutiva real de Maryland era una mezcla de elementos feudales y modernos. Por una parte, se concedía a la familia Calvert

la facultad de crear haciendas solariegas; por la otra, sus miembros no tenían facultades para dictar leyes sin el consentimiento de los hombres libres (es decir, los propietarios). Pronto comprendieron que para atraer colonizadores -- y ganar réditos con sus propiedades -- tenían que ofrecer a la gente granjas y no sólo la tenencia de fincas solariegas. En consecuencia, se multiplicaron las granjas independientes y sus propietarios exigieron tener voz y voto en los asuntos de la colonia. La primera legislatura de Maryland se reunió en 1635.

RELACIONES ENTRE COLONOS E INDÍGENAS

Ya en 1640 los británicos tenían colonias firmemente establecidas en la costa de Nueva Inglaterra y en la bahía de Chesapeake. En medio de ambas se asentaban los holandeses y la minúscula comunidad sueca. Hacia el oeste vivían los norteamericanos originales, entonces llamados indios.

A veces amigables y a veces hostiles, las tribus del este ya no eran extrañas para los europeos. Aunque los norteamericanos nativos se beneficiaron con el acceso a la nueva tecnología y el comercio, las enfermedades y la codicia de tierras que los primeros colonizadores también trajeron consigo fueron un grave reto para su forma de vida, establecida largo tiempo atrás.

Al principio el comercio con los colonizadores europeos trajo cosas útiles, como cuchillos, hachas, armas, enseres de cocina, anzuelos y muchos otros bienes. Los norteamericanos nativos que comerciaron primero con los europeos tuvieron una ventaja notable sobre sus rivales. En el siglo XVII y en respuesta a la demanda europea, algunas tribus, como los iroqueses, empezaron a prestar más atención a la caza para el comercio de pieles. Las pieles y cueros brindaron a las tribus el medio para comprar los productos coloniales hasta bien entrado el siglo XVIII.

Las relaciones iniciales entre los colonos y los norteamericanos nativos eran una incómoda mezcla de cooperación y conflicto. Por una parte, se pueden citar las relaciones ejemplares que prevalecieron en el primer medio siglo de existencia de Pennsylvania. Por la otra hubo una larga serie de tropiezos, escaramuzas y guerras que casi siempre resultaron en derrotas y mayor pérdida de tierras para los indígenas.

El primero de los levantamientos importantes de norteamericanos nativos tuvo lugar en Virginia en 1622 y en él murieron cerca de

347 blancos, entre ellos varios misioneros que acababan de llegar a Jamestown.

El incesante influjo de colonizadores a las regiones boscosas de las colonias del este tuvo un efecto nocivo para la vida de los norteamericanos nativos. A medida que la cacería se hizo más intensa, las tribus tuvieron que encarar la difícil elección entre padecer hambre, hacer la guerra, o emigrar y entrar en conflicto con otras tribus que vivían más al oeste.

Los iroqueses que habitaban la región al sur de los lagos Ontario y Erie, en el norte de Nueva York y Pennsylvania, lograron resistir con más éxito el avance de los europeos. En 1570 cinco tribus se unieron para formar la nación de norteamericanos nativos más compleja de su época, la "Ho-De-No-Sau-Nee" o Liga de los Iroqueses. La dirección de la liga quedó en manos de un consejo formado por 50 representantes de cada una de las cinco tribus miembros. El consejo se ocupaba de los asuntos comunes de todas las tribus, pero no tenía facultades para decidir sobre la forma en que las tribus mismas, libres e iguales entre sí, debían dirigir sus actividades diarias. A ninguna tribu se le permitía hacer la guerra por decisión propia.

La Liga de los Iroqueses fue una gran potencia en los siglos XVII y XVIII; sostenía un comercio de pieles con los británicos y se alió con ellos para luchar contra los franceses entre 1754 y 1763, en la guerra por el dominio de Norteamérica. Tal vez los británicos no habrían podido ganar esa guerra en otras condiciones.

La Liga de los Iroqueses mantuvo su fuerza hasta la Revolución de Estados Unidos. Entonces, por vez primera, el consejo no fue capaz de tomar una decisión unánime sobre a quién debía apoyar. Las tribus miembros tomaron sus propias decisiones y algunas lucharon al lado de los británicos, otras ayudaron a los colonizadores y algunas más se mantuvieron neutrales. El resultado fue que todos los bandos lucharon contra los iroqueses. Las pérdidas fueron grandes y la liga nunca pudo recuperarse.

LA SEGUNDA GENERACIÓN DE COLONIAS BRITÁNICAS

El conflicto religioso y civil que tuvo lugar en Inglaterra a mediados del siglo XVII restringió la inmigración y la atención que la madre patria prestaba a sus jóvenes colonias de América.

En parte para proveer las medidas de defensa que Inglaterra les

negaba, la Colonia de la Bahía de Massachusetts, Plymouth, Connecticut y Nueva Haven formaron la Confederación de Nueva Inglaterra en 1643. Ese fue el primer intento de los colonos europeos por lograr la unidad regional.

La historia temprana de los colonizadores británicos revela gran cantidad de pugnas religiosas y políticas, pues los grupos rivalizaban por el poder y la posición entre ellos mismos y frente a sus vecinos. Maryland, en particular, sufrió las enconadas rivalidades religiosas que afligieron a Inglaterra en la época de Oliver Cromwell. Una de las víctimas de esas pugnas fue la Ley de Tolerancia de ese estado, que fue revocada en la década de 1650. Sin embargo, muy pronto fue restaurada, junto con la libertad religiosa que ella garantizaba.

A raíz de la restauración del Rey Carlos II en 1660, los británicos volvieron a enfocar su atención en Norteamérica. En un breve lapso, los primeros asentamientos europeos se establecieron en las Carolinas y los holandeses fueron expulsados de Nueva Holanda. Otras colonias propietarias se establecieron en lugar de las anteriores en Nueva York, Nueva Jersey, Delaware y Pennsylvania.

Los asentamientos holandeses habían sido regidos por gobernadores autocráticos designados en Europa. En el curso de los años, la población local se fue distanciando de ellos. Por eso cuando los colonizadores británicos empezaron a invadir las tierras holandesas de Long Island y Manhattan, el impopular gobernador no fue capaz de convocar a la población para su defensa. Nueva Holanda cayó en 1664. Pese a todo, las condiciones de la capitulación fueron benignas: a los colonizadores holandeses se les permitió conservar sus propiedades y el culto religioso de su elección.

Ya en la década de 1650, la región de la Sonda de Albemarle, frente a la costa de lo que hoy es la parte septentrional de Carolina del Norte, estaba habitada por colonizadores desplazados de Virginia. El primer gobernador propietario llegó en 1664. La primera ciudad de Albemarle, en una región que aún hoy se considera remota, no se estableció sino hasta la llegada de un grupo de hugonotes franceses en 1704.

Los primeros colonizadores, llegados de Nueva Inglaterra y de la isla de Barbados en el Caribe, arribaron a lo que hoy es la región de Charleston, Carolina del Sur, en 1670. Para la nueva colonia se elaboró un complejo sistema de gobierno, al cual contribuyó el

filósofo británico John Locke. Uno de sus rasgos notables fue el fallido intento de crear una nobleza hereditaria. Uno de los aspectos menos atractivos de la colonia fue el incipiente comercio de esclavos norteamericanos nativos. Sin embargo, al cabo del tiempo, la madera, el arroz y el índigo dieron a la colonia una base económica más digna.

William Penn, un cuáquero rico que era amigo de Carlos II, recibió en 1681 una gran extensión de tierra, al oeste del río Delaware, que llegó a ser conocida como Pennsylvania. A fin de poblar esa región, Penn reclutó con diligencia a multitud de disidentes religiosos de Inglaterra y del continente europeo: cuáqueros, menonitas, amish, moravos y bautistas.

Al año siguiente, cuando Penn llegó a esas tierras, ya había colonizadores holandeses, suecos e ingleses asentados en las riberas del río Delaware. En ese lugar él fundó Filadelfia, la "Ciudad del Amor Fraternal".

Con apego a su fe, Penn fue impulsado por un sentimiento de igualdad que no se veía muy a menudo en otras colonias de Norteamérica en esos tiempos. Así, las mujeres de Pennsylvania gozaron de ciertos derechos mucho antes que las residentes de otras regiones del país. Penn y sus delegados prestaban también mucha atención a las relaciones de la colonia con los indígenas delawareos y se aseguraba de que a éstos se les pagara el valor de todas sus tierras que fueran colonizadas por los europeos.

Georgia fue fundada en 1732 como la última de las 13 colonias que se habrían de establecer. Muy próxima a los límites de la Florida española, o tal vez dentro de ellos, la región fue considerada como zona de amortiguación contra las incursiones de España. Pero tenía también otra cualidad única: el hombre que estaba al mando de las fortificaciones de Georgia, el general James Oglethorpe, era un reformador que se propuso expresamente crear un refugio donde los pobres y los ex presidiarios pudieran tener una nueva oportunidad.

COLONIZADORES, ESCLAVOS Y SIERVOS

Con frecuencia hombres y mujeres que tenían poco interés activo en emprender una nueva vida en América fueron inducidos a trasladarse al Nuevo Mundo por la hábil persuasión de un promotor. William Penn, por ejemplo, proclamó las oportunidades que esperaban a los que se decidieran a vivir en la colonia de

Pennsylvania. Jueces y autoridades carcelarias ofrecían a los convictos la oportunidad de emigrar a las colonias, como Georgia, en lugar de cumplir su sentencia en prisión.

Sin embargo, pocos aspirantes tenían recursos suficientes para pagar su pasaje y el de su familia a fin de volver a empezar en la nueva tierra. En algunos casos, los capitanes de barco recibían grandes recompensas por la venta de contratos de servidumbre para emigrantes pobres y recurrían a cualquier método, desde promesas extravagantes hasta el secuestro, con tal de llevar el mayor número posible de pasajeros en sus barcos.

En otros casos, los gastos de transporte y mantenimiento eran pagados por agencias de colonización, como la Compañía de Virginia o la de la Bahía de Massachusetts. A cambio de eso, los siervos obligados por contrato accedían a trabajar para las agencias como jornaleros bajo contrato, de ordinario por periodos de cuatro a siete años. Al final de ese lapso obtenían su libertad y recibían un "estipendio de liberación", el cual incluía a veces una pequeña parcela.

Tal vez la mitad de los colonizadores que poblaron los asentamientos ubicados al sur de Nueva Inglaterra llegaron a Norteamérica con ese sistema. Aunque la mayoría de ellos cumplían fielmente con sus obligaciones, otros huían de sus empleadores. A pesar de todo, muchos de ellos lograron adquirir a la postre una parcela y establecieron su hogar, ya sea en las colonias donde se habían asentado en un principio o en otras vecinas. No se impuso ningún estigma social a las familias que iniciaron su vida en Norteamérica en esas condiciones de casi esclavitud.

Sólo hubo una excepción importante en esta pauta: los esclavos africanos. Los primeros africanos negros fueron llevados a Virginia en 1619, a sólo 12 años de la fundación de Jamestown. Al principio muchos de ellos fueron recibidos como siervos obligados por contrato que más tarde podían obtener su libertad. Sin embargo, en la década de 1660, cuando aumentó la demanda de mano de obra en las plantaciones de las colonias del sur, la institución de la esclavitud se empezó a consolidar en torno a ellas y se optó por traer africanos a América del Norte, encadenados y condenados a servidumbre involuntaria toda su vida.

EL MISTERIO PERENNE DE LOS ANASAZIS

Los "pueblos" gastados por el tiempo y las pasmosas ciudades en los riscos, labradas en medio de las imponentes y escarpadas barrancas y mesetas de Colorado y Nuevo México, muestran las huellas de uno de los primeros grupos humanos que poblaron Norteamérica: los anasazis (vocablo navajo que significa "los antiguos").

Ya en el año 500 de nuestra era, los anasazis habían fundado algunas de las primeras aldeas reconocibles en el suroeste de Estados Unidos, donde desarrollaban sus actividades de caza y cultivaban maíz, calabacín y frijol. Los anasazis florecieron a través de los siglos, construyeron presas y sistemas de riego muy sofisticados, crearon una tradición distintiva con su magistral alfarería y excavaron intrincadas viviendas de varias habitaciones en las laderas de escarpados barrancos, en lo que aún hoy es uno de los sitios arqueológicos más notables de este país.

Sin embargo hacia el año 1300 abandonaron sus poblados y con ellos su alfarería, sus herramientas y hasta su ropa -- como si hubieran tenido la intención de regresar -- y tal parece que así desaparecieron de la historia.

La historia de los anasazis está ligada inextricablemente al hermoso y agreste entorno que eligieron para vivir. Los primeros asentamientos, que eran simples fosos cavados en el suelo, evolucionaron hasta llegar a ser las construcciones cóncavas conocidas como kivas (salones subterráneos) que les servían de lugar de reunión y centro religioso. Las siguientes generaciones desarrollaron técnicas de construcción a base de mampostería, para edificar "pueblos" rectangulares de piedra. Sin embargo el cambio más espectacular en la vida de los anasazis fue cuando decidieron instalarse en las paredes de los precipicios que se abrían en torno a las mesetas y en ellos esculpieron sus asombrosas moradas de varios niveles.

Los anasazis vivían en una sociedad comunitaria. Comerciabán con otros pueblos de la región y los indicios de que hayan hecho la guerra son escasos y aislados. Además, aunque tenían líderes religiosos y de otra índole y había artesanos muy diestros, las diferencias sociales o de clase prácticamente no existían entre

ellos.

Motivos religiosos y sociales influyeron sin duda en la edificación de esas ciudades en los precipicios y en su abandono final. Tal vez el factor más importante fue la lucha por cultivar alimento en un ambiente cada día más difícil. A medida que la población crecía, los granjeros sembraron superficies más grandes en las mesetas y algunas comunidades tuvieron que labrar tierras marginales y otras se mudaron de la altiplanicie para ir a vivir a los farallones. El hecho es que los anasazis no pudieron contener la pérdida incesante de fertilidad del suelo a causa de su uso constante ni soportaron la sequía cíclica de la región. El análisis de los anillos de los árboles, p. ej., revela que una época de sequía con duración de 23 años, de 1276 a 1299, fue tal vez lo que obligó a los últimos grupos de anasazis a emigrar en forma definitiva.

Aún cuando los anasazis se dispersaron a partir de su terruño ancestral, no desaparecieron. Su legado se conserva en los notables restos arqueológicos que dejaron a su paso en las comunidades hopis, zunis y otros pueblos que son sus descendientes.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 2: El periodo colonial

"¿Qué es pues el estadounidense, este nuevo hombre?"

-- *Escritor y agricultor estadounidense*

J. Hector St. John de Crèvecoeur, 1782

NUEVOS PUEBLOS

La mayoría de los colonizadores que llegaron a América del Norte en el siglo XVII eran ingleses, pero también se asentaron

holandeses, suecos y alemanes en la región media; unos cuantos hugonotes franceses en Carolina del Sur y otros lugares; esclavos traídos de África se asentaron sobre todo en el sur; y grupos dispersos de españoles, italianos y portugueses en todas las colonias. A partir de 1680, Inglaterra dejó de ser la fuente principal de la inmigración y fue suplantada por los escoceses y los "escocés-irlandeses" (protestantes de Irlanda del Norte). Además, decenas de miles de refugiados salieron del noroeste de Europa huyendo de la guerra, la opresión y los hacendados ausentistas. Ya en 1690, la Unión Americana tenía un cuarto de millón de habitantes. A partir de entonces, su población se duplicaría cada 25 años, hasta que en 1775 llegó a totalizar más de 2,5 millones. Aun cuando las familias se mudaban ocasionalmente de una colonia a otra, las diferencias entre las colonias eran marcadas y lo eran aún más entre las tres agrupaciones regionales de colonias.



Los peregrinos firman el Pacto del Mayflower a bordo del barco en 1620. (Library of Congress)

NUEVA INGLATERRA

Las colonias de Nueva Inglaterra, en el noreste, tenían en general suelos someros y pedregosos, no mucha tierra nivelada e inviernos largos, por lo cual allí era difícil ganarse la vida con la agricultura. En la búsqueda de otras ocupaciones, los habitantes de la región aprovecharon la energía del agua y construyeron molinos de grano

y aserraderos. La abundancia de madera fomentó la fabricación de barcos. Sus excelentes puertos alentaron el comercio, y el mar llegó a ser fuente de grandes riquezas. En Massachusetts la industria del bacalao, por sí sola, sirvió de base para la prosperidad.

En virtud de que la mayoría de los primeros colonizadores vivían en aldeas y poblados junto a los puertos, muchos habitantes de Nueva Inglaterra iniciaron algún tipo de industria o empresa. Pastizales y arboledas de propiedad común satisfacían las necesidades de la gente de la ciudad, que atendían pequeñas granjas en las cercanías. Lo compacto de los asentamientos permitió crear la escuela y la iglesia del pueblo y el ayuntamiento local, donde los ciudadanos se reunían a discutir los asuntos de interés común.

La Colonia de la Bahía de Massachusetts expandió sin cesar su comercio; alcanzó la prosperidad desde mediados del siglo, y Boston llegó a ser uno de los puertos más grandes de Estados Unidos.

La madera de roble para construir cascos de barco, los altos pinos para hacer los mástiles y la brea para calafatear las uniones se traían de los bosques del noreste. Al construir sus propios navíos y viajar en ellos a todos los puertos del mundo, los fabricantes de buques de la bahía de Massachusetts sentaron los cimientos de un comercio que habría de tener cada día más importancia. Al final de la época colonial, un tercio de los buques de la flota británica se construían en Nueva Inglaterra. La pesca, los productos náuticos y los artículos de madera engrosaron las exportaciones. Los mercaderes y exportadores de Nueva Inglaterra pronto descubrieron que el ron y los esclavos eran artículos lucrativos. Una de las prácticas comerciales más pródigas de la época -- aunque desagradable -- era el "comercio triangular". Los traficantes compraban esclavos frente a las costas de África, los pagaban con ron de Nueva Inglaterra y luego los vendían en las Antillas; allí compraban melaza que vendían a los fabricantes locales de ron a su regreso a casa.

LAS COLONIAS DE LA REGIÓN MEDIA

La sociedad de las colonias de la región media era mucho más variada, cosmopolita y tolerante que la de Nueva Inglaterra. Bajo la guía de William Penn, Pennsylvania funcionó bien y creció con rapidez. En 1685 ya tenía casi 9.000 habitantes. El corazón de la colonia era Filadelfia, una ciudad que pronto sería conocida por sus amplias calles arboladas, sus sólidas casas de piedra y ladrillo, y la

intensa actividad de sus muelles. Al final de la época colonial, casi un siglo después, sus 30.000 residentes representaban muchos idiomas, credos y oficios. Su talento para tener éxito en el comercio hizo de la ciudad uno de los centros más prósperos del imperio británico.

Si bien los cuáqueros predominaban en Filadelfia, en el resto de Pennsylvania estaban bien representados otros grupos. Los alemanes llegaron a ser los granjeros más diestros de la colonia. También fueron importantes las industrias familiares, como las de tejidos, fabricación de calzado o muebles, y otros oficios. Además, Pennsylvania fue la puerta principal del Nuevo Mundo para los escocés-irlandeses que llegaron a la colonia a principios del siglo XVIII. Ellos tendían a establecerse en la espesura del bosque, donde desmontaban la tierra y vivían de la caza y la agricultura de subsistencia.

Nueva York fue la mejor muestra del carácter políglota de Norteamérica. En 1646, la población asentada en las riberas del río Hudson incluía holandeses, franceses, daneses, noruegos, suizos, ingleses, escoceses, irlandeses, alemanes, polacos, bohemios, portugueses e italianos. Los holandeses siguieron teniendo una importante influencia económica y social en la región de Nueva York mucho después de la caída de Nueva Holanda y de su integración al sistema colonial británico. Las casas con agudos techos de dos aguas llegaron a ser un rasgo permanente de la arquitectura de la ciudad y los mercaderes dieron a Manhattan gran parte de su bulliciosa atmósfera comercial.

LAS COLONIAS DEL SUR

A diferencia de Nueva Inglaterra y las colonias de la región media, los asentamientos del sur eran predominantemente rurales.

A fines del siglo XVII, la base de la estructura económica y social de Virginia y Maryland eran los grandes hacendados y los pequeños propietarios rurales. Los hacendados de la región de marismas, con el trabajo de esclavos, detentaban casi todo el poder político y las mejores tierras. Ellos erigieron grandes mansiones, adoptaron una forma aristocrática de vida e hicieron todo posible por mantenerse en contacto con el mundo de la cultura en el exterior.

Los pequeños propietarios rurales, que cultivaban extensiones más pequeñas, se organizaron en asambleas populares y hallaron la forma de ocupar cargos políticos. Su abierta actitud de

independencia era una continua advertencia para que la oligarquía de los dueños de plantaciones no usurpara demasiado los derechos de los hombres libres.

Los colonizadores de las Carolinas pronto aprendieron a combinar la agricultura y el comercio, y el mercado llegó a ser una importante fuente de prosperidad. Los densos bosques produjeron réditos: la madera, el alquitrán y la resina de los pinos de hoja larga figuraban entre los mejores materiales del mundo para la fabricación de barcos. Sin estar atadas a un solo cultivo como lo estaba Virginia, Carolina del Norte y del Sur produjeron e importaron también arroz e índigo, un tinte azul que se extraía de plantas nativas y se usaba para teñir telas. Hacia 1750, más de 100.000 personas vivían en las dos colonias de Carolina, la del Norte y la del Sur. Charleston, en Carolina del Sur, llegó a ser el principal puerto y centro comercial de la región.

En las colonias más australes, como en todas las demás, el crecimiento de la población en las comarcas apartadas tuvo especial importancia. Los inmigrantes alemanes y los escocés-irlandeses no deseaban vivir en los asentamientos originales de marea donde la influencia inglesa era fuerte y se internaron más en el país. Pese a que las penurias eran enormes, los infatigables colonizadores siguieron llegando y en la década de 1730 se concentraron en el valle Shenandoah de Virginia. Muy pronto el interior quedó salpicado de granjas.

Aun viviendo en el borde del territorio indígena, las familias de la frontera construyeron cabañas, desmontaron partes de bosque y cultivaron maíz y trigo. Se alimentaban de venado, pavo salvaje y pescado. Tenían sus propias diversiones: grandes banquetes con "barbacoa", bailes, fiestas para estrenar la vivienda de los recién casados, competiciones de tiro al blanco y concursos de confección de edredones. Los cobertores de ese tipo siguen siendo una tradición en Estados Unidos.

SOCIEDAD, ESCUELAS Y CULTURA

Un factor importante que evitó el surgimiento de una aristocracia o clase alta poderosa en las colonias fue el hecho de que todos sus pobladores tenían la opción de establecerse en otras tierras, allá en la frontera. Una y otra vez, los personajes dominantes de las regiones de marisma se sentían obligados a liberalizar sus políticas, los requisitos para la concesión de tierras y lo referente a prácticas religiosas, ante la amenaza de provocar un éxodo masivo a la

frontera.

Otro hecho de igual importancia para el futuro fue que en el periodo colonial se sentaron las bases de la educación y la cultura en Estados Unidos. La Escuela Superior de Harvard fue fundada en 1636 en Cambridge, Massachusetts. Hacia el final del siglo se estableció en Virginia la Escuela Superior de William and Mary. Unos cuantos años después la Escuela Colegiada de Connecticut, que más tarde sería la Universidad Yale, recibió su carta constitutiva.

Sin embargo fue aun más notable el desarrollo de un sistema escolar financiado por la autoridad del gobierno. El énfasis puritano en la lectura directa de la Biblia subrayó la importancia de la alfabetización. En 1647 la Colonia de la Bahía de Massachusetts promulgó la ley sobre "el viejo y engañoso Satanás", por la cual se exigió que todo poblado donde vivieran más de 50 familias fundara una escuela de gramática (es decir, una escuela de latín donde se preparaba a los estudiantes para la educación superior). Poco después, todas las demás colonias de Nueva Inglaterra siguieron su ejemplo, con excepción de Rhode Island.

Los peregrinos y los puritanos trajeron consigo sus pequeñas bibliotecas y siguieron importando libros de Londres. Ya en la década de 1680, los libreros de Boston tenían un próspero negocio con la venta de obras de literatura clásica, historia, política, filosofía, ciencia, teología y "bellas letras". La primera imprenta de las colonias inglesas, que fue la segunda de América del Norte, fue instalada en la Escuela Superior Harvard en 1638.

La construcción de la primera escuela de Pennsylvania se inició en 1683. En ella se enseñaba lectura, escritura y teneduría de libros. A partir de entonces todas las comunidades cuáqueras impartieron la enseñanza elemental a sus hijos. La educación más avanzada -- en lenguas clásicas, historia y literatura -- se impartía en la Escuela Pública Friends, que todavía hoy funciona en Filadelfia con el nombre de Escuela Colegiada William Penn. La educación era gratuita para los pobres, pero los padres que tenían recursos debían pagar una cuota.

En Filadelfia, muchas escuelas privadas sin filiación religiosa enseñaban idiomas, matemáticas y ciencias naturales; también había escuelas nocturnas para adultos. Las mujeres no estaban del todo excluidas, pero sus oportunidades educativas se limitaban a la capacitación para actividades propias del hogar. Las hijas de los

ciudadanos prósperos de Filadelfia tenían maestros particulares de francés, música, danza, pintura, canto, gramática y a veces teneduría de libros.

En el siglo XVIII, el desarrollo intelectual y cultural de Pennsylvania reflejaba en gran medida la vigorosa personalidad de dos hombres: James Logan y Benjamin Franklin. Logan era el secretario de la colonia y fue en su excelente biblioteca donde el joven Franklin conoció las obras científicas de más actualidad. En 1745, Logan construyó un edificio para alojar su colección y donó a la ciudad tanto el edificio como los libros.

Franklin contribuyó aún más a la actividad intelectual de Filadelfia. Fundó un club de debates que llegó a ser el embrión de la Sociedad Filosófica de los Estados Unidos. Sus actividades condujeron también a la fundación de una academia pública que más tarde sería la Universidad de Pennsylvania. Franklin fue un factor esencial en la creación de una biblioteca por suscripción, que él mismo describió como "la madre de todas las bibliotecas norteamericanas de suscripción".

En las colonias del sur, los hacendados y los comerciantes ricos traían mentores particulares de Irlanda o Escocia para que educaran a sus hijos. Otros enviaban a sus descendientes a escuelas en Inglaterra. Teniendo a su alcance esas oportunidades adicionales, las clases altas de la región de marismas no tenían interés en apoyar la educación pública. Además, la proliferación de granjas y plantaciones dificultó la creación de escuelas de la comunidad.

A pesar de todo, el deseo de aprender no se confinaba en los linderos de las comunidades establecidas. En la frontera, los escocés-irlandeses, aunque vivían en cabañas primitivas, eran firmes partidarios de la educación e hicieron grandes esfuerzos para llevar ministros ilustrados a sus asentamientos.

La producción literaria en las colonias se limitó en gran parte a Nueva Inglaterra. En esa región la atención se centraba en temas religiosos; los sermones eran el material más común para la imprenta. Un célebre ministro puritano, el reverendo Cotton Mather, escribió cerca de 400 libros. En su obra maestra, *Magnalia Christi Americana*, presentó el relato de la historia de Nueva Inglaterra. Sin embargo la obra más popular de la época fue el largo poema del reverendo Michael Wigglesworth titulado "El Día del Juicio", donde se describe el juicio final con tintes terroríficos.

En 1704 fue fundado el primer periódico colonial de éxito, en Cambridge, Massachusetts. En 1745 ya se publicaban 22 periódicos en la Norteamérica británica.

En Nueva York se dio un paso importante para establecer el principio de la libertad de prensa con el caso de Johann Peter Zenger, cuyo diario *New York Weekly Journal*, fundado en 1733, era la voz de la oposición al gobierno. Al cabo de dos años de publicarse el periódico, el gobernador de la colonia ya no pudo tolerar los comentarios satíricos de Zenger y lo envió a la cárcel bajo el cargo de difamación. Zenger siguió editando su diario desde la cárcel durante los nueve meses de su juicio, el cual suscitó gran interés en todas las colonias. Andrew Hamilton, el eminente abogado que defendió a Zenger, demostró que los cargos publicados por éste eran veraces y por lo tanto no constituían una calumnia. El jurado dictó un veredicto de inocencia y Zenger quedó libre.

La creciente prosperidad de las ciudades suscitó el temor de que el demonio estuviera atrayendo a la sociedad a la búsqueda de ganancias mundanas y pudo haber contribuido a la reacción religiosa de la década de 1730 conocida como el Gran Despertar. Sus dos fuentes inmediatas fueron George Whitefield, un cristiano renacido que llegó de Inglaterra en 1739, y Jonathan Edwards que era miembro de la Iglesia Congregacional de Northampton, Massachusetts.

La persona más prominente en la que Whitefield y el Gran Despertar influyeron fue Edwards, cuya aportación más memorable fue su sermón "Los pecadores en las manos de un Dios iracundo" en 1741. Edwards rechazaba la teatralidad y pronunciaba sus sermones en un tono tranquilo y reflexivo, argumentando que las iglesias establecidas trataban de privar al cristianismo de su función de redención de pecadores. En su obra magna, *Of Freedom of Will (Sobre el libre albedrío)* de 1754, trató de reconciliar el calvinismo con la Ilustración.

El Gran despertar dio lugar a varias denominaciones evangélicas y al espíritu del movimiento renovador de la fe que aún hoy tiene un papel significativo en la vida religiosa y cultural de Estados Unidos. Con él se debilitó la posición del clero establecido y se indujo a los creyentes a confiar en su propia conciencia. Tal vez lo más importante fue que eso dio lugar a la proliferación de sectas y denominaciones, lo cual fomentó a su vez la aceptación general del principio de la tolerancia religiosa.

SURGE EL GOBIERNO COLONIAL

Un rasgo notable en las primeras fases del desarrollo colonial fue que el gobierno inglés no ejerció su influencia para tener el control. Con excepción de Georgia, todas las colonias se fundaron como compañías de accionistas o como propiedades feudales creadas mediante una carta constitutiva otorgada por la Corona. Por supuesto, el hecho de que el rey hubiera transferido su soberanía inmediata en los asentamientos del Nuevo Mundo a compañías de accionistas y propietarios no significó que los colonizadores de Norteamérica estuvieran exentos de control externo. Por ejemplo, bajo las condiciones de la carta constitutiva de la Virginia Company, la compañía misma estaba investida de toda la autoridad gubernamental. Sin embargo, la Corona esperaba que dicha compañía residiera en Inglaterra. Así pues, los habitantes de Virginia no tenían más voz en su gobierno que si el rey mismo hubiera retenido su mandato absoluto.

Pese a todo, las colonias se vieron a sí mismas como mancomunidades o estados muy similares a la propia Inglaterra, que sólo tenían un nexo informal con las autoridades de Londres. En una u otra forma, el gobierno exclusivo del exterior se marchitó. Los colonizadores -- herederos de la larga tradición inglesa de lucha por la libertad política -- incorporaron el concepto de libertad a la primera carta constitutiva de Virginia. En ella se dispuso que los colonizadores ingleses podrían gozar de todas las libertades, privilegios y garantías, "como si fueran súbditos respetuosos nacidos en este nuestro Reino de Inglaterra". Por lo tanto, ellos gozarían de todos los beneficios de la Carta Magna -- la carta de libertades políticas y civiles concedidas por el rey Juan a los ingleses en 1215 -- y del derecho consuetudinario (el sistema legal inglés basado en la jurisprudencia o tradición jurídica, no en la ley estatutaria). En 1618 la Virginia Company dio instrucciones a su gobernador designado para que permitiera a los habitantes libres de las plantaciones elegir a sus representantes, los cuales se reunirían con el gobernador y con un consejo de designaciones a fin de aprobar ordenanzas para el bienestar de la colonia.

Resultó que esas medidas fueron las de más largo alcance en todo el periodo colonial. A partir de entonces se aceptó, en general, que los colonizadores tenían derecho a participar en su propio gobierno. En la mayoría de los casos, en la carta constitutiva por la cual el rey otorgaba concesiones futuras se disponía que los hombres libres de la colonia debían tener voz en cualquier legislación que los afectara.

Así, las cartas constitutivas concedidas a los Calvert en Maryland, a William Penn en Pennsylvania, a los propietarios en Carolina del Norte y del Sur, y a sus homólogos en Nueva Jersey, se especificaba que la legislación se debía promulgar con "el consentimiento de los hombres libres".

Por muchos años, el autogobierno fue más completo en Nueva Inglaterra que en las demás colonias. A bordo del *Mayflower*, los peregrinos adoptaron un instrumento de gobierno conocido como el "Pacto del Mayflower" para "reunirnos bajo un sistema político civil para nuestro mejor ordenamiento y preservación... y en virtud del mismo, [poder] promulgar, constituir y elaborar leyes, mandatos, actas, constituciones y cargos que sean justos e igualitarios,... de acuerdo con lo que se juzgue más idóneo y conveniente para el bien general de la colonia...".

Se presentó una situación similar con la Massachusetts Bay Company, a la cual se le dio derecho de gobernarse a sí misma. De este modo, toda la autoridad recayó en la gente que vivía en la colonia. Al principio, la docena de miembros originales de la compañía que llegó a América trató de gobernarse en forma autocrática. Sin embargo, los demás colonizadores pronto exigieron tener su propia voz en los asuntos públicos y advirtieron que una negativa al respecto podría provocar su emigración en masa.

Los miembros de la compañía cedieron y el control del gobierno fue transferido a representantes elegidos. Más tarde otras colonias de Nueva Inglaterra -- como Connecticut y Rhode Island -- también lograron gobernarse por sí mismas afirmando simplemente que estaban al margen de cualquier autoridad gubernamental, después de lo cual forjaron su propio sistema político según el modelo establecido por los peregrinos en Plymouth.

Sólo en dos casos se omitió la disposición del autogobierno: en Nueva York, que fue donada al hermano de Carlos II, el Duque de York (quien más tarde sería el Rey Jaime II); y en Georgia, que le fue otorgada a un grupo de "fideicomisarios". En ambos casos las disposiciones de ese tipo de gobierno fueron efímeras, pues los colonizadores exigieron con tanta insistencia el derecho de tener una representación legislativa, que las autoridades no tardaron en ceder.

A mediados del siglo XVII los ingleses estaban tan distraídos por la Guerra Civil (1642-1649) y la Mancomunidad Puritana de Oliver Cromwell, que no aplicaron una política colonial eficaz. Después de

la restauración de Carlos II y la dinastía Estuardo en 1660, Inglaterra tuvo más tiempo para prestar atención a la administración de las colonias. Sin embargo, aun entonces su actuación no fue eficiente y careció de un plan coherente.

La gran distancia que implicaba tener un gran océano de por medio dificultó también el control sobre las colonias. A esto se sumó la índole misma de la vida en los primeros tiempos de la Unión Americana. Los colonizadores, llegados de países donde el espacio era limitado y estaba repleto de ciudades populosas, habían llegado a una tierra cuya vastedad les parecía infinita. En este continente, las condiciones naturales fomentaron un rudo individualismo y la gente se acostumbró a tomar sus propias decisiones. La penetración del gobierno al interior del país fue muy lenta y en la frontera prevaleció a menudo una situación de anarquía.

Pese a todo, la idea del autogobierno en las colonias no careció de impugnaciones. En la década de 1670, los Señores del Comercio y las Plantaciones, un comité real creado para velar por el cumplimiento del sistema mercantil en las colonias, decidió anular la carta constitutiva de la Bahía de Massachusetts porque la colonia se resistía a aceptar la política económica del gobierno. En 1685, Jaime II aprobó una propuesta para crear el Dominio de Nueva Inglaterra y someter a su jurisdicción todas las colonias localizadas al sur hasta Nueva Jersey, con lo cual se fortaleció el control de la Corona en toda la región.

Cuando llegó a Boston la noticia de la Revolución Gloriosa (1688-1689) en la que fue derrocado Jaime II en Inglaterra, la población se rebeló y el gobernador real Andros fue encarcelado. Bajo una nueva carta constitutiva, Massachusetts y Plymouth se unieron por primera vez en 1691 en lo que fue la colonia real de la Bahía de Massachusetts. Las otras colonias de Nueva Inglaterra se apresuraron a reinstaurar sus gobiernos anteriores.

En la Declaración de Derechos inglesa y la Ley de Tolerancia de 1689 se afirmó la libertad de culto para los cristianos de las colonias y de Inglaterra y se impusieron límites a la Corona. Otro hecho de igual importancia fue que en el *Second Treatise on Government* (*Segundo tratado de gobierno*, 1690), la principal justificación teórica de la Revolución Gloriosa, John Locke expuso una teoría de gobierno que no se basaba en el derecho divino sino en un contrato y sostuvo que el pueblo, dotado de un derecho natural a la vida, la libertad y la propiedad, tenía derecho de rebelarse si el gobierno violaba sus garantías.

En los albores del siglo XVIII casi todas las colonias estaban bajo la jurisdicción directa de la Corona británica, pero según las reglas establecidas por la Revolución Gloriosa. Los gobernadores coloniales trataron de ejercer los poderes que el rey había perdido en Inglaterra, pero las asambleas de las colonias, informadas de lo que allí ocurría, pugnaron por afirmar sus "derechos" y "libertades". Su influencia se basaba en dos poderes importantes, similares a los que detentaba el Parlamento inglés: el derecho de voto en materia de impuestos y egresos, y el derecho de proponer leyes, en lugar de reaccionar en forma pasiva ante las leyes que el gobernador propusiera.

Las legislaturas ejercieron esos derechos para contener el poder de los gobernadores designados por el rey y para aprobar otras medidas a fin de ampliar sus propias facultades e influencia. Las frecuentes pugnas entre el gobernador y la asamblea hicieron que la política colonial fuera tumultuosa y dieron lugar a que los colonos se percataran, cada día más, de la divergencia de intereses entre norteamericanos e ingleses. En muchos casos, las autoridades reales no entendieron la importancia de lo que las asambleas coloniales estaban realizando e hicieron caso omiso de ellas. A pesar de todo, los precedentes y principios establecidos en los conflictos entre asambleas y gobernadores llegaron a formar parte, a la postre, de la "constitución" no escrita de las colonias. Así fue como las legislaturas coloniales afirmaron el derecho al autogobierno.

LA GUERRA CONTRA FRANCESES E INDÍGENAS

En todo el siglo XVIII, Francia e Inglaterra se enfrascaron en una serie de guerras en Europa y el Caribe. En 1754, Francia mantenía aún una estrecha relación con buen número de tribus norteamericanas nativas en Canadá y a lo largo de los Grandes Lagos. Controlaba el río Mississippi y al erigir una cadena de fortalezas y bastiones comerciales definió un gran imperio en forma de media luna que se extendía de Quebec a Nueva Orleans. Los británicos quedaron confinados a una estrecha franja, al este de los montes Apalaches. Así, los franceses no sólo eran una amenaza para el imperio británico, sino también para los colonos de Norteamérica porque al tomar posesión del valle de Mississippi, Francia podía restringir la expansión de aquéllos hacia el oeste.

En el Fuerte Duquesne, ubicado donde hoy se encuentra Pittsburgh, Pennsylvania, tuvo lugar un enfrentamiento armado en 1754 entre una partida de soldados franceses y algunos milicianos de Virginia

bajo el mando de George Washington, un hacendado y agrimensor virginiano que entonces tenía 22 años de edad. El gobierno británico trató de resolver el conflicto convocando a una reunión de representantes de Nueva York, Pennsylvania, Maryland y las colonias de Nueva Inglaterra. Entre el 19 de junio y el 10 de julio de 1754, el Congreso de Albany, como llegó a ser conocido, se reunió con los iroqueses en Albany, Nueva York, para mejorar sus relaciones con ellos y garantizar su lealtad a los británicos.

Pero los delegados dijeron también que la unión de las colonias de Norteamérica era "absolutamente necesaria para su propia preservación" y adoptaron una propuesta redactada por Benjamin Franklin. El Plan de Unión de Albany disponía la instauración de un presidente designado por el rey y un gran consejo de delegados elegidos por las asambleas, en el que cada una de las colonias estaría representada en proporción a su aportación financiera a la tesorería general. Este órgano se haría cargo de la defensa, las relaciones con los norteamericanos nativos, el comercio y los asentamientos en el oeste. Lo más importante fue que tendría autoridad independiente para recaudar impuestos. Sin embargo ninguna de las colonias aceptó el plan, pues no estaban dispuestas a renunciar ni a sus facultades tributarias ni al control sobre el desarrollo de las tierras del oeste para ponerlos en manos de una autoridad central.

La posición estratégica superior de Inglaterra y su competente liderazgo le ganaron al final la victoria en el conflicto con Francia conocido como la Guerra contra Franceses e Indígenas en América y la Guerra de los Siete Años en Europa.

En la Paz de París (1763), Francia entregó a los británicos todo Canadá, los Grandes Lagos y el territorio al este del Mississippi. El sueño de crear un imperio francés en Norteamérica se había desvanecido.

Al triunfar sobre Francia, Gran Bretaña estaba obligada a encarar un problema que hasta entonces había rehuido: el gobierno de su imperio. Londres consideró esencial organizar sus ahora vastas posesiones para facilitar la defensa, reconciliar los intereses en pugna de las distintas áreas y poblaciones, y repartir más equitativamente los costos de la administración imperial.

Tan sólo en América del Norte, los territorios británicos se habían duplicado con creces. En una población que había sido predominantemente protestante e inglesa había ahora católicos de

habla francesa de Quebec y muchos norteamericanos nativos parcialmente cristianizados. La defensa y la administración de los nuevos territorios, y de los anteriores, habría de requerir enormes sumas de dinero y más personal. Era obvio que el viejo sistema colonial no resultaba adecuado para esas tareas; sin embargo, las medidas necesarias para establecer otro nuevo despertarían la suspicacia latente de los colonos que cada día veían menos a Gran Bretaña como protectora de sus derechos y más como un peligro para ellos.

¿UNA NACIÓN EXCEPCIONAL?

Estados Unidos de América no nació como nación sino hasta unos 175 años después de su fundación como un grupo de colonias, en su mayoría británicas. Sin embargo, desde el principio fue una sociedad diferente a los ojos de muchos europeos que la veían desde lejos con esperanza o con aprensión. La mayoría de sus colonizadores -- ya fueran hijos menores de aristócratas, disidentes religiosos o gente empobrecida obligada a la servidumbre bajo contrato -- llegaron atraídos por la promesa de oportunidades o libertades que no estaban a su alcance en el Viejo Mundo. Los primeros estadounidenses renacieron en libertad, se establecieron en tierras vírgenes donde no tenían más trabas de orden social que las de los pueblos aborígenes primitivos a los que desplazaron. Habiendo dejado atrás los atavismos de un orden feudal, se enfrentaron a nuevos obstáculos para desarrollar una sociedad edificada sobre los principios del liberalismo político y social que surgió con dificultad en la Europa de los siglos XVII y XVIII. Basado en el pensamiento del filósofo John Locke, este tipo de liberalismo exaltó los derechos del individuo y las restricciones al poder del gobierno.

La mayoría de los inmigrantes que llegaron a Norteamérica venían de las islas británicas, cuyo sistema político era el más liberal de Europa junto con el de los Países Bajos. En cuanto a religión, la mayoría profesaba en diversas formas el calvinismo, con su énfasis en las relaciones contractuales tanto divinas como seculares. Esto facilitó en gran medida la instauración de un orden social construido sobre los derechos individuales y la movilidad social. El desarrollo de una sociedad comercial más compleja y altamente estructurada en las ciudades de la costa a mediados del siglo XVIII no detuvo esa tendencia; en esas ciudades fue donde se gestó la revolución de Estados Unidos. La constante reconstrucción de la sociedad a lo largo de una frontera oeste en perpetuo retroceso contribuyó de igual manera a crear un espíritu democrático liberal.

En Europa, los ideales de los derechos individuales avanzaron con lentitud y a paso irregular, y el concepto de democracia era aún más ajeno. El intento de establecer ambos en la nación más antigua de la Europa continental dio lugar a la Revolución Francesa. El intento de destruir una sociedad neofeudal

mediante la instauración de los derechos del hombre y la fraternidad democrática generó el terror, las dictaduras y el despotismo napoleónico. A la postre, desembocó en la reacción y dio legitimidad a un viejo orden decadente. En Norteamérica, el pasado europeo fue superado por ideales que surgieron de modo natural del proceso de edificar una nueva sociedad en tierras vírgenes. Los principios del liberalismo y la democracia fueron firmes desde el inicio. Una sociedad que había desechado las cargas de la historia de Europa había de generar con naturalidad una nación que se concibió a sí misma como excepcional.

LAS BRUJAS DE SALEM

En 1692 un grupo de muchachas adolescentes de Salem Village, Massachusetts fueron víctimas de extraños ataques espasmódicos después de escuchar los relatos de un esclavo traído de las Antillas. Ellas acusaron a varias mujeres de ser brujas. La población del lugar se sintió consternada, mas no sorprendida, pues la creencia en la brujería estaba muy difundida en Norteamérica y Europa en todo el siglo XVII. Los funcionarios del lugar formaron un tribunal para juzgar los cargos de brujería. En menos de un mes, seis mujeres fueron condenadas y ejecutadas en la horca.

La histeria arreció, en gran parte porque la corte permitió a los testigos relatar que habían visto a las acusadas en forma de espíritus o en extrañas visiones. Esa "evidencia espectral" no podía ser verificada ni sometida a examen objetivo. En el otoño de 1692 ya habían sido ejecutadas 20 personas, incluso varios hombres, y más de 100 estaban en la cárcel (donde murieron otras cinco víctimas), entre ellos algunos de los ciudadanos más ilustres de la ciudad. Ante la amenaza de que los cargos se propagaran más allá de Salem, ministros de toda la colonia exigieron que se pusiera fin a esos juicios. El gobernador de la colonia accedió. A los que todavía estaban en la cárcel se les otorgó después el perdón o una suspensión de la sentencia.

Aunque fue un incidente aislado, el episodio de Salem ha fascinado por largo tiempo a los estadounidenses. La mayoría de los historiadores coincide en que Salem Village fue víctima de

una especie de histeria pública en 1692, alentada por una genuina creencia en la brujería.

Un análisis más detenido de la identidad de acusadores y acusados es aún más revelador. Salem Village, como gran parte de la Nueva Inglaterra colonial, pasaba en esa época por una transición económica y política en la cual dejó de ser una comunidad en gran parte agraria y dominada por los puritanos, y se convirtió en una sociedad secular más comercial. Muchos de los acusadores eran exponentes de una forma de vida tradicional, ligada a la agricultura y a la iglesia, y un buen número de las brujas acusadas pertenecían a la naciente clase mercantil de pequeños comerciantes y dueños de tiendas. La oscura lucha que se desarrolló en Salem entre los viejos grupos tradicionales y la nueva clase de los comerciantes por el poder social y político se repetiría en otras comunidades en toda la historia de Estados Unidos.

Los juicios de las brujas de Salem son también una parábola dramática que muestra las fatales consecuencias de lanzar acusaciones sensacionalistas pero falsas. Trescientos años después, todavía aplicamos la expresión "cacería de brujas" a las falsas acusaciones contra un gran número de personas.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
El camino de la independencia

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 3: El camino de la independencia

"La revolución se llevó a cabo desde antes que empezara la guerra. La revolución estaba en el corazón y la mente del pueblo".

-- Ex presidente
John Adams, 1818



Protesta o motín contra los impuestos británicos, en lo que se conoció como "La Fiesta del Té de Boston", en 1773. (Library of Congress)

Durante todo el siglo XVIII fue inevitable que las colonias británicas de Norteamérica, en proceso de maduración, se forjaran una identidad distintiva; crecieron mucho en fuerza económica y logros culturales y casi todas ya tenían largos años de experiencia en el autogobierno. En la década de 1760, su población combinada superaba el millón y medio de habitantes: se sextuplicó desde 1700. Sin embargo, Inglaterra y Norteamérica no tuvieron diferencias patentes sino hasta 1763, más de siglo y medio después de la fundación del primer asentamiento permanente en Jamestown, Virginia.

UN NUEVO SISTEMA COLONIAL

En la secuela de la Guerra contra Francia y los Indígenas, Londres vio la necesidad de un nuevo proyecto imperial que incluyera un control más centralizado, distribuyera de manera más equitativa los costos del imperio y apelara a los intereses, tanto de los franco-canadienses como de los indígenas norteamericanos. Por otra parte, habituados desde mucho tiempo atrás a un grado notable de independencia, los colonos exigían no menos, sino más libertad y sintieron que una presencia británica fuerte ya era mucho menos necesaria. Al otro lado del Atlántico, una Corona y un Parlamento que no entendían bien la situación se percataron de que contendían con colonos capacitados en el autogobierno y reacios a cualquier intromisión.

La organización de Canadá y el valle de Ohio requería políticas que no provocaran el distanciamiento de los habitantes franceses e indígenas. En ese punto, Londres entró en un conflicto fundamental con los intereses de las colonias. Por su rápido aumento de población y la necesidad de más tierra para asentamientos, éstas reclamaron el derecho de ampliar sus fronteras al oeste hasta el río Mississippi.

El gobierno británico, por temor a una serie de guerras con los indígenas, pensó que las tierras se debían abrir en forma más gradual. Por la Proclamación Real de 1763, todo el territorio occidental entre las montañas Alleghenies, Florida, el río Mississippi y Quebec, se reservó para el uso de los norteamericanos nativos. De ese modo, la Corona trató de poner coto a todas las reclamaciones de tierras occidentales de las 13 colonias y contener la expansión hacia el oeste. Aunque esa medida nunca se aplicó en realidad, los colonos la vieron como un acto prepotente de desdén a su derecho elemental de ocupar y colonizar las tierras del oeste.

Las repercusiones de la nueva política de ingresos del gobierno británico fueron más serias. Londres necesitaba más dinero para sostener su creciente imperio, se enfrentaba a un descontento cada día mayor en su propio suelo y le pareció bastante razonable que las colonias pagaran su propia defensa. Eso incluiría nuevos impuestos que el Parlamento establecería a expensas del autogobierno colonial.

El primer paso fue la sustitución de la Ley de la Melaza de 1733, que aplicaba un derecho o impuesto prohibitivo a la importación de ron y melaza de las áreas no inglesas, por la Ley del Azúcar de 1764. Esta ley prohibió la importación de ron extranjero; impuso derechos bastante modestos a la melaza de cualquier fuente y aplicó derechos al vino, la seda, el café y muchos otros artículos de lujo. El gobierno británico aplicó con energía la Ley del Azúcar.

Tanto el derecho impuesto por la Ley del Azúcar como las medidas para su cumplimiento causaron consternación entre los comerciantes de Nueva Inglaterra. Ellos alegaban que aun ese módico pago de derechos que se les impuso sería ruinoso para sus negocios. Los comerciantes, las legislaturas y los concejos municipales protestaron por esa ley. Los abogados de las colonias protestaron por "la tributación sin representación", una consigna que habría de persuadir a muchos norteamericanos de que la madre patria los oprimía.

Más tarde, en 1764, el Parlamento promulgó la Ley de la Moneda "para impedir que se considerara moneda de curso legal a los billetes que expidiera en lo futuro cualquiera de las colonias de Su Majestad". Como quiera que las colonias eran un área comercial deficitaria y siempre estaban escasas de moneda dura, tal medida fue un pesado gravamen para su economía. La Ley de Acuartelamiento aprobada en 1765 fue igualmente objetable desde el punto de vista de las colonias, pues en ella se exigía que éstas dieran provisiones y alojamiento a la tropa real.

LA LEY DEL TIMBRE

Una medida tributaria de carácter general fue la que provocó mayor resistencia organizada. Conocida como la "Ley del Timbre", requería que a todos los periódicos, desplegados, folletos, escrituras de arrendamiento y demás documentos legales se les adhirieran estampillas fiscales. Esos fondos, que los agentes aduaneros norteamericanos debían recaudar, se aplicarían "a la defensa, protección y seguridad" de las colonias.

La Ley del Timbre afectó por igual a todas las personas que hacían cualquier tipo de negocio. Por eso provocó la hostilidad de los grupos más poderosos y elocuentes de la población norteamericana: periodistas, abogados, clérigos, mercaderes y hombres de negocios, ya sea del norte o el sur, el este o el oeste. Destacados comerciantes organizaron la resistencia y crearon asociaciones contra la importación.

El comercio con la madre patria se desplomó en el verano de 1765 cuando un grupo de hombres eminentes se organizó como los "Hijos de la Libertad" y fundó organizaciones secretas para protestar contra la Ley del Timbre, a menudo por medios violentos. Desde Massachusetts hasta Carolina del Sur; la multitud obligó a los infortunados agentes aduaneros a renunciar a sus cargos y destruyó las odiadas estampillas. La resistencia militante logró invalidar esa ley.

Incitada por el delegado Patrick Henry, la Cámara de Burgueses de Virginia promulgó en mayo una serie de resoluciones en las que se decía que la tributación sin representación era una amenaza a las libertades de las colonias. Proclamó que los virginianos tenían los mismos derechos que los ingleses y, por tanto, sólo podían ser sometidos a la tributación que sus propios representantes aprobaran. La Asamblea de Massachusetts invitó a todas las colonias a nombrar delegados para un "Congreso de la Ley del

Timbre" que se llevó a cabo en Nueva York, en octubre de 1765, a fin de considerar la idea de enviar apelaciones a la Corona y al Parlamento en busca de una solución. Veintisiete representantes de nueve colonias aprovecharon la ocasión para movilizar la opinión de éstas. Al cabo de muchos debates, el congreso adoptó una serie de resoluciones donde se afirmaba que "ninguna tributación les había sido impuesta nunca, ni lo podría ser, si no provenía de sus respectivas legislaturas" y que la Ley del Timbre tenía una "tendencia manifiesta a subvertir los derechos y libertades de los colonos".

TRIBUTACIÓN SIN REPRESENTACIÓN

Así fue como la atención se centró en el tema de la representación. Los colonos no creían posible que estuvieran representados en el Parlamento si no se les permitía elegir a sus propios miembros para la Cámara de los Comunes. Sin embargo esta idea iba en contra del principio inglés de la "representación virtual", por el cual cada miembro del Parlamento representaba los intereses de todo el país y los del imperio, aunque su base electoral no abarcara más que una minúscula minoría de los propietarios de un distrito determinado.

Los líderes norteamericanos argumentaban que sus únicas relaciones legales eran con la Corona. El rey era quien había accedido a fundar colonias en ultramar y el que las dotaba de gobierno. Afirmaban que el rey era tanto el soberano de Inglaterra como el de las colonias, pero insistían en que el Parlamento inglés no tenía derecho de aprobar leyes para las colonias, del mismo modo que ninguna legislatura colonial tenía derecho de dictar leyes para Inglaterra. Sin embargo, de hecho, su lucha era tanto con el Rey Jorge III como con el Parlamento. Las facciones alineadas con la Corona solían controlar el Parlamento y reflejaban la voluntad del rey de ser un monarca fuerte.

El Parlamento británico rechazó las objeciones de las colonias. Sin embargo, al sentir los efectos del boicot norteamericano, los comerciantes ingleses dieron su apoyo a un movimiento de revocación y el Parlamento cedió en 1766, revocó la Ley del Timbre y modificó la Ley del Azúcar. No obstante, para tranquilizar a los partidarios del control central sobre las colonias, el Parlamento complementó esas decisiones con la aprobación de la Ley Declaratoria, por la cual afirmó su propia autoridad para dictar leyes que serían obligatorias para las colonias "en todos los casos posibles". Los colonos sólo habían ganado un respiro temporal en

una crisis inminente.

LAS LEYES DE TOWNSHEND

En el año 1767 se tomó otra serie de medidas que reavivó todos los temas de discordia. Charles Townshend, el ministro de hacienda británico, ensayó un nuevo programa fiscal ante el continuo descontento por los altos impuestos en su país. Decidido a reducir los impuestos británicos haciendo más eficaz la recaudación de derechos sobre el comercio con Norteamérica, restringió la administración de aduanas e impuso derechos de importación al papel, el vidrio, el plomo y el té procedentes de Gran Bretaña. Las "Leyes de Townshend" se basaban en la premisa de que la tributación sobre los bienes importados por las colonias era legal, mientras que los impuestos internos (como la Ley del Timbre) no lo eran.

La finalidad de las Leyes de Townshend era la recaudación de rentas, que en parte se aplicarían al sostenimiento de los funcionarios en las colonias y del ejército británico destacado en Norteamérica. En respuesta a esto, el abogado de Filadelfia John Dickinson afirmó en su obra *Letters of a Pennsylvania Farmer (Cartas de un granjero de Pennsylvania)* que el Parlamento podía controlar el comercio imperial, pero no tenía derecho de imponer tributos a las colonias, no importa que éstos fueran derechos externos o internos.

La agitación que sobrevino tras la promulgación de las leyes tributarias de Townshend fue menos violenta que la provocada por la Ley del Timbre, pero también fue intensa, sobre todo en las ciudades de la costa este. Los comerciantes volvieron a adoptar acuerdos contra la importación, y la gente optó por consumir sólo productos locales. En Boston, la aplicación de los nuevos reglamentos desató la violencia. Cuando los funcionarios aduaneros trataron de cobrar derechos, fueron inmovilizados por el populacho y tratados con rudeza. Por esa transgresión, dos regimientos británicos fueron enviados para proteger a los comisionados de aduanas.

La presencia de soldados británicos en Boston fue una abierta incitación al desorden. El antagonismo entre los ciudadanos y la tropa británica volvió a estallar con violencia el 5 de marzo de 1770. Lo que empezó como una inofensiva lluvia de bolas de nieve contra los soldados británicos degeneró en un ataque multitudinario. Alguien dio la orden de hacer fuego y cuando el

humo se dispersó, tres bostonianos yacían muertos sobre la nieve. Este incidente, conocido como "La Masacre de Boston", fue presentado con tintes dramáticos como prueba de la crueldad y tiranía de los británicos.

Frente a tal oposición, el Parlamento optó por una retirada estratégica en 1770 y revocó todos los impuestos de Townshend, salvo el correspondiente al té, que era un artículo de lujo en las colonias y sólo lo consumía una minoría muy pequeña. Para la mayoría, la decisión del Parlamento significó que los colonos habían ganado una importante concesión y la campaña contra Inglaterra fue abandonada en gran parte.

SAMUEL ADAMS

En un intervalo de tres años de tranquilidad, un número relativamente pequeño de radicales se esforzó con energía por mantener viva la controversia. Ellos decían que el hecho de pagar el impuesto implicaba aceptar el principio de que el Parlamento tenía derecho de gobernar a las colonias. Su temor era que el principio del gobierno parlamentario se llegara a aplicar en cualquier momento futuro, con un efecto devastador para todas las libertades coloniales.

El líder más eficaz de los radicales fue Samuel Adams de Massachusetts, quien luchó sin descanso por una sola meta: la independencia. Desde que se graduó por la Escuela Superior de Harvard en 1743, Adams siempre ocupó algún cargo público: inspector de chimeneas, recaudador de impuestos y moderador de concejos municipales.

Adams quería liberar a la gente del temor reverencial a sus superiores sociales y políticos, hacerla consciente de su propio poder e importancia y así impulsarla a la acción. Para alcanzar esos objetivos publicó artículos en la prensa y pronunció discursos en las asambleas de la ciudad, pugnando por una serie de resoluciones en las que apelaba a los impulsos democráticos de los colonos.

En 1772, Adams indujo al concejo municipal de Boston a elegir un "Comité de Correspondencia" para dar a conocer los derechos y agravios de los colonos. El comité se opuso a la decisión británica de que el salario de los jueces fuera extraído de los ingresos aduaneros, pues temió que si esos magistrados ya no dependían económicamente de la legislatura, tampoco estarían obligados a rendirle cuentas, lo cual podía dar lugar a "una forma despótica de

gobierno". El comité se comunicó con otras ciudades para discutir el asunto y les pidió que redactaran sus respuestas. En casi todas las colonias se crearon comités y así se formó una base de organismos revolucionarios eficaces. Sin embargo, Adams no tenía suficiente combustible para iniciar un incendio.

LA "FIESTA DEL TÉ" DE BOSTON

Sin embargo, en 1773 los británicos les dieron por fin un tema incendiario a Adams y sus aliados. La poderosa East India Company, que estaba en un crítico apremio financiero, apeló al gobierno británico y éste le otorgó el monopolio sobre todo el té que se exportaba a las colonias. El gobierno autorizó también a la East India Company a vender directamente a minoristas, pasando por alto a los mayoristas coloniales. Para entonces, la mayor parte del té que se bebía en América se importaba ilegalmente, libre de derechos. Al vender el té a un precio muy inferior al de costumbre, por medio de sus propios agentes, la East India Company hizo que el contrabando dejara de ser productivo y amenazó con eliminar a los comerciantes coloniales independientes. Acicateados no sólo por la pérdida del comercio del té, sino también por la práctica monopolista que eso implicaba, los colonos comerciantes se unieron a los agitadores radicales que aspiraban a la independencia.

En puertos de toda la costa del Atlántico, los agentes de la East India Company fueron obligados a renunciar y los nuevos embarques de té fueron devueltos a Inglaterra o refundidos en almacenes. Sin embargo, los agentes desafiaron a los colonos en Boston y, con apoyo del gobernador real, tomaron providencias para el desembarco del producto a pesar de la oposición. En la noche del 16 de diciembre de 1773 una partida de hombres, disfrazados de indígenas mohawks y encabezados por Samuel Adams, abordó tres barcos británicos atracados en el muelle y arrojó su cargamento de té a las aguas del puerto de Boston. Ante la duda de que sus conciudadanos fueran fieles a sus principios, temieron que si el té era desembarcado los colonos lo comprarán a pesar de todo y pagaran el impuesto.

Ahora los británicos se enfrentaban a una crisis. La East India Company había actuado de acuerdo con un estatuto parlamentario y si la destrucción del té quedaba impune, el Parlamento tendría que admitir ante el mundo que no tenía control sobre las colonias.

LAS LEYES COERCITIVAS

El Parlamento respondió con nuevas leyes que los colonizadores llamaron "Leyes Coercitivas" o "Intolerables". La primera de ellas, el Proyecto Legislativo del Puerto de Boston, ordenó el cierre de éste hasta que el té fuera pagado. Esa decisión amenazó la vida misma de la ciudad, pues el hecho de privar a Boston de acceso al mar la condenaba a la ruina económica. Otras promulgaciones restringieron la autoridad local y prohibieron casi todos los concejos municipales que se reunían sin el consentimiento del gobernador. Una Ley de Alojamiento de Tropa exigía a las autoridades locales dar hospedaje adecuado a la tropa británica, aun en casas particulares si era preciso. En lugar de someter y aislar a Massachusetts, como lo deseaba el Parlamento, esas leyes hicieron que las colonias hermanas se unieran a ella y le dieran su apoyo. La Ley de Quebec, aprobada más o menos en la misma época, amplió las fronteras de esa provincia al sur del río Ohio; de acuerdo con la práctica pretérita en Francia, dispuso juicios sin jurado, no estableció ninguna asamblea representativa y concedió a la Iglesia Católica una categoría semioficial. Al hacer caso omiso de las viejas reclamaciones sobre las tierras del oeste, amenazó con bloquear la expansión colonial al norte y el noroeste, y su reconocimiento de la Iglesia Católica Romana indignó a las sectas protestantes cuya presencia era predominante en todas las colonias. Aunque la Ley de Quebec no fue promulgada como una medida punitiva, los norteamericanos la asociaron a las Leyes Coercitivas y todas en conjunto se llegaron a conocer como las "Cinco Leyes Intolerables".

A instancias de la Cámara de Burgueses de Virginia, los representantes coloniales se reunieron en Filadelfia el 5 de septiembre de 1774 "para hacer consultas sobre la triste situación actual de las colonias". Los delegados a esa reunión, conocida como el Primer Congreso Continental, fueron elegidos por congresos provinciales o convenciones populares. La división de opiniones en las colonias fue un verdadero dilema para los delegados. Era preciso dar la impresión de una firme unanimidad para inducir al gobierno británico a hacer concesiones, pero también se debía evitar cualquier señal de radicalismo o espíritu independentista que pudiera alarmar a los norteamericanos más moderados.

Un discurso inicial cauto, seguido de la "resolución" de que no se debía obediencia alguna a las Leyes Coercitivas, terminó con la adopción de una serie de resoluciones que afirmaron el derecho de los colonos a "la vida, la libertad y la propiedad" y el derecho de las legislaturas provinciales a decidir "en todos los asuntos de tributación y del sistema político interno". Sin embargo, la decisión

más importante del Congreso fue la formación de una "Asociación Continental" que reanudó el boicot comercial. Se creó un sistema de comités para inspeccionar lo que llegaba a las aduanas, publicar los nombres de los comerciantes que violaban los acuerdos, confiscar las importaciones de éstos y alentar la frugalidad, la economía y la laboriosidad.

La Asociación Continental asumió de inmediato el liderazgo en las colonias e instó a las nuevas organizaciones locales a acabar con los restos de la autoridad real. Dirigida por los líderes partidarios de la independencia, no sólo recibió apoyo de los menos afortunados, sino también de muchos miembros de la clase profesional, sobre todo abogados, de la mayoría de los hacendados de las colonias del sur y de numerosos comerciantes. Sus miembros intimidaron a los indecisos para que se unieran al movimiento popular y castigaron a los que eran hostiles. Además, iniciaron la recolección de pertrechos militares y la movilización de tropa y avivaron la opinión pública para inflamar su fervor revolucionario.

Sin embargo, muchos de los que se oponían a que los británicos conculcaran los derechos de los norteamericanos eran partidarios del diálogo y el compromiso como la solución apropiada. En ese grupo había funcionarios designados por la Corona, cuáqueros y miembros de otras sectas religiosas que se oponían al uso de la violencia, muchos mercaderes (sobre todo de las colonias de la región media) y varios granjeros y pobladores de la frontera descontentos, en las colonias del sur.

El rey habría podido concertar una alianza con esos moderados y su posición se habría fortalecido mediante concesiones oportunas, al grado que a los revolucionarios les habría sido difícil mantener las hostilidades. Pero Jorge III no estaba dispuesto a hacer concesiones. En septiembre de 1774, mofándose de una petición de los cuáqueros de Filadelfia, el monarca escribió: "La suerte está echada y las colonias no tienen más alternativa que someterse o vencer". Esa decisión dejó aislados a los realistas, que se sintieron decepcionados y temerosos por el curso que tomaron los acontecimientos después de las Leyes Coercitivas.

EMPIEZA LA REVOLUCIÓN

El general Thomas Gage, un afable caballero inglés cuya esposa nació en Norteamérica, comandaba la guarnición en Boston, donde la actividad política ya había suplantado casi por completo al comercio. Cuando Gage supo la noticia de que los colonos de

Massachusetts estaban haciendo acopio de pólvora y pertrechos militares en la ciudad de Concord, a 32 kilómetros de allí, envió un fuerte destacamento a confiscar ese arsenal.

Después de caminar toda la noche, la tropa británica llegó al poblado de Lexington el 19 de abril de 1775 y vio una amenazadora banda de 77 milicianos -- conocidos como "hombres minuto" porque se decía que en ese lapso podían aprestarse al combate -- entre la niebla de las primeras horas de la mañana. El único propósito de los milicianos era hacer una protesta silenciosa, pero el mayor de marina John Pitcairn, líder de la tropa británica, gritó: "¡Dispersaos, malditos rebeldes! ¡Huid, perros!". El líder de los milicianos, capitán John Parker, ordenó a su tropa que no hiciera fuego, a menos que les dispararan. Cuando los norteamericanos se retiraban, alguien hizo un disparo y la tropa británica abrió fuego contra los milicianos. Entonces los ingleses cargaron con bayonetas, dejando un saldo de ocho muertos y 10 heridos. Según la muy citada frase del poeta del siglo XIX Ralph Waldo Emerson, ese fue "el disparo que oyó el mundo entero".

Los británicos continuaron su avance hacia Concord. Los norteamericanos se habían llevado casi todo el parque, pero aquéllos destruyeron lo que quedaba. Entre tanto, las fuerzas insurgentes se movilizaron en el campo y hostigaron a los británicos en su largo regreso a Boston. Sin embargo, en todo el camino, ocultos detrás de muros de piedra, promontorios y casas, milicianos "de todas las aldeas y granjas de Middlesex" hacían blanco en las brillantes casacas rojas de los soldados de la Corona. Cuando el exhausto destacamento de Gage llegó a Boston con paso vacilante, sus bajas eran más de 250 muertos y heridos. Los norteamericanos perdieron 93 hombres.

El Segundo Congreso Continental se reunió en Filadelfia, Pennsylvania, el 10 de mayo. El Congreso votó por levantarse en armas y reclutó a las milicias coloniales para el servicio continental. Designó como comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas al coronel George Washington, de Virginia, el 15 de junio. Antes de dos días, los insurgentes sufrieron muchas bajas en Bunker Hill, en las afueras de Boston. El Congreso ordenó también que varias expediciones norteamericanas avanzaran al norte, hasta Canadá, en otoño. Tomaron Montreal, su asalto invernal contra Quebec fue un fracaso y al final retrocedieron hasta Nueva York.

Aún cuando el conflicto armado había estallado, la idea de separarse por completo de Inglaterra aún les parecía repugnante a

muchos miembros del Congreso Continental. Éste adoptó la Petición de la Rama de Olivo en julio, suplicando al rey que se abstuviera de más acciones hostiles mientras se concertaba algún acuerdo. El Rey Jorge III la rechazó y, por el contrario, emitió una proclamación el 23 de agosto de 1775, declarando que las colonias estaban en actitud de rebelión.

Gran Bretaña esperaba que las colonias del sur le fueran leales, en parte porque dependían de la esclavitud. Muchos pobladores de las colonias del sur temían que una rebelión contra la madre patria desatara también una insurrección de los esclavos. El gobernador de Virginia, Lord Dunmore, trató de capitalizar ese temor en noviembre de 1775, ofreciendo la libertad a todos los esclavos que lucharan a favor de los británicos. Sin embargo, su proclama empujó hacia el bando rebelde a muchos virginianos que en otras condiciones habrían seguido siendo leales al rey.

Los buques de guerra británicos siguieron por la costa hasta Charleston, Carolina del Sur, y abrieron fuego contra la ciudad a principios de junio de 1776. Pese a todo, los habitantes de esa colonia tuvieron tiempo para prepararse y rechazaron a los británicos al final del mes. Éstos no habrían de regresar al sur en más de dos años.

COMMON SENSE E INDEPENDENCIA

Thomas Paine, el teórico político y escritor radical que llegó a Norteamérica en 1774, procedente de Inglaterra, publicó el folleto de 50 páginas titulado *Common Sense* (*Sentido común*) en enero de 1776. En menos de tres meses se vendieron 100.000 ejemplares. Paine atacó la idea de la monarquía hereditaria y dijo que un hombre honrado era más valioso para la sociedad que "todos los rufianes coronados que ha habido en la historia". Él propuso dos opciones: seguir sometidos a un rey tiránico y un gobierno desgastado o buscar la libertad y la felicidad como república independiente y autosuficiente. *Common Sense* circuló en todas las colonias y ayudó a cristalizar la decisión de separarse de Inglaterra.

Sin embargo seguía pendiente la tarea de obtener la aprobación de cada una de las colonias para una declaración formal. El 7 de junio Richard Henry Lee, de Virginia presentó en el Segundo Congreso Continental una resolución declarando "que estas Colonias Unidas son y tienen derecho de ser estados libres e independientes...". Un comité de cinco miembros encabezado por Thomas Jefferson de

Virginia fue designado de inmediato para redactar un documento que sería cometido a votación.

La Declaración de Independencia, que en gran parte fue obra de Jefferson y fue proclamada el 4 de julio de 1776, no sólo anunció el nacimiento de una nueva nación, sino también expuso una filosofía de la libertad humana que habría de llegar a ser una fuerza dinámica en el mundo entero. La Declaración se basa en la filosofía política de la Ilustración en Francia e Inglaterra, pero destaca en ella una influencia en especial: el *Second Treatise on Government* (*Segundo tratado de gobierno*) de John Locke. Éste tomó algunas concepciones de los derechos tradicionales de los ingleses y las universalizó como los derechos naturales de toda la humanidad. En el conocido pasaje inicial de la Declaración se oye un eco de la teoría del contrato social de Locke como forma de gobierno:

"Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres han sido creados iguales, que fueron dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables como el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Que para dar cumplimiento a esos derechos, los hombres han instituido gobiernos, los cuales derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma cualquiera de gobierno llega a ser perjudicial para alcanzar esos fines, el pueblo tiene derecho de cambiarlo o abolirlo, y de instituir un nuevo gobierno, erigiendo sus cimientos sobre los principios y organizando sus facultades en las formas que el pueblo juzgue más apropiadas para el logro de su seguridad y felicidad".

Jefferson vinculó directamente los principios de Locke con la situación de las colonias. Luchar por la independencia de la Unión Americana era luchar por un gobierno basado en el consentimiento popular, en lugar de un gobierno encabezado por un rey que se había "confabulado con otros para someternos a una jurisdicción que es ajena a nuestra constitución y no ha sido reconocida por nuestras leyes...". Sólo un gobierno basado en el consentimiento popular podía garantizar los derechos naturales a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. De este modo, luchar por la independencia de la Unión Americana era luchar en nombre de los derechos naturales de uno mismo.

DERROTAS Y VICTORIAS

Si bien los norteamericanos sufrieron graves tropiezos por varios meses después de declarar su independencia, su tenacidad y perseverancia les redituaron al final buenos dividendos. En agosto de 1776, durante la Batalla de Long Island en Nueva York, la posición de Washington se volvió insostenible y él ordenó una retirada magistral, en pequeñas embarcaciones, desde Brooklyn hasta la costa de Manhattan. El general británico William Howe tuvo

dos momentos de vacilación y eso permitió que los norteamericanos escaparan. No obstante, en noviembre Howe ya había tomado el Fuerte Washington, en la isla de Manhattan. La ciudad de Nueva York habría de continuar bajo control británico hasta el final de la guerra.

En diciembre, las fuerzas de Washington estaban al borde del desastre cuando las provisiones y la ayuda prometida no llegaron a materializarse. El día de Navidad, 25 de diciembre de 1776, Washington cruzó el río Delaware, al norte de Trenton, Nueva Jersey. En las primeras horas de la mañana del 26 de diciembre, su tropa tomó por sorpresa la guarnición de Trenton e hizo más de 900 prisioneros. Una semana después, el 3 de enero de 1777, Washington atacó a los británicos en Princeton y recuperó casi todo el territorio formalmente ocupado por ellos. Las victorias en Trenton y Princeton dieron nuevo vigor al quebrantado espíritu de los norteamericanos.

Sin embargo, Howe venció al ejército de la Unión en septiembre de 1777 en Brandywine, Pennsylvania y ocupó Filadelfia, obligando al Congreso Continental a huir. Washington tuvo que soportar el gélido invierno de 1777-1778 en Valley Forge, Pennsylvania, sin alimento, ropa y provisiones suficientes.

Valley Forge marcó el punto más bajo en la marcha del Ejército Continental de Washington, pero en otro lugar el año 1777 resultó ser el momento decisivo de la guerra. El general británico John Burgoyne, avanzando hacia el sur desde Canadá, trató de invadir Nueva York y Nueva Inglaterra a través del lago Champlain y el río Hudson, pero su equipo era demasiado pesado para transitar por aquellos terrenos boscosos y de marisma. El 6 de agosto, en Oriskany, Nueva York, una partida de realistas y norteamericanos nativos bajo el mando de Burgoyne fueron presa de una fuerza norteamericana ágil y madura que logró contener su avance. Pocos días después, en Bennington, Vermont, otro grupo de fuerzas de Burgoyne que buscaban las tan necesarias provisiones fue repelido por tropas norteamericanas.

El ejército de Burgoyne se trasladó al lado oeste del río Hudson y avanzó hacia Albany. Los norteamericanos ya lo esperaban. Encabezados por Benedict Arnold -- quien después traicionaría a los norteamericanos en West Point, Nueva York -- los insurgentes repelieron dos veces a los británicos. Burgoyne ya para entonces había sufrido numerosas pérdidas y se retiró a Saratoga, Nueva York, donde una fuerza norteamericana muy superior bajo el

mando del general Horatio Gates cercó a la tropa británica. El 17 de octubre de 1777 Burgoyne se rindió con todo su ejército: seis generales, otros 300 oficiales y 5.500 soldados.

LA ALIANZA FRANCO-NORTEAMERICANA

En Francia había mucho entusiasmo por la causa norteamericana: el mundo intelectual francés también estaba en franca rebelión contra el feudalismo y los privilegios. Sin embargo la Corona dio su apoyo a las colonias por motivos más geopolíticos que ideológicos: desde la derrota de Francia en 1763, el gobierno de ese país estaba ansioso de ajustar cuentas con Gran Bretaña. Benjamin Franklin fue enviado a París en 1776 para trabajar por la causa norteamericana. Su ingenio, astucia y talento hicieron que su presencia muy pronto fuera percibida en la capital francesa y desempeñó un papel importante para obtener la ayuda de Francia.

Francia empezó a dar ayuda a las colonias en mayo de 1776 cuando envió a Norteamérica 14 barcos con pertrechos de guerra. De hecho, la mayor parte de la pólvora que usaron los ejércitos insurgentes llegó de Francia. Después de la derrota de los británicos en Saratoga, los franceses vieron la oportunidad de debilitar seriamente a su antiguo enemigo y restaurar el equilibrio de poder, perturbado por la Guerra de los Siete Años (que en las colonias de Norteamérica se llamó Guerra contra Francia y los Indígenas). Las colonias y Francia firmaron un Tratado de Amistad y Comercio el 6 de febrero de 1778 por el cual París reconoció a Estados Unidos y le otorgó concesiones comerciales. Ambos países firmaron también un Tratado de Alianza donde se estipuló que si Francia entraba en la guerra, ninguno de los dos depondría las armas mientras las colonias no ganaran su independencia; que ninguno de ellos firmaría la paz con los británicos sin el consentimiento del otro; y que cada uno garantizaba las posesiones del otro en Norteamérica. Ese fue el único tratado bilateral de defensa firmado por Estados Unidos o sus predecesores antes de 1949.

La alianza franco-estadounidense no tardó en extender el conflicto. En junio de 1778, la flota británica hizo fuego contra barcos franceses y ambos países entraron en guerra. Con la esperanza de recobrar los territorios que perdió a manos de los británicos en la Guerra de los Siete Años, España se involucró en el conflicto en 1779 al lado de Francia, pero no como aliada de los norteamericanos. En 1780 Gran Bretaña declaró la guerra a los holandeses, quienes no habían dejado de comerciar con la Unión Americana. La combinación de esas potencias europeas, con Francia

a la cabeza, fue una amenaza mucho mayor para los británicos que si las colonias norteamericanas hubieran luchado solas.

LOS BRITÁNICOS SE DIRIGEN AL SUR

Con Francia ya involucrada en el conflicto, los británicos, creyendo aún que la mayoría de los sureños eran realistas, redoblaron sus esfuerzos en las colonias del sur. La campaña empezó a fines de 1778 con la toma de Savannah, Georgia. Poco después, tropas y fuerzas navales británicas convergieron en Charleston, Carolina del Sur, que era el principal puerto meridional. Lograron mantener a raya a las fuerzas norteamericanas en la península de Charleston. El 12 de mayo de 1780, el general Benjamin Lincoln capituló, entregando la ciudad y sus 5.000 soldados en lo que fue la mayor derrota de la Unión Americana en la guerra.

Los reveses de la fortuna sólo infundieron más audacia a los rebeldes norteamericanos. Los habitantes de Carolina del Sur empezaron a rondar la campiña y atacaron las líneas de aprovisionamiento británicas. En julio el general norteamericano Horatio Gates, que había reunido una fuerza sustituta de milicianos sin entrenamiento, se lanzó sobre Camden, Carolina del Sur, para enfrentarse a las fuerzas británicas comandadas por el general Charles Cornwallis. Los inexpertos soldados del ejército de Gates sintieron pánico y huyeron ante el embate de los soldados británicos. La tropa de Cornwallis luchó varias veces contra los americanos, pero la batalla más importante fue a principios de 1781 en Cowpens, Carolina del Sur, y en ella los norteamericanos derrotaron rotundamente a los británicos.

VICTORIA E INDEPENDENCIA

En julio de 1780, el rey de Francia Luis XVI envió a Norteamérica una fuerza expedicionaria de 6.000 hombres bajo el mando del conde Jean de Rochambeau. Por añadidura, la flota francesa hostigó los embarques de Gran Bretaña e impidió que las fuerzas inglesas se reforzaran y reabastecieran en Virginia. Los ejércitos y las armadas de Francia y Estados Unidos, que sumaban 18.000 hombres, lucharon contra Cornwallis todo el verano y parte del otoño. Cornwallis capituló por fin el 19 de octubre de 1781, cuando quedó atrapado con su ejército de 8.000 soldados británicos en Yorktown, cerca de la entrada de la bahía de Chesapeake.

Aún cuando la derrota de Cornwallis no acabó de inmediato con la guerra -- que se prolongó casi dos años más sin resolverse -- un

nuevo gobierno británico decidió iniciar negociaciones de paz en París a principios de 1782, con el bando norteamericano representado por Benjamin Franklin, John Adams y John Jay. El 15 de abril de 1783, el Congreso aprobó el tratado final. Firmado el 3 de septiembre, el Tratado de París reconoció la independencia, libertad y soberanía de las 13 ex colonias que ahora eran estados. El nuevo Estados Unidos se extendía al oeste hasta el río Mississippi, al norte hasta Canadá y al sur hasta la Florida, que fue devuelta a España. Las nacientes colonias, a las que hizo alusión Richard Henry Lee más de siete años antes, se habían convertido al fin en "estados libres e independientes". Lo que faltaba era unirlos para formar una nación.

LA TRASCENDENCIA DE LA REVOLUCIÓN ESTADOUNIDENSE

La Revolución Estadounidense trascendió mucho más allá de Norteamérica y atrajo la atención de algunos intelectuales de la política en todo el continente europeo. Idealistas notables como Thaddeus Kosciusko, Friedrich von Steuben y el marqués de Lafayette se unieron a ese grupo para afirmar ideas liberales que esperaban trasladar a sus propias naciones. Su éxito reforzó el concepto de los derechos naturales en todo el mundo occidental y fomentó la crítica racionalista de la Ilustración contra un viejo orden edificado en torno de la monarquía hereditaria y una iglesia oficialmente impuesta. En un sentido muy real, fue precursora de la Revolución Francesa, pero sin la violencia y el caos de esta última porque tuvo lugar en una sociedad que ya era en esencia liberal.

Las ideas de la Revolución han sido descritas muy a menudo como un triunfo de las teorías de John Locke sobre el contrato social y los derechos naturales. Si bien esta descripción es correcta, descarta demasiado de prisa la incesante importancia del protestantismo calvinista disidente que desde los peregrinos y los puritanos suscribió los ideales del contrato social y el autogobierno de la comunidad. Los intelectuales partidarios de Locke y el clero protestante eran importantes defensores de modalidades del liberalismo compatibles con las que florecieron en las colonias británicas de Norteamérica.

Los especialistas han argumentado que otra tendencia contribuyó también a la Revolución: el "republicanismo".

Afirman que éste no negaba la existencia de derechos naturales, pero los subordinaba a la convicción de que para mantener una república libre se requería un fuerte sentido de responsabilidad comunal y el cultivo de la virtud de la abnegación en los dirigentes. En cambio, la afirmación de los derechos individuales e incluso la búsqueda de la felicidad individual parecían egoístas. Por un tiempo, el republicanismo amenazó con desplazar a los derechos naturales como el tema principal de la Revolución. Sin embargo, la mayoría de los historiadores de hoy conceden que esa diferencia se exageró mucho. Casi todos los que pensaban en esos temas en el siglo XVIII consideraban que ambas ideas eran las dos caras de la misma moneda intelectual.

La revolución implica de ordinario agitación social y violencia en gran escala. Según esos criterios, la Revolución de Estados Unidos fue relativamente moderada. Cerca de 100.000 realistas salieron de la nueva Unión Americana. Varios miles de ellos eran miembros de las viejas elites que sufrieron la expropiación de sus bienes y fueron expulsadas del país; otros eran sólo gente ordinaria fiel a su rey. La mayoría de los que fueron al exilio lo hicieron por su voluntad. La Revolución abrió y liberalizó aún más a una sociedad que ya era liberal. En Nueva York y las Carolinas, las grandes haciendas realistas fueron repartidas entre pequeños agricultores. Las premisas liberales llegaron a ser la norma oficial de la cultura política estadounidense, ya sea el desconocimiento de la Iglesia Anglicana como religión oficial del país, el principio de elección del ejecutivo nacional y los estatales o la amplia difusión de la idea de la libertad individual. Sin embargo, la estructura de la sociedad cambió poco. Con Revolución o sin ella, la mayoría de la gente siguió gozando de seguridad para su vida, su libertad y sus propiedades

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
La formación de un gobierno nacional

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 4: LA FORMACIÓN DE UN GOBIERNO NACIONAL

"Todo hombre y todo grupo de hombres sobre la Tierra tiene derecho de gobernarse a sí mismo".

-- Redactor de la Declaración de Independencia
Thomas Jefferson, 1790

LAS CONSTITUCIONES DE LOS ESTADOS

El éxito de la Revolución dio a los estadounidenses

oportunidad de dar forma legal a sus ideales tal como estaban expresados en la Declaración de Independencia y remediar algunos de sus agravios mediante las constituciones de los estados. En fecha tan temprana como el 10 de mayo de 1776, el Congreso ya había aprobado una resolución en la cual se aconsejaba a las colonias la creación de nuevos gobiernos "en la forma más idónea para procurar la felicidad y la seguridad de sus pobladores".

Las nuevas constituciones acusaron la influencia de las ideas democráticas. En ninguna se rompió drásticamente con el pasado, pues todas se construyeron sobre la sólida base de la experiencia colonial y la práctica inglesa. Pero cada una estaba imbuida del espíritu de republicanismo, un ideal que por largo tiempo habían alabado los filósofos de la Ilustración.

Naturalmente, el primer objetivo de los autores de las constituciones estatales fue garantizar esos "derechos inalienables" cuya violación hizo que las ex colonias rechazaran sus nexos con Gran Bretaña. Por eso todas las constituciones empezaban con una declaración o carta de derechos. En la de Virginia, que fue el modelo de todas las demás, se incluyó una declaración de principios entre los que figuraban la soberanía popular, la rotación de funcionarios en los cargos públicos, la libertad de las elecciones y una lista de libertades fundamentales: fianzas moderadas y castigos no inhumanos, juicio expedito por jurado, libertad de



George Washington se presenta ante la Convención Constitucional de Filadelfia en 1787. (Virginia Museum of Fine Arts, Richmond. Gift of Edgar William and Bernice Chrysler Garbisch.)

prensa y de conciencia, y el derecho de la mayoría a reformar o cambiar al gobierno.

Otros estados alargaron la lista de garantías con la libertad de expresión, de reunión y de petición. Sus constituciones incluyeron a menudo otras disposiciones, como el derecho de portar armas, el recurso de hábeas corpus, la inviolabilidad del domicilio y la igualdad bajo la protección de la ley. Además, en todas se prescribió una estructura de gobierno con tres ramas — ejecutiva, legislativa y judicial — que actuarían entre sí como frenos y contrapesos.

La constitución de Pennsylvania fue la más radical. En ese estado el control estaba en manos de artesanos de Filadelfia, hombres de la frontera escocés-irlandeses y granjeros de habla alemana. El congreso de la provincia adoptó una constitución en la que a todos los contribuyentes hombres y a sus hijos varones se les permitía votar; se exigía la rotación de funcionarios en sus puestos (nadie podía ser representante por más de cuatro años en un periodo de siete) y se instituía una legislatura de una sola cámara.

Las constituciones estatales tenían limitaciones patentes, sobre todo bajo criterios más recientes. Las que fueron creadas para garantizar los derechos naturales de la población no aseguraban a todos el más esencial de esos derechos: la igualdad. En las colonias al sur de Pennsylvania se privó a la población esclava de sus derechos inalienables como seres humanos. Las mujeres no tenían derechos políticos. Ningún estado llegó tan lejos como para conceder el sufragio universal a los varones y aún en los que todos los contribuyentes podían votar (Delaware, Carolina del Norte y Georgia, además de Pennsylvania) era preciso tener cierta cantidad de propiedades para ocupar un cargo público.

LOS ARTÍCULOS DE LA CONFEDERACIÓN

La lucha contra Inglaterra influyó mucho para cambiar las actitudes coloniales. Las asambleas locales rechazaron el Plan de Unión de Albany en 1754 porque no quisieron ceder ni un ápice de su autonomía a ningún otro organismo, aunque éste fuera elegido por ellos mismos. Sin embargo la ayuda mutua demostró su eficacia en el curso de la Revolución y el temor de ceder la autoridad individual se mitigó en buena medida.

John Dickinson elaboró los "Artículos de la Confederación y la Unión Perpetua" en 1776; fueron adoptados por el Congreso Continental

en noviembre de 1777 y entraron en vigor en 1781, una vez ratificados por todos los estados. Como reflejo de la fragilidad de un incipiente sentido de nación, los Artículos sólo disponían una unión muy informal. El gobierno nacional carecía de autoridad para imponer aranceles, regular el comercio y recaudar impuestos. Su control sobre las relaciones internacionales era precario: muchos estados ya habían emprendido negociaciones por su cuenta con países extranjeros; nueve estados tenían su propio ejército y varios contaban con su respectiva armada. A falta de una moneda común firme, la nueva nación usaba en su comercio una curiosa mezcla de monedas y una sorprendente variedad de billetes nacionales y de los estados, todos los cuales se depreciaban con rapidez.

Las dificultades económicas surgidas después de la guerra hicieron que la gente pidiera un cambio. El final de la contienda afectó severamente a los comerciantes que proveían a los ejércitos de ambos bandos y perdieron las ventajas que les redituaba su participación en el sistema mercantil británico. Los estados daban preferencia a los productos estadounidenses en sus políticas arancelarias, pero los aranceles no eran congruentes, lo cual dio lugar a la demanda de un gobierno central más fuerte que aplicara una política uniforme.

Los agricultores fueron quizá los que tuvieron más dificultades económicas después de la Revolución. La oferta de productos del agro superó a la demanda, y el descontento se produjo sobre todo entre los granjeros endeudados que querían un remedio drástico para evitar la venta de sus propiedades por juicio hipotecario e ir a la cárcel por deudas. Las cortes estaban atestadas de demandas interpuestas por acreedores que exigían los pagos. Todo el verano de 1786, convenciones populares y asambleas informales de varios estados pidieron la reforma de la administración pública de su entidad.

En ese otoño, turbas de granjeros de Massachusetts encabezados por el ex capitán del ejército Daniel Shays impidieron por la fuerza que las cortes del condado se reunieran y dictaran más juicios por deudas antes de la siguiente elección estatal. En enero de 1787 un ejército improvisado de 1.200 granjeros avanzó hacia el arsenal federal de Springfield. Los rebeldes, armados sobre todo con palos y rastrillos, fueron rechazados por una pequeña milicia estatal; el general Benjamin Lincoln llegó de Boston con refuerzos y puso en fuga al resto de los hombres de Shays, quien huyó a Vermont. El gobierno capturó a 14 rebeldes y los sentenció a muerte, pero al

final perdonó algunos y a otros les conmutó la pena por un breve periodo de prisión. Al ser sofocada la rebelión, una legislatura recién elegida, cuya mayoría simpatizaba con los rebeldes, atendió algunas demandas de éstos para el alivio de la deuda.

EL PROBLEMA DE LA EXPANSIÓN

Con el final de la Revolución, Estados Unidos se tuvo que volver a enfrentar al viejo predicamento no resuelto del oeste: el problema de la expansión, con sus complicaciones en materia de tierras, comercio de pieles, indígenas, asentamientos y gobiernos locales. Atraídos por las tierras más ricas halladas hasta entonces en el país, los pioneros se lanzaron hacia los montes Apalaches y más allá. En 1775 ya había decenas de miles de pobladores en los más remotos bastiones, dispersos a lo largo de las vías fluviales. Separados por cadenas montañosas y a cientos de kilómetros de los centros de la autoridad política, que estaban en el este, los habitantes formaron sus propios gobiernos. La afluencia de colonizadores de todos los estados costeros siguió su marcha hacia los fértiles valles fluviales, los bosques de maderas duras y las ondulantes praderas del interior. En 1790, la población de la región más allá de los Apalaches rebasaba ampliamente los 120.000 habitantes.

Antes de la guerra, varias colonias habían presentado reclamaciones, amplias y a menudo redundantes sobre las tierras localizadas más allá de los Apalaches. A quienes carecían de derechos para reclamarlas les parecía que aquel rico territorio no estaba distribuido equitativamente. En nombre de este último grupo, Maryland presentó una resolución por la cual las tierras del oeste debían considerarse propiedad común para que el Congreso las dividiera en gobiernos libres e independientes. La idea no fue recibida con entusiasmo. Sin embargo, Nueva York marcó la pauta en 1780 al ceder las tierras que reclamaba. Virginia, que hacía las reclamaciones más vastas, renunció en 1784 a todas las tierras al norte del río Ohio. También otros estados cedieron los derechos que reclamaban y pronto fue evidente que el Congreso tomaría posesión de todas las tierras al norte del río Ohio y al oeste de las montañas Allegheny. La propiedad común de millones de hectáreas fue la prueba más tangible de nacionalidad y unidad hasta esa fecha y dio cierta solidez a la idea de soberanía nacional. Al mismo tiempo, los vastos territorios eran un problema que requería solución.

El Congreso de la Confederación estableció un sistema de autogobierno limitado para el nuevo territorio nacional del noroeste.

La Ordenanza del Noroeste de 1787 dispuso su organización; al principio sería un solo distrito bajo el mando de un gobernador y jueces designados por el Congreso. Cuando ese territorio tuviera 5.000 habitantes varones libres en edad de votar, se le daría derecho a poseer una legislatura con dos cámaras y él mismo elegiría la cámara baja. Además, tendría facultades para enviar al Congreso un delegado sin derecho de voto. En ese territorio se formarían entre tres y cinco estados, y en cuanto cualquiera de ellos tuviera 60.000 habitantes libres sería admitido en la Unión "en plan de igualdad con los estados originales en todos los aspectos". La ordenanza garantizaba los derechos y libertades civiles, fomentaba la educación y prohibía la esclavitud y otras formas de servidumbre involuntaria.

La nueva política rechazaba el concepto consagrado por el tiempo según el cual las colonias existían para beneficio de la madre patria, eran sus subordinadas políticas y sus pobladores eran socialmente inferiores. En su lugar, estableció el principio de que las colonias ("territorios") eran una extensión de la nación y tenían derecho a todos los beneficios de la igualdad, mas no en plan de prerrogativa sino como un derecho.

LA CONVENCIÓN CONSTITUCIONAL

Para cuando la Ordenanza del Noroeste fue promulgada, los líderes norteamericanos estaban redactando una constitución nueva y más firme para sustituir los Artículos de Confederación. El funcionario que los presidía, George Washington, escribió con acierto que los estados sólo estaban unidos por "una cuerda de arena". Las disputas de Maryland y Virginia por la navegación en el río Potomac desembocaron en una conferencia de representantes de cinco estados en Annapolis, Maryland, en 1786. Uno de los delegados, Alexander Hamilton de Nueva York, convenció a sus colegas de que el comercio estaba estrechamente ligado con los grandes asuntos políticos y económicos. Lo que se necesitaba era un replanteamiento fundamental de la Confederación.

La conferencia de Annapolis exhortó a todos los estados a nombrar representantes para una reunión que tendría lugar en Filadelfia en la primavera siguiente. El Congreso Continental se indignó al principio por la audacia de esa medida, pero accedió cuando Washington dio su apoyo al proyecto y fue elegido delegado.

Una extraordinaria reunión de notables tuvo lugar en la Convención Federal en mayo de 1787. Las legislaturas de los estados enviaron

líderes con experiencia en asuntos de gobierno colonial y estatal, en el Congreso, la judicatura y el ejército. Para presidir las sesiones eligieron a George Washington, a quien se consideraba como el ciudadano más notable del país por su integridad y su liderazgo militar en la Revolución.

Entre los miembros más activos destacaban dos ciudadanos de Pennsylvania: el gobernador Morris, que percibió con claridad la necesidad de tener un gobierno nacional, y James Wilson, que trabajó sin descanso a favor de la idea de nación. También fue elegido por Pennsylvania Benjamin Franklin, quien vivía el final de una extraordinaria carrera de servicio público y logros científicos. De Virginia llegó James Madison, un estadista joven y práctico, muy estudioso de la política y la historia que, según un colega, estaba "dotado de un espíritu de laboriosidad y aplicación... [y era] el hombre más informado sobre cualquier tema de debate". Él sería reconocido como el "Padre de la Constitución".

Massachusetts envió a Rufus King y Elbridge Gerry, jóvenes hábiles y con experiencia. El zapatero convertido en juez Roger Sherman fue uno de los representantes de Connecticut. De Nueva York llegó Alexander Hamilton, quien propuso la reunión. Thomas Jefferson, que estaba en Francia como ministro representante de Estados Unidos, y John Adams, quien desempeñaba las mismas funciones en Gran Bretaña, no asistieron a la Convención. Entre los 55 delegados predominaban los jóvenes (la edad promedio era 42 años).

El Congreso sólo autorizó a la Convención para hacer enmiendas a los Artículos de la Confederación, pero los delegados hicieron caso omiso de los Artículos y decidieron crear una forma de gobierno enteramente nueva, "con viril confianza en su país", como más tarde escribió Madison.

Ellos reconocieron que lo más urgente era reconciliar dos poderes distintos: el del control local que ya ejercían los 13 estados casi independientes y el de un gobierno central. Adoptaron el principio por el cual las funciones y poderes del gobierno nacional — que era nuevo, general e incluyente — debían ser definidos y expresados con cuidado, quedando entendido que todas las demás funciones y poderes pertenecían a los estados. Sin embargo, comprendiendo que el gobierno central debía tener poder real, los delegados aceptaron también, en general, que debía estar autorizado para acuñar moneda, regular el comercio, declarar la guerra y concertar la paz, entre otras cosas.

DEBATE Y COMPROMISO

Los estadistas que se reunieron en Filadelfia en el siglo XVIII eran partidarios del concepto de Montesquieu sobre el equilibrio de poderes en política. Ese principio se basaba en la experiencia colonial y hallaba sustento en los textos de John Locke, un autor muy conocido por casi todos los delegados. Esas influencias dieron lugar a la convicción de que era preciso establecer tres ramas de gobierno, iguales y coordinadas entre sí. Los poderes legislativo, ejecutivo y judicial debían estar armónicamente equilibrados para que ninguno ganara nunca el control total. Los delegados convinieron en que la rama legislativa debía tener dos cámaras, como las legislaturas coloniales y el Parlamento británico.

La asamblea fue unánime en esos temas, pero también hubo grandes diferencias. Los representantes de estados pequeños — Nueva Jersey, por ejemplo — se opusieron a los cambios que habrían reducido su influencia en el gobierno nacional al basar la representación en la población y no en la condición de estados prevista en los Artículos de la Confederación.

Por otra parte, los representantes de estados grandes — como Virginia — abogaban por la representación proporcional. Cuando parecía que el debate no tendría fin, Roger Sherman propuso argumentos a favor de la representación proporcional a la población de cada estado en una de las cámaras del Congreso, la de Representantes, y la representación igualitaria en la otra, el Senado.

Casi todos los asuntos que se presentaron después suscitaron nuevas discrepancias que sólo fue posible resolver con nuevos compromisos. Los nortños querían que se incluyera a los esclavos en el cálculo de la carga tributaria de cada estado, mas no en la determinación del número de escaños que cada uno tendría en la Cámara de Representantes. Sin mucha oposición se llegó al compromiso de asignar la carga tributaria y los escaños en la Cámara de Representantes sobre la base del número de habitantes libres de cada estado más tres quintas partes de los esclavos.

Certain members, such as Sherman and Elbridge Gerry, still smarting from Shays's Rebellion, feared that the mass of people lacked sufficient wisdom to govern themselves and thus wished no branch of the federal government to be elected directly by the people. Others thought the national government should be given as broad a popular base as possible. Some delegates wished to

exclude the growing West from the opportunity of statehood; others championed the equality principle established in the Northwest Ordinance of 1787.

No hubo diferencias serias en asuntos económicos nacionales como el papel moneda, las leyes sobre obligaciones contractuales o la situación de la mujer, la cual estaba excluida de la política. Pero era necesario equilibrar los intereses económicos de diversos sectores; dirimir las discusiones en torno a las facultades, la selección y el periodo del jefe del ejecutivo en el cargo; y resolver problemas sobre el nombramiento de jueces y el tipo de tribunales que convenía instituir.

Después de trabajar todo un cálido verano en Filadelfia, la Convención elaboró por fin un breve documento que mostraba la organización del gobierno más complejo ideado hasta entonces: un gobierno supremo dentro de una esfera de acción definida y limitada con claridad. Tendría plenos poderes para imponer tributos, obtener fondos en préstamo, instituir derechos e impuestos al consumo uniformes, acuñar moneda, reglamentar el comercio interestatal, definir las pesas y medidas, otorgar patentes y derechos de autor, establecer oficinas de correos y construir caminos. También tenía facultades para formar y sostener un ejército y una marina de guerra y administrar los asuntos de los norteamericanos nativos, la política exterior y la guerra. También podía aprobar leyes para la naturalización de extranjeros y el control de tierras públicas, y podía admitir nuevos estados en plan de absoluta igualdad con los ya existentes. Con facultades para aprobar todas las leyes necesarias y apropiadas para el ejercicio de esos poderes definidos con claridad, el gobierno federal fue capaz de satisfacer las necesidades de las generaciones futuras y de un sistema político mucho mayor.

El principio de la separación de poderes ya se había puesto a prueba en la mayoría de las constituciones de los estados y su solidez estaba demostrada. Por eso la Convención estableció un sistema de gobierno formado por las ramas legislativa, ejecutiva y judicial separadas entre sí y cada una sometida al freno de las otras dos. Así, los proyectos del Congreso no se proclamarían como leyes mientras no fueran aprobados por el Presidente. Y este último tendría que someter al Senado sus designaciones más importantes y todos sus tratados, pidiendo su confirmación. A su vez, el Presidente podía ser sometido a juicio político y destituido por el Congreso. A la judicatura le correspondía ventilar todos los casos

promovidos bajo las leyes federales y la Constitución; en efecto, los tribunales fueron facultados para interpretar tanto la ley fundamental como el derecho parlamentario, pero los miembros de la rama judicial, designados por el Presidente y ratificados por el Senado, también podían ser sometidos a juicio político por el Congreso.

Para proteger a la Constitución de alteraciones apresuradas, el Artículo V estipuló que las enmiendas a la misma debían ser propuestas por dos terceras partes de ambas cámaras del Congreso o por dos tercios de los estados, reunidos en convención. Las propuestas debían ser ratificadas por uno de dos métodos: ya sea por las legislaturas de tres cuartas partes de los estados o por convención en tres cuartas partes de los mismos, siendo el Congreso quien propondría el método que debía usarse.

Por último, la convención se enfrentó al problema más importante de todos: ¿cómo se ejercerían los poderes otorgados al nuevo gobierno? La decisión fue que el gobierno no debía ejercer su poder sobre los estados, sino sobre los habitantes de éstos, y que debía legislar para todos los individuos residentes del país y sobre todos ellos. Como piedra angular de la Constitución, la convención adoptó dos postulados breves, pero muy significativos:

El Congreso tendrá facultades... para dictar todas las leyes que sean necesarias y apropiadas para el debido ejercicio de las... facultades que por esta Constitución se confieren al gobierno de Estados Unidos... (Artículo I, Sección 7)

Esta Constitución y las leyes de Estados Unidos que en cumplimiento de la misma sean creadas, y todos los tratados previamente celebrados o que se celebren bajo la autoridad de Estados Unidos, serán la ley suprema de la nación y los jueces de estado estarán obligados a acatarla, aún cuando hubiere alguna disposición en contrario en la Constitución o en las leyes de cualquier estado. (Artículo VI)

Así se hizo factible que las leyes de Estados Unidos se cumplieran lo mismo en los tribunales nacionales, por medio de sus propios jueces y alguaciles, que en los juzgados de los estados, mediante los jueces y los oficiales de la ley de esas entidades.

Aún hoy prosigue el debate sobre cuáles fueron los motivos de los autores de la Constitución. El historiador Charles Beard afirmó en 1913, en *An Economic Interpretation of the Constitution (Una interpretación económica de la Constitución)*, que los padres fundadores defendían a los nacientes intereses capitalistas y comerciales que requerían un gobierno nacional fuerte. Pensó también que muchos pudieron ser motivados por el hecho de que poseían muchos bonos depreciados del gobierno. Sin embargo, el

principal autor de la Constitución, James Madison, no tenía dichos bonos y era un hacendado de Virginia. A la inversa, algunos opositores de la Constitución tenían grandes cantidades de bonos y títulos. Los intereses económicos influyeron en el curso del debate, pero lo mismo ocurrió con los intereses estatales, sectoriales e ideológicos. Otro factor de igual importancia fue el idealismo de los autores. Por ser ellos mismos producto de la Ilustración, los padres fundadores idearon un gobierno que, a su juicio, alentaría la libertad individual y la virtud pública. Los ideales plasmados en la Constitución de Estados Unidos son un rasgo esencial de la identidad nacional del país.

LA RATIFICACIÓN Y LA CARTA DE DERECHOS

El 17 de septiembre de 1787, tras 16 semanas de deliberaciones, la Constitución fue firmada en su forma final por 39 de los 42 delegados presentes. Franklin, señalando el brillante medio sol pintado en el respaldo de la silla de Washington, dijo:

En el curso de la sesión he mirado varias veces... el respaldo [de esa silla] detrás del Presidente y no sabía si el sol ahí representado sale o se pone; pero ahora, en términos generales, me alegra saber que es un nuevo amanecer y no un sol poniente.

Cuando la convención terminó, sus miembros "se retiraron a la taberna de la ciudad, cenaron juntos y se despidieron con cordialidad". No obstante, aún tendrían que afrontar una parte crucial de la lucha para llegar a formar una Unión más perfecta: para que el documento redactado pudiera entrar en vigor, faltaba aún obtener el consentimiento de convenciones estatales popularmente elegidas.

La convención había decidido que la Constitución tendría vigencia cuando fuera ratificada por convenciones en nueve de los 13 estados. En junio de 1788, los nueve estados requeridos ya habían ratificado la Constitución, pero los grandes estados de Virginia y Nueva York aún no lo hacían. La mayoría de la gente sintió que, sin el apoyo de esos dos estados, la Constitución jamás sería respetada. Muchos pensaban que el documento estaba lleno de peligros: ¿acaso el gobierno central fuerte, establecido de acuerdo con esas disposiciones, no sería tiránico, no los oprimiría con impuestos onerosos y no los forzaría a hacer la guerra?

Las distintas opiniones en torno a estos puntos dieron lugar a dos partidos: los federalistas, que estaban a favor de un gobierno central fuerte, y los Antifederalistas, que preferían una asociación informal de estados separados.

En Virginia, los antifederalistas atacaron al nuevo gobierno propuesto e impugnaron la frase inicial de la Constitución: "Nosotros, el Pueblo de Estados Unidos". Los delegados arguyeron que si en la Constitución no se citaba el nombre de cada uno de los estados, éstos no podrían conservar sus derechos o facultades particulares. Los antifederalistas de Virginia estaban encabezados por Patrick Henry, quien llegó a ser el principal vocero de los granjeros del campo que temían al poder del nuevo gobierno central. Los delegados indecisos fueron convencidos por la propuesta de que la convención de Virginia recomendara una carta de derechos y los antifederalistas se unieron a los federalistas para ratificar la Constitución el 25 de junio.

En Nueva York, Alexander Hamilton, John Jay y James Madison pugnaron por la ratificación de la Constitución en una serie de ensayos conocidos como *The Federalist Papers* (*Los documentos federalistas*). Los ensayos, publicados en periódicos de Nueva York, plantearon un argumento hoy clásico a favor del gobierno federal central cuyas ramas ejecutiva, legislativa y judicial son entidades separadas que actúan como frenos y contrapesos unas de otras. Con la influencia de *The Federalist Papers* sobre los delegados de Nueva York, la Constitución fue ratificada el 26 de julio.

La antipatía por el gobierno central fuerte era sólo una de las inquietudes de quienes objetaban la Constitución; otra causa de igual preocupación para muchos era el temor de que ésta no protegiera suficientemente los derechos y libertades individuales. El virginiano George Mason, autor de la Declaración de Derechos de Virginia de 1776, fue uno de los tres delegados de la Convención Constitucional que se negaron a firmar el documento final porque en él no se especificaban las garantías individuales. Junto con Patrick Henry, él realizó una vigorosa campaña para que la Constitución no fuera ratificada por Virginia. De hecho, cinco estados, entre ellos Massachusetts, ratificaron la Constitución a condición de que se añadieran de inmediato enmiendas al respecto.

Cuando el primer Congreso se reunió en la ciudad de Nueva York en septiembre de 1789, la exhortación a hacer enmiendas para proteger los derechos individuales fue prácticamente unánime. El Congreso adoptó en seguida 12 de esas enmiendas; en diciembre de 1791, el número necesario de estados ratificó 10 enmiendas para que fueran incorporadas a la Constitución. En conjunto son conocidas como la Carta de Derechos. Entre sus disposiciones figuran: la libertad de expresión, prensa y religión, y el derecho de

reunirse en forma pacífica, protestar y exigir cambios (Primera Enmienda); la protección contra registros no razonables, incautación de propiedades y arresto (Cuarta Enmienda); el debido proceso judicial en todos los casos penales (Quinta Enmienda); el derecho a un juicio imparcial y expedito (Sexta Enmienda); la protección contra castigos crueles e inusuales (Octava Enmienda); y la disposición de que el pueblo conserva los demás derechos no mencionados en la Constitución (Novena Enmienda).

Desde la adopción de la Carta de Derechos, sólo se han agregado 17 enmiendas más a la Constitución. Aunque en algunas de las enmiendas posteriores la estructura y las operaciones del gobierno fueron revisadas, en casi todas se respetó el precedente establecido en la Carta de Derechos y se ampliaron las garantías y libertades individuales.

EL PRESIDENTE WASHINGTON

Uno de los últimos actos del Congreso de la Confederación consistió en organizar la primera elección presidencial y señalar el 4 de marzo de 1789 como la fecha en que el nuevo gobierno entraría en funciones. Todos tenían un solo nombre en los labios como nuevo jefe de estado: George Washington. Él fue electo presidente por unanimidad y prestó juramento para asumir el cargo el 30 de abril de 1789. En palabras que habrían de ser repetidas por todos los presidentes desde entonces, Washington se comprometió a ejercer con fidelidad los deberes de la presidencia y esforzarse hasta el límite de su capacidad por "preservar, proteger y defender la Constitución de Estados Unidos".

Cuando Washington asumió el poder, la nueva Constitución no tenía tradición ni el pleno respaldo de la opinión pública organizada. El nuevo gobierno tuvo que crear sus propios mecanismos y legislar un sistema de tributación que lo financiara. Mientras no se instituyera una judicatura, no sería posible hacer cumplir las leyes. El ejército era pequeño y la armada había dejado de existir.

El Congreso creó muy pronto los departamentos de Estado y del Tesoro, con Thomas Jefferson y Alexander Hamilton como sus respectivos secretarios. Se instituyeron también el Departamento de Guerra y el de Justicia. Como Washington prefería tomar decisiones después consultar a los hombres cuyo buen juicio apreciaba, se formó también el Gabinete presidencial del país, integrado por los jefes de todos los departamentos que el Congreso decidiera crear. Al mismo tiempo el Congreso creó la judicatura

federal, una Corte Suprema con un presidente y cinco jueces asociados, tres tribunales de circuito y 13 juzgados de distrito.

Mientras tanto, el país crecía sin cesar y la inmigración procedente de Europa se intensificaba. Aunque muchos productos se fabricaban todavía en el hogar, la Revolución Industrial se iniciaba en Estados Unidos. Massachusetts y Rhode Island sentaban los cimientos de importantes industrias textiles; Connecticut empezaba a producir relojes y artículos de hojalata; Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania fabricaban papel, vidrio y hierro. El transporte marítimo había crecido a tal grado, que el país ya sólo era superado en los mares por Gran Bretaña. Aún antes de 1790, los buques estadounidenses iban a China para vender pieles y a su regreso traían té, especias y seda.

En esa coyuntura crítica en el desarrollo del país, el prudente liderazgo de Washington fue crucial. Él organizó un gobierno nacional, ideó políticas para crear asentamientos en los territorios que antes eran de Gran Bretaña y España, estabilizó la frontera del noroeste y supervisó la admisión de tres nuevos estados: Vermont (1791), Kentucky (1792) y Tennessee (1796). Por último, en su discurso de despedida, aconsejó a la nación "abstenerse de establecer alianzas permanentes con cualquier región del mundo exterior". Esa admonición influyó en las actitudes de su país ante el resto del mundo por muchas generaciones.

HAMILTON VS. JEFFERSON

Un conflicto cobró forma en la década de 1790 entre los primeros partidos políticos de Estados Unidos. De hecho, los federalistas, encabezados por Alexander Hamilton, y los republicanos (también llamados demócrata-republicanos), comandados por Thomas Jefferson, fueron los primeros partidos políticos del mundo occidental. A diferencia de las agrupaciones políticas informales de la Cámara de los Comunes británica o de las colonias de Norteamérica antes de la Revolución, ambos tenían plataformas ideológicas razonablemente congruentes basadas en principios, grupos de partidarios populares relativamente fieles y organizaciones estables.

En términos generales, los federalistas representaban los intereses del comercio y la industria, a los cuales consideraban como las fuerzas del progreso en el mundo. A su juicio, éstos sólo podrían ser fomentados por un gobierno central fuerte, capaz de instituir un crédito público sólido y una moneda estable. A pesar de su patente

desconfianza por el radicalismo latente de las masas, lograron atraer en forma creíble a obreros y artesanos. Su baluarte político eran los estados de Nueva Inglaterra. En virtud de que en muchos aspectos veían a Inglaterra como un ejemplo que Estados Unidos debía tratar de emular, eran partidarios de mantener buenas relaciones con su madre patria.

Si bien Alexander Hamilton nunca llegó a tener el atractivo popular necesario para contender con éxito por un cargo de elección, fue por amplio margen el principal generador de ideología y política pública de los federalistas. Él incorporó a la vida pública el amor a la eficiencia, el orden y la organización. En respuesta a la Cámara de Representantes que requería un plan para dar "el apoyo adecuado al crédito público", estableció y suscribió principios no sólo de economía pública, sino también del gobierno eficaz. Hamilton dijo que Estados Unidos debía tener crédito para desarrollo industrial, actividad comercial y operaciones de gobierno, y que sus obligaciones requerían toda la fe y el apoyo del pueblo.

Muchos querían desconocer la deuda nacional de la Confederación o que se pagara sólo en parte. Hamilton insistió en que el pago debía ser completo y en la elaboración de un plan para que el gobierno federal asumiera las deudas pendientes contraídas por los estados en la Revolución. Obtuvo también la legislación necesaria del Congreso para crear un Banco de Estados Unidos; éste fue desarrollado según el modelo del Banco de Inglaterra y funcionó como la institución financiera central de la nación. Hamilton auspició una casa nacional de moneda y abogó por los aranceles, diciendo que la protección temporal de nuevas empresas podría ayudar a fomentar el desarrollo de industrias nacionales competitivas. Esas medidas — que dieron base firme al crédito del gobierno federal y le aportaron todas las rentas que necesitaba — alentaron el comercio y la industria y crearon una sólida falange de intereses que apoyaron firmemente al gobierno nacional.

Los republicanos, encabezados por Thomas Jefferson, hablaban sobre todo en nombre de los intereses y valores del agro. Desconfiaban de los banqueros, se interesaban poco en el comercio y la industria y creían que la libertad y la democracia florecerían mejor en una sociedad rural integrada por granjeros autosuficientes. No sentían que fuera necesario tener un gobierno central fuerte; de hecho, tendían a considerar a éste como una fuente potencial de opresión. Por eso estaban a favor de los derechos de los estados. Tuvieron mayor fuerza en el sur.

El gran objetivo de Hamilton era crear una organización más eficiente, mientras que Jefferson dijo una vez: "No soy afecto al gobierno demasiado dinámico". Hamilton temía la anarquía y lo expresó en términos de orden; Jefferson temía la tiranía y lo expresó en términos de libertad. Así como Hamilton veía a Inglaterra como ejemplo, Jefferson, que fue ministro en Francia en las primeras etapas de la Revolución Francesa, vio el derrocamiento de la monarquía en ese país como una reivindicación de los ideales liberales de la Ilustración. Contra el conservadurismo instintivo de Hamilton, él proyectó un radicalismo democrático elocuente.

Una de las primeras polémicas entre ambos, poco después que Jefferson asumió el cargo de secretario de Estado, dio lugar a una nueva y muy importante interpretación de la Constitución. Cuando Hamilton presentó su proyecto para fundar un banco nacional, Jefferson habló en nombre de quienes creían en los derechos de los estados y dijo que la Constitución definió expresamente todos los poderes que corresponden al gobierno federal y todos los demás poderes los reservó para los estados. En ningún lugar se autorizaba al gobierno federal para crear un banco.

Hamilton replicó que, eran tantos los detalles requeridos, que se emplearon cláusulas generales para implicar un amplio conjunto de poderes y una de ellas autorizó al Congreso a "dictar todas las leyes que juzgue necesarias y apropiadas" para el desempeño de otras facultades que le sean conferidas específicamente. La Constitución autorizó al gobierno nacional para establecer y recaudar impuestos, pagar deudas y obtener dinero en préstamo. Un banco nacional sería en verdad útil para desempeñar con eficiencia esas funciones. Por lo tanto, de acuerdo con sus poderes implícitos, el Congreso tenía facultades para crear un banco de ese tipo. Washington y el Congreso aceptaron la opinión de Hamilton y así se sentó un importante precedente para la interpretación expansiva de la autoridad del gobierno federal.

EL CIUDADANO GENET Y LA POLÍTICA EXTERIOR

Aunque una de las primeras tareas del nuevo gobierno consistía en fortalecer la economía nacional y proveer para la seguridad financiera de la nación, Estados Unidos no podía ignorar los asuntos externos. Las piedras angulares de la política exterior de Washington fueron mantener la paz, dar tiempo para que el país se recuperara de sus heridas, y permitir que la lenta tarea de integración nacional siguiera su marcha. Los acontecimientos de Europa eran una amenaza para esas metas. Muchos

estadounidenses veían la Revolución Francesa con profundo interés y simpatía. En abril de 1793 llegaron noticias de que Francia había declarado la guerra a Gran Bretaña y España, y un nuevo emisario de París, Edmond Charles Genet — el Ciudadano Genet — llegaría a Estados Unidos.

Cuando la Revolución Francesa desembocó en la ejecución del rey Luis XVI en enero de 1793, Gran Bretaña, España y Holanda hicieron la guerra contra Francia. Según el Tratado de Alianza Franco-Estadounidense de 1778, Estados Unidos y Francia eran aliados perpetuos y los norteamericanos estaban obligados a ayudar a los franceses en la defensa de las Antillas. Sin embargo, Estados Unidos era un país muy débil en los aspectos militar y económico y no estaba en condiciones de involucrarse en otra guerra con grandes potencias europeas.

El 22 de abril de 1793, Washington abrogó efectivamente las condiciones del tratado de 1778 que hizo posible la independencia del país al proclamar que Estados Unidos sería "amistoso e imparcial ante las potencias beligerantes". A su llegada, Genet fue recibido con júbilo por muchos ciudadanos, pero el gobierno lo trató con una fría formalidad. Indignado, Genet rompió la promesa de no usar como corsario (buque de guerra de propiedad privada comisionado para asaltar barcos de naciones enemigas) un navío británico capturado. Además amenazó con exponer su caso directamente ante el pueblo estadounidense, pasando por alto la autoridad del gobierno. Poco después, Estados Unidos solicitó al gobierno de Francia la retirada de ese personaje.

El incidente Genet provocó tirantez en las relaciones de Estados Unidos y Francia en una época en que las relaciones de los norteamericanos con Gran Bretaña distaban mucho de ser satisfactorias. La tropa británica seguía ocupando varios fuertes en el oeste; las propiedades tomadas por los soldados de la Corona en la Revolución no habían sido devueltas ni pagadas; y la armada inglesa capturaba los barcos estadounidenses que se dirigían a puertos franceses. Al parecer, los dos países se acercaban a una guerra. Washington comisionó al primer presidente de la Corte Suprema, John Jay, como su enviado especial a Londres. Jay negoció un tratado para el retiro de los soldados británicos de los fuertes occidentales, pero dejó que los británicos prosiguieran el tráfico de pieles con los indígenas en el noroeste. Londres no asumió compromiso alguno sobre posibles capturas de barcos en el futuro. Más aún, el tratado no se ocupó del enconado asunto de los

marinos estadounidenses "forzados" a servir en la Armada Real, impuso severas restricciones al comercio de Estados Unidos con las Antillas y aceptó la opinión de Gran Bretaña según la cual los alimentos, las provisiones navales y el material de guerra eran artículos de contrabando sujetos a incautación si se transportaban a puertos enemigos en buques de países neutrales.

El diplomático norteamericano Charles Pinckney tuvo más éxito en sus tratos con España. En 1795 negoció un importante tratado para zanjar la cuestión fronteriza de la Florida y dar acceso a los norteamericanos al puerto de Nueva Orleans bajo las condiciones impuestas por Estados Unidos. Al mismo tiempo, el tratado de Jay con los británicos reflejó la persistente debilidad estadounidense frente a una superpotencia mundial. Ese tratado fue muy impopular y sólo obtuvo el apoyo entusiasta de los federalistas que valoraban los nexos culturales y económicos con Gran Bretaña. Washington lo respaldó como la mejor negociación posible y el Senado lo aprobó después de un acalorado debate.

Las extravagancias del ciudadano Genet y el tratado de Jay demostraron tanto las dificultades que enfrentaba una nación pequeña y débil atrapada entre dos grandes potencias, como la amplia brecha que se abría entre los puntos de vista federalistas y republicanos. Para los federalistas, los republicanos que respaldaban la cada día más violenta y radical Revolución Francesa eran extremistas peligrosos ("jacobinos"); para los republicanos, los partidarios de la amistad con Inglaterra eran monárquicos que querían subvertir los derechos naturales de los estadounidenses. Los federalistas identificaban la virtud y el desarrollo nacional con el comercio; los republicanos pensaban que el destino de Estados Unidos era el de una vasta república agraria. Los planteamientos políticos de sus posiciones en conflicto habrían de ser cada día más vehementes.

ADAMS Y JEFFERSON

Washington se retiró en 1797 y declinó con firmeza la posibilidad de servir más de ocho años como jefe de la nación. Thomas Jefferson de Virginia (republicano) y John Adams (federalista) se disputaron la sucesión por el cargo. Adams obtuvo una estrecha victoria electoral. Sin embargo, desde el principio encabezó un partido y un gobierno divididos entre sus partidarios y los de su rival, Hamilton.

Adams se enfrentó a graves dificultades internacionales: Francia, irritada por el tratado de Jay con los británicos, adoptó la definición

de contrabando propuesta por aquél y empezó a incautar los barcos estadounidenses que se dirigían a Gran Bretaña. En 1797 Francia ya había capturado 300 barcos de Estados Unidos y había roto sus relaciones diplomáticas con este país. Cuando Adams envió tres comisionados a París para negociar, agentes del ministro del Exterior Charles Maurice de Talleyrand (a quienes Adams designó como X, Y y Z en su informe al Congreso) informaron a los norteamericanos que las negociaciones sólo podrían comenzar si Estados Unidos hacía un préstamo de 12 millones de dólares a Francia y sobornaba a ciertos funcionarios del gobierno francés. La hostilidad estadounidense hacia Francia subió de tono. Lo que se llegó a conocer como el Asunto XYZ dio lugar al alistamiento de tropa y al reforzamiento de la incipiente Marina de Guerra de EE.UU.

En 1799, al cabo de una serie de batallas navales con los franceses, la guerra parecía inevitable. En esa crisis, Adams rechazó las sugerencias de Hamilton, quien deseaba la guerra, y reinició las negociaciones con Francia. Napoleón, que acababa de asumir el poder, los recibió con cordialidad. El peligro de conflicto se desvaneció con la negociación de la Convención de 1800, por la cual Estados Unidos quedó formalmente liberado de su alianza de defensa de 1778 con Francia. Sin embargo, en vista de la debilidad norteamericana, Francia se negó a pagar 20 millones de dólares de indemnización por los buques estadounidenses capturados por su armada.

La hostilidad hacia Francia indujo al Congreso a aprobar las Leyes de Extranjería y Sedición, que tuvieron graves repercusiones sobre las libertades civiles en EE.UU. La Ley de Naturalización, que modificó de cinco a 14 años el requisito para obtener la ciudadanía, iba dirigida a los inmigrantes irlandeses y franceses sospechosos de apoyar a los republicanos. La Ley de Extranjería, que sólo estuvo en vigor dos años, otorgó facultades al presidente para expulsar o encarcelar a los extranjeros en tiempo de guerra. La Ley de Sedición prohibió todo escrito, discurso o publicación de índole "falaz, escandalosa y maliciosa" contra el Presidente o el Congreso.

Esas leyes fueron recibidas con resistencia. Jefferson y Madison patrocinaron la aprobación de las Resoluciones de Kentucky y Virginia por las legislaturas de esos dos estados en noviembre y diciembre de 1798. En una declaración extrema de los derechos de los estados, las resoluciones sostuvieron que éstos podían "interponer" sus opiniones a las decisiones federales y "anularlas".

Más tarde, la doctrina de la anulación sería esgrimida por los estados del sur en su resistencia a favor de los aranceles proteccionistas y, lo más ominoso, la esclavitud.

En 1800 el pueblo estadounidense ya estaba listo para un cambio. Bajo el mandato de Washington y Adams, los federalistas habían instituido un gobierno fuerte, pero a veces no respetaron el principio de que el gobierno nacional debe responder a la voluntad del pueblo y siguieron políticas que provocaron el alejamiento de grandes grupos. Por ejemplo, en 1798 promulgaron un impuesto sobre casas, tierras y esclavos que afectó a todos los dueños de propiedades del país.

Jefferson siempre había reunido tras sí una gran masa de pequeños agricultores, tenderos y otros trabajadores. Obtuvo una estrecha victoria en una elección disputada. En su discurso al asumir la presidencia, el primero en su tipo que se pronunciaría en la nueva capital de Washington, D.C., prometió "un gobierno prudente y frugal" para mantener el orden entre los habitantes, pero que, por lo demás, "éstos serían libres de dirigir sus propios afanes industriales y de progreso".

La sola presencia de Jefferson en la Casa Blanca propició procedimientos democráticos. Él enseñó y practicó la simplicidad democrática, evitando gran parte de la pompa y circunstancia de la presidencia. De acuerdo con la ideología republicana, hizo recortes drásticos a los gastos militares. Convencido de que Estados Unidos era un asilo para los oprimidos, logró que se aprobara una ley liberal de naturalización. Al final de su segundo periodo en el cargo, su previsor secretario del Tesoro, Albert Gallatin, ya había reducido la deuda nacional a menos de 560 millones de dólares. Gracias a su gran popularidad, Jefferson ganó con facilidad la reelección como Presidente.

LOUISIANA Y GRAN BRETAÑA

Uno de los actos de Jefferson duplicó la superficie del país. Al final de la Guerra de los Siete Años, Francia había cedido a España el territorio ubicado al oeste del río Mississippi. El acceso al puerto de Nueva Orleans, cerca de su desembocadura, era vital para el embarque de los productos del país provenientes de los valles de Ohio y del río Mississippi. Poco después que Jefferson asumió la presidencia, Napoleón obligó al debilitado gobierno de España a ceder de nuevo a Francia la gran extensión conocida como el territorio de Louisiana. Esa decisión llenó a los estadounidenses de

inquietud e indignación. Los planes de Francia, de tener un enorme imperio colonial junto a Estados Unidos, amenazaron seriamente el desarrollo futuro de este país. Jefferson afirmó que si Francia tomaba posesión de Louisiana, "en ese momento haremos causa común con la flota y la nación británicas".

Sin embargo, Napoleón perdió interés cuando los franceses fueron expulsados de Haití por una revuelta de esclavos. Sabiendo que otra guerra con Gran Bretaña era inminente, decidió vender Louisiana a Estados Unidos para llenar sus arcas nacionales y poner ese territorio fuera del alcance de los británicos. Esto colocó a Jefferson en un predicamento: la Constitución no confería facultades explícitas para la compra de territorios. Al principio el presidente quiso proponer una enmienda, pero una demora habría podido hacer que Napoleón cambiara de opinión. Advertido de que la facultad de comprar territorios estaba implícita en el poder de concertar tratados, Jefferson cedió y dijo que "la sensatez de nuestro país corregirá los males de una interpretación demasiado flexible cuando ésta produzca efectos adversos".

Estados Unidos realizó la "Compra de Louisiana" por 15 millones de dólares en 1803. Ésta abarcaba más de 2.600.000 kilómetros cuadrados y el puerto de Nueva Orleans. La nación ganó así una enorme extensión de ricos valles, montañas, bosques y sistemas fluviales que en menos de 80 años llegaría a ser el interior del país y un granero para el mundo.

Cuando Jefferson inició su segundo periodo en 1805, declaró la neutralidad de Estados Unidos en el conflicto entre Gran Bretaña y Francia. Aunque cada bando trató de restringir el comercio de los países neutrales con su rival, el control británico de los mares hizo que su interdicción y captura de barcos fuera mucho más grave que todas las medidas tomadas por la Francia napoleónica. Los comandantes navales británicos registraban habitualmente los navíos norteamericanos, incautaban barco y cargamento y se llevaban a los marineros pues los consideraban súbditos de la Corona. Además, a menudo alistaban marinos estadounidenses para su servicio.

Cuando Jefferson emitió una proclama ordenando el retiro de los buques de guerra británicos de las aguas territoriales de Estados Unidos, la reacción de Londres consistió en llevarse más marineros. Entonces Jefferson decidió usar la presión económica; en diciembre de 1807 el Congreso aprobó la Ley de Embargo, por la cual se prohibió todo el comercio exterior. Irónicamente, la ley requería

una autoridad policial fuerte y eso acrecentó mucho el poder del gobierno nacional. En el aspecto económico fue un desastre. Las exportaciones de Estados Unidos cayeron a la quinta parte de su volumen anterior en sólo un año. Las compañías marítimas casi se arruinaron con esa medida y el descontento arreció en Nueva Inglaterra y Nueva York. También los intereses agrícolas padecieron mucho. Los precios cayeron en forma drástica cuando los granjeros del sur y el oeste no pudieron exportar sus excedentes de cereal, algodón, carne y tabaco.

El embargo no llegó a causar en Gran Bretaña tantas penurias que la obligaran a cambiar de política. A medida que aumentó el descontento en el país, Jefferson optó por una medida más benigna que concilió en parte los intereses de los exportadores nacionales. A principios de 1809 firmó la Ley de No Intercambio, por la cual se autorizó el comercio con todos los países, salvo Gran Bretaña o Francia y sus dominios.

James Madison fue el sucesor de Jefferson en la presidencia en 1809. Las relaciones con Gran Bretaña empeoraban y los dos países se acercaban de prisa a la guerra. El Presidente presentó entonces al Congreso un informe detallado que incluía varios miles de casos de ciudadanos de EE.UU. que fueron obligados por los británicos a prestar servicio naval. A su vez, muchos estadounidenses eran partidarios de conquistar Canadá, suprimir la influencia británica en Norteamérica y cobrar venganza por el alistamiento forzoso y la represión comercial. El fervor bélico era predominante en 1812 y Estados Unidos declaró la guerra a Gran Bretaña el 18 de junio.

LA GUERRA DE 1812

La nación fue a la guerra sumamente dividida. A diferencia del sur y el oeste, que estaban a favor del conflicto, Nueva York y Nueva Inglaterra se oponían a él porque era nocivo para su comercio. Los cuerpos militares de Estados Unidos eran débiles. El ejército tenía menos de 7.000 soldados regulares, distribuidos en bases muy dispersas a lo largo de la costa, cerca de la frontera con Canadá y en las comarcas remotas del interior. Las milicias de los estados estaban mal entrenadas y eran indisciplinadas.

Las hostilidades empezaron con una invasión al Canadá que si se hubiera realizado en forma oportuna y eficaz, habría sido una acción concertada contra Montreal. Sin embargo toda la campaña se malogró y terminó con la ocupación de Detroit por los británicos. Pese a todo, la Marina de Guerra de EE.UU. también tuvo éxitos.

Además, corsarios estadounidenses invadieron el Atlántico y capturaron 500 naves británicas en los meses de otoño e invierno de 1812 y 1813.

La campaña de 1813 se centró en el lago Erie. El general William Henry Harrison — que más tarde sería Presidente — encabezó un ejército de milicianos, voluntarios y soldados regulares de Kentucky con el objetivo de reconquistar Detroit. El 12 de septiembre, cuando él estaba todavía en la región alta de Ohio, recibió la noticia de que el comodoro Oliver Hazard Perry había aniquilado a la flota británica en el lago Erie. Harrison ocupó Detroit y siguió su avance hasta Canadá, derrotando en el río Támesis a los británicos que huían con sus aliados indígenas. Así fue como toda la región quedó bajo el control norteamericano.

Un año después, el comodoro Thomas Macdonough venció en un duelo a boca de jarro a una flotilla británica en el lago Champlain, en la parte alta de Nueva York. Privada de apoyo naval, una fuerza invasora británica de 10.000 hombres se retiró a Canadá. Sin embargo, la flota de Gran Bretaña recibió la orden de "destruir y arrasar" y se dedicó a hostigar el litoral del este. La noche del 24 de agosto de 1814, una fuerza expedicionaria derrotó a la milicia estadounidense, se dirigió a Washington, D.C. y le prendió fuego. El presidente James Madison huyó a Virginia.

Negociadores de Gran Bretaña y Estados Unidos sostuvieron conversaciones en Europa. Sin embargo los enviados británicos, al saber de la victoria de Macdonough en el lago Champlain, aceptaron hacer concesiones. Ante el agotamiento de sus arcas nacionales, en gran parte por los altos costos de las guerras napoleónicas, los negociadores británicos aceptaron el Tratado de Gante en diciembre de 1814. En él se acordó el cese de hostilidades, la restauración de las conquistas y la creación de una comisión para resolver las disputas fronterizas. Sin saber que ya se había firmado un tratado de paz, ambos bandos siguieron luchando hasta 1815 cerca de Nueva Orleans, Louisiana. Bajo el mando del general Andrew Jackson, los estadounidenses obtuvieron allí la mayor victoria de la guerra en tierra firme y eso puso fin, de una vez por todas, a las esperanzas británicas de restablecer su influencia continental al sur de la frontera de Canadá.

Mientras británicos y estadounidenses negociaban un acuerdo, delegados federalistas elegidos por las legislaturas de Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, Vermont y Nueva Hampshire se reunieron en Hartford, Connecticut para expresar su

oposición a "la guerra del Sr. Madison". Nueva Inglaterra se ingenió para comerciar con el enemigo durante todo el conflicto y, de hecho, algunas regiones prosperaron con ese comercio. No obstante, los federalistas se quejaron de que la guerra estaba llevando la economía a la ruina. Ante el telón de fondo de la posibilidad de una separación de la Unión, la convención propuso una serie de enmiendas constitucionales para proteger los intereses de Nueva Inglaterra. En lugar de eso, el final de la guerra, interrumpida por la aplastante victoria en Nueva Orleans, imprimió en los federalistas un estigma de deslealtad del que nunca lograron recuperarse.

EL SEGUNDO GRAN DESPERTAR

Al final del siglo XVIII muchos estadounidenses instruidos ya no profesaban la fe cristiana tradicional. Como reacción al secularismo de la época, en la primera mitad del siglo XIX se propagó un renacimiento religioso hacia el oeste.

Ese "Segundo Gran Despertar" consistió en actividades que variaron según la localidad y la expresión de su compromiso religioso. En Nueva Inglaterra, el renovado interés por la religión inspiró una oleada de activismo social. El espíritu de renovación propició el surgimiento de nuevas denominaciones en el oeste de Nueva York. En la región apalache de Kentucky y Tennessee, el reavivamiento fortaleció a metodistas y bautistas y dio lugar a una nueva forma de expresión de la fe: la reunión religiosa al aire libre.

En contraste con el Gran Despertar de la década de 1730, el rasgo más notable del reavivamiento en el este del país fue la ausencia de histeria y emotividad explícita. De hecho los no creyentes se sentían impresionados por el "respetuoso silencio" de quienes daban testimonio de su fe. Del entusiasmo evangélico de Nueva Inglaterra surgieron sociedades misioneras con miembros de distintas denominaciones, creadas para evangelizar el oeste. Los miembros de esas sociedades no sólo actuaron como apóstoles de la fe, sino también como educadores, dirigentes cívicos y exponentes de la cultura urbana del este. Las sociedades educativas y de publicaciones promovieron la educación cristiana; la más notable de ellas fue la Sociedad Bíblica de Estados Unidos, fundada en 1816. El activismo social inspirado por el reavivamiento dio lugar a varios grupos de lucha contra la esclavitud, a la Sociedad para el Fomento de la Moderación y a campañas a favor de la reforma en las cárceles y la atención a minusválidos y enfermos mentales.

El oeste de Nueva York, desde el lago Ontario hasta las montañas Adirondack, había sido escenario de tantas renovaciones religiosas en el pasado, que llegó a ser conocido como "el distrito consumido por el fuego". La figura dominante allí fue Charles Gradison Finney, un abogado que tuvo una revelación religiosa y se propuso predicar el evangelio. Sus actos de reavivamiento se distinguieron por la cuidadosa planificación, la habilidad escénica y la publicidad. Finney predicó en "el

distrito consumido por el fuego" toda la década de 1820 y los primeros años de la siguiente. Después se fue a Ohio en 1835 para impartir una cátedra de teología en la Escuela Superior Oberlin, de la que más tarde fue rector.

Otras dos denominaciones religiosas importantes de Estados Unidos — los mormones y los adventistas del séptimo día — fueron fundadas también en "el distrito consumido por el fuego".

En la región apalache, el reavivamiento adoptó rasgos similares al Gran Despertar del siglo anterior. Sin embargo en este caso el corazón mismo del proceso fue la reunión al aire libre, un servicio religioso que duraba varios días para un grupo de fieles que acampaban en el lugar porque estaban lejos de sus casas. El júbilo de tomar parte en un acto de reavivamiento religioso con cientos o quizá miles de personas inspiró los bailes, gritos y cánticos asociados a esos eventos. La mayor reunión religiosa al aire libre fue tal vez la que se realizó en agosto de 1801 en Cane Ridge, Kentucky.

El gran reavivamiento se propagó con rapidez en todo Kentucky, Tennessee y el sur de Ohio, y sus mayores beneficiarios fueron los metodistas y bautistas. Cada denominación tenía ventajas que le permitían prosperar en la frontera. Los metodistas contaban con una organización muy eficaz, cuya base eran ministros — conocidos como viajeros de circuito — que buscaban adeptos en las comarcas remotas de la frontera. Los bautistas no tenían una organización eclesiástica formal; sus predicadores eran granjeros que después de oír "el llamado" de Dios, estudiaban la Biblia y fundaban una iglesia, la cual les confería entonces el sacerdocio. De esas iglesias surgieron otros candidatos al ministerio que establecieron su presencia en sitios aún más inexplorados. Con esos métodos los bautistas llegaron a tener la primacía en todos los estados fronterizos y en la mayor parte del sur del país.

El Segundo Gran Despertar tuvo un profundo efecto en la historia de Estados Unidos. La fuerza numérica de los bautistas y metodistas aumentó en relación con las denominaciones que predominaban en el periodo colonial, es decir, los anglicanos, presbiterianos y congregacionistas. Las diferencias cada día mayores que surgían en el seno del protestantismo estadounidense reflejaron el crecimiento y la diversidad de una

nación en expansión.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 5: EXPANSIÓN HACIA EL OESTE Y DIFERENCIAS REGIONALES

"Márchate al oeste, hombre joven, y crece con el país".

-- Director de periódico
Horace Greeley, 1851

CONSTRUCCIÓN DE LA UNIDAD

La Guerra de 1812 fue, en cierto modo, una segunda guerra de independencia que confirmó de una vez por todas el rompimiento de Estados Unidos con Inglaterra. Cuando esa guerra terminó, muchas de las graves dificultades que la joven república había encarado desde la Revolución desaparecieron. La unión nacional bajo la Constitución estableció un equilibrio entre libertad y orden. Con una deuda nacional baja y todo un continente en espera de ser explorado, se abrió a la nación una perspectiva de paz, prosperidad y progreso social.



Recolección de trigo con una máquina combinada tirada por caballos en el Oeste Medio en el siglo XIX. (© Bettmann/CORBIS)

El comercio aglutinó la unidad nacional. Las privaciones de la guerra convencieron a muchos de la importancia de proteger al sector manufacturero del país hasta que pudiera enfrentarse por sí solo a la competencia extranjera. Muchos decían que la independencia económica era tan esencial como la independencia política. Para alentar la autosuficiencia, los líderes del Congreso Henry Clay de Kentucky y John C. Calhoun de Carolina del Sur recomendaron una política de proteccionismo (es decir, la imposición de restricciones a los productos importados, para fomentar el desarrollo de la industria nacional).

El momento era propicio para elevar los aranceles aduaneros. Los pastores de Vermont y Ohio pedían protección contra el arribo de la lana inglesa. Pittsburgh, Pennsylvania, que ya era un floreciente centro de la industria siderúrgica, estaba ansiosa de desafiar a los

proveedores de hierro británicos y suecos. El arancel aprobado en 1816 impuso derechos bastante altos para dar protección efectiva a los fabricantes.

Además, los habitantes del oeste querían un sistema nacional de caminos y canales que los comunicara con ciudades y puertos del este y pugnaban por que las tierras fronterizas se abrieran a la colonización. Sin embargo, no tuvieron éxito en sus demandas de que el gobierno federal participara en el mejoramiento del país, pues tropezaron con la oposición de Nueva Inglaterra y del sur. Los caminos y canales siguieron siendo competencia exclusiva de los estados antes que se aprobara la Ley Federal de Ayuda para Carreteras de 1916.

La posición del gobierno federal en esa época se reforzó mucho con varios veredictos de la Corte Suprema. Un federalista comprometido de Virginia, John Marshall, fue nombrado presidente de ese tribunal en 1801 y siguió en el cargo hasta su muerte en 1835. Con él la Corte — que antes de su administración era débil — se transformó en un tribunal poderoso y se elevó a un plano de igualdad con el Congreso y el Presidente. En una serie de decisiones históricas, Marshall estableció el poder de la Corte Suprema y fortaleció al gobierno nacional.

Marshall fue el primero en la larga lista de jueces de la Corte Suprema cuyos dictámenes han moldeado el significado y la aplicación de la Constitución. Al final de su largo servicio, la Corte había juzgado casi 50 casos que se referían claramente a temas constitucionales. En uno de sus veredictos más célebres — *Marbury v. Madison* (1803) — Marshall estableció decisivamente el derecho de la Corte Suprema a revisar la constitucionalidad de cualquier ley del Congreso o de las legislaturas estatales. En *McCulloch v. Maryland* (1819), él defendió con audacia la tesis hamiltoniana de que la Carta Magna otorga al gobierno otros poderes además de los expresamente declarados.

EXPANSIÓN DE LA ESCLAVITUD

La esclavitud, que hasta entonces había recibido poca atención pública, empezó a cobrar mucha más importancia como asunto nacional. En los primeros años de la república, cuando los estados del norte dispusieron la emancipación inmediata o gradual de los esclavos, muchos líderes supusieron que la esclavitud desaparecería. En 1786, George Washington escribió sobre su intenso deseo de que fuera posible adoptar algún plan "por el cual

la esclavitud pudiera ser abolida en forma gradual, lenta, segura e imperceptible". Los virginianos Jefferson, Madison y Monroe y otros importantes estadistas del sur hicieron declaraciones similares.

La Ordenanza del Noroeste de 1787 había proscrito la esclavitud en ese territorio. Todavía en 1808, cuando el tráfico internacional de esclavos fue abolido, muchos sureños pensaron que la esclavitud terminaría pronto. Sus expectativas fueron falsas pues en la siguiente generación, a medida que nuevos factores económicos hicieron de la esclavitud un negocio mucho más lucrativo que antes de 1790, el sur se unió firmemente en defensa de esa institución.

Entre los nuevos factores destacó el ascenso de una gran industria del cultivo de algodón en el sur, estimulada por la introducción de nuevos tipos de algodón y por la invención de la máquina desmotadora de Eli Whitney en 1793, que permitió separar la semilla de la fibra. Al mismo tiempo la Revolución Industrial, que hizo de la manufactura de textiles una operación en gran escala, acrecentó mucho la demanda de algodón en rama. Y la apertura de nuevas tierras en el oeste desde 1812 amplió en gran medida el área disponible para el cultivo del producto. La cultura del algodón se expandió de prisa de los estados de la costa este a gran parte del bajo sur, a la región del delta del Mississippi y por último a Texas.

La caña de azúcar, otro cultivo intensivo en mano de obra, contribuyó también a propagar la esclavitud en el sur. Las ricas tierras cálidas del sur de Louisiana eran ideales para cultivar la caña en plan lucrativo. En 1830 el estado proveía casi la mitad del azúcar que el país consumía. Por último, los productores de tabaco se mudaron al oeste y llevaron consigo la esclavitud.

A medida que la sociedad libre del norte y la sociedad esclavista del sur se propagaron al oeste, pareció políticamente conveniente mantener cierto equilibrio entre los nuevos estados fundados en los territorios occidentales. En 1818, cuando Illinois fue admitido en la Unión, 10 estados permitían la esclavitud y 11 la prohibían; sin embargo, el equilibrio se restableció cuando Alabama fue admitido como estado esclavista. La población crecía más aprisa en el norte y eso permitió que los estados de esa región tuvieran una clara mayoría en la Cámara de Representantes. Sin embargo, el equilibrio entre norte y sur persistió en el Senado.

Missouri, que tenía 10.000 esclavos, solicitó su ingreso a la Unión en 1819. Los norteños se opusieron en masa a la admisión de esa

entidad si no era como estado libre y una tormenta de protestas se desató en el país. El Congreso estuvo estancado un tiempo hasta que Henry Clay concertó lo que se conoce como el Compromiso de Missouri: al mismo tiempo que Missouri fue admitido como estado esclavista, Maine llegó como estado libre. Además, el Congreso prohibió la esclavitud en los territorios adquiridos con la Compra de Louisiana, al norte del límite meridional de Missouri. En esa época, la disposición fue interpretada como una victoria de los estados del sur pues se creía improbable que ese "gran desierto norteamericano" llegara a ser colonizado algún día. La controversia se resolvió por un tiempo, pero Thomas Jefferson le escribió a un amigo: "Esta interrogante trascendental me despertó a medianoche lleno de terror, como una alarma de incendio. La consideré en seguida como un presagio ominoso para la Unión".

AMÉRICA LATINA Y LA DOCTRINA MONROE

En los primeros decenios del siglo XIX, Centro y Sudamérica hicieron la revolución. La idea de la libertad empezó a bullir en los pueblos de América Latina desde que las colonias inglesas lograron su emancipación. La conquista de España y Portugal por Napoleón en 1808 fue la señal para que los latinoamericanos iniciaran la rebelión. Ya en 1822, bajo la hábil dirección de Simón Bolívar, Francisco Miranda, José de San Martín y Miguel Hidalgo, la mayor parte de Hispanoamérica — desde Argentina y Chile en el sur hasta México en el norte — había ganado la independencia.

El pueblo de Estados Unidos tuvo un profundo interés por lo que parecía ser una repetición de su propia experiencia al liberarse del gobierno europeo. En 1822 el presidente James Monroe, bajo una intensa presión pública, fue autorizado para reconocer a los nuevos países de Latinoamérica y pronto estableció relaciones diplomáticas con ellos. Al hacerlo ratificó el carácter de éstos como países genuinamente independientes, separados por completo de sus viejos nexos con Europa.

En esa misma época, Rusia, Prusia y Austria formaron una asociación llamada la Santa Alianza para protegerse de revoluciones. Al intervenir en los países donde los movimientos populares amenazaban a las monarquías, la Alianza — a la cual se unió la Francia posnapoleónica — esperaba impedir que la revolución se propagara. Esa política era la antítesis del principio estadounidense de autodeterminación.

Mientras la Santa Alianza limitó sus actividades al Viejo Mundo no

provocó ansiedad en Estados Unidos, pero cuando la Alianza anunció su intención de devolver a España sus antiguas colonias, los estadounidenses se preocuparon mucho. Gran Bretaña, para la cual el comercio con América Latina llegó a ser muy importante, decidió impedir esa acción. Londres instó a hacer extensivas a Latinoamérica las garantías anglo-estadounidenses, pero el secretario de Estado John Quincy Adams convenció a Monroe de que actuara en plan unilateral: "Sería más sincero y también más digno hacer valer nuestros principios explícitamente ante Rusia y Francia, que presentarnos como una barquilla arrastrada por la estela del gran buque de guerra británico".

En diciembre de 1823, con pleno conocimiento de que la armada de Gran Bretaña defendería a América Latina contra la Santa Alianza y Francia, el presidente Monroe aprovechó su mensaje anual al Congreso para proclamar lo que se llegaría a conocer como la Doctrina Monroe, es decir, la negativa a tolerar cualquier futura ampliación del dominio europeo en América:

En lo sucesivo, el continente americano... no deberá ser considerado como sujeto de futura colonización por ninguna de las potencias europeas.

Interpretaremos todo intento de su parte por extender su sistema [político] a cualquier porción de este hemisferio como un peligro para nuestra propia paz y seguridad.

No hemos intervenido ni vamos a intervenir en las colonias o dependencias existentes de potencia europea alguna. Pero en el caso de los gobiernos que han declarado su independencia y la han mantenido, y cuya independencia ha sido reconocida por nosotros,... cualquier intervención de una potencia europea con el propósito de oprimirlos o controlar en alguna otra forma su destino no podrá ser interpretada por nosotros bajo otra luz que no sea la manifestación de una actitud poco amistosa hacia Estados Unidos.

La Doctrina Monroe expresó un espíritu de solidaridad con las repúblicas de América Latina que acababan de lograr su independencia. A su vez, en muchos casos esas naciones reconocieron su afinidad política con Estados Unidos al basar sus nuevas constituciones en el modelo de este país.

FACCIONALISMO Y PARTIDOS POLÍTICOS

En el ámbito interno, la presidencia de Monroe (1817-1825) fue descrita como "la era de los buenos sentimientos". Esta frase reconoció el triunfo político del Partido Republicano sobre el Partido Federalista, el cual se había derrumbado como fuerza nacional. Al mismo tiempo, en esa época hubo intensos conflictos entre

facciones y regiones.

La caída de los federalistas condujo a un breve periodo de política facciosa y alteró la práctica de elegir a los candidatos presidenciales en reuniones electorales preliminares del partido, en el Congreso. Por un tiempo, las legislaturas de los estados designaron candidatos. En 1824 Tennessee y Pennsylvania escogieron como candidato a Andrew Jackson y al senador por Carolina del Sur, John C. Calhoun, como su compañero de fórmula; Kentucky escogió al líder de la cámara, Henry Clay; Massachusetts al secretario de Estado John Quincy Adams, hijo del segundo Presidente, John Adams. Una asamblea partidista en el Congreso, ridiculizada por muchos como no democrática, propuso al secretario del Tesoro William Crawford.

La personalidad y las alianzas sectoriales fueron factores importantes para el resultado de la elección. Adams ganó los votos electorales de Nueva Inglaterra y casi todos los de Nueva York; Clay obtuvo los de Kentucky, Ohio y Missouri; Jackson triunfó en el sureste, Illinois, Indiana, las Carolinas, Pennsylvania, Maryland y Nueva Jersey; y Crawford se impuso en Virginia, Georgia y Delaware. Como ninguno de los candidatos obtuvo la mayoría en el Colegio Electoral, se actuó de acuerdo a lo dispuesto en la Constitución y la elección quedó en manos de la Cámara de Representantes, donde Clay era el personaje más influyente. Él dio su apoyo a Adams y éste ganó la presidencia.

Durante el gobierno de Adams surgieron nuevas lealtades partidistas. Sus seguidores, algunos de los cuales eran ex federalistas, adoptaron el nombre de "republicanos nacionales" para manifestar su apoyo a un gobierno federal que asumiera un papel vigoroso en el desarrollo de una nación en expansión. Aunque gobernó con honradez y eficacia, Adams no fue un presidente popular; fracasó en su intento de instituir un sistema nacional de caminos y canales. Su frío temperamento intelectual no le permitió ganar amigos. En cambio, Jackson tenía un enorme atractivo popular y una organización política sólida. Sus seguidores se unieron para formar el Partido Demócrata, que se decía descendiente directo del Partido Demócrata-Republicano de Jefferson y, en general, suscribía los principios del gobierno pequeño y descentralizado. Con una fuerte campaña contra Adams, ellos acusaron al Presidente de un "trato corrupto" para nombrar a Clay secretario de Estado. Jackson derrotó a Adams en la elección de 1828 por una aplastante mayoría electoral.

Jackson — un político de Tennessee que combatía a los norteamericanos nativos en la frontera sur y fue héroe de la Batalla de Nueva Orleans en la Guerra de 1812 — encontró apoyo entre la "gente común". Llegó a la presidencia en una creciente oleada de entusiasmo por la democracia popular. La elección de 1828 fue un importante punto de referencia en la tendencia hacia una participación electoral más amplia. Para entonces, la mayoría de los estados ya habían concedido el sufragio universal a los varones blancos o habían minimizado el requisito de tener propiedades para poder votar. Todavía en 1824, los miembros del Colegio Electoral de seis estados eran seleccionados por las legislaturas estatales. En 1828, los electores presidenciales eran escogidos por voto popular en todos los estados, salvo Delaware y Carolina del Sur. Estos acontecimientos fueron producto del sentimiento generalizado de que el pueblo debía gobernar y que el gobierno de las elites tradicionales había llegado a su fin.

LA CRISIS DE LA ANULACIÓN

Hacia el final de su primer periodo en el cargo, Jackson se vio obligado a polemizar con el estado de Carolina del Sur, el más importante de los estados algodoneros emergentes del sureste, sobre el tema del arancel proteccionista. Los intereses empresariales y agrícolas de esa entidad tenían la esperanza de que el Presidente usara su poder para modificar la ley de 1828 a la cual llamaban "el arancel de las abominaciones". A su juicio, todas las ventajas de esa protección eran para el sector manufacturero del norte, mientras el agro de Carolina del Sur se empobrecía. En 1828 John C. Calhoun, el político más destacado del estado — y vicepresidente de Jackson hasta su dimisión en 1832 —, afirmó en su *South Carolina Exposition and Protest (Exposición y protesta de Carolina del Sur)* que los estados tenían derecho de anular cualquier legislación nacional opresiva.

En 1832 el Congreso aprobó y Jackson firmó un proyecto de ley que reducía el arancel de 1828, pero eso no bastó para satisfacer a la mayoría de los habitantes de Carolina del Sur. El estado adoptó una Ordenanza de Anulación, por la cual declaró nulos y sin efecto los aranceles de 1828 y 1832 dentro de sus fronteras. Su legislatura aprobó también leyes para implementar la ordenanza, entre ellas la autorización para formar una fuerza militar y partidas para adquirir armas. La anulación era un recurso largamente establecido como protesta contra lo que se percibía como excesos del gobierno federal. Jefferson y Madison lo habían propuesto en las

Resoluciones de Kentucky y Virginia de 1798 en protesta por las Leyes de Extranjería y Sedición. Sin embargo, en realidad nunca había intentado un estado la anulación. La joven nación se enfrentaba a la crisis más peligrosa hasta esa fecha.

En respuesta a la amenaza de Carolina del Sur, Jackson envió a Charleston siete navíos pequeños y un buque de guerra en noviembre de 1832. El 10 de diciembre, él mismo expidió una clamorosa proclama contra los partidarios de la anulación. El Presidente declaró que Carolina del Sur se había colocado "al borde de la insurrección y la traición" y exhortó a la población del estado a reiterar su lealtad a la Unión.

Cuando se volvió a plantear en el Congreso la cuestión de los derechos arancelarios, el senador Henry Clay, rival político de Jackson, gran partidario del proteccionismo y defensor de la Unión, propuso una medida de compromiso. El proyecto de ley arancelaria de Clay, aprobado sin dilación en 1833, especificó que todos los derechos superiores al 20 por ciento del valor de los bienes importados debían reducirse año tras año, de modo que en 1842 los derechos de todos los artículos tuvieran el mismo nivel que el moderado arancel de 1816. Al mismo tiempo, el Congreso aprobó una Ley de Fuerza por la cual se autorizó al Presidente a usar la fuerza militar para imponer el cumplimiento de la ley.

Carolina del Sur esperaba recibir el apoyo de otros estados meridionales, pero en realidad estaba aislada. (Su aliado más probable, el gobierno del estado de Georgia, quería y obtuvo el apoyo de las fuerzas armadas del país para expulsar de su territorio a las tribus norteamericanas nativas.) A la postre, Carolina del Sur se retractó de su decisión. Sin embargo ambos bandos cantaron victoria: Jackson defendió con firmeza a la Unión; y Carolina del Sur, con su alarde de resistencia, vio cumplidas muchas de sus demandas y demostró que un solo estado podía imponer su voluntad sobre el Congreso.

LA BATALLA POR EL BANCO

Si bien es cierto que la crisis de la anulación llevaba las semillas de la guerra civil, no fue tanto un problema político crítico sino una enconada lucha para que siguiera existiendo el banco central de la nación, el segundo banco de Estados Unidos. El primer banco, fundado en 1791 bajo la guía de Alexander Hamilton, fue constituido para un periodo de 20 años. Aunque el gobierno poseía algunas acciones, el banco, a semejanza del Banco de Inglaterra y

otros bancos centrales de la época, era una corporación privada cuyas ganancias las recibían sus accionistas. Su función pública era actuar como depositario de los fondos que el gobierno recibía, hacer a éste préstamos a corto plazo y, sobre todo, establecer una moneda firme, negándose a aceptar a su valor nominal los billetes (papel moneda) que los bancos registrados por los estados emitían más allá de su capacidad de pago.

Para los círculos financieros y comerciales del noreste, el banco central era un ejecutor necesario de políticas monetarias prudentes, pero desde el principio fue recibido con resentimiento por la población del sur y el oeste y por los trabajadores, quienes creían que su prosperidad y el desarrollo regional dependían de una amplia reserva de dinero y crédito. El Partido Republicano de Jefferson y Madison dudaba de su constitucionalidad. Cuando su acta constitutiva expiró, en 1811, no fue renovada.

En los años siguientes, los asuntos bancarios quedaron en manos de bancos constituidos por el estado que emitieron moneda en montos excesivos, lo cual creó gran confusión y fomentó la inflación. Cada día era más patente que los bancos estatales no eran capaces de dar una moneda fiable al país. En 1816 fue instituido un segundo Banco de Estados Unidos, similar al primero, también con vigencia de 20 años. Desde su creación, el segundo banco no tuvo aceptación en los estados y territorios más recientes, sobre todo entre los banqueros estatales y locales que resentían su monopolio virtual del crédito y el circulante de la nación, ni tampoco entre la población menos próspera de todo el país, la cual creía que el banco defendía los intereses de la minoría rica.

En términos generales, el banco fue administrado con acierto y prestó un valioso servicio, pero Jackson compartía desde tiempo atrás la desconfianza republicana hacia los círculos financieros. Elegido como tribuno del pueblo, consideró que el aristocrático gerente del banco, Nicholas Biddle, sería un blanco fácil. Cuando los partidarios del banco en el Congreso pugnaron por la renovación temprana de su registro, Jackson respondió con un punzante veto en el que denunció el monopolio y los privilegios especiales. Los esfuerzos para invalidar el veto fueron inútiles.

En la campaña presidencial siguiente, el tema del banco reveló una división fundamental. Los intereses mercantiles, fabriles y financieros estaban a favor de la solidez monetaria. Los banqueros y empresarios regionales en ciernes querían una mayor oferta de dinero y tasas de interés más bajas. Otras clases deudoras, sobre

todo los granjeros, compartían esos sentimientos. Jackson y sus partidarios dijeron que el banco central era un "monstruo" y aquél transitó suavemente hacia una fácil victoria electoral sobre Henry Clay.

El Presidente interpretó su triunfo como un mandato popular para aplastar al banco central en forma definitiva. En septiembre de 1833 ordenó que no se depositara más dinero del gobierno en el banco y que los fondos ya confiados a su custodia se retiraran poco a poco. El gobierno depositó sus fondos en bancos estatales seleccionados a los que la oposición llamó "bancos mascotas".

En la siguiente generación, Estados Unidos tuvo un sistema de banca relativamente no regulado que ayudó a alentar la expansión hacia el oeste con sus créditos baratos, pero hizo al país vulnerable a episodios periódicos de pánico. No fue sino hasta la fundación del sistema de la Reserva Federal en 1913 cuando la nación volvió a tener un banco central.

WHIGS, DEMÓCRATAS Y LOS "YO NO SÉ NADA"

A la postre los opositores políticos de Jackson, unidos por algo más que su oposición a éste, se concentraron en un partido común conocido como los whigs, término británico que significa oposición al "régimen monárquico"; en este caso, el de Jackson. En gran parte por el magnetismo personal de Henry Clay y Daniel Webster, los estadistas más brillantes de los whigs, el partido logró consolidar a sus afiliados. Sin embargo, en la elección de 1836 el partido estaba todavía demasiado dividido para unirse y apoyar a un solo hombre. Martin Van Buren de Nueva York, el vicepresidente de Jackson, ganó la contienda.

Una depresión económica y la personalidad imponente de su predecesor oscurecieron los méritos de Van Buren. Sus actos públicos no despertaron entusiasmo porque no tenía ni las cualidades convincentes de líder ni la aureola dramática que Jackson exhibía en todos sus actos. La elección de 1840 encontró al país en una época de dificultades y bajos salarios... y los demócratas estaban a la defensiva.

El candidato whig a la presidencia, William Henry Harrison de Ohio, era muy popular como héroe de los conflictos contra los norteamericanos nativos y la Guerra de 1812. Él fue promovido, igual que Jackson, como representante del oeste democrático. Su candidato a la vicepresidencia fue John Tyler, un virginiano cuyas

opiniones sobre los derechos de los estados y los aranceles bajos eran populares en el sur. Harrison obtuvo una clamorosa victoria.

Sin embargo, Harrison murió a los 68 años de edad, a menos de un mes de haber ocupado el cargo, y Tyler asumió la presidencia. Las opiniones de éste eran muy distintas a las de Clay y Webster, quienes seguían siendo los hombres más influyentes del Congreso. El resultado fue una clara ruptura entre el nuevo Presidente y el partido que lo eligió. La presidencia de Tyler tendría pocos logros además de dejar definitivamente establecido que si un Presidente muere, el vicepresidente asume el cargo con plenos poderes por el resto del periodo.

Los estadounidenses estaban divididos en otros aspectos más complejos. El gran número de inmigrantes católicos llegados en la primera mitad del siglo XIX, sobre todo de Irlanda y Alemania, provocó la violenta reacción de los protestantes nacidos en Norteamérica. Los inmigrantes trajeron a las tierras de América costumbres nuevas y prácticas religiosas extrañas; les disputaban a los estadounidenses de nacimiento los empleos en las ciudades del litoral del este. La llegada del sufragio universal para los varones blancos en las décadas de 1820 y 1830 les dio más influencia política. Los políticos patricios desplazados achacaron su pérdida de poder a los inmigrantes. El hecho de que la Iglesia Católica no hubiera apoyado el movimiento pro moderación dio lugar a la acusación de que Roma trataba de subvertir a Estados Unidos por medio del alcohol.

La más importante de las organizaciones que surgieron en esa época a favor de los nacidos en el país fue una sociedad secreta, la Orden del Pendón Tachonado de Estrellas, fundada en 1849. Como sus miembros se negaban a identificarse, pronto se les aplicó el mote de los "yo no sé nada". En pocos años se convirtieron en una organización nacional con un poder político considerable.

Los "yo no sé nada" recomendaban ampliar de cinco a 21 años el periodo de residencia necesario para la naturalización, y excluir de los cargos públicos a los nacidos en el extranjero y a los católicos. Lograron el control de las legislaturas de Nueva York y Massachusetts en 1855; para entonces, unos 90 congresistas de la nación tenían nexos con ese partido. Ese fue su mejor momento. Poco después, la creciente crisis entre el norte y el sur en torno a la expansión de la esclavitud dividió fatalmente al partido e hizo que se consumiera junto con los viejos debates entre whigs y demócratas que dominaron la política estadounidense en el

segundo cuarto del siglo XIX.

LOS PRIMEROS INDICIOS DE REFORMA

La insurrección democrática en la política, ejemplificada en la elección de Jackson, no fue más que una fase de la larga jornada de Estados Unidos en busca de más derechos y oportunidades para todos los ciudadanos. Otra fase fue el inicio de la organización sindical, sobre todo de los trabajadores calificados y semicalificados. En 1835 la fuerza de trabajo de Filadelfia, Pennsylvania, logró acortar la antigua jornada "de sol a sol" a un día laboral de 10 horas. Ya en 1860 el nuevo día laboral se había vuelto ley en varios estados y era una norma de aceptación general.

La ampliación del sufragio ya había dado lugar a un nuevo concepto de educación. Estadistas preclaros de todas las latitudes entendieron que el sufragio universal requería de un electorado informado y alfabetizado. Organizaciones de trabajadores exigieron la creación de escuelas gratuitas para todos los niños, pagadas con los impuestos. En uno a uno de los estados se promulgó gradualmente la legislación necesaria para impartir ese tipo de educación gratuita. El liderazgo de Horace Mann en Massachusetts fue especialmente eficaz. El sistema de escuelas públicas se generalizó en todo el norte. Sin embargo, en otras regiones del país, la batalla a favor de la educación pública prosiguió varios años.

Otro movimiento social surgido en ese periodo que tuvo mucha influencia fue la oposición a la venta y consumo de alcohol, es decir, el movimiento a favor de la moderación. Éste surgió de diversas inquietudes y motivos: creencias religiosas, el efecto del alcohol en la fuerza de trabajo y la violencia y maltrato que padecían mujeres y niños a manos de varones ebrios. En 1826 varios ministros de Boston fundaron la Sociedad para el Fomento de la Templanza. Siete años después, en Filadelfia, la Sociedad convocó una convención nacional en la cual se formó la Unión Estadounidense de la Moderación. Ésta abogó por la prohibición de todo tipo de bebidas alcohólicas y presionó a las legislaturas de los estados para que proscribieran su fabricación y venta. Aunque 13 estados las habían aceptado en 1855, esas leyes fueron impugnadas después en la corte. Sólo sobrevivieron en el norte de Nueva Inglaterra, pero entre 1830 y 1860, el movimiento pro moderación redujo el consumo de alcohol per cápita entre los estadounidenses.

Otros reformadores se ocuparon de los problemas de las cárceles y la atención de los enfermos mentales. Se hicieron esfuerzos para convertir a las cárceles, enfocadas en el castigo, en penitenciarías donde se intenta rehabilitar a los reos. En Massachusetts, Dorothea Dix encabezó una lucha para mejorar la situación de los enfermos mentales que eran confinados en siniestros asilos y prisiones. Después de lograr ciertas mejoras en Massachusetts, ella siguió su campaña en el sur, donde nueve estados fundaron hospitales para enfermos mentales entre 1845 y 1852.

LOS DERECHOS DE LA MUJER

Esas reformas sociales hicieron que muchas mujeres se percataran de su situación de desigualdad en la sociedad. Desde la época colonial, las mujeres solteras habían gozado de muchos derechos legales idénticos a los de los hombres, pero la costumbre exigía que se casaran a temprana edad. Con el matrimonio, las mujeres perdían casi por completo su identidad individual ante la ley; no se les permitía votar y, en los siglos XVII y XVIII, su educación se reducía casi por completo a lectura, escritura, música, danza y labores de aguja.

El despertar de la mujer en Estados Unidos empezó con la visita de la conferenciante y periodista escocesa Frances Wright, quien defendió públicamente los derechos de la mujer en todo el país en la década de 1820. En una época en que a la mujer se le prohibía hablar en público, Wright no sólo habló, sino escandalizó al auditorio con sus opiniones a favor del derecho de la mujer a buscar información sobre control de la natalidad y divorcio. En la década de 1840 surgió un movimiento estadounidense a favor de los derechos de la mujer. Su líder más notable fue Elizabeth Cady Stanton.

En 1848 Cady Stanton y su colega Lucretia Mott organizaron una convención sobre los derechos de la mujer — la primera en la historia del mundo — en Seneca Falls, Nueva York. Las delegadas redactaron una "declaración de sentimientos" en la cual exigieron la igualdad con los varones ante la ley, el derecho de voto y las mismas oportunidades en materia de educación y empleo. Las resoluciones fueron aprobadas por unanimidad con excepción de la referente al sufragio de la mujer, la cual sólo obtuvo la mayoría después de un apasionado discurso a su favor por Frederick Douglass, el abolicionista afro-estadounidense.

En Seneca Falls, Cady Stanton ganó fama nacional como autora y

oradora elocuente a favor de los derechos de la mujer. Ella pronto se dio cuenta de que, sin derecho de voto, la mujer jamás lograría la igualdad con el hombre. Tomando al abolicionista William Lloyd Garrison como modelo, vio que la clave del éxito consiste en modificar la opinión pública, no en la actividad dentro de un partido. Seneca Falls fue el catalizador del cambio futuro. Pronto se llevaron a cabo otras convenciones y otras mujeres se habrían de colocar a la vanguardia del movimiento a favor de su igualdad política y social.

También en 1848, la inmigrante polaca Ernestine Rose fue un factor decisivo para que en el estado de Nueva York fuera aprobada una ley que autorizó a las mujeres casadas a conservar sus propiedades a su propio nombre. En la Ley sobre las Propiedades de las Mujeres Casadas, una de las primeras promulgadas en el país al respecto, se instó a las legislaturas de otros estados a promulgar leyes similares.

En 1869 Elizabeth Cady Stanton y otra destacada activista de los derechos de la mujer, Susan B. Anthony, fundaron la Asociación Nacional del Sufragio Femenino (NWSA por sus siglas en inglés), que proponía una enmienda constitucional para dar a la mujer el derecho de voto. Ellas dos llegarían a ser las defensoras más elocuentes del movimiento feminista. Al describir su colaboración, Cady Stanton diría: "Yo preparaba las centellas y ella las encendía".

HACIA EL OESTE

La frontera influyó mucho para dar forma a la vida estadounidense. Las condiciones imperantes en todo el litoral del Atlántico alentaron la migración a nuevas regiones. En Nueva Inglaterra, donde el suelo no producía altos rendimientos de grano, surgió una corriente incesante de hombres y mujeres que dejaban sus granjas y aldeas en la costa para aprovechar las ricas tierras interiores del continente. La población de los asentamientos establecidos en los campos de las Carolinas y Virginia, aislada por falta de caminos y canales de acceso a los mercados de la costa y resentida por el dominio político de los grandes hacendados de la región de marismas, emigró también al oeste. En 1800 los valles fluviales de Mississippi y Ohio ya se estaban convirtiendo en una gran región fronteriza.

El flujo de población hacia el oeste a principios del siglo XIX condujo a la división de los viejos territorios y a la definición de nuevas fronteras. A medida que eran admitidos nuevos estados, el mapa

político se estabilizaba al este del río Mississippi. Entre 1816 y 1821 se formaron seis estados: Indiana, Illinois y Maine (estados libres) y Mississippi, Alabama y Missouri (estados esclavistas). La primera frontera estuvo estrechamente unida a Europa y la segunda, a los asentamientos de la costa, pero el valle de Mississippi era independiente y su población miraba más al oeste que al este.

A medida que más colonizadores se adentraron en las tierras vírgenes, muchos se hicieron granjeros además de cazadores. La cabaña fue sustituida por una cómoda casa de madera con ventanas de vidrio, chimenea y habitaciones divididas, y el pozo sustituyó al manantial. Esos industrioses colonizadores acababan muy pronto con los árboles del lugar, quemaban la madera para obtener potasa y dejaban que los tocones se pudrieran. Cultivaban su propio cereal, legumbres y fruta; exploraban los bosques en busca de venados, pavos silvestres y miel; pescaban en los arroyos vecinos y criaban vacas y cerdos. Los especuladores de tierras compraban grandes extensiones a bajo precio y, cuando el valor subía, vendían la propiedad y se marchaban más al oeste, abriendo así el camino para otros.

Médicos, abogados, comerciantes, editores, predicadores, mecánicos y políticos siguieron pronto los pasos de los granjeros. No obstante, éstos eran la base más firme, pues trataban de permanecer en el lugar donde se establecían y aspiraban a que, después de ellos, sus hijos también vivieran ahí. Construyeron grandes graneros y casas de ladrillo o madera, trajeron ganado mejorado, labraron la tierra con habilidad y sembraron semilla productiva. Algunos erigieron molinos de harina, aserraderos y destilerías; construyeron buenos caminos, iglesias y escuelas; en unos cuantos años lograron transformaciones increíbles. Chicago, Illinois, por ejemplo, no era en 1830 más que una aldea poco prometedora de comerciantes que tenía un fortín; sin embargo, mucho antes de la muerte de sus colonizadores originales ya se había convertido en una de las ciudades más grandes y ricas de la nación.

Entonces era fácil adquirir una granja; desde 1820, las tierras del gobierno se podían comprar a \$1,25 la media hectárea y a partir de la Ley de Protección a las Tierras de Colonización de 1862, éstas podían ser reclamadas por cualquiera que se instalara en ellas y las mejorara. Según el comentario del periodista John Soule de Indiana, popularizado por el director del *New York Tribune* Horace Greeley, en esa época los jóvenes podían "marcharse al oeste y

crecer con el país".

Salvo por la migración al territorio de Texas, que pertenecía a México, el avance de la frontera agrícola hacia el oeste esperó hasta después de 1840 para pasar de Missouri e incursionar en el vasto territorio occidental adquirido con la compra de Louisiana. En 1819, a cambio de asumir las reclamaciones de los ciudadanos estadounidenses por 5 millones de dólares, Estados Unidos logró que España le cediera la Florida y sus derechos sobre el territorio de Oregon en el lejano oeste. Esta última región, entre tanto, había llegado a ser un centro de gran actividad con el comercio de pieles y su trascendencia habría de ser mucho mayor que el valor de ese producto. Como en los albores de la exploración del valle de Mississippi por los franceses, el traficante abrió brecha al colonizador más allá de esa comarca. Los tramperos franceses y escocés-irlandeses que exploraron los grandes ríos y sus tributarios y descubrieron los desfiladeros de las Rocallosas y las montañas Sierra, hicieron posible la migración a esas tierras en la década de 1840 y más tarde la ocupación del interior del país.

En general, el crecimiento de la nación fue enorme: entre 1812 y 1852, la población aumentó de 7,25 millones a más de 23 millones y la tierra disponible para los colonos creció en una superficie casi igual a la de Europa occidental, es decir, de 4,4 millones a 7,8 millones de kilómetros cuadrados. Sin embargo, aún no se habían resuelto los conflictos básicos arraigados en las diferencias sectoriales que estallarían en una guerra civil en la década de 1860. También fue inevitable que la expansión al oeste provocara un conflicto entre los colonizadores y los habitantes originales de la tierra: los norteamericanos nativos.

En la primera parte del siglo XIX, el personaje más eminente vinculado a esos conflictos fue Andrew Jackson, el primer "hombre del oeste" que ocupó la Casa Blanca. En medio de la Guerra de 1812, Jackson estaba a cargo de la milicia de Tennessee y fue enviado al sur de Alabama, donde reprimió implacablemente una insurrección de los indígenas creeks. En poco tiempo, éstos tuvieron que ceder dos terceras partes de sus tierras a Estados Unidos. Más tarde Jackson expulsó a varias bandas de seminolas de sus refugios en la Florida española.

En la década de 1820 John C. Calhoun, secretario de Guerra del presidente Monroe, aplicó la política de expulsar a las tribus restantes del viejo suroeste y reubicarlas más allá del Mississippi. Jackson siguió la misma política cuando fue Presidente. El Congreso

aprobó la Ley de Desalojo de los Indígenas en 1830, por la cual se aportaron fondos para llevar a las tribus del este más allá del Mississippi. En 1834 se estableció un territorio especial para indígenas en lo que hoy es Oklahoma. En los dos periodos de Jackson en la presidencia, las tribus firmaron en total 94 tratados por los cuales cedieron millones de hectáreas al gobierno federal y docenas de tribus fueron desalojadas de su terruño ancestral.

El capítulo más terrible de esa infortunada historia fue tal vez el de los cherokees, cuyas tierras en el oeste de Carolina del Norte y Georgia les habían sido garantizadas en 1791 por medio de un tratado. Sin embargo, y a pesar de que eran una de las tribus más progresistas del este, en cuanto se descubrió oro en sus tierras en 1829 supieron que serían desalojados. Forzados a emprender un largo y cruel camino a Oklahoma en 1838, muchos de ellos murieron víctimas de enfermedades y privaciones en lo que se ha llegado a conocer como "el camino de lágrimas".

LA FRONTERA, "EL OESTE" Y LA EXPERIENCIA ESTADOUNIDENSE

La frontera — el lugar donde el territorio colonizado colindaba con las tierras no ocupadas — comenzaba en Jamestown y Plymouth Rock. Se desplazó hacia el oeste por casi 300 años, a través de tierras vírgenes densamente arboladas y llanos yermos, hasta que el censo decenal de 1890 reveló que, por fin, en Estados Unidos ya no había una demarcación distinguible como límite de los asentamientos.

En esa época, a muchos les pareció que un largo periodo había llegado a su fin; un periodo en el que el país había crecido, desde que sólo tenía unos cuantos esforzados enclaves de la civilización inglesa, hasta convertirse en una enorme nación independiente con identidad propia. Era fácil creer que la experiencia de asentamiento y desarrollo posterior, que se repetía sin cesar cada vez que los conquistadores se apoderaban de un continente, había sido el factor definitorio en el desarrollo de la nación.

En 1893, el historiador Frederick Jackson Turner expresó un sentimiento entonces generalizado al decir que Estados Unidos tenía más extensión que Europa, gracias a la frontera. Ésta creó una nación con una cultura que tal vez era menos pulida que la de Europa, pero también era más pragmática, dinámica, individualista y democrática. La existencia de grandes extensiones de "tierra libre" creó una nación de terratenientes y proveyó una "válvula de seguridad" para desahogar el descontento en las ciudades y en las áreas más colonizadas. Su análisis implicó que, sin la frontera, Estados Unidos se habría convertido en forma ominosa en lo que se consideraba como los males europeos de los sistemas sociales estratificados, los conflictos de clases y la falta de oportunidades.

Después de más de 100 años, los especialistas siguen discutiendo cuál fue el significado de la frontera en la historia de Estados Unidos. Pocos creen que haya tenido una importancia tan total como lo sugería Turner, pues su ausencia no parece haber producido consecuencias funestas. Algunos han llegado aún más lejos y rechazan el argumento de Turner como una exaltación romántica de lo que en realidad fue un proceso sangriento y brutal, caracterizado por una guerra de conquista

contra México, la comisión de casi un genocidio contra las tribus de norteamericanos nativos y la expoliación del medio ambiente. Ellos afirman que la experiencia común de la frontera fue un cúmulo de penurias y fracasos.

Pese a todo, sigue siendo difícil creer que tres siglos de avance al oeste no hayan tenido impacto alguno en el carácter nacional y resulta sugerente que observadores extranjeros inteligentes, como el intelectual francés Alexis de Tocqueville, se hayan fascinado por el oeste norteamericano. De hecho, según parece, la última región de colonización fronteriza que los estadounidenses de hoy llaman de ordinario "el Oeste", esa vasta superficie que se extiende al norte desde Texas y llega a la frontera canadiense, sigue estando caracterizada por ideales de individualismo, democracia y oportunidad que allí son más palpables que en el resto de la nación. Tal vez también sea revelador que mucha gente de otras tierras, al oír la palabra "estadounidense", identifique a éste tan a menudo con un símbolo de aquella frontera final: el "cowboy".

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 6: Conflictos sectoriales

"Una casa dividida contra sí misma no puede prevalecer. Yo creo que este gobierno no podrá seguir siendo siempre mitad esclavo y mitad libre".

-- Candidato a senador
Abraham Lincoln, 1858

LAS DOS CARAS DE ESTADOS UNIDOS

Ningún visitante dejó un registro más perdurable de sus viajes a Estados Unidos y sus

observaciones que el escritor y teórico político francés Alexis de Tocqueville, cuya obra *Democracy in America (La democracia en América)*, que salió a la luz en 1835 sigue siendo uno de los análisis más incisivos y profundos de las prácticas sociales y políticas de este país. Tocqueville era un observador sagaz y no pudo ser acritico ante Estados Unidos, pero su veredicto fue esencialmente positivo. "El gobierno de una democracia lleva el concepto de derechos políticos hasta el nivel del ciudadano más humilde", escribió, "del mismo modo que la diseminación de la riqueza pone la idea de propiedad al alcance de todos los hombres". Sin embargo, Tocqueville sólo fue el primero de la larga lista de pensadores que se preocuparon por la posibilidad de que esa primitiva igualdad no pudiera sobrevivir ante un creciente sistema fabril que amenazaba con crear divisiones entre los obreros industriales y una nueva elite de empresarios.

Otros viajeros se maravillaron del crecimiento y vitalidad del país, en el que se veían "por doquier las pruebas más inequívocas de prosperidad y rápido progreso en el agro y el comercio, y grandes obras públicas". Pero esas opiniones optimistas sobre el experimento estadounidense no eran universales en modo alguno.



Familia esclava recolectando algodón cerca de Savannah, Georgia a principios de la década de 1860.

(© Bettmann/CORBIS)

Uno de los escépticos fue el novelista inglés Charles Dickens, quien hizo su primera visita a Estados Unidos en 1841-42. "Esta no es la república que yo esperaba ver", escribió en una carta. "Todas las cosas de las que se ha ufano — salvo la educación del pueblo y su atención a los niños pobres — están infinitamente por debajo del nivel en el que yo la había colocado".

No sólo Dickens pensó así. En el siglo XIX y en toda su historia, Estados Unidos ha creado expectativas y pasiones que a menudo chocan con una realidad más mundana y compleja a la vez. Por sus dimensiones y diversidad, el joven país no permite generalizaciones fáciles e incita a la contradicción: Estados Unidos ha sido una sociedad amante de la libertad y al mismo tiempo esclavista, una nación de fronteras expansivas y primitivas, pero también de ciudades basadas en el comercio y la industrialización florecientes.

UNA TIERRA DE PROMESAS

En 1850 el territorio nacional se extendía por bosques, llanos y montañas. Dentro de sus vastísimos límites moraban 23 millones de personas en una Unión que abarcaba 31 estados. En el este floreció la industria; en el medio oeste y el sur prosperó la agricultura. A partir de 1849, las minas de oro de California derramaron su preciado metal en los cauces del comercio.

Los estados de Nueva Inglaterra y el Atlántico Medio eran los principales centros manufactureros, comerciales y financieros. Los principales productos de esas regiones eran: textiles, madera, ropa, maquinaria, cuero y artículos de lana. El comercio marítimo había llegado a su mayor auge y barcos con bandera de Estados Unidos surcaban los mares, llevando productos de todas las naciones.

El sur, del Atlántico al río Mississippi y más allá, tenía una economía centrada en la agricultura. El tabaco era importante en Virginia, Maryland y Carolina del Norte. El arroz era un cultivo abundante en Carolina del Sur y tanto el clima como el suelo de Louisiana propiciaban el cultivo de azúcar. Sin embargo, el algodón llegó a ser a la postre el producto dominante y el que identificaría al sur. En 1850, esa región del país cultivaba más del 80% del algodón del mundo y los esclavos producían todas esas cosechas.

El medio oeste prosperó con sus ilimitadas praderas y su

población en rápido crecimiento. Europa y las regiones de Norteamérica que fueron colonizadas primero requerían trigo y productos de carne. La introducción de máquinas que ahorran mano de obra — sobre todo la cosechadora McCormick — hizo posible un aumento sin paralelo en la producción de cereales. Las cosechas de trigo aumentaron en el país, de unos 35 millones de hectolitros en 1850 a casi 61 millones en 1860, más de la mitad de los cuales se cultivaron en el medio oeste.

Un estímulo importante para la prosperidad del oeste fueron las grandes mejoras en los medios de transporte; de 1850 a 1857, la barrera de los montes Apalaches fue perforada por cinco líneas ferroviarias que unieron al medio oeste con el noreste. Esos enlaces forjaron los intereses económicos que sustentaron la alianza política de la Unión entre 1861 y 1865. El sur se retrasaba. No fue sino hasta fines de la década de 1850 cuando se pudo contar con una vía continua a través de las montañas para comunicar la parte baja del río Mississippi con la costa meridional del Atlántico.

ESCLAVITUD Y REGIONALISMO

Un tema dominante exacerbó las diferencias regionales y económicas entre norte y sur: la esclavitud. Resentidos por las grandes fortunas que amasaban los empresarios norteamericanos con la comercialización del algodón, muchos sureños atribuyeron el atraso de su región a la gran prosperidad del norte. Por otra parte, muchos norteamericanos declararon que la esclavitud — esa "institución peculiar" que el sur consideraba esencial para su economía — era en buena parte la causa del relativo atraso financiero e industrial de esa región.

En fecha tan remota como la del Compromiso de Missouri de 1819 las divergencias seccionales se endurecían sin cesar en torno al tema de la esclavitud. En el norte, el sentimiento abolicionista era cada día más fuerte. Los sureños, en general, no sentían mucha culpa por la esclavitud y la defendían con vehemencia.

Aunque el censo de 1860 mostró que había casi cuatro millones de esclavos en una población total de 12,3 millones en los 15 estados esclavistas, sólo una minoría de los blancos del sur tenía esclavos. De 1,5 millones de familias blancas, 385.000 eran dueñas de esclavos. El 50% de estas últimas no tenían más de cinco esclavos. El 12% poseían 20 esclavos o más, el número que establecía el límite entre un agricultor y un hacendado. Tres

cuartas partes de las familias blancas del sur, entre ellas las de "blancos pobres" que ocupaban el peldaño más bajo de la sociedad sureña, no tenían esclavos.

Es fácil entender el interés de los hacendados en preservar la esclavitud, pero también los agricultores y los blancos pobres la apoyaban por temor de que los negros liberados pudieran competir con ellos en el plano económico e impugnar su nivel social más alto. Los blancos del sur defendían la esclavitud no sólo bajo el criterio de la necesidad económica, sino también por su apego visceral a la supremacía blanca.

En su lucha contra el peso de la opinión del norte, los líderes políticos del sur, las clases profesionales y la mayor parte del clero cesaron de excusarse por consentir la esclavitud y empezaron a defenderla. Los voceros sureños insistían, por ejemplo, en que la relación entre capital y trabajador era más humana en el sistema esclavista que con la escala de salarios vigente en el norte.

Antes de 1830 todavía era muy común el viejo sistema patriarcal de gobierno de las plantaciones, donde el amo vigilaba personalmente a sus esclavos. Sin embargo, con el inicio de la producción de algodón en gran escala en la parte baja del sur, el amo poco a poco dejó de vigilar por sí mismo a sus esclavos y contrató capataces profesionales cuya tarea consistía en extraer la mayor cantidad de trabajo posible de los esclavos. En esas circunstancias, la esclavitud podía convertirse en un sistema de brutalidad y coerción en el que las golpizas y la división de las familias por la venta de sus miembros como esclavos eran lo más común. No obstante, en otros entornos podía ser mucho más suave.

Sin embargo, a la postre, la crítica más acerba a la esclavitud no se refirió a la conducta de los amos y los capataces. Los abolicionistas señalaron que la esclavitud, con el trato sistemático de los trabajadores afro-estadounidenses como si fueran animales domésticos, violaba el derecho inalienable de toda persona a ser libre.

LOS ABOLICIONISTAS

En la política nacional, los sureños pedían la protección y ampliación de los intereses que el sistema de esclavitud vinculado con el algodón representaba. Pugnaban por la expansión territorial porque el despilfarro que constituía el cultivo de un solo producto,

el algodón, agotaba rápidamente la tierra y agudizaba la necesidad de buscar nuevas áreas fértiles. Además, los nuevos territorios serían la base para crear más estados esclavistas y compensar el ingreso de nuevos estados libres. Los norteaños contrarios a la esclavitud interpretaron la opinión de los sureños como una conspiración para propagar el esclavismo, y su oposición se tornó feroz en la década de 1830.

Un movimiento anterior contra la esclavitud, que fue vástago de la Revolución de Estados Unidos, había ganado su última victoria en 1808 cuando el Congreso abolió el tráfico de esclavos con África. A partir de entonces, casi toda la oposición provino de los cuáqueros, quienes hicieron una protesta moderada e ineficaz, al tiempo que la máquina desmotadora de algodón y la expansión al oeste hasta la región del delta del Mississippi creaban una creciente demanda de esclavos.

El movimiento abolicionista surgido a principios de la década de 1830 era combativo, sin concesiones y exigía el cese inmediato de la esclavitud. Esa actitud tuvo un líder en William Lloyd Garrison, un joven de Massachusetts que combinaba el heroísmo de un mártir con el celo misionero de un demagogo. El 1 de enero de 1831, Garrison publicó el primer número de su periódico *The Liberator*, donde lanzó esta proclama: "Lucharé sin descanso por la liberación inmediata de nuestra población de esclavos... A ese respecto no estoy dispuesto a pensar, hablar o escribir con moderación... Lo digo muy en serio... no andaré con rodeos... no daré excusas... no retrocederé ni una sola pulgada Y HARÉ QUE ME ESCUCHEN".

Los sensacionales métodos de Garrison hicieron que los norteaños se dieran cuenta de los males de una institución que, desde tiempo atrás, muchos habían llegado a juzgar imposible de cambiar. Él luchó por poner a la vista del público los aspectos más repulsivos de la esclavitud y fustigar a los dueños de esclavos como torturadores y traficantes de vidas humanas. A Garrison se unió otra voz poderosa, la de Frederick Douglass, un esclavo fugitivo que electrizó al público del norte. Theodore Dwight Weld y muchos otros abolicionistas lucharon con celo evangélico contra la esclavitud en los estados del viejo Territorio del Noroeste.

Una actividad del movimiento consistió en ayudar a los esclavos a huir hacia refugios seguros en el norte o a cruzar la frontera de Canadá. En la década de 1830 se estableció en todas las regiones del norte una firme y compleja red de rutas secretas conocida

como el "tren clandestino". Se calcula que entre 1830 y 1860, sólo en el estado de Ohio se ayudó a no menos de 40.000 esclavos fugitivos a hallar la libertad. El número de sociedades locales antiesclavistas aumentó a un ritmo tal, que en 1838 ya eran unas 1.350 y tenían tal vez 250.000 miembros.

Pese a todo, la mayoría de los norteamericanos se mantuvo al margen del movimiento abolicionista o se le opuso activamente. En 1837, por ejemplo, una turba atacó y mató al editor antiesclavista Elijah P. Lovejoy en Alton, Illinois. No obstante, la represión de la libertad de expresión en el sur permitió a los abolicionistas asociar el tema de la esclavitud con la causa de las libertades civiles de los blancos. En 1835, una multitud iracunda destruyó las publicaciones de los abolicionistas en la oficina de correos de Charleston, Carolina del Sur. Cuando el jefe de la oficina declaró que no realizaría la entrega de material antiesclavista, hubo acerbos debates en el Congreso. Los abolicionistas enviaron a éste un diluvio de peticiones exigiendo medidas contra la esclavitud. En 1836 la Cámara aplazó por votación la discusión de esas peticiones y así las anuló automáticamente. El ex presidente John Quincy Adams, elegido para la Cámara de Representantes en 1830, combatió ese veredicto mordaza, como solían llamarlo, como una violación a la Primera Enmienda y al fin logró su revocación en 1844.

TEXAS Y LA GUERRA CONTRA MÉXICO

En toda la década de 1820, muchos estadounidenses se establecieron en el vasto territorio de Texas, a menudo con concesiones otorgadas por el gobierno de México. Sin embargo su elevado número pronto alarmó a las autoridades y en 1830 se prohibió que la inmigración continuara. El general Antonio López de Santa Anna implantó una dictadura en México en 1834 y al año siguiente se rebelaron los tejanos. Santa Anna derrotó a los rebeldes estadounidenses en el famoso sitio de El Álamo a principios de 1836, pero los tejanos encabezados por Sam Houston destruyeron al ejército mexicano y capturaron a Santa Anna al mes siguiente en la Batalla de San Jacinto, con lo cual se aseguró la independencia de Texas.

En 1845, el presidente James K. Polk, elegido por estrecho margen sobre una plataforma de expansión al oeste, incorporó la República de Texas a la Unión. Esta jugada de Polk fue el primer gambito de una estrategia más vasta. Texas afirmaba que su frontera con México era el río Grande y México decía que la

frontera estaba mucho más al norte, en el río Nueces. Entre tanto, los colonizadores llegaron como avalancha a los territorios de Nuevo México y California. Muchos estadounidenses aseguraban que su país tenía el "destino manifiesto" de expandirse hacia el oeste hasta el océano Pacífico.

Después de una escaramuza con tropas mexicanas en las riberas del río Grande, Estados Unidos declaró la guerra en 1846. Sus fuerzas ocuparon el escasamente poblado territorio de Nuevo México y luego apoyaron la insurrección de los colonizadores en California. Una fuerza estadounidense comandada por Zachary Taylor invadió México y obtuvo victorias en Monterrey y Buena Vista, mas no logró llevar a los mexicanos a la mesa de negociaciones. En marzo de 1847, un ejército de EE.UU. bajo el mando de Winfield Scott desembarcó cerca de Veracruz, en la costa oriental de México, y en una serie de combates se abrió paso hasta la ciudad de México. Estados Unidos impuso el Tratado de Guadalupe Hidalgo por el cual México cedió lo que habrían de ser la región suroeste estadounidense y California por 15 millones de dólares.

La guerra fue un campo de entrenamiento para los oficiales estadounidenses que más tarde combatirían en la Guerra Civil, en uno u otro bando. También provocó divisiones políticas. En un enfrentamiento simultáneo con Gran Bretaña, Polk había logrado que ésta reconociera la soberanía estadounidense en el Pacífico Noroeste hasta el paralelo 49. No obstante, las fuerzas antiesclavistas, sobre todo entre los whigs, objetaron la expansión de Polk como una conjura a favor de la esclavitud.

Al final de la Guerra con México, Estados Unidos había ganado un vasto territorio de 1,36 millones de kilómetros cuadrados que abarcaba los actuales estados de Nuevo México, Nevada, California, Utah, casi todo Arizona y parte de Colorado y Wyoming. En la nación hubo también un reavivamiento de la cuestión más explosiva de la política estadounidense de la época: ¿serían esclavistas o libres los nuevos territorios?

EL COMPROMISO DE 1850

Antes de 1845 parecía probable que la esclavitud no saliera de las regiones donde ya existía. En el Compromiso de Missouri de 1820 se le fijaron límites y no tenía oportunidad de rebasarlos. Los nuevos territorios hicieron que una nueva expansión de la esclavitud fuera una posibilidad real.

Muchos nortños creían que si no se le permitía propagarse, la esclavitud acabaría por decaer y morir. Como es natural, Texas ingresó a la Unión como estado esclavista porque ya permitía la esclavitud. En cambio, los territorios de California, Nuevo México y Utah no permitían la esclavitud. Desde el principio hubo fuertes diferencias de opinión acerca de si debían permitirla.

Los sureños instaban a que todas las tierras adquiridas de México quedaran abiertas a los dueños de esclavos. Los nortños abolicionistas exigían que todas las nuevas regiones se cerraran a la esclavitud. Un grupo de moderados sugirió que la línea del Compromiso de Missouri se ampliara hasta el Pacífico, quedando los estados libres en el norte y los esclavistas en el sur. Otro grupo propuso que la cuestión se dejara en manos de la "soberanía popular"; es decir, que el gobierno permitiera que los colonizadores entraran al nuevo territorio con esclavos o sin ellos según sus deseos. Cuando llegara el momento de organizar la región en estados, la población misma decidiría la cuestión.

A pesar de la vitalidad del movimiento abolicionista, la mayor parte de los nortños no estaban dispuestos a impugnar la existencia de la esclavitud en el sur. Sin embargo, muchos de ellos eran contrarios a la expansión de ese sistema. En 1848 casi 300.000 hombres votaron por los candidatos de un nuevo Partido de la Tierra Libre, el cual sostenía que la mejor política era "limitar, circunscribir y desalentar la esclavitud". Pese a todo, la soberanía popular tuvo un grado notable de atractivo en la secuela inmediata de la guerra contra México.

El descubrimiento de oro en California en enero de 1848 precipitó la llegada en masa de más de 80.000 colonizadores, tan sólo en el año 1849. El Congreso tuvo que determinar pronto la situación jurídica de esa nueva región para instituir en ella un gobierno organizado. El venerable senador por Kentucky, Henry Clay, que ya en dos ocasiones había logrado concertar acuerdos de avenimiento en casos de crisis, propuso un plan complicado y muy bien equilibrado. Su antiguo rival de Massachusetts, Daniel Webster, lo apoyó. El senador demócrata por Illinois, Stephen A. Douglas, el más destacado defensor de la soberanía popular, realizó gran parte del trabajo de defender el plan en las sesiones del Congreso.

El Compromiso de 1850 contenía las siguientes disposiciones: (1) California fue admitida en la Unión como estado libre; (2) el resto de la cesión de México se dividió en los dos territorios de Nuevo

México y Utah y se organizó sin mencionar la esclavitud; (3) la reclamación de Texas sobre parte de Nuevo México se satisfizo con el pago de 10 millones de dólares; (4) se aprobó nueva legislación (la Ley de Esclavos Fugitivos) para capturar a los esclavos evadidos y devolverlos a sus amos; y (5) la compra-venta de esclavos (mas no la esclavitud) fue abolida en el Distrito de Columbia.

El país lanzó un suspiro de alivio. En los tres años siguientes, el compromiso pareció resolver casi todas las diferencias. Empero, la nueva Ley de Esclavos Fugitivos fue de inmediato una fuente de tensiones y ofendió profundamente a muchos nortños que se negaron a participar en la captura de esclavos. Algunos obstruyeron su cumplimiento en forma activa y violenta. El Tren Clandestino llegó a ser más eficiente y audaz que nunca.

UNA NACIÓN DIVIDIDA

En la década de 1850, la cuestión de la esclavitud cortó los vínculos políticos que habían mantenido cohesionado a Estados Unidos. Ella mermó a los dos grandes partidos políticos, los whigs y los demócratas pues destruyó al primero y dividió en forma irrevocable al segundo. Eso engendró presidentes débiles cuya falta de decisión reflejaba la de sus partidos. A la postre desacreditó hasta a la Corte Suprema.

El fervor moral del sentimiento abolicionista creció sin cesar. En 1852 Harriet Beecher Stowe publicó *Uncle Tom's Cabin (La cabaña del tío Tom)*, una novela inspirada por la aprobación de la Ley de Esclavos Fugitivos. Más de 300.000 ejemplares fueron vendidos en el primer año. La obra despertó el entusiasmo general por la causa antiesclavista porque supo apelar a las emociones humanas básicas: la indignación ante la injusticia, y la compasión por la gente indefensa que es víctima de explotación despiadada.

En 1854 se renovó el viejo tema de la esclavitud en los territorios y la pugna se hizo más encarnizada. La región que hoy abarca Kansas y Nebraska se colonizaba de prisa y eso aumentó la presión para que se instituyeran gobiernos territoriales y, a la postre, estatales.

Conforme a lo acordado en el Compromiso de Missouri en 1820, toda la región estaba vedada para la esclavitud. Los dueños de esclavos que dominaban Missouri se opusieron a que Kansas se convirtiera en territorio libre, pues entonces su estado tendría tres

vecinos abolicionistas (Illinois, Iowa y Kansas) y podría ser obligado a abolir también la esclavitud. Su delegación en el Congreso, con el apoyo de los sureños, se opuso a todos los intentos de organizar la región.

En ese momento, Stephen A. Douglas enfureció a todos los partidarios de las tierras libres. Él afirmó que el Compromiso de 1850, en el cual se dejó que Utah y Nuevo México decidieran por sí mismos la cuestión de la esclavitud, había sustituido al Compromiso de Missouri. Su plan proponía la creación de dos territorios, Kansas y Nebraska; permitía que los colonizadores se llevaran allá a sus esclavos y que, a la postre, decidieran si deseaban ingresar a la Unión como estados libres o esclavistas.

Los opositores de Douglas lo acusaron de buscar el favor del sur para ganar la presidencia en 1856. El movimiento de las tierras libres, que parecía estar en decadencia, resurgió con más ímpetu que nunca. Sin embargo el plan de Douglas, plasmado en la Ley Kansas-Nebraska, fue aprobado por el Congreso y enviado al presidente Franklin Pierce en mayo de 1854 para que lo firmara. Los entusiastas sureños lo festejaron con fuego de cañones. Pero más tarde, cuando Douglas fue a Chicago para hablar en su propia defensa, los barcos anclados en el puerto izaron sus banderas a media asta, las campanas de las iglesias tañeron durante una hora y una multitud de 10.000 exaltados gritó con tal fuerza, que el orador no logró hacerse oír.

Los resultados inmediatos de la infortunada decisión de Douglas fueron trascendentales. El Partido Whig, que había jugado a ambas cartas en torno a la expansión de la esclavitud, se hundió para siempre y surgió en su lugar una nueva y poderosa institución, el Partido Republicano, cuya demanda principal fue la exclusión de la esclavitud en todos los territorios. En 1856 dicho partido nombró candidato a la presidencia a John Fremont, cuyas exploraciones al oeste lejano le habían ganado renombre. Fremont perdió la elección, pero el nuevo partido se impuso en gran parte del norte. Algunos líderes abolicionistas, como Salmon P. Chase y William Seward, tuvieron más influencia que nunca. Junto con ellos surgió un abogado de Illinois alto y flaco: Abraham Lincoln.

Entre tanto, el arribo a Kansas de familias dueñas de esclavos y abolicionistas del sur provocó un conflicto armado. Pronto el territorio empezó a ser llamado "el sangriento Kansas". La Corte Suprema empeoró las cosas con su infausto veredicto en el caso Dred Scott de 1857.

Scott era un esclavo de Missouri que unos 20 años antes había sido llevado por su amo a vivir en Illinois y el territorio de Wisconsin; en ambos lugares, la esclavitud fue abolida. A su regreso a Missouri y descontento con su vida allí, Scott interpuso una demanda judicial para pedir su liberación, aduciendo que había sido residente de tierra libre. La mayoría en Corte Suprema — dominada por sureños — opinó que Scott no podía recurrir a ella porque no era ciudadano; que las leyes de un estado libre (Illinois) no tenían efecto sobre su situación personal porque era residente de un estado esclavista (Missouri); y que los amos de esclavos tenían derecho de llevar su "propiedad" a cualquier lugar dentro de los territorios federales. Así, el Congreso no podía restringir la expansión de la esclavitud. Esta última afirmación invalidó los compromisos anteriores acerca de la esclavitud e hizo imposible la creación de otros nuevos.

La decisión del caso Dred Scott causó un feroz resentimiento en todo el norte. Nunca antes se había condenado con tanta acritud a la Corte Suprema. La decisión fue una gran victoria para los demócratas del sur, pues dio jerarquía judicial a su justificación para llevar la esclavitud a todos los territorios.

LINCOLN, DOUGLAS Y BROWN

Por largo tiempo, Abraham Lincoln había visto la esclavitud como un mal. Ya en 1854, en un discurso muy conocido, dijo que todas las leyes del país debían basarse en el principio de que la esclavitud tenía que ser reprimida y, a la postre, abolida. Él afirmó también que el principio de la soberanía popular era falso porque la esclavitud en los territorios del oeste no sólo incumbía a los habitantes de la localidad, sino a todo el país.

En 1858 Lincoln contendió con Stephen A. Douglas en la elección del representante de Illinois en el Senado de la república. En el primer párrafo del discurso inaugural de su campaña, el 17 de junio, Lincoln marcó la tónica de la historia estadounidense para los siete años siguientes:

Una casa dividida contra sí misma no puede prevalecer. Yo creo que este gobierno no podrá seguir siendo siempre mitad esclavo y mitad libre. No espero que la Unión se disuelva — no deseo que la casa se derrumbe —, pero espero que deje de estar dividida.

Lincoln y Douglas sostuvieron una serie de siete debates en los meses siguientes de 1858. El senador Douglas, conocido como el "Pequeño Gigante", tenía un prestigio envidiable como orador,

pero halló un digno rival en Lincoln, quien impugnó con elocuencia el concepto de soberanía popular de aquél. Al final Douglas ganó la elección por escaso margen, pero Lincoln se acreditó como figura nacional.

Para entonces, la situación se estaba saliendo de control. En la noche del 16 de octubre de 1859, John Brown, un abolicionista fanático que tres años antes había capturado y asesinado a cinco colonizadores esclavistas en Kansas, encabezó una pandilla de seguidores y atacó el arsenal federal en Harper's Ferry (en lo que hoy es Virginia Occidental). El objetivo de Brown era usar en una gran revuelta de esclavos las armas obtenidas allí. A los dos días de lucha, Brown y sus leales sobrevivientes fueron capturados por una fuerza de infantes de marina de EE.UU. comandada por el coronel Robert E. Lee.

La tentativa de Brown confirmó los peores temores de muchos sureños. Por otra parte, los activistas contrarios a la esclavitud honraron a Brown como el mártir de una causa justa. Brown fue juzgado en Virginia por conspiración, traición y homicidio. Murió en la horca el 2 de diciembre de 1859. Aunque al principio la mayoría de los nortehños lo condenaban, un número cada vez mayor de ellos llegó a aceptar su opinión de que él había sido un instrumento en las manos de Dios.

LA ELECCIÓN DE 1860

En 1860 el Partido Republicano nombró a Abraham Lincoln candidato a la presidencia. La plataforma republicana sostenía que la esclavitud no debía propagarse más, prometió un arancel que protegería la industria y se comprometió a poner en vigor una ley para otorgar gratuitamente tierras a los colonizadores que ayudaran a abrir el oeste. Los demócratas del sur, que en la secuela del caso Dred Scott no estaban dispuestos a aceptar la soberanía popular de Douglas, se separaron del partido y propusieron como candidato a la presidencia al vicepresidente John C. Breckenridge de Kentucky. Stephen A. Douglas fue el candidato de los demócratas del norte. Los whigs más empedernidos de los estados fronterizos se organizaron como el Partido de la Unión Constitucional y nombraron candidato a John C. Bell de Tennessee.

Lincoln y Douglas contendieron en el norte, Breckenridge y Bell en el sur. Lincoln ganó sólo el 39% del voto popular, pero obtuvo una clara mayoría de 180 votos electorales, con lo cual se impuso en

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 7: La Guerra Civil y la Reconstrucción

"Que esta nación, al amparo de Dios, tendrá un renacer de libertad."

-- Presidente **Abraham Lincoln**, 19 de noviembre de 1863

SECESIÓN Y GUERRA CIVIL

La victoria de Lincoln en la elección presidencial de noviembre de 1860 hizo que la separación de Carolina del Sur de la Unión el 20 de diciembre fuera un hecho inevitable. El 1 de febrero de 1861 otros cinco estados del

sur ya se habían separado. El 8 de febrero los seis estados firmaron una constitución provisional para los Estados Confederados de América. Los demás estados del sur seguían siendo miembros de la Unión, aunque Texas ya había empezado a preparar su separación.

Menos de un mes después, el 4 de marzo de 1861, Abraham Lincoln prestó juramento como presidente de Estados Unidos. En su toma de posesión declaró que la Confederación era "legalmente nula". Su discurso terminó con una exhortación a restaurar los lazos de unión, pero el sur se negó a escucharlo. El 12 de abril los cañones confederados abrieron fuego contra la guarnición federal de Fort Sumter en el puerto de Charleston, Carolina del Sur. Había empezado una guerra en la que morirían más estadounidenses que en ningún otro conflicto armado anterior o posterior.

En los siete estados que se habían separado, la población respondió con presteza al llamado a la acción y al liderazgo del presidente confederado Jefferson Davis. Ambos bandos esperaban con tensión la decisión de los estados esclavistas que hasta entonces habían sido leales. Virginia se separó el 17 de abril y pronto siguieron sus



El presidente Abraham Lincoln (centro) en un campamento del Ejército de la Unión después de la batalla de Antietam en octubre de 1862. (Library of Congress)

pasos Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte.

Entre la Confederación ampliada y los territorios libres del norte estaba la frontera de los estados esclavistas de Delaware, Maryland, Kentucky y Missouri que seguían siendo leales a la Unión aunque simpatizaban con el sur.

Ambos bandos fueron a la guerra con grandes esperanzas de una pronta victoria. En lo que toca a recursos materiales, el norte tenía una clara ventaja. A 11 estados habitados por nueve millones de personas, incluidos los esclavos, se enfrentaban 23 estados con una población de 22 millones. La superioridad industrial del norte era aún mayor que la demográfica y lo proveía de abundantes recursos para la fabricación de armas y municiones, ropa y otros pertrechos. Su red ferroviaria era muy superior.

Sin embargo, el sur tenía ciertas ventajas. La más importante era la geografía, pues los sureños libraban una guerra defensiva en su propio territorio; podían establecer su independencia con sólo derrotar a los ejércitos del norte. El sur tenía también una tradición militar más sólida y contaba con los líderes militares de mayor experiencia.

AVANCE EN EL OESTE E INMOVILIDAD EN EL ESTE

La primera de las grandes batallas de la guerra fue la de Bull Run, Virginia (conocida también como Primera de Manassas) cerca de Washington, y acabó con las ilusiones de que la victoria sería fácil o rápida. En ella se estableció también una pauta de sangrientas victorias sureñas, por lo menos en el este de Estados Unidos, que nunca se traducían en una ventaja militar decisiva para la Confederación.

En contraste con sus fracasos militares en el este, las fuerzas de la Unión lograron ganar batallas en el oeste y su estrategia se impuso poco a poco en el mar. Cuando empezó la guerra, la mayor parte de la Armada estaba en manos de la Unión, pero era débil y estaba dispersa. El secretario de la Marina de Guerra, Gideon Welles, tomó medidas inmediatas para fortalecerla. Entonces Lincoln declaró un bloqueo de las costas del sur. Aunque el efecto del bloqueo fue insignificante al principio, ya en 1863 impedía casi por completo el embarque de algodón hacia Europa y la importación de los pertrechos, ropa y medicinas que el sur tanto necesitaba.

El brillante comandante naval de la Unión David Farragut dirigió dos

operaciones notables. En abril de 1862 condujo una flota hasta la desembocadura del río Mississippi y obligó a capitular a la ciudad más grande del sur, Nueva Orleans, Louisiana. En agosto de 1864, al grito de "¡Al diablo con los torpedos! ¡Avancen a toda máquina!", se abrió paso con sus fuerzas por la entrada fortificada de la bahía de Mobile, Alabama, capturó un barco acorazado de los confederados y cerró el puerto.

En el valle de Mississippi, las fuerzas de la Unión tuvieron una serie casi ininterrumpida de victorias. Al principio destruyeron una larga línea confederada en Tennessee, lo cual les permitió ocupar casi todo el occidente del estado. Cuando los soldados de la Unión tomaron el importante puerto fluvial de Memphis, en el río Mississippi, lograron avanzar cerca de 320 kilómetros en el corazón de la Confederación. Bajo el mando del general Ulysses S. Grant, hombre muy tenaz, resistieron un súbito contraataque de los confederados en Shiloh, en los farallones que dominan el río Tennessee. Hubo más de 10.000 muertos y heridos por cada bando en Shiloh, un índice de bajas que los estadounidenses nunca habían sufrido. Pero era sólo el principio de la carnicería.

En Virginia, en cambio, los soldados de la Unión seguían sufriendo una derrota tras otra en una serie de sangrientos intentos de tomar Richmond, la capital de los confederados. Éstos tenían fuertes posiciones defensivas gracias a las muchas vías fluviales que atraviesan la ruta de Washington a Richmond. Sus dos mejores generales, Robert E. Lee y Thomas J. ("Stonewall") Jackson, superaban por amplio margen a sus homólogos de la Unión. En 1862 el comandante de ésta, George McClellan, hizo un intento lento y demasiado cauto de tomar Richmond. Empero, en las Batallas de los Siete Días, del 25 de junio al 1 de julio, los soldados de la Unión fueron obligados a retroceder sin cesar, con terribles pérdidas para ambas partes.

Después de otra victoria de los confederados en la Segunda Batalla de Bull Run (o Segunda de Manassas), Lee cruzó el río Potomac e invadió Maryland. Una vez más, la respuesta de McClellan fue cauta aunque sabía que Lee había dividido su ejército y estaba en gran inferioridad numérica. El ejército de la Unión y el confederado chocaron en Antietam Creek, cerca de Sharpsburg, Maryland, el 17 de septiembre de 1862, el día más sangriento de la guerra. Más de 4.000 hombres murieron en ambos bandos y hubo 18.000 heridos. Sin embargo, a pesar de su ventaja numérica, McClellan no pudo tomar la ofensiva ni romper las líneas de Lee y éste logró retirarse

cruzando el río Potomac con su ejército intacto. A raíz de esto, Lincoln destituyó a McClellan.

La batalla de Antietam no fue definitiva en términos militares, pero sus consecuencias fueron trascendentales. Gran Bretaña y Francia, que estaban a punto de reconocer a la Confederación, aplazaron su decisión y el sur nunca recibió el reconocimiento diplomático o la ayuda económica de Europa que ansiaba con desesperación.

Antietam dio también a Lincoln la ocasión que necesitaba para emitir la Proclamación de Emancipación preliminar, en la cual declaró que a partir del 1 de enero de 1863 todos los esclavos de los estados que se rebelaron contra la Unión quedaban en libertad. La Proclamación tuvo poco impacto inmediato en términos prácticos, pues sólo emancipó a los esclavos de los estados confederados y dejó la esclavitud intacta en los estados fronterizos. No obstante, en el aspecto político significó que, además de preservar la Unión, desde entonces la abolición de la esclavitud fue un objetivo declarado del esfuerzo bélico de la Unión.

La Proclamación de la Emancipación final, emitida en el 1 de enero de 1863, autorizó también el reclutamiento de los afro-estadounidenses en el Ejército de la Unión, algo por lo cual los líderes abolicionistas como Frederick Douglass pugnaron desde el inicio del conflicto armado. A raíz de la Proclamación de la Emancipación, el Ejército de la Unión reclutó y entrenó regimientos de soldados afro-estadounidenses que lucharon con distinción en batallas desde Virginia hasta el Mississippi. Cerca de 178.000 afro-estadounidenses sirvieron en la Tropa de Color de Estados Unidos y 29.500 sirvieron en la Armada de la Unión.

A pesar de las ganancias políticas contenidas en la Proclamación de la Emancipación, las perspectivas militares del norte seguían siendo malas en el este porque el Ejército del Norte de Virginia, comandado por Lee, seguía batiendo al Ejército de la Unión del Potomac, primero en Fredericksburg, Virginia, en diciembre de 1862 y después en Chancellorsville, en mayo de 1863. Pero aunque la de Chancellorsville fue una de las victorias militares más brillantes de Lee, también fue una de las que pagó más caro. Su lugarteniente más apreciado, el general "Stonewall" Jackson, fue baleado y muerto por sus propios hombres por equivocación.

DE GETTYSBURG A APPOMATTOX

Persuadido de que la aplastante derrota del norte en

Chancellorsville le abría una gran oportunidad, Lee avanzó hacia el norte hasta Pennsylvania en julio de 1863 y llegó casi hasta la capital del estado en Harrisburg. Un poderoso ejército de la Unión lo interceptó en Gettysburg y allí, en una batalla titánica de tres días — la más larga de la Guerra Civil — los confederados hicieron un valiente intento de romper las líneas de la Unión. Fracasaron y el 4 de julio el ejército de Lee, después de sufrir pérdidas irreparables, retrocedió hasta atrás del Potomac.

En Gettysburg murieron más de 3.000 soldados de la Unión y casi 4.000 confederados; hubo más de 20.000 heridos y desaparecidos en cada bando. El 19 de noviembre de 1863, al inaugurar un nuevo cementerio nacional, Lincoln pronunció ahí el discurso quizá más famoso en la historia de Estados Unidos. Concluyó sus breves comentarios con estas palabras:

...declaramos aquí como nuestro más alto empeño que estas muertes no han sido en vano... que esta nación, guiada por Dios, verá un renacimiento de la libertad... y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perecerá en la faz de la Tierra.

En el Mississippi, el control de la Unión estaba bloqueado en Vicksburg, donde los confederados se fortificaron firmemente en acantilados demasiado altos para un ataque naval. A principios de 1863, Grant se empezó a movilizar alrededor de Vicksburg y más al sur, y sometió el lugar a un sitio de seis semanas. El 4 de julio tomó la ciudad y capturó al Ejército Confederado más fuerte del oeste. Ahora todo el río estaba en poder de la Unión. La Confederación se partió en dos y le fue casi imposible traer provisiones de Texas y Arkansas.

Las victorias del norte en Vicksburg y Gettysburg en julio de 1863 marcaron el rumbo definitivo de la guerra, aunque el derramamiento de sangre continuó sin cesar por más de año y medio.

Lincoln llevó a Grant al este y lo hizo comandante en jefe de todas las fuerzas de la Unión. En mayo de 1864, Grant se internó en Virginia y se enfrentó al Ejército Confederado de Lee en la Batalla de los Páramos, que duró tres días. Las pérdidas de ambos bandos fueron muy grandes pero, a diferencia de otros comandantes de la Unión, Grant se negó a retroceder y trató de atacar por un flanco a Lee, dilatar las líneas confederadas y asolarlas con cargas de artillería e infantería.

En el oeste, las fuerzas de la Unión controlaron Tennessee en el

otoño de 1863 con sus victorias en Chattanooga y en la cercana Lookout Mountain que abrieron paso al general William T. Sherman para la invasión de Georgia. Sherman superó las maniobras de varios ejércitos confederados más pequeños, ocupó la capital estatal de Atlanta y avanzó hasta la costa del Atlántico, destruyendo sistemáticamente vías férreas, fábricas, almacenes y otras instalaciones que halló a su paso. Sus hombres, privados de las líneas normales de aprovisionamiento, saquearon la comarca en busca de alimentos. Sherman avanzó hacia el norte y en febrero de 1865 ya había tomado la ciudad de Charleston, Carolina del Sur, el lugar donde se hicieron los primeros disparos de la Guerra Civil. Sherman comprendió mejor que ningún otro general de la Unión que abatir la voluntad y la moral del sur era un objetivo tan importante como vencer a sus ejércitos.

Grant, entre tanto, sitió durante nueve meses Petersburg, Virginia, en marzo de 1865 y supo antes que Lee que éste tendría que abandonar tanto Petersburg como la capital confederada de Richmond para tratar de retroceder hacia el sur. Sin embargo ya era demasiado tarde y el 9 de abril de 1865, cercado por el enorme ejército de la Unión, Lee se rindió a Grant en el palacio de justicia de Appomattox. Aunque siguió habiendo combates esporádicos en otros puntos durante varios meses, la Guerra Civil había terminado.

Las condiciones de la rendición en Appomattox fueron generosas y al regresar de su entrevista con Lee, Grant aplacó las ruidosas protestas de sus soldados con este recordatorio: "Los rebeldes ya son otra vez nuestros compatriotas".

SIN MALA VOLUNTAD PARA NADIE

En el norte, la guerra produjo un héroe aún más grande en la persona de Abraham Lincoln, un hombre cuya ambición era ante todo fusionar de nuevo a la Unión, mas no por la fuerza y la represión, sino con cordialidad y generosidad. En 1864 fue electo para un segundo periodo en la presidencia, al derrotar a su opositor demócrata, George McClellan, el general a quien él destituyó tras la batalla de Antietam. El discurso de Lincoln en su segunda toma de posesión terminó con estas palabras:

Sin mala voluntad para nadie, con caridad para todos, con firmeza en lo que sea justo y, hasta donde Dios nos permita ver la justicia, pugnemos por concluir la obra que hemos iniciado a fin de restañar las heridas de la nación, atender al que ha llevado el peso de la batalla y velar por la viuda y los huérfanos, con miras a hacer todo lo posible para gozar de una paz justa y duradera entre nosotros

mismos y con todas las naciones.

Al cabo de tres semanas, dos días después de la rendición de Lee, Lincoln pronunció su último discurso público y en él expuso una generosa política de reconstrucción. El 14 de abril de 1865, el Presidente estuvo en la que habría de ser la última reunión con su gabinete. Esa noche — con su esposa y una pareja de jóvenes que eran sus huéspedes — asistió a una función en el Teatro Ford. En ese lugar, sentado en el palco presidencial, fue asesinado por John Wilkes Booth, un actor virginiano resentido por la derrota del sur. Booth murió algunos días después en un tiroteo dentro de un granero en la campiña de Virginia. Sus cómplices fueron capturados y luego ejecutados.

Lincoln murió en una habitación del piso inferior de una casa, frente al Teatro Ford, la mañana del 15 de abril. El poeta James Russell Lowell escribió:

Antes de aquella angustiosa mañana de abril, nunca tal multitud de hombres había derramado lágrimas por la muerte de alguien a quien nunca habían visto, como si con él una presencia amistosa hubiera sido arrebatada de sus vidas para dejarlos más fríos y ensombrecidos. Nunca hubo un panegírico mortuario tan elocuente como las silenciosas miradas de condolencias que intercambiaban los extraños aquel día; su humanidad común había perdido un ser querido.

La primera gran tarea que aguardaba al norte victorioso — ahora bajo el liderazgo del vicepresidente de Lincoln, Andrew Johnson, un sureño que se mantuvo leal a la Unión — era definir la situación jurídica de los estados que se habían separado. Lincoln ya había preparado el terreno; a su juicio, la población de los estados del sur nunca se separó legalmente: sólo fue mal dirigida por ciudadanos desleales que la hicieron desafiar la autoridad federal. Además, como la guerra fue obra de individuos, el gobierno federal tendría que lidiar con ellos y no con los estados. Por lo tanto, Lincoln declaró en 1863 que si el 10% de los votantes registrados en el padrón de 1860 en cualquier estado formaba un gobierno leal a la Constitución de Estados Unidos y se comprometía a acatar las leyes del Congreso y las proclamaciones presidenciales, él reconocería como gobierno legal del estado a las autoridades constituidas de ese modo.

El Congreso rechazó ese plan. Muchos republicanos temían que con él los ex rebeldes se afianzaran en el poder e impugnaron el derecho de Lincoln a negociar con éstos sin consultar antes con

ellos. "Algunos miembros del Congreso recomendaron que se aplicaran severas sanciones a todos los estados separatistas; otros sentían que la guerra habría sido en vano si el viejo círculo establecido se reinstalaba en el poder." Sin embargo, desde antes que la guerra terminara por completo ya se habían formado nuevos gobiernos en Virginia, Tennessee, Arkansas y Louisiana.

Para encarar una de sus mayores preocupaciones — la situación de los ex esclavos — el Congreso instituyó en marzo de 1865 la Oficina de Liberados para velar por los ciudadanos afro-estadounidenses y ayudarlos a bastarse por sí mismos. Además, en diciembre del mismo año, el Congreso ratificó la 13ª Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, por la cual fue abolida la esclavitud.

Johnson puso en práctica el programa de reconstrucción de Lincoln, con leves modificaciones, durante todo el verano de 1865. Con una proclama presidencial, designó un gobernador para cada uno de los estados ex confederados y restableció los derechos políticos de muchos ciudadanos del sur mediante el indulto presidencial.

A su debido tiempo hubo convenciones en cada uno de los estados ex confederados para revocar los mandatos de la secesión, desconocer la deuda de guerra y redactar nuevas constituciones estatales. Finalmente, un ciudadano estadounidense por nacimiento fue nombrado gobernador de cada estado, con autoridad para convocar una asamblea de votantes leales. Johnson instó a cada una de éstas a invalidar la secesión, abolir la esclavitud, desconocer todas las deudas contraídas para ayudar a la Confederación, y ratificar la 13ª Enmienda. Al final de 1865 este proceso ya estaba completo, con pocas excepciones.

RECONSTRUCCIÓN RADICAL

Tanto Lincoln como Johnson habían previsto que el Congreso tendría derecho de negar a los legisladores del sur escaños en el Senado o en la Cámara de Representantes de la república, bajo la cláusula de la Constitución según la cual "cada cámara será el juez de... la capacidad de sus propios miembros". Sucedió que, bajo el liderazgo de Thaddeus Stevens, los congresistas conocidos como "republicanos radicales", queriendo evitar una "reconstrucción" rápida y fácil, se negaron a reconocer a los nuevos senadores y representantes electos en esa región. En los meses siguientes, el Congreso empezó a elaborar un plan para la reconstrucción del sur, muy distinto del que Lincoln inició y Johnson había continuado.

Poco a poco se reunió un amplio apoyo público para los miembros del Congreso que pugnaban por que se concediera la plena ciudadanía a los afro-estadounidenses. En julio de 1866, el Congreso ya había aprobado un proyecto de ley de derechos civiles y establecido una nueva Oficina de Liberados (ambos para evitar la discriminación racial bajo las legislaturas del sur). Después de eso, el Congreso aprobó la 14ª Enmienda a la Constitución, en la cual se declara que "toda persona nacida o naturalizada en Estados Unidos y sujeta a su jurisdicción será ciudadana de Estados Unidos y del estado en el cual resida". Con esto se rechazó el veredicto de Dred Scott que negaba a los esclavos su derecho de ciudadanía.

Todas las legislaturas de los estados del sur, con excepción de Tennessee, se negaron a ratificar la enmienda y algunas se opusieron a ella por votación unánime. Además, las legislaturas estatales del sur aprobaron "códigos" para regular a los afro-estadounidenses liberados. Los códigos diferían de un estado a otro, pero tenían disposiciones en común. A los afro-estadounidenses se les exigía que firmaran contratos anuales de trabajo y se prevenían sanciones en caso de incumplimiento; sus hijos dependientes quedaban sometidos al aprendizaje obligatorio y a castigos corporales que sus amos aplicaban; y los vagabundos podían ser vendidos al servicio privado si no tenían recursos para pagar fuertes multas.

Muchos norteamericanos interpretaron la respuesta del sur como un intento de restablecer la esclavitud y desconocer la muy difícil victoria de la Unión en la Guerra Civil. De nada sirvió que Johnson, aunque era partidario de la Unión, fuera un demócrata sureño afecto a la retórica destemplada y reacio a las avenencias políticas. Los republicanos arrasaron en las elecciones de 1866 para el Congreso. Firmemente establecidos en el poder, los radicales impusieron su propia visión de la Reconstrucción.

En la Ley de Reconstrucción de marzo de 1867, el Congreso desconoció a los gobiernos que se habían establecido en los estados del sur y dividió la región en cinco distritos militares administrados por jefes generales de la Unión. La opción de escapar de un gobierno militar permanente quedó abierta para los estados que instituyeran un gobierno civil, ratificaran la 14ª Enmienda y concedieran el sufragio a los afro-estadounidenses. En general, los partidarios de la Confederación que no juraron lealtad a Estados Unidos no pudieron votar. La 14ª Enmienda fue ratificada en 1868. La 15ª Enmienda, aprobada por el Congreso al año siguiente y

ratificada en 1870 por las legislaturas de los estados, dispuso que "ni Estados Unidos ni ningún estado de la Unión podrá negar o coartar el derecho de los ciudadanos estadounidenses al sufragio por razón de raza, color o condición previa de servidumbre".

Los republicanos radicales del Congreso se enfurecieron por los vetos del presidente Johnson (que más tarde fueron anulados) contra la legislación que protegía a los afro-estadounidenses recién liberados y castigaba a los ex líderes confederados, privándolos del derecho de ocupar cargos públicos. La antipatía del Congreso por Johnson fue tan grande, que por primera vez en la historia de Estados Unidos se instituyeron procedimientos de juicio político para destituir a un Presidente de su cargo.

La mayor ofensa de Johnson fue su oposición a las políticas punitivas del Congreso y el léxico violento que usó al criticarlas. La acusación legal más seria que sus enemigos pudieron hacer fue que, a pesar de la Ley de Inamovilidad en los Cargos Públicos (por la cual se exigía la aprobación del Senado para destituir a cualquier funcionario público previamente ratificado por dicho órgano), él destituyó de su gabinete al secretario de Guerra, que era un firme aliado del Congreso. Cuando se llevó a cabo el juicio político en el Senado se demostró que, técnicamente, Johnson tenía derecho de remover a los miembros de su gabinete y, lo más importante, se dijo que si el Congreso destituía a un Presidente sólo porque éste no concordaba con la mayoría de sus miembros se sentaría un precedente peligroso. Sólo faltó un voto para reunir los dos tercios requeridos para condenarlo en la votación final.

Johnson continuó en su puesto hasta el fin de su periodo en 1869, pero el Congreso logró sentar un precedente que perduraría por el resto del siglo. El vencedor republicano en la elección presidencial de 1868, el ex general de la Unión Ulysses S. Grant, habría de aplicar las políticas de reconstrucción que los radicales iniciaron.

En junio de 1868 el Congreso ya había readmitido en la Unión a la mayoría de los ex estados confederados. En las legislaturas de Louisiana y Carolina del Sur, los afro-estadounidenses ganaron en realidad la mayor parte de los escaños.

Muchos blancos del sur, al ver amenazada su hegemonía política y social, recurrieron a medios ilegales para impedir que los afro-estadounidenses alcanzaran la igualdad. La violencia ejercida contra éstos por organizaciones extralegales como el Ku Klux Klan se hizo cada día más frecuente. En 1870 y 1871 el creciente desorden dio

lugar a la aprobación de una Ley de Cumplimiento por la cual se castigaría con rigor a quienes trataran de privar de sus derechos civiles a los afro-estadounidenses liberados.

EL FINAL DE LA RECONSTRUCCIÓN

Al pasar el tiempo, cada día fue más obvio que los problemas del sur no se resolverían con leyes severas y un rencor perenne hacia los ex confederados. "Además, algunos gobiernos radicales de los estados del sur, con prominentes funcionarios afro-estadounidenses, parecían ser corruptos e ineficientes." La nación no tardó en cansarse del intento de imponer la democracia racial y los valores liberales en el sur por medio de las bayonetas de la Unión. En mayo de 1872, el Congreso aprobó una Ley de Amnistía de carácter general que restituyó por completo los derechos políticos de todos los ex rebeldes, salvo unos 500.

Poco a poco los estados del sur empezaron a elegir miembros del Partido Demócrata para cargos públicos, destituyendo gobiernos oportunistas e intimidando a los afro-estadounidenses para que se abstuvieran de votar o aspirar a cargos públicos. En 1876, sólo en tres estados sureños seguían los republicanos en el poder. Como parte de la negociación que resolvió las disputadas elecciones presidenciales de ese año a favor de Rutherford B. Hayes, los republicanos prometieron retirar las tropas federales que habían sostenido a los restantes gobiernos republicanos. En 1877, Hayes cumplió su promesa y renunció tácitamente a la responsabilidad federal de proteger los derechos civiles de los afro-estadounidenses.

El sur seguía siendo una región devastada por la guerra, abrumada por las deudas contraídas por malos gobiernos y desmoralizada tras un decenio de pugnas étnicas. Por desgracia, el péndulo de la política racial del país osciló de un extremo al otro. Un gobierno federal que había apoyado la aplicación de castigos severos contra los líderes blancos del sur, toleraba ahora formas nuevas y humillantes de discriminación contra los afro-estadounidenses. En los últimos 25 años del siglo XIX hubo gran profusión de leyes "Jim Crow" contra ellos en los estados del sur, por las cuales se impuso la segregación en las escuelas públicas, se prohibió o limitó el acceso de los afro-estadounidenses a muchos lugares públicos, como parques, restaurantes y hoteles, y se negó a la mayoría de ellos el derecho de votar, mediante impuestos al sufragio y exámenes arbitrarios de lectura y escritura. "Jim Crow" es una expresión tomada de una canción de un espectáculo de minstrels de

1828 en los que por primera vez un hombre blanco actuó maquillado "con la cara negra".

Los historiadores han tendido a juzgar con dureza la Reconstrucción como un oscuro periodo de conflicto político, corrupción y retroceso que no logró alcanzar sus altruistas metas originales y se derrumbó en medio de un virulento racismo. A los esclavos se les dio la libertad, pero el norte falló por completo en el intento de atenderlos en sus necesidades económicas. A menudo los militares de la Unión ocupantes no podían ni siquiera protegerlos de la violencia y el hostigamiento. Sin recursos económicos propios, muchos afro-estadounidenses del sur no tuvieron más remedio que convertirse en granjeros arrendatarios de tierras que pertenecían a sus antiguos amos, quedando así atrapados en un ciclo de pobreza que habría de continuar hasta ya bien entrado el siglo XX.

Los gobiernos de la era de la Reconstrucción lograron avances genuinos en la restauración de los estados del sur devastados por la guerra y en la ampliación de los servicios públicos, sobre todo en la creación de escuelas públicas gratuitas para afro-estadounidenses y blancos, financiadas por medio de impuestos. A pesar de todo, los sureños recalcitrantes aprovecharon algunos casos de corrupción (que, desde luego, en esa época no eran exclusivos del sur) y los explotaron para derrocar algunos regímenes radicales. Por el fracaso de la Reconstrucción, la lucha de los afro-estadounidenses por la igualdad y la libertad se tendría que aplazar hasta el siglo XX, cuando el tema se convertiría en una causa nacional y no sólo del sur.

LA GUERRA CIVIL Y LAS NUEVAS PAUTAS DE LA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE

Las controversias de la década de 1850 destruyeron al Partido Whig, crearon el Partido Republicano y dividieron al Partido Demócrata en varias líneas regionales. La Guerra Civil demostró que los whigs estaban perdidos sin remedio y que los republicanos habían llegado para quedarse. Además, sentó las bases de un Partido Demócrata reunificado.

Los republicanos lograron reemplazar sin altibajos a los whigs en todo el norte y el oeste porque eran mucho más que una fuerza a favor de las tierras libres y contraria a la esclavitud. La mayor

parte de sus líderes habían sido whigs y no perdieron el interés de éstos por el desarrollo nacional con ayuda del gobierno federal. La necesidad de conducir una guerra no les impidió aprobar también un arancel proteccionista (1861) para el fomento del sector manufacturero del país, la Ley de Protección de Tierras de Colonización (1862) para facilitar la colonización del oeste, la Ley Morrill (1862) para establecer escuelas superiores de agronomía y tecnología con "tierras en concesión" y una serie de Leyes del Ferrocarril del Pacífico (1862-64) para financiar una línea ferroviaria transcontinental. Estas medidas obtuvieron el apoyo de grupos de toda la Unión para los que la esclavitud era una cuestión secundaria y garantizaron la continuidad del partido como la manifestación más reciente de un credo político que había sido propuesto por Alexander Hamilton y Henry Clay.

La guerra sentó también las bases para la reunificación demócrata porque la oposición del norte a ésta se centró en el Partido Demócrata. Como era lógico esperar del partido de la "soberanía popular", algunos demócratas creyeron que no había justificación para hacer una guerra en gran escala a fin de reinstaurar la Unión. Ese grupo llegó a ser conocido como los Demócratas de la Paz. A sus miembros más extremistas los llamaron "Víboras Cobrizas".

Más aún, pocos demócratas, tanto de la fracción "por la guerra" como del grupo "por la paz", creían que la emancipación de los esclavos valiera el derramamiento de sangre del norte. La oposición a la emancipación había sido por largo tiempo la política del partido. En 1862, por ejemplo, casi todos los demócratas del Congreso votaron contra la supresión de la esclavitud en el Distrito de Columbia y su proscripción en los territorios.

Gran parte de esa oposición provenía de los trabajadores pobres, en particular de los inmigrantes católicos irlandeses y alemanes que temían una migración en masa de afro-estadounidenses recién liberados hacia el norte. Ellos resentían también el reclutamiento para el servicio militar (marzo de 1863) que los afectaba en forma desproporcionada. En varias ciudades del norte estallaron disturbios raciales. Los más graves, que tuvieron lugar en Nueva York del 13 al 16 de julio de 1863, fueron precipitados por la condena que el gobernador demócrata

Horatio Seymour lanzó contra la conscripción militar. Para restablecer el orden fueron enviadas tropas federales que pocos días antes habían prestado servicio en Gettysburg.

Los republicanos hicieron la guerra sin pensar mucho en las libertades civiles. En septiembre de 1862, Lincoln suspendió el auto de hábeas corpus e impuso la ley marcial sobre quienes interfirieran con el reclutamiento o brindaran ayuda a los rebeldes. Esta excepción del derecho civil, aunque la Constitución la justifica en tiempos de crisis, dio a los demócratas otra oportunidad para criticar a Lincoln. El secretario de Guerra Edwin Stanton aplicó con vigor la ley marcial y hubo muchos miles de arrestos, en su mayoría de partidarios del sur o demócratas.

A pesar de las victorias de la Unión en Vicksburg y Gettysburg en 1863, los candidatos demócratas "partidarios de la paz" siguieron aprovechando los infortunios y la sensibilidad racial de la nación. De hecho, el estado de ánimo en el norte era tal que Lincoln estaba convencido de que perdería la contienda por su reelección en noviembre de 1864. En buena parte por esta razón el Partido Republicano cambió su nombre a Partido de la Unión y reclutó a un demócrata de Tennessee, Andrew Johnson, como compañero de candidatura de Lincoln. Las victorias de Sherman en el sur sellaron la elección a favor de ellos.

El asesinato de Lincoln, la irrupción del Republicanismo Radical y el incierto liderazgo de Johnson fueron factores que influyeron en el carácter de la política de posguerra, en la cual el Partido Republicano pagó las consecuencias de esforzarse demasiado en su afán de reconstruir al sur, mientras que los demócratas, por medio de sus críticas a la Reconstrucción, se aliaron con la mayoría blanca neoconfederada del sur. El prestigio de Grant como héroe nacional de Estados Unidos hizo que los republicanos ganaran dos elecciones presidenciales, pero cuando el sur resurgió tras la Reconstrucción, fue evidente que el país estaba dividido casi a la mitad entre los dos partidos.

Los republicanos tuvieron el predominio en el noreste industrial hasta la década de 1930 y mantuvieron su fuerza en casi todo el resto de la nación, salvo en el sur. No obstante, su fisonomía como el partido del gobierno fuerte y el desarrollo nacional empezó a ser percibida cada día más como el de los aliados de

las grandes empresas y el mundo financiero.

Cuando el presidente Hayes concluyó la Reconstrucción, esperaba que fuera posible reconstruir al Partido Republicano en el sur, apoyándose en los viejos whigs como su base y recurriendo a la exhortación al desarrollo regional como un asunto de importancia capital. Sin embargo ya para entonces la mayoría blanca del sur percibía al republicanismo como una filiación identificada con una odiosa supremacía afro-estadounidense. Durante los siguientes tres cuartos de siglo, el sur sería firmemente demócrata. En gran parte de ese tiempo, el Partido Demócrata nacional mostraría una solemne deferencia hacia los derechos de los estados, al tiempo que ignoraba los derechos civiles. Los que más padecerían con el legado de la Reconstrucción serían los afro-estadounidenses.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 8: Crecimiento y transformación

"La civilización misma depende del carácter sagrado de la propiedad".

-- Industrial y filántropo **Andrew Carnegie**, 1889

Estados Unidos de América llegó a la mayoría de edad entre dos grandes guerras: la Guerra Civil y la Primera Guerra Mundial. En menos de 50 años se transformó de una república rural en una nación urbana. La frontera desapareció y el país se llenó de grandes fábricas y plantas

siderúrgicas, líneas ferroviarias transcontinentales, ciudades florecientes y vastas fincas agrícolas. Con toda esa prosperidad y afluencia económica llegaron los consabidos problemas. En toda la nación, unas cuantas empresas llegaron a dominar industrias enteras, ya sea en forma independiente o en combinación con otras firmas. A menudo las condiciones de trabajo no eran adecuadas. Las ciudades crecieron con tanta rapidez que no pudieron alojar ni gobernar con eficacia a sus crecientes poblaciones.

TECNOLOGÍA Y CAMBIO

"La Guerra Civil", dice un autor, "abrió una grieta muy amplia en la historia del país; reveló de golpe los cambios que se habían iniciado en los 20 o 30 años precedentes" Las necesidades de la guerra fueron un enorme estímulo para las manufacturas, aceleraron un proceso económico basado en la explotación del hierro, el vapor y la energía eléctrica, y fomentaron el avance de la ciencia y la inventiva. En los años anteriores a 1860 se concedieron 36.000 patentes; en los 30 años siguientes fueron expedidas otras 440.000 y en los primeros 25 años del siglo XX su número llegó a casi un millón.



Construcción del ferrocarril transcontinental en 1868. (California State Railroad Museum Library)

Ya en 1844 Samuel F. B. Morse había perfeccionado la telegrafía eléctrica y, en poco tiempo, puntos distantes del continente quedaron enlazados por una red de postes y alambres. En 1876 Alexander Graham Bell exhibió un instrumento telefónico y en menos de medio siglo, 16 millones de teléfonos harían que la vida social y económica de la población fuera más acelerada. El crecimiento empresarial se avivó con la invención de la máquina de escribir en 1867, la sumadora en 1888 y la caja registradora en 1897. La lámpara incandescente de Thomas Edison iluminó millones de hogares. Él perfeccionó la máquina parlante o fonógrafo y, en colaboración con George Eastman, ayudó al desarrollo del cine. Éstas y muchas otras aplicaciones de la ciencia y el ingenio condujeron a un nuevo nivel de productividad en casi todos los frentes.

Al mismo tiempo, la industria básica de la región — la del hierro y el acero — se consolidó con paso firme al amparo de un alto arancel. La industria del hierro avanzó hacia el oeste a medida que los geólogos descubrieron nuevos depósitos de mineral, sobre todo en la gran cordillera de Mesabi, en las fuentes del lago Superior, que llegó a ser uno de los más grandes centros productores del mundo.

CARNEGIE Y LA ERA DEL ACERO

A Andrew Carnegie se debieron en buena parte los grandes adelantos en la producción de acero. Antes de los 30 años de edad ya había hecho inversiones astutas y previsoras que en 1865 se concentraban en el hierro. En unos cuantos años ya había organizado compañías que fabricaban puentes de hierro, rieles y locomotoras, o tenía acciones de las mismas. Diez años después fundó una planta siderúrgica a orillas del río Monongahela, en Pennsylvania, que fue la más grande del país. Adquirió el control no sólo de nuevas plantas de fundición, sino también de yacimientos de coque y carbón, del mineral de hierro del lago Superior, de una flota de barcos de vapor que cruzaban los Grandes Lagos, de una ciudad portuaria junto al lago Erie y de un tren de enlace. Sus negocios, en alianzas con una docena de empresarios como él, le permitieron obtener condiciones favorables en los ferrocarriles y otras líneas de transporte. Nunca antes se había visto algo semejante en Estados Unidos en materia de desarrollo industrial.

Aunque Carnegie dominó por largo tiempo la industria, nunca logró tener el monopolio total de los recursos naturales, el transporte y las plantas industriales que intervenían en la fabricación de acero.

Nuevas empresas desafiaron su preeminencia en la década de 1890. Luego fue persuadido de fusionar sus posesiones en una nueva corporación que llegaría a absorber la mayor parte de las firmas siderúrgicas del país.

CORPORACIONES Y CIUDADES

La United States Steel Corporation resultante de la fusión realizada en 1901 ilustró un proceso que se gestaba desde hacía 30 años: la combinación de empresas industriales independientes para formar compañías federadas o centralizadas. Surgida de la Guerra Civil, esa tendencia cobró ímpetu después de la década de 1870 a medida que los hombres de negocios empezaron a temer que el exceso de producción pudiera abatir los precios y mermara sus ganancias. Comprendieron que si lograban controlar tanto la producción como los mercados, podrían reunir a las firmas competidoras en una sola organización. La "corporación" y el "trust" se desarrollaron para el logro de esos fines.

Las corporaciones, que hicieron posible disponer de una amplia reserva de capital y dieron a las empresas comerciales vida permanente y continuidad en su control, atrajeron inversores, tanto por las ganancias previstas como porque el grado de responsabilidad que contraían era limitado en caso de que la empresa fracasara. Los trusts eran, de hecho, combinaciones de corporaciones por las cuales los accionistas de cada una ponían sus acciones en manos de fideicomisarios. (Como método de consolidación corporativa, el trust no tardó en ceder su sitio a la sociedad de cartera o "holding", pero el primer vocablo persistió). Los trusts hicieron posibles las combinaciones en gran escala, la administración y el control centralizados y la participación en las patentes. Sus grandes recursos de capital los dotaron de más poder para expandirse, competir con las organizaciones comerciales del exterior y tener ventaja en las negociaciones con los trabajadores, que ya empezaban a organizarse con eficacia. Así pudieron obtener también condiciones favorables en los ferrocarriles e influir en la política.

La Standard Oil Company, fundada por John D. Rockefeller, fue una de las primeras y más vigorosas corporaciones y no tardaron en seguir su ejemplo otras combinaciones (en los rubros de aceite de semilla de algodón, plomo, azúcar, tabaco y caucho). Pronto surgieron hombres de negocios agresivos que empezaron a marcar sus propios dominios industriales. Cuatro grandes empacadores de carne, entre los que destacaban Philip Armour y Gustavus Swift,

formaron un trust de carne de bovino. Cyrus McCormick alcanzó la preeminencia en el rubro de las cosechadoras. En una encuesta de 1904 se observó que más de 5.000 empresas, que antes eran independientes, se habían consolidado para formar cerca de 300 trusts industriales.

La tendencia a formar fusiones incluyó también otros rubros, sobre todo transportes y comunicaciones. A Western Union, que dominó la telegrafía, siguieron la Bell Telephone System y más tarde la American Telephone and Telegraph Company. En la década de 1860, Cornelius Vanderbilt consolidó 13 líneas ferroviarias en una sola, de 800 kilómetros, que enlazó la ciudad de Nueva York con Buffalo. En la década siguiente él mismo adquirió líneas a Chicago, Illinois y Detroit, Michigan, estableciendo así el New York Central Railroad. Pronto los principales ferrocarriles de la nación se organizaron en líneas troncales y sistemas dirigidos por un puñado de hombres.

En este nuevo orden industrial, la ciudad era el centro nervioso pues en ella se concentraban todas las fuerzas dinámicas de la economía: cuantiosas acumulaciones de capital, instituciones comerciales y financieras, estaciones ferroviarias en expansión, fábricas humeantes y grandes ejércitos de trabajadores manuales y de oficina. Las aldeas, que atraían a gente del campo y de tierras de ultramar, se convertían en poblados y éstos en ciudades casi de la noche a la mañana. En 1830, sólo uno de cada 15 estadounidenses vivía en comunidades de 8.000 habitantes o más; en 1860, la cifra era de casi uno de cada seis; y en 1890 aumentó a tres de cada 10. En 1860 ninguna ciudad tenía todavía un millón de habitantes, pero 30 años después había un millón y medio en Nueva York, y Chicago, Illinois y Filadelfia, Pennsylvania tenían más de un millón cada una.

FERROCARRILES, REGULACIÓN Y LA LEY ARANCELARIA

El ferrocarril fue especialmente importante para el país en expansión y a menudo fueron criticadas sus prácticas. Las líneas férreas aplicaban tarifas más bajas a los grandes clientes mediante rebajas en el pago, lo cual perjudicaba a los clientes pequeños. Además, era frecuente que las tarifas de flete no fueran proporcionales a la distancia recorrida; la competencia hacía que las tarifas de carga fueran bajas entre las ciudades atendidas por varios enlaces ferroviarios, pero las tarifas tendían a ser altas en los lugares atendidos por una sola línea. Así, transportar un artículo 1.280 kilómetros, de Chicago a Nueva York, costaba menos que

llevarlo a lugares localizados a pocos cientos de kilómetros de Chicago. Además, para evitar la competencia, las compañías rivales se repartían a veces el negocio del transporte según un plan dispuesto de antemano por el cual todas las ganancias se depositaban en un fondo común para su distribución.

El presidente Grover Cleveland firmó la Ley de Comercio Interestatal en 1887, por la cual se prohibió el precio excesivo, el uso del fondo común, los descuentos y la discriminación en las tarifas, y se creó una Comisión de Comercio Interestatal (CCI) para supervisar la ley, pero se le dio poco poder para imponer su cumplimiento. En sus primeras décadas de existencia, prácticamente ninguno de los esfuerzos de la CCI para regular y reducir tarifas pasó con éxito la revisión judicial.

El presidente Cleveland se opuso también al arancel proteccionista sobre productos extranjeros, que había llegado a ser aceptado como una política nacional permanente bajo los presidentes republicanos que dominaron la política de la época. Cleveland, un demócrata conservador, estimaba que la protección arancelaria era un subsidio injustificado a favor de las grandes empresas que confería a los trusts un poder sobre los precios en perjuicio de los estadounidenses ordinarios. A tono con los intereses de sus bases en el sur, los demócratas volvieron a asumir su posición anterior a la Guerra Civil, oponiéndose al proteccionismo y defendiendo un "arancel solamente sobre ingresos".

La antipatía del público por los trusts se agudizó en esa época. Las enormes corporaciones de la nación fueron sometidas al severo ataque de reformadores como Henry George y Edward Bellamy en toda la década de 1880. La Ley Sherman contra Monopolios, aprobada en 1890, prohibió todas las combinaciones que restringieran el comercio interestatal y dispuso métodos de cumplimiento que incluían severas sanciones. Redactada en términos generales vagos, la ley redituó pocos logros inmediatos cuando fue aprobada, pero al cabo de 10 años, el presidente Theodore Roosevelt la aplicaría vigorosamente.

REVOLUCIÓN EN LA AGRICULTURA

A pesar de los grandes avances de la industria, la agricultura seguía siendo la ocupación básica de la nación. La revolución en el agro — paralela a la de las manufacturas después de la Guerra Civil — implicó la transición del trabajo manual a la labranza con máquinas y del cultivo de subsistencia a la agricultura comercial. Entre 1860 y

1910 el número de granjas se triplicó en Estados Unidos, pasando de 2 millones a 6 millones, al tiempo que la superficie de cultivo se duplicó con creces, de 160 millones a 352 millones de hectáreas.

Los granjeros estadounidenses cosecharon suficiente cereal y algodón, criaron bastante ganado vacuno y porcino, y esquilieron lana en cantidad suficiente no sólo para proveer a los trabajadores del país y sus familias, sino también para crear excedentes cada día mayores.

Varios factores explican ese logro extraordinario. Uno fue la expansión hacia el oeste; otro fue una revolución tecnológica. El granjero de 1800, provisto de una hoz manual, podía segar hasta un quinto de hectárea de trigo al día. Al cabo de 30 años, con ayuda de la guadaña, podía cortar cuatro quintos de hectárea cada día. En 1840 Cyrus McCormick hizo un milagro al segar entre 2 y 2,5 hectáreas al día con su cosechadora, esa extraña máquina que él desarrolló en casi 10 años. Entonces se fue al oeste y erigió una fábrica en Chicago, la joven ciudad de las praderas, y en 1860 ya había vendido un cuarto de millón de cosechadoras.

Otras máquinas agrícolas fueron desarrolladas en rápida sucesión: la agavilladora automática de alambre, la trilladora mecánica y la cosechadora-trilladora o combinada. Surgieron así sembradoras mecánicas, cortadoras, peladoras y desgranadoras, y mecanismos para separar crema, dispersar estiércol, sembrar papas y secar heno, además de incubadoras para aves de corral y cien inventos más.

El papel de la ciencia en la revolución del agro fue sólo un poco menos importante que el de la máquina. En 1862, la Ley Morrill de Donación de Tierras para Escuelas Superiores concedió a cada estado tierras públicas para la creación de escuelas superiores de agronomía e industria. Éstas debían ser instituciones educativas y centros de investigación de agricultura científica. Más tarde el Congreso asignó fondos para la creación de estaciones agrícolas de experimentación en todo el país y otorgó al Departamento de Agricultura un financiamiento directo para investigación. Al inicio del nuevo siglo, los científicos trabajaban en gran variedad de proyectos agrícolas en todo el país.

Uno de esos científicos, Mark Carleton, viajó a Rusia por cuenta del Departamento de Agricultura. Allí encontró la variedad invernal de trigo, resistente al añublo y la sequía, que de inmediato exportó a su patria y que hoy constituye más de la mitad del trigo que se

cosecha en Estados Unidos. Otra científica, Marion Dorset, logró vencer al temible cólera porcino; y uno más, George Mohler, ayudó a prevenir la fiebre aftosa. Un investigador trajo el maíz Kaffir del norte de África; otro importó de Turkestán la alfalfa de flor amarilla. En California, Luther Burbank produjo veintenas de nuevos frutos y legumbres; y en Wisconsin, Stephen Babcock ideó una prueba para determinar el contenido de grasa en la leche; en el Instituto Tuskegee de Alabama, el científico afro-estadounidense George Washington Carver halló centenares de nuevas aplicaciones para el maní, la batata y la soya.

La explosión de la ciencia y la tecnología de la agricultura afectó en diversos grados a los agricultores de todo el mundo pues elevó los rendimientos, eliminó a los pequeños productores y disparó la emigración a las ciudades industriales. Más aún, los ferrocarriles y los barcos de vapor empezaron a llevar los mercados regionales a un mundo globalizado de mayores dimensiones, donde los precios se comunicaban al instante por cable trasatlántico o por telégrafo terrestre. Si bien la caída de los precios del agro fue una buena noticia para el consumidor urbano, amenazó también el medio de vida de muchos agricultores estadounidenses y desató una oleada de descontento en el campo.

EL SUR DIVIDIDO

Después de la Reconstrucción, los dirigentes del sur se esforzaron mucho para atraer a la industria. Los estados ofrecieron grandes estímulos y mano de obra barata a los inversores para desarrollar las industrias de acero, madera, tabaco y textiles. No obstante, el porcentaje de la base industrial de la nación que le correspondía a la región en 1900 seguía siendo más o menos el mismo que en 1860. Además, el precio de esa campaña de industrialización fue alto: las enfermedades y el trabajo infantil proliferaron en las ciudades fabriles del sur. Treinta años después de la Guerra Civil, el sur seguía siendo pobre, mayoritariamente agrícola y su economía era dependiente. Más aún, sus relaciones raciales reflejaban no sólo el legado de la esclavitud, sino lo que ya se perfilaba como el tema central de su historia: la firme determinación de hacer valer la supremacía blanca a cualquier costo.

Sureños blancos intransigentes hallaron la forma de ejercer el control estatal para mantener el dominio blanco. En varias decisiones, la Corte Suprema apoyó también sus empeños al ratificar las opiniones conservadoras tradicionales del sur sobre el equilibrio apropiado entre el poder nacional y el de los estados.

En 1873 la Corte Suprema encontró que la 14^a Enmienda (por la cual los derechos de ciudadanía no pueden restringirse) no confería nuevos privilegios ni inmunidad para proteger a los afro-estadounidenses del poder estatal. Así mismo, en 1883 dictaminó que la 14^a Enmienda no prohibía a los individuos, sino sólo a los estados, ejercer la discriminación. Y en el caso Plessy v. Ferguson (1896), la Corte resolvió que la asignación de secciones especiales "separadas pero iguales" para afro-estadounidenses en lugares públicos, como trenes y restaurantes, no era una violación a sus derechos. El principio de la segregación racial se propagó pronto a todas las esferas de la vida en el sur, desde los ferrocarriles hasta los restaurantes, los hoteles, los hospitales y las escuelas. Más aún, en los aspectos de la vida donde la ley no imponía la segregación, ésta era impuesta por el uso y la costumbre. Después se coartó aún más el derecho de voto. Los linchamientos periódicos por grupos subrayaron que la región estaba decidida a subyugar a su población afro-estadounidense.

Ante la discriminación generalizada, muchos afro-estadounidenses apoyaron a Booker T. Washington, quien les aconsejaba concentrarse en objetivos económicos modestos y aceptar por un tiempo la discriminación social. Otros, encabezados por el intelectual afro-estadounidense W.E.B. Du Bois, querían impugnar la segregación mediante la acción política. Sin embargo, ante la falta de interés de los dos partidos importantes y porque la teoría científica de la época aceptaba en general la inferioridad racial, las demandas de justicia social tuvieron escaso apoyo.

LA ÚLTIMA FRONTERA

En 1865, la línea fronteriza que en general seguía el contorno occidental de los estados aledaños al río Mississippi se desplazó más allá de las secciones orientales de Texas, Kansas y Nebraska. Después, en casi 1.600 kilómetros al norte y el sur pasaba por enormes cordilleras, muchas de ellas ricas en plata, oro y otros metales. Praderas y desiertos se extendían al oeste hasta las boscosas cordilleras de la costa y el océano Pacífico. Salvo por los distritos colonizados de California y algunos poblados dispersos, las vastas regiones interiores estaban habitadas por norteamericanos nativos, entre los cuales figuraban tribus de las grandes llanuras — sioux y blackfoots, pawnees y cheyennes — y culturas indígenas del suroeste, como los apaches, los navajos y los hopis.

Sólo un cuarto de siglo después, casi todo el país ya estaba dividido en estados y territorios. Los mineros habían explorado toda la

comarca montañosa, tras de lo cual cavaron túneles en la tierra y fundaron pequeñas comunidades en Nevada, Montana y Colorado. Los criadores de ganado vacuno, que sacaban buen provecho de los enormes pastizales, reclamaron la enorme expansión que se extendía desde Texas hasta la parte alta del río Missouri. Los granjeros hundieron sus arados en los llanos y valles, con lo cual se cerró la brecha entre el este y el oeste. En 1890 la frontera ya había desaparecido.

Un acicate para la colonización fue la Ley de Protección a las Tierras de Colonización de 1862, por la cual se otorgaron gratuitamente granjas de 64 hectáreas a los ciudadanos que ocuparan y mejoraran esas tierras. Para desgracia de los agricultores en ciernes, la tierra se prestaba más a la cría de ganado que a la labranza y en 1880 casi 22.400.000 hectáreas de tierras "gratuitas" ya estaban en manos de ganaderos o de empresas ferroviarias.

En 1862 el Congreso aprobó por votación el acta constitutiva del ferrocarril Union Pacific, el cual prolongó sus vías hacia el oeste desde Council Bluffs, Iowa, con mano de obra aportada sobre todo por ex soldados e inmigrantes irlandeses. Al mismo tiempo, el ferrocarril Central Pacific empezó a tender sus vías hacia el este desde Sacramento, California, sobre todo con trabajadores inmigrantes chinos. Todo el país se extendió a medida que las dos líneas se acercaban una a la otra, hasta que se encontraron por fin el 10 de mayo de 1869 en Promontory Point, Utah. Los largos meses de penoso viaje que hasta entonces habían separado a los dos océanos se redujeron a partir de entonces a unos seis días.

La primera gran oleada de población hacia el lejano oeste fue atraída a las regiones montañosas cuando se descubrió oro en California en 1848; en Colorado y Nevada 10 años más tarde; en la década de 1860 en Montana y Wyoming, y en las Black Hills del territorio de Dakota en la década de 1870. Los mineros exploraron el país, fundaron poblados y crearon las bases para otros asentamientos más permanentes. A la postre, aun cuando algunas comunidades se siguieron dedicando casi exclusivamente a la minería, pronto se demostró que la verdadera riqueza de Montana, Colorado, Wyoming, Idaho y California estaba en sus pastizales y su tierra de cultivo. La cría de ganado vacuno, que por largo tiempo ha sido una industria importante en Texas, floreció al final de la Guerra Civil cuando hombres emprendedores empezaron a acarrear su ganado tejano de cuernos largos hacia el norte, a través de tierras públicas abiertas. El ganado se alimentaba durante la larga

marcha y llegaba a las estaciones de embarque de ferrocarril, en Kansas, más grande y gordo que al inicio del viaje. El acarreo anual de vacunos se convirtió en un hecho habitual y a lo largo de cientos de kilómetros, las rutas se veían salpicadas de hatos de ganado que iban rumbo al norte.

Inmensas fincas de ganado vacuno surgieron entonces en Colorado, Wyoming, Kansas, Nebraska y el territorio de Dakota. Las ciudades del oeste florecieron como centros especializados en la matanza de ganado y en la preparación de la carne. El auge de la ganadería de bovinos llegó a su clímax a mediados de la década de 1880. Para entonces, a poca distancia de los ganaderos llegaron las carretas cubiertas de los granjeros que llevaban consigo a sus familias, sus caballos de tiro, sus vacas y sus cerdos. Invocaron la Ley de Protección a las Tierras de Colonización para reclamar la posesión de tierras y cercaron éstas con un nuevo invento, el alambre de púas. Los ganaderos fueron expulsados de las tierras en las que habían vagabundado sin título de propiedad legal.

La ganadería y la conducción de ganado dieron a la mitología estadounidense el icono definitivo de la cultura en la frontera: el cowboy. La realidad de la vida de esos vaqueros era de agotadoras fatigas. Tal como lo han descrito escritores como Zane Grey y actores de cine como John Wayne, el cowboy era una poderosa figura mitológica, un hombre de acción audaz y virtuoso. Sólo a fines del siglo XX se produjo una reacción. Historiadores y cineastas por igual empezaron a describir "el salvaje oeste" como un lugar sórdido, poblado de personajes que solían estar más inclinados a lo peor que a lo mejor de la naturaleza humana.

LAS TRIBULACIONES DE LOS ESTADOUNIDENSES NATIVOS

Igual que en el este, la expansión hacia las llanuras y las montañas por mineros, ganaderos y colonizadores dio lugar a crecientes conflictos con los norteamericanos nativos del oeste. Muchas tribus de éstos — desde los utes de la Gran Cuenca hasta los nez percés de Idaho — combatieron a los blancos en una u otra ocasión. Sin embargo los sioux de las llanuras del norte y los apaches del suroeste fueron los que presentaron la oposición más decidida contra el avance de la frontera. Encabezados por líderes tan capaces como Nube Roja y Caballo Loco, los sioux tenían una habilidad muy particular para hacer la guerra a caballo al galope. También los apaches eran diestros y muy escurridizos al combatir en su medio ambiente natural, entre desiertos y cañadas.

Los conflictos con los indígenas de las llanuras empeoraron a raíz de un incidente en el que los dakotas (una parte de la nación sioux) le declararon la guerra al gobierno de Estados Unidos a causa de viejos agravios y dieron muerte a cinco colonizadores blancos. Las rebeliones y los ataques continuaron hasta el final de la Guerra Civil.

En 1876, al cabo de varios combates que no fueron decisivos, el coronel George Custer, al frente de un pequeño destacamento de caballería, se encontró con una fuerza muy superior, formada por los sioux y sus aliados, en el río Little Bighorn. Él y sus hombres fueron aniquilados por completo. Sin embargo, la insurgencia de los norteamericanos nativos no tardó en ser suprimida. Más tarde, en 1890, una danza ritual de espíritus que se celebraba en la reservación norte de los sioux, en Wounded Knee, Dakota del Sur, desembocó en la insurrección y en una última batalla trágica que concluyó con la muerte de casi 300 hombres, mujeres y niños sioux.

A pesar de todo, la forma de vida de los indígenas de las llanuras había sido destruida desde mucho tiempo antes a raíz de la expansión de la población blanca, la llegada del ferrocarril y la matanza de búfalos, que casi fueron exterminados por la cacería indiscriminada que se desató entre los colonizadores en la década de 1870.

A partir del gobierno de Monroe, la política oficial había consistido en llevar a los norteamericanos nativos a donde no tuvieran a su alcance la frontera de los blancos. Sin embargo fue inevitable que las reservaciones se volvieran cada día más pequeñas y hacinadas, y algunos estadounidenses empezaron a protestar por la forma en que el gobierno trataba a los norteamericanos nativos.

La Ley Dawes (de Reparto General) revirtió por completo la política de Estados Unidos hacia los norteamericanos nativos en 1887, al permitir que el presidente dividiera las tierras de las tribus y entregara parcelas de 65 hectáreas a cada jefe de familia. El gobierno mantendría en fideicomiso por 25 años las tierras así asignadas, después de lo cual el ocupante obtendría plenamente la propiedad y la ciudadanía. No obstante, las tierras no incluidas en la distribución se ofrecerían en venta a los colonizadores. A pesar de las buenas intenciones, esta política fue desastrosa porque dio lugar a un mayor pillaje de tierras de los norteamericanos nativos. Además, al atentar contra la organización comunal de las tribus, provocó más perturbaciones en la cultura tradicional. La política del

país se modificó una vez más en 1934 mediante la Ley de Reorganización Indígena, con la cual se intentó proteger la vida de las tribus y las comunidades en las reservas.

UN IMPERIO AMBIVALENTE

Las últimas décadas del siglo XIX fueron un periodo de expansión imperial para Estados Unidos. Sin embargo, la historia del país tomó un rumbo diferente al de sus rivales de Europa por su historia de lucha contra los imperios europeos y por su desarrollo democrático realmente único.

Las fuentes del expansionismo estadounidense a fines del siglo XIX fueron diversas. Aquél fue un periodo de frenesí imperialista en el plano internacional; en él, las potencias europeas rivalizaban por posesionarse de África y competían junto con Japón por ganar influencia y mercados en Asia. Muchos estadounidenses, incluso figuras tan influyentes como Theodore Roosevelt, Henry Cabot Lodge y Elihu Root, sintieron que Estados Unidos tenía que incursionar también en las esferas de la influencia económica para proteger sus intereses. Esa opinión fue secundada por un poderoso cabildo naval que pidió la ampliación de su flota y una red de puertos en el exterior, como factores esenciales para la seguridad económica y política de la nación. En términos más generales, la doctrina del "destino manifiesto", que al principio sirvió para justificar la expansión continental de Estados Unidos, ahora surgía de nuevo para afirmar que el país tenía el derecho y el deber de extender su influencia y su civilización en el hemisferio occidental y el Caribe, e incluso al otro lado del Pacífico.

Al mismo tiempo siguieron resonando con fuerza y constancia las voces de los opositores del imperialismo, surgidas de diversas coaliciones de demócratas nortños y republicanos de mentalidad reformista. Por eso la adquisición de un imperio estadounidense fue fragmentaria y ambivalente. Con frecuencia, a los gobiernos coloniales los asuntos del comercio y la economía les interesaban más que el control político.

La primera aventura de Estados Unidos más allá de sus fronteras continentales fue la compra de Alaska — apenas poblada por los inuits y otros pueblos nativos — a Rusia en 1867. La mayoría de los estadounidenses reaccionaron con indiferencia o indignación ante esa decisión del secretario de Estado William Seward, cuyos detractores llamaban a Alaska "la locura" o "la hielera de Seward". Pero al cabo de 30 años, cuando se descubrió oro en el río Klondike

de Alaska, miles de estadounidenses partieron hacia el norte y muchos se establecieron permanentemente en esa región. En 1959, cuando se convirtió en el 49º estado, Alaska superó a Texas como el estado más grande de la Unión.

En 1898, la Guerra de España y Estados Unidos marcó un cambio de rumbo en la historia de este último país. En ella, Estados Unidos obtuvo el control total o considerable influencia sobre varias islas del mar Caribe y el océano Pacífico.

En la década de 1890, Cuba y Puerto Rico eran los únicos vestigios de lo que fue el vasto imperio de España en el Nuevo Mundo, cuando las islas Filipinas eran el núcleo del poderío español en el Pacífico. La guerra se debió a tres causas principales: la hostilidad popular contra el gobierno autocrático de España; la simpatía de Estados Unidos por la lucha de los cubanos por su independencia; y un nuevo espíritu de reafirmación nacional estadounidense, alentado en parte por una prensa nacionalista y sensacionalista.

La creciente resistencia de Cuba se había convertido en una guerra de guerrillas independentistas en 1895. Sin embargo, al cabo de tres años, durante el gobierno de William McKinley, el buque de guerra estadounidense *Maine*, enviado a La Habana en una "visita de cortesía" para recordar a los españoles la preocupación de Estados Unidos por la violencia con la que era combatida la insurrección, estalló en el puerto. Allí murieron más de 250 hombres. Es probable que el *Maine* haya sido destruido por una explosión accidental en su interior, pero la mayoría de los estadounidenses creyeron que fue por culpa de los españoles. La indignación cundió por todo el país, intensificada por los informes sensacionalistas de la prensa. Aunque McKinley trató de mantener la paz, al cabo de unos cuantos meses pensó que era inútil esperar y recomendó la intervención armada.

La guerra contra España fue rápida y decisiva. En los cuatro meses que duró, los estadounidenses no sufrieron ni un solo revés de importancia. A una semana de la declaración de guerra, el comodoro George Dewey, comandante del Escuadrón Asiático de seis navíos que estaba entonces en Hong Kong, se dirigió a las Filipinas. Sorprendiendo a toda la flota española anclada en la bahía de Manila, la destruyó sin que se perdiera ni una sola vida estadounidense.

Mientras tanto, en Cuba, la tropa desembarcó cerca de Santiago y después de ganar una rápida serie de combates abrió fuego contra

el puerto. Cuatro cruceros españoles blindados zarparon de la bahía de Santiago para enfrentar a la armada estadounidense y quedaron reducidos a un montón de cascos inservibles.

Cuando llegó la noticia de que Santiago había caído, las sirenas sonaron y las banderas ondearon desde Boston hasta San Francisco. Los periódicos enviaron corresponsales a Cuba y las Filipinas, y éstos se encargaron de pregonar la fama de los nuevos héroes nacionales. Entre ellos destacaban el comodoro Dewey y el coronel Theodore Roosevelt, que dimitió como secretario asistente de la armada para encabezar a los "jinetes rudos", un regimiento de voluntarios que él mismo reclutó para prestar servicio en Cuba. España pronto pidió que terminara la guerra. El tratado de paz firmado el 10 de diciembre de 1898 transfirió Cuba a Estados Unidos para su ocupación temporal, como acto preliminar para la independencia de la isla. Además España cedió Puerto Rico y Guam, en lugar del pago de una indemnización de guerra, y las Filipinas por un pago de 20 millones de dólares.

La política de Estados Unidos alentaba oficialmente a los nuevos territorios a avanzar hacia el autogobierno democrático, un sistema político en el que ninguno de ellos tenía experiencia. De hecho, Estados Unidos se encontró a sí mismo en un papel colonial. Mantuvo el control administrativo formal en Puerto Rico y Guam, concedió a Cuba una independencia sólo nominal y reprimió con dureza un movimiento armado independentista en las Filipinas. Este último país conquistó el derecho de elegir las dos cámaras de su legislatura en 1916 y estableció en 1936 una Mancomunidad Filipina que en gran parte era autónoma. Las islas obtuvieron la plena independencia en 1946, después de la Segunda Guerra Mundial.

En el año de la guerra de EE.UU. contra España se inició una nueva relación con las islas de Hawai. Los contactos previos con Hawai se realizaron sobre todo por medio de misioneros y comerciantes. En cambio, a partir de 1865 los estadounidenses empezaron a desarrollar los recursos de las islas, sobre todo la caña de azúcar y la piña o ananás.

Cuando el gobierno de la reina Liliuokalani anunció su intención de poner fin a la influencia extranjera en 1893, algunos empresarios estadounidenses se unieron a hawaianos influyentes para derrocarla. Con el apoyo del embajador norteamericano en Hawai y de la tropa de ese país estacionada allí, el nuevo gobierno pidió su anexión a Estados Unidos. El presidente Cleveland, que apenas iniciaba su segundo periodo, rechazó la anexión e hizo que Hawai

fuera nominalmente independiente hasta la Guerra de España contra Estados Unidos, cuando el Congreso ratificó un tratado de anexión con el respaldo del presidente McKinley. En 1959 Hawai se convirtió en el 50º estado de la Unión.

Hasta cierto punto, sobre todo en Hawai, los intereses económicos influyeron en la expansión de Estados Unidos, pero a juicio de influyentes creadores de políticas como Roosevelt, el senador Henry Cabot Lodge y el secretario de Estado John Hay, y de importantes estrategias como el almirante Alfred Thayer Mahan, el ímpetu principal fue geoestratégico. Esas personas opinaron que el mayor dividendo de la adquisición de Hawai fue Pearl Harbor, que habría de llegar a ser la principal base naval de EE.UU. en el Pacífico Central. Las Filipinas y Guam complementaron las bases en el Pacífico: Wake Island, Midway y Samoa Americana. Puerto Rico fue un importante bastión en un área del Caribe que se volvía cada día más importante pues Estados Unidos planeaba construir un canal en Centroamérica.

La política colonial estadounidense se inclinaba hacia el autogobierno democrático. Como lo había hecho en las Filipinas en 1917, el Congreso de EE.UU. concedió a los puertorriqueños el derecho de elegir a todos sus legisladores. Por esa misma ley, la isla fue declarada oficialmente territorio de Estados Unidos y se otorgó a su población la ciudadanía estadounidense. En 1950 el Congreso dio a Puerto Rico libertad total para decidir su futuro. En 1952, los ciudadanos rechazaron por votación la categoría de estado y la independencia total, y prefirieron la condición de mancomunidad, la cual ha perdurado a pesar de los esfuerzos de un movimiento separatista muy activo. Muchos puertorriqueños se han establecido en la parte continental de Estados Unidos, a la cual tienen libre acceso y donde gozan de todos los derechos políticos y civiles como cualquier otro ciudadano de este país.

EL CANAL Y EL CONTINENTE AMERICANO

La guerra contra España reavivó el interés de los estadounidenses por construir un canal a través del istmo de Panamá para unir los dos grandes océanos. Habiendo llegado a ser una potencia tanto en el mar Caribe como en el océano Pacífico, Estados Unidos vio el canal como una fuente de beneficios económicos y como una forma de proveer un paso más rápido de uno a otro océano a los barcos de guerra.

En el cambio al siglo XX, lo que hoy es Panamá era la provincia

rebelde del norte de Colombia. En 1903, cuando la legislatura colombiana se negó a ratificar un tratado preliminar por el cual se otorgaba a Estados Unidos el derecho de construir y administrar el canal, un grupo de panameños impacientes inició una rebelión, con el apoyo de la infantería de marina de EE.UU., y declararon la independencia de Panamá. El presidente Theodore Roosevelt dio de inmediato su reconocimiento al nuevo país. De acuerdo con las disposiciones del tratado que se firmó en noviembre de ese año, Panamá concedió a Estados Unidos una franja de 16 kilómetros de tierra, que se extiende desde el Atlántico hasta el Pacífico, en arrendamiento perpetuo a cambio de 10 millones de dólares y una cuota de alquiler anual de 250.000 dólares. Más tarde Colombia recibió 25 millones de dólares como indemnización parcial. Al cabo de 75 años, Panamá y Estados Unidos negociaron un nuevo tratado. En él se dispuso la soberanía panameña en la Zona del Canal y la transferencia de éste a Panamá el 31 de diciembre de 1999.

La terminación del Canal en 1914, bajo la dirección del coronel George W. Goethals, fue un gran triunfo de la ingeniería. La erradicación simultánea de la malaria y la fiebre amarilla lo hizo posible y fue una de las grandes hazañas de la medicina preventiva en el siglo XX.

En otros lugares de América Latina, Estados Unidos siguió una pauta intermitente de intervenciones. Entre 1900 y 1920, ese país realizó intervenciones sostenidas en seis naciones del hemisferio occidental, las más notables en Haití, la República Dominicana y Nicaragua. Washington ofreció varias justificaciones para esas intervenciones: propiciar la estabilidad política y un gobierno democrático, generar un ambiente favorable para las inversiones estadounidenses (lo que a menudo recibió el nombre de "diplomacia del dólar"), dar seguridad a las rutas marítimas hacia el Canal de Panamá e incluso evitar que los países de Europa cobraran deudas por la fuerza. Estados Unidos presionó a los franceses para que retiraran sus ejércitos de México en 1867.

Ejerciendo su papel como la nación más poderosa — y la más liberal — del hemisferio occidental, Estados Unidos trabajó también en la creación de una base institucional para la cooperación de las naciones de América. En 1889 el secretario de Estado propuso que los 21 países independientes del hemisferio occidental se unieran en un organismo dedicado a la solución pacífica de disputas y a consolidar nexos económicos más estrechos. El resultado fue la Unión Panamericana, fundada en 1890, que hoy se conoce como la

Organización de los Estados Americanos (OEA).

Los gobiernos ulteriores de Herbert Hoover (1929-1933) y Franklin D. Roosevelt (1933-1945) rechazaron el derecho de Estados Unidos a intervenir en América Latina. En particular, la Política del Buen Vecino, instituida por Roosevelt en la década de 1930, ayudó a disipar gran parte de la mala voluntad generada por las intervenciones y las decisiones estadounidenses unilaterales del pasado, aunque no logró acabar con todas las tensiones entre este país y América Latina.

ESTADOS UNIDOS Y ASIA

En el cambio al siglo XX, Estados Unidos estaba recién establecido en las Filipinas y asentado con firmeza en Hawai y tenía grandes esperanzas de establecer un comercio vigoroso con China. Sin embargo, varias naciones de Europa habían establecido su esfera de influencia allí en forma de bases navales, territorios en arrendamiento, derechos comerciales monopolistas y concesiones exclusivas para invertir en la construcción de vías férreas y en minería.

En la política exterior de Estados Unidos, el idealismo coexistió con el deseo de competir con las potencias imperiales de Europa en el Oriente Lejano. El gobierno estadounidense insistió, por cuestión de principios, en la igualdad de todos los países en materia de privilegios comerciales. En septiembre de 1899, el secretario de Estado John Hay recomendó una política de "puertas abiertas" para todas las naciones en China, es decir, a la igualdad de oportunidades comerciales (incluso con los mismos aranceles, derechos portuarios y tarifas de ferrocarril) en las áreas controladas por Europa. A pesar de su elemento idealista, la política de "puertas abiertas" fue, en rigor, una maniobra diplomática para obtener las ventajas del colonialismo sin tener el estigma que implicaba ejercerlo en forma franca. El éxito obtenido fue limitado.

Con la Rebelión de los Bóxer en 1900, los chinos se alzaron contra los extranjeros. En junio, los insurgentes se apoderaron de Beijing y atacaron las cancillerías extranjeras en esa ciudad. Hay se apresuró a informar a las potencias europeas y a Japón que Estados Unidos se opondría a cualquier afectación de los derechos territoriales o administrativos de China y reafirmó la política de puertas abiertas. Una vez que la rebelión fue sofocada, Hay protegió a China de las ruinosas indemnizaciones que se le exigían. Sobre todo para no perder la buena voluntad norteamericana, Gran Bretaña, Alemania

y varias potencias coloniales menores suscribieron formalmente la política de puertas abiertas y la independencia de China. En la práctica, consolidaron sus posiciones y privilegios en ese país.

Pocos años más tarde, el presidente Theodore Roosevelt actuó como mediador en las negociaciones estancadas para resolver la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-05, que en muchos aspectos fue una lucha por el poder y la influencia en la provincia de Manchuria en el norte de China. Roosevelt esperaba que la solución del conflicto abriera las puertas a oportunidades para las empresas estadounidenses, pero los ex enemigos y otras potencias imperiales lograron excluir a los estadounidenses. Aquí, como en otros lugares, Estados Unidos no deseaba desplegar fuerzas militares al servicio del imperialismo económico. El presidente tuvo por lo menos la satisfacción de haber ganado el Premio Nobel de la Paz en 1906. Por añadidura y a pesar de las ganancias que obtuvo Japón, las relaciones de Estados Unidos con la orgullosa y entonces ya muy asertiva nación insular se enfrentarían a dificultades intermitentes en los primeros decenios del siglo XX.

J. P. MORGAN Y EL CAPITALISMO FINANCIERO

El ascenso de la industria estadounidense requirió algo más que grandes industriales. La industria en gran escala requirió grandes sumas de capital; para el crecimiento económico a largo plazo se requerían inversionistas extranjeros. John Pierpont (J.P.) Morgan fue el más importante de los financieros estadounidenses que llenaron ambos requisitos.

A fines del siglo XIX y a principios del XX, Morgan estuvo al frente de la más grande empresa de la banca de inversión. Fue intermediario para colocar valores bursátiles estadounidenses entre las elites ricas del país y del extranjero. En virtud de que los extranjeros necesitaban estar seguros de que las inversiones se realizaran en moneda estable, Morgan estaba muy interesado en mantener el dólar atado a su valor legal en oro. A falta de un banco central oficial de EE.UU., él llegó a ser el director de facto para realizar esa tarea.

Desde la década de 1880 hasta los inicios del siglo XX, Morgan and Company no sólo administró los valores que garantizaron muchas consolidaciones corporativas importantes, sino de hecho fue el creador de algunas de ellas. La más notable de ellas fue la

U. S. Steel Corporation, en la que Carnegie Steel fue fusionada con otras compañías. Sus acciones y valores corporativos fueron vendidos a inversionistas por una suma que entonces no tenía precedente: 1.400 millones de dólares.

Morgan inició muchas otras fusiones y obtuvo grandes ganancias de ellas. Además, al actuar como banquero principal de numerosos ferrocarriles, amortiguó en efecto la competencia entre ellos. En sus funciones de organizador dio estabilidad a la industria estadounidense al poner fin a las guerras de precios, pero perjudicó a los agricultores y los pequeños fabricantes, quienes lo veían como a un opresor. En 1901, cuando fundó la Northern Securities Company para controlar un grupo de importantes ferrocarriles, el presidente Theodore Roosevelt autorizó con éxito una demanda, bajo la Ley Sherman contra los Monopolios, para disolver la fusión.

En su papel de banquero central no oficial, Morgan tomó la delantera y brindó apoyo al dólar durante la depresión económica de mediados de la década de 1890, comercializando una cuantiosa emisión de valores del gobierno con lo cual recaudó fondos para reabastecer las reservas de oro del Departamento del Tesoro. En 1907, él tomó la delantera al organizar a la comunidad financiera de Nueva York a fin de prevenir una cadena de quiebras potencialmente ruinosa. Al hacerlo, su propia firma adquirió una gran compañía siderúrgica independiente que se amalgamó con U. S. Steel. El presidente Roosevelt en persona aprobó esa medida para evitar una depresión grave.

Para entonces el poder de Morgan era tan grande que la mayoría de los estadounidenses, en forma instintiva, sentían desconfianza y disgusto ante él. Con cierta exageración, los reformadores lo describían como el director de un "trust del dinero" que controlaba a Estados Unidos. Para la época de su muerte en 1913, el país estaba en las etapas finales de proceso de restablecer por fin un banco central, el Sistema de la Reserva Federal, que habría de asumir en gran parte la responsabilidad que Morgan había ejercido en forma extraoficial.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[War, Prosperity, and Depression](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 9: Descontento y reforma

"Una gran democracia no puede ser grande ni ser democracia si no es progresista".

-- Ex presidente
Theodore Roosevelt, hacia 1910

DESCONTENTO AGRARIO Y SURGIMIENTO DEL POPULISMO



Marcha de defensoras del sufragio femenino en la Avenida Pennsylvania en Washington, D.C. el 3 de marzo de 1913. (*Library of Congress*)

A pesar de sus notables progresos, los agricultores de estadounidenses de fines del siglo XIX sufrían periodos recurrentes de penurias. Las mejoras mecánicas elevaron notablemente el rendimiento por hectárea. La superficie de tierra dedicada al cultivo aumentó con rapidez en la segunda mitad del siglo, a medida que los ferrocarriles y el desplazamiento gradual de los indígenas plains abrieron nuevas extensiones a la colonización del oeste. Una expansión similar de las tierras agrícolas en países como Canadá, Argentina y Australia, complicó esos problemas en el mercado internacional, donde entonces se vendía gran parte de la producción agrícola de Estados Unidos. La intensidad de la oferta hizo que el precio de los productos agrícolas se abatiera en todas partes.

Los granjeros del Medio Oeste estaban cada día más descontentos a causa de las tarifas de transporte por ferrocarril, que ellos consideraban excesivas, para llevar sus productos al mercado. Ellos consideraban que el arancel proteccionista, un subsidio para las grandes empresas, elevaba el precio de su equipo que era cada día más caro. Atrapados entre los bajos precios del mercado y los altos costos, veían que sus deudas crecían sin cesar y estaban resentidos con los bancos dueños de sus hipotecas. Hasta el clima era hostil. A fines de la década de 1880, la sequía devastó la parte occidental de las Grandes Llanuras y miles de residentes cayeron en bancarrota.

El final de la esclavitud trajo consigo cambios importantes en el sur. Gran parte de la tierra agrícola era trabajada ahora por aparceros, inquilinos que entregaban hasta la mitad de su cosecha con los dueños de la tierra a cambio de semilla y suministros esenciales. Se calcula que el 80% de los granjeros afro-estadounidenses del sur y el 40% de sus homólogos blancos vivían bajo ese sistema extenuante. La mayoría de ellos estaban atrapados en un ciclo de endeudamiento y su única esperanza de salir de él era sembrar más tierras. Eso dio lugar a la sobreproducción de algodón y tabaco, con lo cual los precios se abatieron y el suelo se agotó aún más.

El primer intento organizado de resolver los problemas generales de la agricultura fueron los Patrocinadores del Agro, un grupo de agricultores conocido popularmente como el Movimiento Grange. Iniciado en 1867 por empleados del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, los granges se dedicaron inicialmente a actividades sociales para contrarrestar el aislamiento en que vivía la mayoría de las familias del agro. La participación de la mujer aumentó en forma activa. Acicateados por el pánico de 1873, los granges pronto llegaron a tener 20.000 sucursales y un millón y medio de miembros.

El movimiento ya estaba en decadencia en 1880 y fue sustituido por las Alianzas de Granjeros que eran similares en muchos aspectos, pero más abiertamente políticas. En 1890 las alianzas, que inicialmente eran organizaciones estatales autónomas, tenían cerca de 1,5 millones de miembros desde Nueva York hasta California. Una organización afro-estadounidense paralela, la Alianza Nacional de Granjeros de Color, decía tener más de un millón de miembros. La federación dio lugar a los dos grandes bloques del norte y el sur y las alianzas promovieron complejos programas económicos a fin de "unir a los agricultores de los Estados Unidos para su protección contra la legislación clasista y el inflexible avance de la concentración del capital".

En 1890, el nivel del descontento agrario, alimentado por años de penurias y de hostilidad contra el arancel McKinley, fue uno de los más altos de todos los tiempos. En colaboración con sus simpatizantes demócratas en el sur o con terceros partidos pequeños en el oeste, la Alianza de Granjeros propugnó por el poder político. Surgió un tercer instituto político, el Partido Popular (o Populista). Nunca antes en la política de EE.UU. había habido algo similar al fervor populista que cundió entonces por las praderas y los algodones. Las elecciones de 1890 llevaron al

poder al nuevo partido en una docena de estados del sur y el oeste, y enviaron a una veintena de senadores y representantes populistas al Congreso.

La primera convención populista se realizó en 1892, cuando delegados de organizaciones agrarias, obreras y reformistas se reunieron en Omaha, Nebraska, decididos a derrocar un sistema político nacional que, a su juicio, había sido corrompido sin remedio por los consorcios industriales y financieros.

La parte pragmática de su plataforma instaba a la nacionalización de los ferrocarriles, una tarifa baja, préstamos garantizados mediante cosechas no perecederas guardadas en almacenes del gobierno y, lo más explosivo, la inflación monetaria mediante la compra y la acuñación limitada de plata por el Departamento del Tesoro en la proporción "tradicional" de 16 onzas de plata por una onza de oro.

Los populistas mostraron una fortaleza impresionante en el oeste y el sur, y su candidato a la presidencia ganó más de un millón de votos. Sin embargo, la cuestión de la moneda pronto eclipsó todas las demás. Los voceros del agro, convencidos de que sus problemas provenían de la escasez de moneda circulante, argumentaron que aumentar el volumen del circulante elevaría indirectamente los precios de los productos agrícolas y los salarios industriales, lo cual permitiría que las deudas se pagaran con moneda inflacionaria. Por otra parte, grupos conservadores y las clases financieras respondieron que la relación de precios 16:1 era casi el doble del precio de mercado de la plata. La política de compras sin límite habría privado al Departamento del Tesoro de todas sus reservas de oro, devaluando bruscamente el dólar y destruyendo el poder de compra de los trabajadores y la clase media. A su juicio sólo el patrón oro ofrecía estabilidad.

El pánico financiero de 1893 agravó las tensiones en torno a ese debate. Muchos bancos fracasaron en el sur y en el medio oeste; el desempleo cundió y los precios de las cosechas cayeron terriblemente. La crisis y la defensa del patrón oro por el presidente Grover Cleveland generaron claras divisiones en el Partido Demócrata. Al acercarse las elecciones presidenciales de 1896, los demócratas partidarios de la plata se pasaron al bando de los populistas.

La convención demócrata de ese año fue influida por uno de los discursos más famosos en la historia política de este país. Al

exhortar con la convención a no "crucificar a la humanidad en una cruz de oro", William Jennings Bryan de Nebraska, el joven defensor de la plata, ganó la candidatura presidencial de los demócratas. También los populistas apoyaron a Bryan.

En la épica contienda subsiguiente, Bryan ganó casi todos los estados del sur y el oeste. Sin embargo, perdió la región industrializada más populosa del norte y el este, y también la elección, frente al republicano William McKinley.

Las finanzas del país empezaron a mejorar al año siguiente, en parte por el descubrimiento de oro en Alaska y en el Yukón. Esto sentó las bases para una expansión conservadora de la oferta de dinero. En 1898 la Guerra Hispano-estadounidense desvió aún más la atención nacional de la temática de los populistas. El populismo y la cuestión de la plata habían muerto. No obstante, muchas de las otras ideas del movimiento lograron sobrevivir.

LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES

La vida del trabajador industrial estadounidense del siglo XIX era difícil. Además, las mujeres y los niños constituían un alto porcentaje de la fuerza de trabajo en algunas industrias y a menudo recibían sólo una fracción del salario que se pagaba a los hombres. Las crisis económicas azotaban periódicamente al país, lo cual erosionaba aún más los salarios industriales y producía altos niveles de desempleo.

Al mismo tiempo, el avance tecnológico que tanto elevó la productividad de la nación, redujo sin cesar la demanda de mano de obra capacitada. Pese a ello, la reserva de trabajadores no calificados crecía continuamente pues un número sin precedente de inmigrantes — 18 millones entre 1880 y 1910 — llegó al país con grandes deseos de trabajar.

Antes de 1874, cuando Massachusetts aprobó la primera legislación del país que limitó a 10 horas diarias la jornada permisible para las mujeres y los niños en las fábricas, casi no había leyes laborales en Estados Unidos. No fue sino hasta la década de 1930 cuando el gobierno federal tomó cartas en el asunto. Hasta entonces, eso quedaba al arbitrio de las autoridades estatales y locales, pero pocas de éstas respondían a las necesidades de los trabajadores con igual eficacia que a las de los industriales ricos.

El capitalismo de laissez-faire, que dominó la segunda mitad del

siglo XIX y propició enormes concentraciones de riqueza y poder, tuvo el respaldo de un sistema judicial que una y otra vez dictaba sentencia contra todo aquel que impugnara al sistema. Tomando como base un modelo simplificado de la ciencia darwiniana, muchos pensadores sociales creyeron que tanto el crecimiento de las grandes empresas a expensas de las pequeñas como la riqueza de unos pocos junto a la pobreza de muchos eran expresión de "la supervivencia del más apto" y subproductos inevitables del progreso.

Al parecer, los trabajadores estadounidenses, sobre todo los capacitados, vivían al menos tan bien como sus homólogos de la Europa industrial. No obstante, los costos sociales eran altos. Todavía en el año 1900, Estados Unidos tenía la tasa de mortalidad por causas laborales más alta de todos los países industrializados del mundo. Aunque la mayoría de los trabajadores fabriles seguía laborando jornadas de 10 horas diarias (12 horas en la industria del acero), ganaba menos de la suma mínima estimada para llevar una vida decorosa. El número de niños en la fuerza de trabajo se duplicó entre 1870 y 1900.

El primer esfuerzo importante para organizar a los grupos de trabajadores de todo el país surgió en 1869 con La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo. La orden creció poco a poco hasta que en 1885 su sindicato ferroviario venció al gran magnate Jay Gould por medio de una huelga. En menos de un año logró atraer 500.000 trabajadores más a sus listas, pero por no estar a tono con el sindicalismo pragmático e incapaces de repetir sus éxitos, los Caballeros pronto cayeron en decadencia.

Su lugar en el movimiento laboral fue ocupado gradualmente por la Federación Estadounidense del Trabajo (AFL por sus siglas en inglés). Dirigida por el ex funcionario del sindicato de fabricantes de cigarros Samuel Gompers, la AFL era un grupo de sindicatos que centraba su atención en los trabajadores calificados y no estaba abierto a todos los obreros. Sus objetivos eran "puros, simples" y apolíticos: elevar salarios, reducir horarios y mejorar las condiciones de trabajo. Ayudó mucho a que el movimiento laboral no asumiera las opiniones socialistas de casi todos los movimientos sindicales europeos.

Sin embargo, tanto antes de la fundación de la AFL como después de ella, la historia laboral estadounidense ha sido violenta. En la Gran Huelga Ferroviaria de 1877, los trabajadores ferroviarios de todo el país protestaron por la reducción de 10% en su paga. Los

intentos de romper la huelga condujeron a disturbios y destrozos en gran escala en varias ciudades.

El incidente de Haymarket Square tuvo lugar nueve años más tarde, cuando alguien arrojó una bomba contra la policía que intentaba disolver una concentración anarquista de apoyo a una huelga en la McCormick Harvester Company de Chicago. Eso provocó una gran confusión en la que se dice que murieron siete policías y por lo menos cuatro obreros. Cerca de 60 policías resultaron heridos.

En 1892, en la planta siderúrgica de Carnegie en Homestead, Pennsylvania, un grupo de 300 detectives de Pinkerton que la compañía había contratado para romper una enconada huelga declarada por la Asociación Amalgamada de Trabajadores del Hierro, el Acero y el Estaño tuvieron un feroz tiroteo con los huelguistas y fueron vencidos. Entonces se llamó a la Guardia Nacional para proteger a los trabajadores no sindicalizados y se rompió la huelga. No se permitiría el regreso de sindicatos a la planta sino hasta 1937.

En 1894, el recorte de salarios en la Pullman Palace Car Company, en las afueras de Chicago, provocó una huelga que muy pronto paralizó gran parte del sistema ferroviario del país, con el apoyo del Sindicato Estadounidense de Ferrocarriles. Cuando la situación se deterioró, el procurador general de Estados Unidos y ex abogado ferroviario Richard Olney comisionó a más de 3.000 suplentes en un intento de mantener los trenes en operación. Todo eso fue seguido de una orden judicial federal para que los sindicatos dejaran de interferir en esas operaciones. Ante el desorden resultante, el presidente Cleveland envió tropas federales y la huelga fue disuelta al fin.

El más militante de los grupos favorables a las huelgas era el Sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo (IWW por sus siglas en inglés). Formado por una amalgama de sindicatos que luchaban por obtener mejores condiciones en la industria minera del oeste, los miembros del IWW o "temblorosos" como se les solía llamar, tuvieron especial notoriedad por los enfrentamientos en las minas de Colorado en 1903 y por el alto grado de brutalidad con que se les reprimió. No obstante, por su exhortación a realizar paros laborales en plena Primera Guerra Mundial, el gobierno aplicó severas medidas correctivas en su contra en 1917, lo cual de hecho los destruyó.

EL IMPULSO DE REFORMA

La elección presidencial de 1900 dio al pueblo de Estados Unidos oportunidad de expresar su juicio acerca del gobierno republicano del presidente McKinley, sobre todo de su política exterior. Reunidos en Filadelfia, los republicanos expresaron su júbilo por el resultado favorable obtenido en la guerra contra España, la reanudación de la prosperidad y la campaña para conquistar nuevos mercados con la política de puertas abiertas. McKinley derrotó con facilidad a su opositor, quien una vez más fue William Jennings Bryan. Sin embargo el presidente no vivió para disfrutar su victoria. En septiembre de 1901, cuando asistía a una exposición en Buffalo, Nueva York, fue muerto a tiros por un asesino. Él fue el tercer presidente asesinado desde la Guerra Civil.

Theodore Roosevelt, el vicepresidente de McKinley, asumió la presidencia. El ascenso de Roosevelt al poder coincidió con una nueva época en la vida política y en las relaciones internacionales de Estados Unidos. El continente ya estaba poblado y la frontera iba desapareciendo. Lo que antes era una pequeña república en pugna se había convertido en una potencia mundial. Los cimientos políticos del país habían resistido las vicisitudes de las guerras extranjeras y la Guerra Civil, así como las mareas de la prosperidad y la depresión. Se habían logrado enormes avances en agricultura e industria, la educación pública gratuita ya era una realidad en gran parte, la libertad de prensa se había preservado y el ideal de la libertad religiosa se mantenía también. Sin embargo, la influencia de las grandes empresas estaba más arraigada que nunca y a menudo los gobiernos locales y municipales estaban en manos de políticos corruptos.

En respuesta a los excesos del capitalismo y la corrupción política del siglo XIX, surgió un movimiento de reforma conocido como el "progresismo", que forjó el carácter especial de la política y el pensamiento de Estados Unidos desde cerca de 1890 hasta 1917, cuando el país se involucró en la Primera Guerra Mundial. Los progresistas tenían diversos objetivos, pero vieron su misión, en general, como una cruzada democrática contra los abusos de los jefes políticos urbanos y los grandes magnates de la corrupción. Sus metas eran más democracia y justicia social, un gobierno honesto, la regulación más eficaz de las empresas y un renovado compromiso con el servicio público. En general, ellos creían que al ampliar el alcance del gobierno se aseguraría el progreso de la sociedad del país y el bienestar de sus ciudadanos.

Los años 1902 a 1908 fueron la época de mayor actividad reformista, pues escritores y periodistas protestaron con energía por la aplicación de las prácticas y principios heredados de la república rural del siglo XVIII que ya eran inadecuados para un país urbano del siglo XX. Varios años antes, en 1873, el célebre autor Mark Twain ya había sometido a la sociedad estadounidense a un análisis crítico en *The Gilded Age (La edad dorada)*. Ahora empezaron a aparecer artículos desafiantes en diarios y revistas tan populares como *McClure's* y *Collier's*, donde se denunciaba a los consorcios, las altas finanzas, los alimentos impuros y las prácticas abusivas de los ferrocarriles. A sus autores, como la periodista Ida May Tarbell con su campaña contra el Standard Oil Trust, se les llegó a conocer como "los rastrillos del escándalo".

En su sensacional novela *The Jungle (La selva)*, Upton Sinclair denunció las condiciones insalubres en las plantas empacadoras de carne de Chicago y la hegemonía del consorcio de cárnicos sobre la oferta nacional de ese producto. En sus novelas *The Financier (El financiero)* y *The Titan (El titán)*, Theodore Dreiser permitió que los legos entendieran con facilidad las maquinaciones de las grandes empresas. *The Octopus (El pulpo)* de Frank Norris arremetió contra la administración inmoral en los ferrocarriles y en *The Pit (El foso)* este autor describió las manipulaciones secretas en el mercado de cereales de Chicago. Lincoln Steffens desnudó la corrupción política local en *The Shame of the Cities (La vergüenza de las ciudades)*. Esa "literatura de denuncia" indujo al público a la acción.

El impacto aplastante de escritores que no hacían concesiones y un creciente grado de conciencia en el público indujeron a los dirigentes políticos a tomar medidas prácticas. Muchos estados aprobaron leyes para mejorar las condiciones de vida y trabajo de la población. A instancias de críticos sociales tan destacados como Jane Addams, las leyes sobre el trabajo infantil se hicieron más estrictas y surgieron otras nuevas para aumentar los límites de edad, acortar los horarios de trabajo, restringir los turnos de noche y exigir la asistencia de los pequeños trabajadores a la escuela.

LAS REFORMAS DE ROOSEVELT

A principios del siglo XX, la mayoría de las grandes ciudades y más de la mitad de los estados ya habían instituido un horario de ocho horas diarias en las obras públicas. Otro aspecto de igual importancia fueron las leyes de indemnización para trabajadores, en las que se definió la responsabilidad legal de los empleadores por las lesiones que sufrieran sus empleados en el trabajo. Se

promulgaron también nuevas leyes tributarias que al gravar con impuestos las herencias, los ingresos y la propiedad o las ganancias de corporaciones, intentaron que la carga del gobierno recayera sobre quienes tenían mayor capacidad de pago.

Muchos vieron con claridad — sobre todo el presidente Theodore Roosevelt y los líderes progresistas del Congreso (entre los que destacaba el senador por Wisconsin, Robert LaFollette) — que la mayoría de los problemas que enfrentaban los reformadores no podrían resolverse si no se atacaban a escala nacional. Roosevelt declaró su decisión de dar a todo el pueblo estadounidense un "trato justo".

Durante su primer periodo inició una política de mayor supervisión del gobierno mediante la aplicación de las leyes contra el monopolio. Con su apoyo, el Congreso aprobó la Ley Elkins (1903), que impuso grandes restricciones a la práctica por la cual los ferrocarriles otorgaban descuentos a sus expedidores de carga favoritos. La ley impuso como norma legal que las empresas publicaran sus tarifas y que el remitente tuviera el mismo grado de responsabilidad que el ferrocarril sobre los descuentos otorgados. Mientras tanto, el Congreso creó un nuevo Departamento de Comercio y Trabajo, con rango de gabinete, que incluyó una Oficina de Corporaciones con facultades para investigar las operaciones de los grandes conglomerados de empresas.

Roosevelt fue aclamado como un "cazador de trusts", pero su verdadera actitud hacia las grandes empresas fue compleja. A su juicio, la concentración de la economía era inevitable. Algunos trusts eran "buenos" y otros "malos". La tarea del gobierno consistía en establecer distinciones razonables entre ellos. Por ejemplo en 1907, cuando la Oficina de Corporaciones descubrió que la American Sugar Refining Company había evadido derechos de importación, emprendió acción legal con lo cual más de cuatro millones de dólares fueron recuperados y se dictó sentencia contra varios funcionarios de la compañía.

La fuerte personalidad de Roosevelt y sus actividades de "cazador de monopolios" excitaron la imaginación de la gente común y la aprobación a sus medidas progresistas cruzó las fronteras entre partidos. Además, la abundancia y prosperidad del país en su época hizo que el pueblo se sintiera satisfecho con el partido que estaba en el gobierno. Él obtuvo fácilmente la victoria en la elección presidencial de 1904.

Animado por su arrollador triunfo en las elecciones, Roosevelt propuso una regulación aún más estricta de los ferrocarriles. El Congreso aprobó la Ley Hepburn en junio de 1906. Ésta confirió verdadera autoridad a la Comisión de Comercio Interestatal para regular las tarifas, amplió su jurisdicción y obligó a los ferrocarriles a renunciar a sus intereses conexos en las líneas marítimas y en la industria del carbón.

En otras medidas, el Congreso llevó aún más lejos el principio del control federal. La Ley de Alimentos y Fármacos Puros de 1906 prohibió el uso de cualquier "droga, producto químico o conservador deletéreo" en la elaboración de medicamentos y comestibles. La Ley de Inspección de la Carne, del mismo año, exigió la inspección federal de todas las empresas empacadoras de carne en el comercio interestatal.

La conservación de los recursos naturales de la nación, el desarrollo administrado de recursos del dominio público y la rehabilitación de grandes extensiones de tierra que habían sido objeto de descuido fueron otros grandes logros de la era de Roosevelt. Roosevelt y sus asistentes no eran precisamente conservadores, pero en vista de la explotación desordenada de los recursos públicos que los precedió, la conservación de éstos tuvo un lugar prominente en su agenda. Si sus antecesores habían reservado 18.800.000 hectáreas de bosques maderables como áreas de conservación y parques, Roosevelt aumentó esa superficie a 59.200.000 hectáreas.

TAFT Y WILSON

En vísperas de la campaña electoral de 1908, la popularidad de Roosevelt estaba en su apogeo, pero él no quiso romper la tradición por la cual ningún presidente podía ocupar el cargo más de dos periodos sucesivos. Optó entonces por apoyar a William Howard Taft, quien durante su presidencia fue gobernador de las Filipinas y secretario de Guerra. Taft se comprometió a continuar con los programas de Roosevelt y derrotó a Bryan, quien contendió por tercera y última vez.

El nuevo presidente siguió combatiendo a los consorcios, pero con menos determinación que Roosevelt, fortaleció más la Comisión de Comercio Interestatal, fundó un banco del ahorro postal y un sistema de paquetería por correo, amplió el servicio civil y auspició la promulgación de dos enmiendas a la Constitución, las cuales fueron aprobadas en 1913.

La 16ª Enmienda, ratificada cuando Taft estaba a punto de dejar el cargo, autorizó un impuesto federal sobre la renta; la 17ª Enmienda, aprobada pocos meses después, dispuso que a los senadores los eligiera directamente el pueblo y no las legislaturas estatales. Sin embargo, esos logros de Taft tuvieron su contrapeso en la aceptación de un nuevo arancel con tarifas proteccionistas más altas, en su oposición a la admisión del estado de Arizona en la Unión porque tenía una constitución liberal y en su dependencia cada día mayor del ala conservadora de su partido.

En 1910 el partido de Taft estaba muy dividido. Al cabo de dos años, Woodrow Wilson, el gobernador demócrata progresista del estado de Nueva Jersey, entró a la contienda política contra Taft, el candidato republicano, y contra Roosevelt, quien se presentó como candidato de un nuevo Partido Progresista. Con una animada campaña, Wilson derrotó a sus dos rivales.

En su primer periodo, Wilson logró que uno de los programas legislativos más notables en la historia estadounidense fuera aprobado. Su primera tarea fue la revisión de los aranceles. La Ley Arancelaria Underwood, promulgada el 3 de octubre de 1913, dispuso grandes reducciones a los aranceles sobre la importación de materias primas y alimentos, algodón y artículos de lana, hierro y acero, y suprimió el pago de derechos para más de un centenar de otros productos. Pese a que la ley conservó muchos rasgos proteccionistas, fue un intento genuino de abatir el costo de la vida. Para compensar los ingresos perdidos, estableció un modesto impuesto sobre la renta. El segundo elemento del programa demócrata fue la muy aplazada reorganización total del inflexible sistema de banca y moneda.

La Ley de la Reserva Federal del 23 de diciembre de 1913 fue uno de los logros legislativos más duraderos de Wilson. Los conservadores pugnaban por el establecimiento de un banco central poderoso. La nueva ley, de acuerdo con los sentimientos jeffersonianos del Partido Demócrata, dividió al país en 12 distritos, con un Banco de la Reserva Federal en cada uno, todos los cuales eran supervisados por una Junta de la Reserva Federal con autoridad limitada para establecer tasas de interés. La ley garantizó mayor flexibilidad de la oferta monetaria y dispuso la emisión de billetes de la reserva federal para satisfacer las demandas de las empresas. En la década de 1930 habría una centralización aún mayor del sistema.

La siguiente tarea importante fue la regulación de los consorcios y

la investigación de abusos de las corporaciones. El Congreso autorizó a una Comisión Federal de Comercio para expedir órdenes encaminadas a prohibir el uso de "métodos de competencia desleal" por las empresas en el comercio interestatal. La Ley Clayton contra Monopolios proscribió muchas prácticas corporativas que hasta entonces no habían sido objeto de condena específica: las confabulaciones de juntas directivas, la aplicación de precios preferentes entre compradores, el uso de la interdicción en disputas laborales y el hecho de que una corporación tuviera acciones de otras empresas similares.

Los granjeros y otros trabajadores no fueron olvidados. La Ley Smith-Lever de 1914 estableció un "sistema de extensión" de agentes de condado para asesorar a los agricultores en todo el país. La Ley de Marineros de 1915 mejoró las condiciones de vida y trabajo en los barcos. En 1916, la Ley Federal de Indemnizaciones para Trabajadores autorizó el pago de éstas a los empleados del servicio civil que sufrieran invalidez en el ejercicio de su trabajo e instituyó un modelo para la empresa privada. La Ley Adamson del mismo año estableció un día laboral de ocho horas para los trabajadores ferroviarios.

Este expediente de logros le ganó a Wilson un lugar firme en la historia de Estados Unidos, como uno de los reformadores progresistas más notables de la nación. Sin embargo su prestigio en el país se eclipsó pronto por su historial como un presidente hecho para tiempos de guerra porque llevó a su país a la victoria, pero no supo conservar el apoyo de su pueblo en el periodo de paz subsiguiente.

UNA NACIÓN DE NACIONES

Ningún país ha tenido una historia más fuertemente unida a la inmigración que Estados Unidos. Sólo en los 15 primeros años del siglo XX, más de 13 millones de inmigrantes llegaron a ese país, a menudo por Ellis Island, el centro federal de inmigración inaugurado en el puerto de Nueva York en 1892.

Según el primer censo oficial de 1790, el número total de estadounidenses era entonces de 3.929.214. Cerca de la mitad de la población de los 13 estados originales era de origen inglés; el resto eran escocés-irlandeses, alemanes, holandeses, franceses, suecos, galeses y fineses. La quinta parte de la población eran esclavos africanos.

Desde el principio, los estadounidenses vieron a los inmigrantes como un recurso necesario para un país en expansión. Por esa razón, antes de la década de 1920 hubo pocas restricciones oficiales a la inmigración a este país. Sin embargo, como el número de inmigrantes era cada día mayor, algunos estadounidenses empezaron a sentir que su cultura estaba amenazada.

Los padres fundadores, sobre todo Thomas Jefferson, tenían opiniones ambiguas sobre la conveniencia de que su país recibiera emigrantes de todos los rincones del mundo. Sin embargo pocos apoyaron la idea de cerrarles las puertas en un país donde la necesidad de mano de obra era tan urgente.

La inmigración disminuyó a fines del siglo XVIII y a principios del XIX, cuando las guerras perturbaron los viajes a través del Atlántico y los gobiernos europeos restringieron la emigración para retener a sus hombres jóvenes en edad militar. Sin embargo, al aumentar las poblaciones europeas, un mayor número de personas explotaron la misma tierra y se redujo el tamaño de las parcelas agrícolas al extremo que las familias apenas lograban sobrevivir. Miles de artesanos que no querían o no podían hallar empleo en las fábricas se quedaron desocupados en Europa.

A causa de la plaga de añublo que atacó a la papa en Irlanda y por la revolución que asolaba sin cesar las tierras de Alemania, varios millones más de inmigrantes llegaron a Norteamérica a mediados de la década de 1840. Casi 19 millones de personas

llegaron a Estados Unidos entre 1890 y 1921, el año en que el Congreso aprobó por vez primera restricciones severas al respecto. La mayoría de los inmigrantes venían de Italia, Rusia, Polonia, Grecia y los Balcanes, pero muchos llegaron también de otros lugares fuera de Europa: emigraron al este desde Japón, al sur desde Canadá y al norte desde México.

Sin embargo a principios de la década de 1920 se forjó una alianza entre los sindicatos preocupados por elevar los salarios y la gente que instaba a restringir la inmigración por motivos raciales o religiosos, como el Ku Klux Klan y la Liga para la Restricción de la Inmigración. En 1924, la Ley Johnson-Reed sobre Inmigración impuso límites permanentes a la llegada de inmigrantes mediante cuotas calculadas según el país de origen.

La Gran Depresión de los años 30 frenó aún más drásticamente la inmigración. En vista de que la opinión pública se oponía a la admisión de inmigrantes en general, aun en el caso de minorías europeas perseguidas, fueron relativamente pocos los refugiados que hallaron asilo en Estados Unidos tras del ascenso de Adolf Hitler al poder en 1933.

En las décadas de posguerra, Estados Unidos siguió aferrado a las cuotas basadas en el país de origen. Los partidarios de la Ley McCarran-Walter de 1952 decían que el relajamiento de las cuotas podría hacer que el país fuera invadido por agentes subversivos marxistas de Europa Oriental.

En 1965 el Congreso sustituyó las cuotas por país a favor de otras de tipo hemisférico. Se daba preferencia a los familiares de ciudadanos estadounidenses y a inmigrantes con habilidades laborales que escasearan en Estados Unidos. Las cuotas hemisféricas fueron reemplazadas en 1978 por un límite máximo de 290.000 personas para todo el mundo, el cual se redujo a 270.000 en 1980 con la aprobación de la Ley de Refugiados.

Desde mediados de los años 70, Estados Unidos ha recibido una nueva oleada de inmigrantes de Asia, África y América Latina que transforman a las comunidades de toda la nación. Según cálculos actuales, cada año llegan 600.000 inmigrantes legales a este país.

Sin embargo, la inmigración ilegal sigue siendo un problema

importante porque las cuotas para controlar el número de inmigrantes y refugiados no han dejado de ser muy inferiores a la demanda. Gente de México y otros países de América Latina cruza todos los días la frontera suroeste de Estados Unidos en busca de trabajo, salarios más altos y un mejor nivel de educación y atención de la salud para la familia. También hay un flujo sustancial de migración ilegal de países como China y otras naciones de Asia. Los cálculos varían, pero algunos sugieren que cada año llegan a Estados Unidos hasta 600.000 inmigrantes ilegales.

A lo largo de la historia, grandes rachas de inmigración han generado tensiones sociales, a la par que dividendos económicos y culturales. A pesar de todo, en la mayoría de los estadounidenses está muy arraigada la convicción de que la Estatua de la Libertad se yergue en verdad como el símbolo de su país, que alumbrada con su lámpara la "puerta de oro" y da la bienvenida a todos los que "anhelan respirar un clima de libertad". Esa convicción y la certidumbre de que sus antepasados también fueron inmigrantes han hecho que Estados Unidos siga siendo una nación de naciones.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 10: GUERRA, PROSPERIDAD Y DEPRESIÓN

"El principal negocio del pueblo de Estados Unidos son los negocios".

-- Presidente *Calvin Coolidge*,
1925

LA GUERRA Y LOS DERECHOS DE NEUTRALIDAD

El estallido de la guerra europea — en la que

Alemania y Austria-Hungría se enfrentaron a Gran Bretaña, Francia y Rusia — en 1914 causó gran conmoción en el público estadounidense. Al principio la contienda les parecía muy remota, pero sus efectos económicos y políticos fueron rápidos y profundos. En 1915 la industria de EE.UU., que sufría una leve depresión, volvió a prosperar gracias a los pedidos de pertrechos militares de los aliados de Occidente. Ambos bandos usaron la propaganda para despertar las pasiones del público estadounidense, un tercio del cual había nacido en el extranjero o tenía al menos un progenitor nacido en otros países. Más aún, tanto Gran Bretaña como Alemania tomaron medidas contra los barcos estadounidenses en alta mar, lo cual dio lugar a enérgicas protestas del presidente Woodrow Wilson.

Gran Bretaña tenía el control de los mares, por lo cual detenía y revisaba todos los barcos estadounidenses y confiscaba el "contrabando" destinado a Alemania. Por su parte, Alemania empleaba su principal arma naval, el submarino, para hundir los barcos que iban rumbo a Gran Bretaña o Francia. El presidente Wilson hizo la advertencia de que Estados Unidos no renunciaría a su derecho tradicional a comerciar con las naciones en guerra como estado neutral. Declaró también que su país haría a Alemania "estrictamente responsable" de la pérdida de barcos o vidas estadounidenses. El 7 de mayo de 1915, el trasatlántico



La cola para la sopa durante la Depresión de los años 30.
(The American History Slide Collection, © (IRC))

británico *Lusitania* fue hundido y en él murieron 1.198 personas, 128 de las cuales eran estadounidenses. Como un reflejo de la indignación estadounidense, Wilson exigió el cese inmediato de los ataques contra buques mercantes y de pasajeros.

Deseosa de evitar la guerra con Estados Unidos, Alemania accedió a prevenir a los barcos comerciales — aunque llevaran bandera enemiga — antes de hacer fuego sobre ellos. Sin embargo, después de otros dos ataques — el hundimiento del vapor británico *Arabic* en agosto de 1915 y el ataque con torpedos contra el barco francés *Sussex* en marzo de 1916 — Wilson lanzó un ultimátum, amenazando con romper relaciones diplomáticas si los teutones no suspendían la guerra submarina. Alemania accedió a la petición y se abstuvo de esos ataques hasta el final del año.

Wilson ganó la reelección en 1916, en parte por el lema: "Él nos mantuvo al margen de la guerra". Sintiéndose obligado a actuar como pacificador, exhortó a las naciones beligerantes a buscar una "paz sin victoria", en un discurso pronunciado en el Senado el 22 de enero de 1917.

ESTADOS UNIDOS ENTRA A LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Sin embargo, el 31 de enero de 1917 el gobierno de Alemania reanudó la guerra submarina sin restricciones. El 2 de abril de 1917, después que cinco barcos de EE.UU. fueron hundidos, Wilson pidió una declaración de guerra. El Congreso lo aprobó sin dilación. El gobierno movilizó de inmediato recursos militares y también a la industria, la fuerza de trabajo y la agricultura. En octubre de 1918, en vísperas de la victoria de los aliados, ya se había desplegado en Francia un ejército de más de 1.750.000 soldados estadounidenses.

En el verano de 1918, las tropas estadounidenses recién llegadas, bajo el mando del general John J. Pershing, tuvieron un papel decisivo para contener una ofensiva alemana desesperada. En ese otoño, los estadounidenses fueron un factor clave en la ofensiva Meuse-Argonne que destruyó la Línea Hindenburg de la que tanto se vanagloriaba Alemania.

El presidente Wilson ayudó mucho a que esa guerra terminara pronto, al decir que los objetivos de Estados Unidos en ella no eran luchar contra el pueblo de Alemania, sino contra su autocrático gobierno. En sus famosos Catorce Puntos que presentó al Senado en enero de 1918, exhortó a la cancelación de los

acuerdos secretos internacionales, a la libertad en los mares, al libre comercio entre las naciones, a la reducción del arsenal de los países, a atender las demandas coloniales con la debida consideración a los intereses de las poblaciones afectadas, al autogobierno para las nacionalidades europeas subyugadas y, lo más importante, la creación de una asociación de naciones para conceder "garantías mutuas de independencia política e integridad territorial a los estados, grandes y pequeños por igual".

En octubre de 1918, ante una derrota segura, el gobierno alemán le pidió a Wilson que negociara sobre la base de los Catorce Puntos. Al cabo de un mes de negociaciones secretas que no dieron a Alemania garantías seguras, se concertó un armisticio (técnicamente una tregua, pero en realidad una rendición) el 11 de noviembre.

LA LIGA DE LAS NACIONES

Wilson tenía la esperanza de que el tratado final, redactado por los vencedores, fuera imparcial, pero las pasiones y sacrificios de más de cuatro años de guerra indujeron a los aliados a hacer demandas severas. Convencido de que la Liga de las Naciones, su mayor esperanza para la paz, nunca se realizaría si él no hacía concesiones, Wilson comprometió un poco lo referente a la autodeterminación, la diplomacia abierta y otros aspectos concretos. Se opuso con éxito a las demandas de Francia, sobre toda la Renania y moderó un poco la insistencia francesa en que los teutones pagaran todo el precio de la guerra. Sin embargo, el acuerdo final (el Tratado de Versalles) dispuso que Francia ocupara la cuenca del Sarre, rica en carbón y hierro e impuso a Alemania un monto de indemnizaciones muy alto.

A la postre, quedó poco de las propuestas de Wilson para concertar una paz generosa y duradera, salvo la misma Liga de las Naciones que él incluyó como parte del tratado. Sin embargo, en una muestra de poco juicio, el presidente no incorporó a republicanos destacados en las negociaciones del tratado. A su regreso trajo un documento partidista y luego se negó a hacer las concesiones necesarias para satisfacer las inquietudes republicanas en torno a la protección de la soberanía del país.

Con el tratado estancado en un comité del Senado, Wilson emprendió una gira nacional para pedir apoyo. El 25 de septiembre de 1919, agotado por los rigores de su papel de pacificador y por las presiones de ser presidente en tiempo de

guerra, sufrió un ataque invalidante. Pasó varias semanas en estado crítico y nunca se recuperó por completo. En dos votaciones separadas, en noviembre de 1919 y en marzo de 1920, el Senado rechazó de nuevo tanto el Tratado de Versalles como la Liga de las Naciones.

La Liga de las Naciones nunca sería capaz de mantener el orden mundial. La derrota de Wilson demostró que el pueblo estadounidense no estaba listo para asumir un papel de mando en los asuntos mundiales. Su visión utópica inspiró por breve tiempo a la nación, pero el duro choque con la realidad no tardó en generar una desilusión general en torno a los asuntos mundiales. Estados Unidos se hundió otra vez en su aislacionismo instintivo.

EL DESCONTENTO DE LA POSGUERRA

La transición de la guerra a la paz fue muy accidentada. El auge económico de la posguerra coexistió con rápidas alzas de precios para el consumidor. Los sindicatos que durante la guerra se habían abstenido de ponerse en huelga tomaron medidas importantes de carácter laboral. En el verano de 1919 estallaron desórdenes de carácter racial en reflejo de la preocupación suscitada por el surgimiento de un "nuevo tipo de negros" que habían prestado servicio militar o habían ido al norte para trabajar en la industria de la defensa.

La reacción ante esos sucesos se fusionó con el temor nacional generalizado a un nuevo movimiento revolucionario internacional. En 1917, los bolcheviques habían tomado el poder en Rusia; después de la guerra, intentaron iniciar revoluciones en Alemania y Hungría. En 1919 parecía que habían llegado también a Estados Unidos. Alentados por el ejemplo bolchevique, muchos militantes se separaron del Partido Socialista y fundaron lo que habría de ser el Partido Comunista de Estados Unidos. En abril de 1919, el servicio postal interceptó cerca de 40 bombas dirigidas a ciudadanos prominentes. La residencia del procurador general A. Mitchell Palmer en Washington fue bombardeada. A su vez, Palmer autorizó una redada federal contra los radicales y deportó a muchos de ellos que no eran ciudadanos. Con frecuencia se culpó a los radicales por las grandes huelgas y se comparó a éstas con los primeros disparos de una revolución.

Las terribles advertencias de Palmer generaron un "temor a los rojos" que se disipó a mediados de 1920. Ni siquiera la bomba asesina que estalló en Wall Street en septiembre logró despertarlo

de nuevo. Sin embargo, a partir de 1919 una corriente de hostilidad militante hacia el comunismo revolucionario bulliría no muy lejos de la superficie de la vida estadounidense.

EL AUGES DE LA DÉCADA DE 1920

Distraído primero por la guerra y abatido después por un ataque de apoplejía, Wilson manejó mal casi todos los asuntos de la posguerra. La floreciente economía se empezó a derrumbar a mediados de 1920. Los candidatos republicanos a presidente y vicepresidente, Warren G. Harding y Calvin Coolidge, vencieron con facilidad a sus opositores demócratas, James M. Cox y Franklin D. Roosevelt.

Después de la ratificación de la 19ª Enmienda a la Constitución, las mujeres votaron por primera vez en una elección presidencial.

En los dos primeros años del gobierno de Harding continuó la recesión económica que comenzó en el de Wilson. Sin embargo, en 1923 la prosperidad se había reanudado. En los seis años siguientes el país disfrutó de la economía más vigorosa de su historia, al menos en las áreas urbanas. La política económica del gobierno fue eminentemente conservadora en la década de 1920. Se basaba por completo en la creencia de que si el gobierno hacía todo lo posible por alentar a la empresa privada, la prosperidad se irradiaría a casi todo el resto de la población.

Por eso los republicanos trataron de crear las condiciones más favorables para la industria estadounidense. El Arancel Fordney-McCumber de 1922 y el Arancel Hawley-Smoot de 1930 llevaron las barreras arancelarias a nuevas alturas y garantizaron a los fabricantes del país el monopolio en el mercado nacional, en un rubro tras otro, pero obstruyó un saludable comercio con Europa que habría infundido nuevo vigor a la economía internacional. Por haber sido instituido al inicio de la Gran Depresión, el Arancel Hawley-Smoot provocó represalias de otras naciones manufactureras y contribuyó en gran medida al colapso del ciclo del comercio mundial, lo cual agravó la miseria económica en el planeta.

El gobierno federal emprendió también un programa de reducción de impuestos, lo cual reflejó la convicción del secretario del Tesoro, Andrew Mellon, de que el alto impuesto sobre la renta de individuos y empresas desalentaba la inversión en nuevos proyectos industriales. En una serie de leyes que fueron

aprobadas entre 1921 y 1929, el Congreso respondió favorablemente a sus propuestas.

"El principal negocio del pueblo de Estados Unidos son los negocios", dijo Calvin Coolidge, el vicepresidente nacido en Vermont que ocupó la presidencia en 1923, tras la muerte de Harding, y fue electo por derecho propio en 1924. Coolidge se ajustó a las políticas económicas conservadoras del Partido Republicano, pero fue un administrador mucho más hábil que el infortunado Harding, cuyo gobierno fue objeto de acusaciones de corrupción en los meses anteriores a su muerte.

Pese a todo, las políticas de los republicanos en el agro fueron blanco de crecientes críticas, pues los granjeros fueron los que menos participaron de la prosperidad de la década de 1920. Muchos factores permiten explicar la depresión en el agro del país, pero el principal fue la pérdida de mercados en el extranjero. En parte, esto ocurrió como reacción a la política arancelaria estadounidense, pero también porque el exceso de producción agrícola fue un fenómeno de alcance mundial. Cuando llegó la Gran Depresión, en la década de 1930, devastó la economía agrícola que ya era bastante frágil.

Dejando de lado las dificultades de la agricultura, la década de 1920 trajo el mejor nivel de vida en la historia para la mayoría de los estadounidenses. Fue la década en que la familia término medio compró su primer automóvil, adquirió refrigeradores y aspiradoras, escuchó la radio como diversión y concurre con regularidad a las salas de cine. La prosperidad era real y estaba ampliamente distribuida. El resultado fue que los republicanos obtuvieron un provecho político pues se adjudicaron el crédito correspondiente.

TENSIONES EN TORNO A LA INMIGRACIÓN

En la década de 1920 Estados Unidos restringió con severidad la inmigración extranjera por primera vez en su historia. Desde tiempo atrás, una gran afluencia de extranjeros había creado cierta tensión social, pero casi todos eran europeos del norte y aunque no se asimilaban con rapidez, por lo menos tenían algo en común con la mayoría de los estadounidenses. Sin embargo, al final del siglo XIX, esa afluencia provino sobre todo del sur y el este de Europa. De acuerdo con el censo de 1900, la población de Estados Unidos era entonces de sólo un poco más de 76 millones. En los 15 años siguientes, más de 15 millones de inmigrantes

entraron al país.

Cerca de dos tercios de esa afluencia estaba formada por nacionalidades y grupos étnicos más "nuevos": rusos, judíos, polacos, eslavos, griegos e italianos del sur. No eran protestantes ni "nórdicos" y muchos estadounidenses temían que no pudieran asimilarse al país. Hacían trabajos pesados, a menudo peligrosos y con poca remuneración, pero fueron acusados de abaratar los salarios de los estadounidenses por nacimiento. Se decía que los nuevos inmigrantes, establecidos en sórdidos enclaves étnicos, conservaban las costumbres del Viejo Mundo, se abrían paso con poco conocimiento del inglés y eran partidarios de mecanismos políticos no muy deseables que se ajustaban a sus necesidades. Los nativistas querían enviarlos de nuevo a Europa, los trabajadores sociales deseaban americanizarlos y ambos concordaban en que eran una amenaza para la identidad estadounidense.

Contenida por la Primera Guerra Mundial, la inmigración masiva se reanudó en 1919, pero pronto chocó con la decidida oposición de grupos tan diversos como la Federación Estadounidense del Trabajo y el Ku Klux Klan reorganizado. Millones de estadounidenses de viejo cuño que no pertenecían a ninguna de esas organizaciones aceptaron las suposiciones generalizadas sobre la inferioridad de los no nórdicos y apoyaron las restricciones. Por supuesto, también había argumentos prácticos a favor de que una nación en vías de madurar impusiera ciertos límites a la nueva inmigración.

El Congreso aprobó en 1921 una rigurosa ley de emergencia que restringía la inmigración. En 1924 la sustituyó con la Ley Johnson-Reed sobre el Origen Nacional, la cual estableció una cuota de inmigración para cada nacionalidad. En forma significativa, dichas cuotas se basaron en el censo de 1890, un año en el que los nuevos inmigrantes todavía no alcanzaban su marca más alta. La nueva ley provocó un profundo resentimiento en los grupos étnicos del sur y el este de Europa y redujo el flujo migratorio a su mínima expresión. Después de 1929, el impacto económico de la Gran Depresión lo redujo más e inició un flujo inverso hasta que los refugiados del fascismo europeo empezaron a presionar para ser admitidos en el país.

CHOQUE DE CULTURAS

Algunos estadounidenses expresaron su descontento por el

carácter de la vida moderna en la década de 1920, concentrándose en la familia y la religión, al tiempo que una sociedad secular cada día más urbana entraba en conflicto con las antiguas tradiciones rurales. Predicadores fundamentalistas como Billy Sunday fueron una válvula de escape para mucha gente que ansiaba el retorno a un pasado más sencillo.

La demostración más espectacular de ese anhelo fue tal vez la cruzada fundamentalista en la cual la interpretación bíblica fue confrontada con la teoría darviniana de la evolución biológica. En la década de 1920, las legislaturas estatales del sur y el medio oeste empezaron a proponer leyes para prohibir la enseñanza de la evolución. El líder de esa cruzada fue el anticuado William Jennings Bryan, quien por largo tiempo fue un vocero de los valores del campo, además de un político progresista. Bryan reconcilió con habilidad su activismo antievolucionista con sus propuestas económicas radicales de antaño, al decir que la evolución "al negar la necesidad o la posibilidad de una regeneración espiritual, desalienta todas las reformas".

La cuestión llegó a su clímax en 1925 cuando un joven maestro de preparatoria, John Scopes, fue juzgado bajo el cargo de violar una ley de Tennessee que prohibía la enseñanza de la evolución en las escuelas públicas. El caso se convirtió en un espectáculo nacional y atrajo una intensa cobertura de los medios informativos. La Unión Estadounidense de Libertades Civiles encomendó la defensa de Scopes al prestigioso abogado Clarence Darrow. Bryan disputó por el nombramiento de fiscal especial y luego cometió la torpeza de permitir que Darrow lo llamara como testigo hostil. La confusa defensa de pasajes bíblicos como verdades literales y no sólo metafóricas le acarreó críticas por doquier. Scopes, casi olvidado entre tanta agitación, fue condenado, pero la multa fue anulada por cuestiones técnicas. Bryan murió poco después del juicio. El estado fue prudente y se negó a volver a juzgar a Scopes. Las sofisticadas mentalidades urbanas ridiculizaron el fundamentalismo, pero éste siguió siendo una fuerza poderosa en las pequeñas ciudades del sector rural de Estados Unidos.

Otro ejemplo del poderoso choque entre culturas — pero con consecuencias nacionales mucho mayores — fue la Prohibición. En 1919, tras casi un siglo de agitación, la 18ª Enmienda a la Constitución entró en vigor y por ella se prohibió la fabricación, venta y transporte de bebidas alcohólicas. Aunque el propósito de la Prohibición era acabar con las tabernas y la embriaguez en la

sociedad del país, en realidad generó miles de centros ilícitos para beber, llamados "bares clandestinos", puso de moda la bebida y creó una nueva forma de actividad delictiva: el transporte de licor ilegal o "bootlegging". La Prohibición fue un problema emocional en los prósperos años 20, pero al llegar la Gran Depresión aquella pareció cada día menos relevante. La 18ª Enmienda sería revocada en 1933.

El fundamentalismo y la prohibición fueron aspectos de una reacción mayor contra una revolución social e intelectual modernista más visible en el cambio de los modales y las costumbres por el cual esa década recibió el nombre de la Edad del Jazz, Los Alegres Veintes o la era de "la juventud ardiente". La Primera Guerra Mundial había trastocado el orden social y moral victoriano. La prosperidad de las masas permitió un estilo de vida abierto y hedonista para los jóvenes de clase media.

Los más destacados intelectuales brindaron su apoyo. H. L. Mencken, el crítico social más importante de la década, denunció sin cortapisas la hipocresía y la venalidad de la vida estadounidense. Encontró de ordinario esas características en las áreas rurales y entre los hombres de negocios. Sus homólogos del movimiento progresista habían creído en "el pueblo" e intentado extender la democracia. Mencken, un elitista admirador de Nietzsche, dijo con crudeza que el hombre democrático era un bobo y describió a la clase media estadounidense como "el sector de los bobos".

El novelista F. Scott Fitzgerald captó la energía, el bullicio y la desilusión de esa década en obras como *The Beautiful and the Damned* (*La belleza y el condenado*, 1922) y *The Great Gatsby* (*El gran Gatsby*, 1925). Sinclair Lewis, el primer estadounidense que ganó un Premio Nobel de literatura, satirizó a la corriente dominante en el país en *Main Street* (1920) y *Babbitt* (1922). Ernest Hemingway retrató con tonos vívidos el malestar provocado por la guerra en *The Sun Also Rises* (*El sol también sale*, 1926) y *A Farewell to Arms* (*Adiós a las armas*, 1929). Fitzgerald, Hemingway y muchos otros escritores pusieron de relieve su alejamiento de Estados Unidos con su decisión de pasar gran parte de esa década en París.

La cultura afro-estadounidense floreció. Entre 1910 y 1930 un enorme número de afro-estadounidenses migraron del sur al norte en busca de empleos y libertad personal. La mayoría de ellos se establecieron en áreas urbanas, sobre todo en Detroit, Chicago y

el barrio de Harlem en la ciudad de Nueva York. En 1910, W.E.B. DuBois y otros intelectuales fundaron la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (NAACP por sus siglas en inglés), que ayudó a esa etnia a adquirir una voz nacional cuya importancia creció a través de los años.

Surgió un movimiento literario y artístico afro-estadounidense llamado el "Renacimiento de Harlem". A semejanza de la "Generación Perdida", estos escritores, como los poetas Langston Hughes y Countee Cullen, rechazaron los valores de la clase media y las formas literarias convencionales, aún cuando abordaron las realidades de la experiencia afro-estadounidense. Varios músicos de ese grupo, como Duke Ellington, King Oliver y Louis Armstrong, fueron los primeros en hacer del jazz un rasgo característico de la cultura de Estados Unidos en la década de 1920.

LA GRAN DEPRESIÓN

El mercado de valores se derrumbó en octubre de 1929, lo cual arruinó a muchos inversionistas. En sí mismo, ese colapso no provocó la Gran Depresión, pero fue un reflejo de las políticas de crédito excesivamente accesibles por las cuales el mercado quedó fuera de control. Agravó también la situación de las frágiles economías de Europa que dependían demasiado de los préstamos estadounidenses. En los tres años siguientes, la recesión inicial de Estados Unidos llegó a ser parte de una depresión en todo el mundo. Los centros de negocios cerraron sus puertas, las fábricas se paralizaron, los bancos quebraron y los ahorros de los depositantes se perdieron. Los ingresos del agro cayeron en un 50%. En noviembre de 1932, uno de cada cinco estadounidenses carecía de empleo.

La campaña presidencial de 1932 fue ante todo un debate sobre las causas y los posibles remedios de la Gran Depresión. El presidente Herbert Hoover, que tuvo la desgracia de llegar a la Casa Blanca sólo ocho meses antes de la caída del mercado de valores, había tratado de lidiar con los difíciles tiempos de la economía más que ningún otro presidente anterior. Intentó también organizar las empresas, reforzó los programas de obras públicas, estableció la Corporación Financiera de Reconstrucción para apoyar a las empresas y las instituciones financieras, y venció la renuencia del Congreso para establecer una agencia que garantizara las hipotecas sobre viviendas. A pesar de todo, sus esfuerzos tuvieron poco efecto y llegó a ser la imagen de la derrota.

Su opositor demócrata, Franklin D. Roosevelt, que ya era popular como gobernador de Nueva York desde el comienzo de la crisis, irradiaba un optimismo contagioso. Dispuesto a usar la autoridad del gobierno federal para ensayar remedios más audaces, obtuvo una rotunda victoria pues ganó 22.800.000 votos populares contra los 15.700.000 de Hoover. Estados Unidos estaba a punto de entrar en una nueva era de cambios económicos y políticos.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 11: El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial

"Nosotros debemos ser el gran arsenal de la democracia".

-- Presidente
Franklin D. Roosevelt, 1941

ROOSEVELT Y EL NUEVO TRATO

En 1933, el nuevo presidente, Franklin D. Roosevelt, trajo un clima de confianza y optimismo que pronto convocó a la población en torno a la bandera de su programa, conocido como el Nuevo Trato. "A lo único que debemos temer es al temor mismo", dijo el presidente en su discurso inaugural ante la nación.



Los barcos de guerra *West Virginia* y *Tennessee* de Estados Unidos después del ataque japonés contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. (The National Archives)

En cierto sentido, el Nuevo Trato sólo introdujo reformas sociales y económicas que muchos europeos conocían desde hacía más de una generación. Más aún, el Nuevo Trato representó la culminación de una tendencia de largo alcance hacia el abandono del capitalismo de "laissez-faire", la cual databa de la época de la regulación de los ferrocarriles en la década de 1880 y el torrente de leyes estatales y nacionales de reforma adoptadas en la era progresista de Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson.

Sin embargo lo que en verdad tuvo de novedoso el Nuevo Trato fue la celeridad con que logró lo que antes se hacía en varias generaciones. Muchas de sus reformas fueron planeadas con apresuramiento y se aplicaron mal; algunas contradecían a otras. Además nunca lograron restablecer la prosperidad. Sin embargo, sus actos dieron ayuda tangible a millones de estadounidenses, sentaron las bases de una nueva y poderosa coalición política y lograron que el ciudadano individual se interesara otra vez por el gobierno.

EL PRIMER NUEVO TRATO

Banca y finanzas. Cuando Roosevelt asumió la presidencia, la banca y el sistema de crédito del país estaban paralizados. Con pasmosa rapidez, los bancos de la nación fueron cerrados y luego sólo se reabrieron los que eran solventes. Nuevas agencias del gobierno ofrecieron generosos recursos de crédito a la industria y al agro. La Corporación Federal de Seguros de Depósito (FDIC) garantizó los depósitos de ahorro en los bancos hasta por 5.000 dólares. Se impusieron reglamentos federales estrictos a la venta de valores en la bolsa.

El desempleo. Roosevelt se enfrentó a un desempleo masivo sin precedente. En la fecha en que asumió el cargo estaban desocupados nada menos que 13 millones de estadounidenses, más de la cuarta parte de la fuerza de trabajo.

Uno de los primeros pasos para ayudar a los desocupados fue el Cuerpo Civil de Conservación (CCC), un programa que benefició a los varones jóvenes de 18 a 25 años. En ese decenio casi dos millones de ellos participaron en el programa, trabajando en diversos proyectos de conservación: plantación de árboles para combatir la erosión del suelo y preservar los bosques nacionales; supresión de la contaminación en los ríos; creación de refugios para peces, animales de caza y aves; y conservación de los depósitos de carbón, petróleo, esquisto, gas, sodio y helio.

La Administración de Obras Públicas (PWA) proveyó de empleo a trabajadores de la construcción capacitados en gran variedad de proyectos, entre medianos y grandes en su mayoría. Entre sus múltiples logros, algunos de los más memorables fueron las Presas de Bonneville y Grand Coulee en el Noroeste Pacífico, un nuevo sistema de albañales en Chicago, el Puente Triborough en la ciudad de Nueva York y dos portaaviones (*Yorktown* y *Enterprise*) para la Marina de Guerra de Estados Unidos.

La Autoridad del Valle del Tennessee (TVA), que era tanto un programa de trabajo de alivio como un ejercicio de planificación pública, desarrolló la región empobrecida del río Tennessee mediante una serie de represas para control de inundaciones y generación hidroeléctrica. Al suministrar electricidad barata a la región la TVA alentó cierto progreso económico, pero se ganó la enemistad de las compañías eléctricas privadas. Los partidarios del Nuevo Trato elogiaron esto como un ejemplo de "democracia de raíz popular".

La Administración Federal para Alivio de Emergencias (FERA) funcionó de 1933 a 1935 y distribuyó ayuda directa a cientos de miles de personas, de ordinario en forma de pagos directos. A veces se hizo cargo de los salarios de los maestros de escuela y de otros trabajadores locales del servicio público. Desarrolló también muchos proyectos de obras públicas en pequeña escala, como la Administración de Obras Civiles (CWA) desde fines de 1933 hasta la primavera de 1934. Acusada de ser una "fábrica de empleos", los puestos que creó fueron desde excavador de zanjas y reparador de carreteras hasta maestro. Roosevelt y sus funcionarios clave se preocuparon por los costos, pero siguieron auspiciando programas contra el desempleo basados más en el alivio por medio del trabajo que en la beneficencia.

La agricultura. En la primavera de 1933, el sector agrícola de la economía estaba al borde del colapso. Por lo tanto, fue un laboratorio de pruebas para que los partidarios del Nuevo Trato ensayaran la idea de que una mayor reglamentación permitiría resolver muchos de los problemas del país. En 1933, el Congreso aprobó la Ley de Ajuste Agrícola (LAA) para brindar alivio económico a los granjeros. La LAA propuso elevar el precio de los cultivos mediante el pago de un subsidio a los agricultores para compensar los recortes voluntarios que hicieran en su producción. Los fondos para esos pagos se obtendrían aplicando un impuesto a las industrias que procesaban las cosechas. Sin embargo, cuando el proyecto se promulgó como ley, la temporada de cultivo ya estaba muy avanzada y la LAA pagó a los granjeros para que destruyeran con el arado sus cosechas abundantes. La reducción de las cosechas y los mayores subsidios proporcionados mediante la Corporación de Crédito para Productos, que compraba éstos para mantenerlos en el almacén, hicieron que la producción del agro disminuyera y los precios subieran.

Entre 1932 y 1935, el ingreso del agro aumentó más de 50%, pero eso sólo se debió en parte a los programas federales. En los mismos años en que se alentó a los agricultores a dejar ociosa una parte de sus tierras — en perjuicio de los inquilinos y aparceros — una grave sequía asoló los estados de las Grandes Llanuras. En la década de 1930, violentas tormentas de viento y polvo crearon lo que se llegó a conocer como "el Tazón del Polvo". Los cultivos fueron destruidos y las granjas se arruinaron.

En 1940, 2,5 millones de personas habían emigrado de los estados de las Llanuras, en lo que fue la migración más numerosa en la

historia del país. Entre ellos, 200.000 se mudaron a California. Los migrantes no sólo eran granjeros, sino también profesionales, comerciantes al detalle y otros cuya subsistencia dependía de la buena salud de la comunidad agraria. Muchos terminaron compitiendo por empleos temporales, con salarios exiguos, en la recolección de cosechas.

Aún cuando la LAA tuvo éxito en general, fue suspendida en 1936 cuando el impuesto a los procesadores de alimentos fue declarado inconstitucional por la Corte Suprema. El Congreso aprobó rápidamente una ley para el alivio del agro por la cual se autorizó al gobierno a pagar a los granjeros que dejaran tierras ociosas para la conservación del suelo. En 1938, con una mayoría favorable al Nuevo Trato en la Corte Suprema, el Congreso reinstauró la AAA.

En 1940 casi 6 millones de agricultores recibían subsidio federal. Los programas del Nuevo Trato proveían también préstamos sobre cosechas excedentes, seguro sobre el trigo y un sistema de almacenamiento planificado para asegurar un abasto alimentario estable. La estabilidad económica del agricultor se consiguió en gran medida, aunque a un elevado costo y con un grado extraordinario de supervisión del gobierno.

Industria y trabajadores. La Administración de Recuperación Nacional (ANR), creada en 1933 con la Ley de Recuperación Industrial Nacional (LNRI), trató de poner fin a la feroz competencia por medio de códigos sobre prácticas competitivas justas para generar más empleos y, por ende, más compras. Aunque al principio la ANR fue bien recibida, pronto fue criticada por su reglamentación excesiva y no bastó para lograr la recuperación industrial. Fue declarada inconstitucional en 1935.

La LNRI garantizó a los trabajadores el derecho a la negociación colectiva a través de sindicatos que representaba a cada uno de sus miembros, pero la ANR no logró superar la vigorosa oposición de las empresas al sindicalismo independiente. Después de la disolución de la ANR en 1935, el Congreso aprobó la Ley Nacional de Relaciones Laborales, la cual reafirmó aquella garantía y prohibió que los empleadores interfirieran injustamente con las actividades sindicales. Se creó también la Junta Nacional de Relaciones Laborales a cargo de supervisar la negociación colectiva, administrar las elecciones y garantizar a los trabajadores el derecho de elegir a la organización que los represente en sus tratos con los empleadores.

Los grandes progresos logrados en la organización laboral crearon en los trabajadores un creciente sentimiento de solidaridad de intereses y el poder de los sindicatos aumentó no sólo en la industria, sino también en la política. El Partido Demócrata de Roosevelt se benefició enormemente con esos sucesos.

EL SEGUNDO NUEVO TRATO

En sus primeros años, el Nuevo Trato patrocinó una serie notable de iniciativas de ley y logró incrementos apreciables en la producción y en los precios, pero no pudo remediar la Depresión. Cuando la sensación de una crisis inmediata disminuyó surgieron nuevas demandas. Los empresarios lamentaron el final del "laissez-faire" y se irritaron por la reglamentación de la LNRI. También hubo ataques virulentos, tanto de las izquierdas como de las derechas políticas, cuando soñadores, intrigantes y políticos propusieron panaceas económicas que lograban convocar auditorios numerosos.

Ante tales presiones, el presidente Roosevelt apoyó una nueva serie de medidas económicas y sociales. Destacaban entre éstas algunas disposiciones para combatir la pobreza, crear más empleos para los desocupados y proveer una red de seguridad social.

La Administración para el Progreso de Obras Públicas (APOP), la principal agencia de ayuda en lo que se conoció como el segundo Nuevo Trato, fue la mayor dependencia de obras públicas hasta esa fecha. Empezó proyectos en pequeña escala en todo el país y construyó edificios, carreteras, aeropuertos y escuelas. Se dio empleo a actores, pintores, músicos y escritores por medio del Proyecto Federal para el Teatro, el Proyecto Federal para el Arte y el Proyecto Federal para Escritores. La Administración Nacional de la Juventud ofreció empleo de tiempo parcial a estudiantes, instituyó programas de capacitación y ayudó a jóvenes desocupados. La APOP nunca amparó a más de tres millones de desempleados al mismo tiempo, pero en 1943, cuando fue disuelta, había ayudado a 9 millones de personas en total.

La piedra angular del Nuevo Trato, según Roosevelt, fue la Ley de Seguridad Social de 1935. En ella se creó un sistema de pagos de bienestar administrados por el estado para pobres, desempleados y discapacitados, a partir de aportaciones estatales y federales equivalentes. Estableció también un sistema nacional de prestaciones para jubilados a partir de un "fondo fiduciario" creado con aportaciones del empleador y del empleado. La Seguridad Social es hoy uno de los programas nacionales más vastos que

administra el gobierno de Estados Unidos.

Roosevelt añadió a esto la Ley Nacional de Relaciones del Trabajo, la "Ley del Impuesto sobre la Riqueza" que elevó la tributación para los ricos, la Ley de la Compañía Tenedora de Servicios Públicos para disolver los grandes conglomerados del servicio eléctrico, y una Ley Bancaria que amplió en buena medida el poder de la Junta de la Reserva Federal sobre los grandes bancos privados. Otro hecho notable fue la creación de la Administración de Electrificación Rural, que llevó la electricidad a zonas agrícolas de todo el país.

UNA NUEVA COALICIÓN

En la elección de 1936 Roosevelt obtuvo una victoria decisiva sobre su opositor republicano, Alf Landon de Kansas. Él gozó de popularidad personal y la economía pareció estar cerca de la recuperación. Ganó el 60% de los votos y todos los estados, menos dos. Surgió una nueva coalición amplia, aliada al Partido Demócrata y formada por trabajadores, sobre todo del campo, y por la mayoría de los grupos étnicos urbanos, afro-estadounidenses y el sur tradicionalmente demócrata. El Partido Republicano obtuvo el apoyo de empresarios y miembros de la clase media en ciudades pequeñas y suburbios. Esa alianza política, con algunas variantes y cambios, se mantuvo intacta varios decenios.

El segundo periodo de Roosevelt fue una época de consolidación. El presidente cometió dos errores políticos graves: un infructuoso y mal aconsejado intento de ampliar la Corte Suprema y un inútil esfuerzo por "purgar" a los conservadores sureños del Partido Demócrata que eran más obstinados cada día. Además, cuando suprimió los elevados gastos del gobierno, la economía se desplomó. Esos hechos hicieron surgir en el Congreso una coalición conservadora que no era receptiva a las nuevas iniciativas.

Fue patente que los estadounidenses deseaban que el gobierno asumiera una mayor responsabilidad por el bienestar de la gente ordinaria, a pesar de la incomodidad que les producía el gobierno grande en general. El Nuevo Trato sentó los cimientos del estado benefactor moderno en Estados Unidos. Roosevelt, que fue tal vez el presidente más imponente del siglo XX, había establecido un nuevo nivel en el liderazgo de masas.

Ningún otro dirigente estadounidense, ni entonces ni después, usó la radio con tanta eficacia. En un discurso transmitido por radio en 1938, Roosevelt declaró: "La democracia ha desaparecido en otras

grandes naciones, no porque el pueblo de éstas la haya rechazado, sino porque se cansó de carecer de empleo y de seguridad, de ver a sus hijos padecer hambre y de tener que permanecer pasivos e indefensos ante la confusión del gobierno y la debilidad de éste por su falta de liderazgo". Concluyó que los estadounidenses deseaban defender sus libertades a toda costa y entendieron que "la primera línea de defensa es la protección de la seguridad económica".

LA GUERRA Y LA DIFÍCIL NEUTRALIDAD

Antes que el segundo periodo de Roosevelt cobrara ímpetu, su programa nacional se ensombreció por el proyecto expansionista de los regímenes totalitarios de Japón, Italia y Alemania. Japón invadió Manchuria en 1931, aplastó la resistencia china e instituyó el estado títere de Manchukuo. Italia, bajo Benito Mussolini, amplió sus fronteras en Libia y conquistó Etiopía en 1935. Alemania, bajo el líder nazi Adolf Hitler, militarizó su economía y volvió a ocupar Renania (desmilitarizada a raíz del Tratado de Versalles) en 1936. Hitler incorporó Austria al Reich alemán en 1938 y exigió que Checoslovaquia le cediera el territorio de los Sudetes de habla alemana. Para entonces la guerra parecía inminente.

Estados Unidos, decepcionado por el fracaso de la cruzada a favor de la democracia en la Primera Guerra Mundial, anunció que por ningún motivo podría aspirar a recibir su ayuda cualquiera de los países involucrados en el conflicto. La legislación de neutralidad, promulgada en forma fragmentaria entre 1935 y 1937, prohibió el comercio en armas con cualquiera de las naciones beligerantes, exigió que todas las demás mercancías se pagaran en efectivo y prohibió que los barcos mercantes con bandera estadounidense transportaran esos productos. El objetivo era impedir, casi a toda costa, la participación de Estados Unidos en una guerra extranjera.

El sentimiento aislacionista se acentuó en 1939, cuando los nazis conquistaron Polonia, y con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, aunque los estadounidenses estaban sin duda a favor de las víctimas de la agresión de Hitler y apoyaban a las democracias aliadas, Gran Bretaña y Francia. Roosevelt sólo podía esperar hasta que la opinión pública en torno a la participación estadounidense se modificara a causa de los acontecimientos.

Con la caída de Francia y el inicio de la guerra aérea contra Gran Bretaña a mediados de 1940 se intensificó el debate entre los norteamericanos que pugnaban por ayudar a las democracias y la facción antibélica conocida como los aislacionistas. Roosevelt hizo

todo lo posible por inclinar la opinión pública a favor de la intervención. Estados Unidos se unió a Canadá en una Junta de Defensa Mutua y se aliaron con las repúblicas de América Latina para ampliar la protección colectiva a las naciones del hemisferio occidental.

Ante el agravamiento de la crisis, el Congreso votó a favor de asignar enormes sumas para el rearme y en septiembre de 1940 aprobó la primera ley de conscripción en tiempo de paz promulgada jamás en Estados Unidos. También en ese mes, Roosevelt concertó un audaz acuerdo ejecutivo con el primer ministro británico Winston Churchill. Estados Unidos entregó a la armada británica 50 destróyers "viejos" a cambio de bases aéreas y navales británicas en Terranova y en el Atlántico Norte.

En la campaña de elección presidencial de 1940 se demostró que los aislacionistas, a pesar de su elocuencia, eran una minoría. El opositor republicano de Roosevelt, Wendell Wilkie, se inclinó a favor de la intervención. Por lo tanto, la elección de noviembre fue otra aprobación mayoritaria para el presidente, con lo cual Roosevelt fue el primero y el último jefe del ejecutivo de Estados Unidos elegido para un tercer periodo.

A principios de 1941 Roosevelt logró que el Congreso aprobara el Programa de Préstamos y Alquiler, por el cual se autorizó al presidente para transferir armas y equipo a cualquier país (en especial a Gran Bretaña y luego a la Unión Soviética y China) considerado vital para la defensa de Estados Unidos. Al final de la guerra, el total de la ayuda otorgada por concepto de préstamo y alquiler ascendía a más de 50.000 millones de dólares.

Lo más notable fue que en agosto se reunió con el primer ministro Churchill frente a la costa de Terranova. Los dos líderes expidieron una "declaración conjunta de intenciones en la guerra" que llamaron la Carta del Atlántico. En notable semejanza con los Catorce Puntos de Woodrow Wilson, suscribieron los siguientes objetivos: no habría mayor expansión territorial; no se harían cambios de fronteras sin el consentimiento de los pueblos afectados; se garantizaría el derecho de todas las personas a elegir su propia forma de gobierno; se restauraría el autogobierno a quienes hubieran sido privados de él; la colaboración económica se ampliaría a todos los países; se liberaría a todos los pueblos de la guerra, el temor y las privaciones; se protegería la libertad en los mares; y se renunciaría al uso de la fuerza como instrumento de política internacional.

Ahora la neutralidad de Estados Unidos era sólo nominal.

JAPÓN, PEARL HARBOR Y LA GUERRA

Mientras la mayoría de los estadounidenses observaban con ansiedad el curso de la guerra en Europa, la tensión crecía en Asia. Aprovechando la ocasión para mejorar su posición estratégica, Japón anunció con audacia un "nuevo orden" en el cual ejercería su hegemonía sobre todo el Pacífico. En la lucha por sobrevivir frente a la Alemania nazi, Gran Bretaña no pudo resistir, abandonó su concesión en Shanghai y cerró por un tiempo la ruta de suministros chinos desde Birmania. En septiembre los japoneses se unieron formalmente al Eje Roma-Berlín. La reacción de Estados Unidos consistió en imponer un embargo a la exportación de chatarra a Japón.

En julio de 1941, los japoneses ocuparon el sur de Indochina (Vietnam del Sur), anunciando su posible avance hacia el sur en busca de petróleo, estaño y caucho en la Malasia británica y las Antillas Holandesas. En respuesta, Estados Unidos congeló las propiedades japonesas y declaró un embargo sobre el producto que Japón necesitaba más que cualquier otro: el petróleo.

El general Hideki Tojo asumió el cargo de primer ministro de Japón en octubre de ese año. A mediados de noviembre, Tojo envió un representante especial a Estados Unidos para conferenciar con el secretario de Estado Cordell Hull. Entre otras cosas, Japón exigió que EE.UU. liberara las propiedades japonesas y suspendiera su expansión naval en el Pacífico. Hull respondió con la propuesta de que los japoneses se retiraran de todos los territorios conquistados. Con el rápido rechazo japonés, el 1 de diciembre, las conversaciones quedaron estancadas.

En la mañana del 7 de diciembre, aviones transportados por un barco japonés lanzaron un devastador ataque sorpresivo contra la flota de EE.UU. en el Pacífico, en Pearl Harbor, Hawai. Veintiún barcos fueron destruidos o temporalmente inhabilitados, 323 aviones resultaron destruidos o dañados y 2.388 soldados, marineros y civiles murieron. Sin embargo, los portaaviones que tendrían un papel tan decisivo en la guerra naval siguiente en el Pacífico no estaban fondeados en Pearl Harbor sino en alta mar.

La opinión estadounidense, aún dividida a causa de la guerra en Europa, se unificó de la noche a la mañana ante lo que el presidente Roosevelt llamó "un día que vivirá en la infamia". El

Congreso le declaró la guerra a Japón el 8 de diciembre y al cabo de tres días, Alemania e Italia le declararon la guerra a Estados Unidos.

MOVILIZACIÓN PARA LA GUERRA TOTAL

El país pronto se dispuso a movilizar a su gente y toda su capacidad industrial. En los tres años y medio siguientes, la industria de la defensa alcanzó metas de producción asombrosas: 30.000 aviones, 5.000 barcos de carga, 60.000 lanchas de desembarco y 86.000 tanques. Las trabajadoras, cuyo ejemplo fue "Rosie la Remachadora", tuvieron un papel más importante que nunca antes en la producción industrial. El número total de miembros de las fuerzas armadas de Estados Unidos al final de la guerra era de más de 12 millones. Todas las actividades de la nación — agricultura, manufacturas, minería, comercio, trabajo, inversiones, comunicaciones y hasta la educación y la cultura — quedaron sometidas a nuevas y mayores formas de control.

A raíz de lo ocurrido en Pearl Harbor y por temor al espionaje asiático, los estadounidenses incurrieron también en lo que después se reconocería como un acto de intolerancia: el confinamiento de los estadounidenses de origen japonés. En febrero de 1942, casi 120.000 de esas personas que vivían en California fueron sacadas de sus casas y confinadas en 10 miserables campos de concentración temporal, cercados con alambre de púas, para ser llevadas después a "centros de reubicación" en las afueras de ciudades aisladas del suroeste.

Casi el 63% de esos residentes de origen japonés eran ciudadanos estadounidenses nacidos en EE.UU. Pocos de ellos simpatizaban con Japón y jamás hubo evidencia alguna de espionaje. Otros se integraron como voluntarios al Ejército de EE.UU. y lucharon con distinción y valor en dos unidades de infantería en el frente italiano. Algunos sirvieron como intérpretes y traductores en el Pacífico.

En 1983 el gobierno de Estados Unidos reconoció la injusticia y pagó una indemnización limitada a los estadounidenses de origen japonés de aquella época que todavía vivían.

LA GUERRA EN EL NORTE DE ÁFRICA Y EN EUROPA

Poco después del ingreso de Estados Unidos a la guerra, este país, Gran Bretaña y la Unión Soviética (en guerra con Alemania desde el 22 de junio de 1941) decidieron que su esfuerzo militar principal se

debía concentrar en Europa.

En todo el año de 1942, las fuerzas británicas y alemanas libraron batallas sin solución a través de Libia y Egipto por el control del Canal de Suez. Sin embargo, fuerzas británicas comandadas por el general Sir Bernard Montgomery atacaron a los alemanes desde El Alamein el 23 de octubre. Equipados con mil tanques, muchos de ellos fabricados en Estados Unidos, derrotaron al ejército del general Erwin Rommel en una extenuante campaña de dos semanas. El 7 de noviembre, fuerzas armadas estadounidenses y británicas desembarcaron en el norte del África francesa. Atrapados entre fuerzas que avanzaban del este y el oeste, los alemanes tuvieron que retroceder y, después de una feroz resistencia, se rindieron en mayo de 1943.

El año 1942 fue también el momento decisivo para el Frente Oriental. La Unión Soviética, que había sufrido enormes pérdidas, contuvo la invasión nazi a las puertas de Leningrado y Moscú. En el invierno de 1942-43, el Ejército Rojo derrotó a los alemanes en Stalingrado (Volgogrado) e inició la larga ofensiva que habría de llevarlos hasta Berlín en 1945.

Fuerzas británicas y estadounidenses invadieron Sicilia en julio de 1943 y controlaron la isla en un mes. En esa época, Benito Mussolini cayó del poder en Italia. Sus sucesores iniciaron negociaciones con los aliados y se rindieron de inmediato a raíz de la invasión de la parte continental de Italia en septiembre. Sin embargo, el ejército alemán ya para entonces había asumido el control de la península. La lucha contra las fuerzas nazis en Italia fue cruel y prolongada. A medida que los Aliados avanzaban lentamente hacia el norte, construyeron aeropuertos a partir de los cuales hicieron devastadoras incursiones aéreas contra ferrocarriles, fábricas y emplazamientos de armas en el sur de Alemania y Europa central, e incluso contra las instalaciones de petróleo en Ploesti, Rumania.

Al cabo de muchos debates en torno a la estrategia, los Aliados decidieron abrir un frente a fines de 1943 para obligar a los alemanes a desviar un número mucho mayor de sus fuerzas de la Unión Soviética.

El general de EE.UU. Dwight D. Eisenhower fue nombrado comandante supremo de todas las fuerzas aliadas en Europa. El 6 de junio de 1944, después de enormes preparativos, los primeros contingentes de un ejército de invasión estadounidense, británico y

canadiense, protegidos por una fuerza aérea muy superior, desembarcaron en cinco playas de Normandía. Con la cabeza de playa establecida tras fuertes combates, llegaron más tropas e hicieron retroceder a los alemanes en una serie de sangrientas batallas. París fue liberado el 25 de agosto.

La ofensiva aliada se estancó en ese otoño y luego sufrió un revés en el este de Bélgica durante el invierno, pero en marzo estadounidenses y británicos ya habían cruzado el Rin y el avance de los rusos desde el este era irresistible. Alemania presentó su rendición incondicional el 7 de mayo.

LA GUERRA EN EL PACÍFICO

Las fuerzas de Estados Unidos tuvieron que rendirse en las Filipinas a principios de 1942, pero los norteamericanos lanzaron un ataque concentrado en los meses siguientes. El general James "Jimmy" Doolittle dirigió a los bombarderos del Ejército de EE.UU. en una incursión contra Tokio en abril, la cual tuvo poca importancia militar real, pero dio a los estadounidenses un enorme estímulo psicológico.

En mayo, en la Batalla del Mar de Coral — el primer combate naval de la historia en el que toda la lucha estuvo a cargo de aviones transportados en portaaviones —, una flota invasora naval japonesa enviada para atacar el sur de Nueva Guinea y Australia fue repelida por una fuerza de tarea estadounidense en reñido combate. Pocas semanas después, la Batalla naval de Midway, en el centro del Pacífico, fue la primera derrota importante de la armada japonesa, que perdió cuatro portaaviones. Midway acabó con el avance de Japón en el Pacífico central y fue el momento decisivo.

Otras batallas contribuyeron también al éxito de los Aliados. La batalla terrestre y marítima de seis meses por la isla de Guadalcanal (de agosto de 1942 a febrero de 1943) fue la primera victoria terrestre importante de Estados Unidos en el Pacífico. Durante casi los dos años siguientes, tropas estadounidenses y australianas se abrieron paso hacia el norte, desde el Pacífico sur y hacia el oeste desde el centro del Pacífico, para capturar las islas Solomon, las Gilbert, las Marshall y las Marianas en una serie de asaltos anfibios.

LA POLÍTICA DE LA GUERRA

Los esfuerzos militares de los Aliados se complementaron con una

serie de reuniones internacionales importantes para discutir los objetivos políticos de la guerra. En una conferencia anglo-estadounidense realizada en enero de 1943 en Casablanca, Marruecos, se decidió que no sería posible concertar la paz con el Eje y sus satélites en los Balcanes si no era en términos de una "rendición incondicional". La finalidad de ese requisito, exigido por Roosevelt, era tratar de garantizar a los pueblos de todas las naciones en conflicto que no se llevarían a cabo negociaciones de paz por separado con los representantes del fascismo o del nazismo y que los objetivos idealistas de la guerra no se verían comprometidos. Por supuesto, los propagandistas del Eje se basaron en esto para decir que los Aliados habían desatado una guerra de exterminio.

En noviembre de 1943, Roosevelt y Churchill se reunieron con el líder nacionalista chino Chiang Kai-shek en El Cairo para decidir qué condiciones se impondrían a Japón, entre ellas la renuncia a las conquistas de sus agresiones pretéritas. Poco después, en Teherán, Roosevelt, Churchill y el líder soviético Joseph Stalin concertaron acuerdos básicos sobre la ocupación de Alemania en la posguerra y el establecimiento de una nueva organización internacional: las Naciones Unidas.

En febrero de 1945, los tres líderes Aliados se reunieron de nuevo en Yalta (hoy en Ucrania), cuando la victoria ya parecía segura. Allí, en forma secreta, la Unión Soviética accedió a participar en la guerra contra Japón tres meses después de la rendición de Alemania. A cambio de eso, la URSS obtendría el control efectivo de Manchuria y recibiría también las islas Kuriles de Japón, además de la mitad meridional de la isla de Sakhalin. La frontera oriental de Polonia quedó demarcada en plan provisional por la línea Curzon de 1919, lo cual cedió a la URSS la mitad de su territorio de antes de la guerra. Las discusiones sobre las indemnizaciones que Alemania debía pagar — según lo exigía Stalin, con la oposición de Roosevelt y Churchill — quedaron inconclusas. Se concertaron acuerdos específicos para la ocupación de Alemania por los Aliados y para el juicio y castigo de los criminales de guerra. En Yalta se acordó también que las grandes potencias del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas propuesta debían tener derecho de veto en los asuntos que afectaran su seguridad.

A dos meses de su regreso de Yalta, Franklin D. Roosevelt murió a causa de una hemorragia cerebral cuando estaba de vacaciones en Georgia. Pocos personajes de la historia estadounidense han sido

honrados con un duelo tan profundo y la población del país sintió por un tiempo que había sufrido una pérdida irreparable. El vicepresidente Harry Truman, ex senador por Missouri, fue su sucesor.

LA GUERRA, LA VICTORIA Y LA BOMBA

Las batallas finales en el Pacífico figuraron entre las más sangrientas de la guerra. En junio de 1944, la Batalla del Mar de Filipinas destruyó en realidad la fuerza aérea naval de Japón y obligó a dimitir a Tojo, el primer ministro de ese país. El general Douglas MacArthur — que había salido con renuencia de las Filipinas dos años antes para no ser capturado por los japoneses — regresó a las islas en octubre. La Batalla del Golfo de Leyte, el mayor combate naval que haya existido, fue la derrota decisiva de la armada japonesa. En febrero de 1945, las fuerzas de Estados Unidos ya habían tomado Manila.

Entonces EE.UU. fijó la mirada en la estratégica isla de Iwo Jima, una de las islas Bonin, casi a medio camino entre las islas Marianas y Japón. Los japoneses, entrenados para morir peleando por el emperador, usaron en forma suicida las cavernas naturales y el terreno rocoso. Las fuerzas de EE.UU. tomaron la isla a mediados de marzo, pero la operación costó la vida de 6.000 de sus infantes de marina y de casi todos los defensores nipones. Entonces Estados Unidos lanzó extensivos ataques aéreos contra barcos y aeropuertos japoneses y una oleada tras otra de ataques con bombas incendiarias contra ciudades de Japón.

Los estadounidenses encontraron una resistencia aún más fiera en Okinawa (del 1 de abril al 21 de junio de 1945). Como pocos de los defensores se rendían, el ejército y la marina estadounidenses se vieron forzados a emprender una guerra de aniquilación. Una tras otra, las oleadas de aviones suicidas kamikazes atacaron a la flota aliada frente a la costa, causándole más daños que en el Golfo de Leyte. Japón perdió entre 90.000 y 100.000 soldados y murieron tal vez otros tantos civiles en Okinawa. Las pérdidas de EE.UU. fueron de más de 11.000 muertos y casi 34.000 heridos. La mayoría de los estadounidenses interpretaron esos combates como una visión anticipada de lo que habría ocurrido en una invasión planeada de Japón.

Los jefes de gobierno de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética se reunieron en Potsdam, un suburbio en las afueras de Berlín, del 17 de julio al 2 de agosto de 1945, para discutir las

operaciones contra Japón, la concertación de la paz en Europa y la política en torno al futuro de Alemania. Tal vez como presagio del próximo final de la alianza, no tuvieron problemas ni en temas vagos de principios ni en las cuestiones prácticas de una ocupación militar, pero no llegaron a acuerdo alguno en muchos asuntos tangibles como las indemnizaciones.

La víspera de la inauguración de la Conferencia de Potsdam, los científicos nucleares estadounidenses que trabajaban en secreto en el Proyecto Manhattan hicieron estallar una bomba atómica cerca de Alamogordo, Nuevo México. El ensayo fue la culminación de tres años de investigación intensiva en laboratorios diseminados por todo Estados Unidos. En la Declaración de Potsdam, emitida el 26 de julio, Estados Unidos y Gran Bretaña prometieron que si Japón se rendía no sería destruido ni esclavizado, pero si continuaba la guerra sería sometido a la "destrucción rápida y total". Pensando que la bomba atómica podría usarse para obtener una rendición más rápida de Japón, y con menos bajas que con una invasión del continente, el presidente Truman dispuso que la bomba sería lanzada si los japoneses no se rendían para el 3 de agosto.

El 6 de agosto un avión de EE.UU., el *Enola Gay*, arrojó una bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima. Una segunda bomba atómica fue lanzada el 9 de agosto, esta vez sobre Nagasaki. Las bombas destruyeron grandes secciones de ambas ciudades, con pérdidas masivas de vidas. El 8 de agosto, la URSS declaró la guerra al Japón y atacó a sus fuerzas en Manchuria. El 14 de agosto Japón accedió a las condiciones impuestas en Potsdam. La rendición formal de Japón tuvo lugar el 2 de septiembre de 1945. Los estadounidenses se sintieron aliviados al saber que la bomba apresuró el final de la guerra. Más tarde se llegaría a comprender a fondo cuáles son las implicaciones de la terrible destructividad de las armas nucleares.

Menos de un mes después, el 24 de octubre, las Naciones Unidas fueron instituidas a raíz de que los representantes de 50 países se reunieron en San Francisco, California. En la constitución que ellos redactaron se describía una organización mundial donde las diferencias entre las naciones podrían discutirse pacíficamente y la lucha contra el hambre y la enfermedad sería la causa común. En contraste con su rechazo a la afiliación de Estados Unidos a la Liga de las Naciones después de la Primera Guerra Mundial, el Senado de EE.UU. ratificó sin dilación la Carta de la ONU por votación de 89 contra 2. Con eso se confirmó que el espíritu del aislacionismo

había dejado de ser el rasgo dominante de la política exterior de este país.

Los juicios penales de los líderes nazis comenzaron en noviembre de 1945 en Nuremberg, Alemania, según lo dispuesto en Potsdam. Ante un grupo de distinguidos juristas de Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Estados Unidos, los nazis fueron acusados no sólo de planear y consumir una guerra de agresión, sino también de violar las leyes de la guerra y de la humanidad en el genocidio sistemático de judíos y otros pueblos de Europa conocido como el Holocausto. Los juicios se prolongaron más de 10 meses y todos los acusados, menos tres, fueron declarados culpables. Fueron juzgados 22 acusados y 12 de ellos fueron sentenciados a muerte. Otros juicios similares se llevarían a cabo contra los dirigentes japoneses de la guerra.

EL ASCENSO DE LOS SINDICATOS INDUSTRIALES

Si bien es cierto que los años de la década de 1920 fueron de relativa prosperidad en Estados Unidos, los trabajadores de industrias como la siderúrgica, la automotriz, la del caucho y la textil, se beneficiaron menos que en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las condiciones de trabajo en muchas de esas industrias sí mejoraron. En la década de 1920, algunas compañías empezaron a instituir el "capitalismo del bienestar" y para granjearse la lealtad de los trabajadores les ofrecieron pensiones, planes de participación en las ganancias, opción de compra de acciones y planes de salud. Sin embargo, el ambiente de trabajo en los talleres era a menudo ríspido y autoritario.

En los años 20, las industrias de producción en masa redoblaron sus esfuerzos para impedir el crecimiento de los sindicatos que habían tenido cierto éxito durante la Primera Guerra Mundial bajo la cúpula de la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL por sus siglas en inglés). Recurrieron a espías, gente armada para romper las huelgas y al cese de los trabajadores sospechosos de simpatizar con el sindicalismo. A los sindicatos independientes se les acusó a menudo de ser comunistas. Al mismo tiempo, muchas empresas formaron sus propias organizaciones sindicales sumisas, conocidas con frecuencia como "sindicatos de la compañía".

Tradicionalmente las legislaturas de los estados, de acuerdo con

la opinión de la clase media del país, apoyaron el concepto del "taller abierto" por el cual se impedía que un sindicato fuera el representante exclusivo de todos los trabajadores. Con esto a las empresas les resultó más fácil negar a los sindicatos el derecho a la negociación colectiva y contar con el apoyo de los tribunales para impedir la sindicalización.

Entre 1920 y 1929, el número de trabajadores sindicalizados en Estados Unidos cayó de unos cinco millones a tres y medio millones. El numeroso personal semicalificado o no calificado siguió estando desorganizado en las industrias.

La Gran Depresión trajo consigo un desempleo general. En 1933 había más de 12 millones de estadounidenses sin empleo. En la industria automotriz, por ejemplo, la fuerza de trabajo se redujo a la mitad entre 1929 y 1933. Al mismo tiempo los salarios perdieron dos tercios de su valor.

Sin embargo la elección de Franklin Roosevelt habría de cambiar para siempre la situación de los trabajadores industriales. El primer indicio de que a Roosevelt le interesaba el bienestar de los trabajadores fue que designó como su secretario del Trabajo a Frances Perkins, una destacada defensora del bienestar social. (Perkins fue también la primera mujer que ocupó un cargo con rango de gabinete.) Con la Ley Nacional para la Recuperación Industrial de largo alcance se intentó elevar el salario industrial, reducir las horas de la semana laboral y suprimir el trabajo infantil. Lo más importante fue que esa ley reconoció el derecho de los empleados "a organizarse y negociar colectivamente a través de representantes de su propia elección".

John L. Lewis, el aguerrido y elocuente jefe del Sindicato de Trabajadores de la Minería (UMW) entendió mejor que ningún otro líder sindical lo que el Nuevo Trato significaba para los trabajadores. Poniendo de relieve el apoyo de Roosevelt, Lewis organizó una importante campaña de sindicalización y logró elevar el número de miembros del UMW de 150.000 a más de 500.000 en menos de un año.

Lewis ansiaba que la AFL, de cuyo consejo ejecutivo era miembro, pusiera en marcha una campaña similar para las industrias de producción en masa. Sin embargo la AFL, con su enfoque histórico en los trabajadores más calificados, no estaba

dispuesta a acceder. Al cabo de una enconada pugna interna, Lewis y unos cuantos miembros se separaron de la AFL y fundaron el Comité de Organización Industrial (CIO) que más tarde sería el Congreso de Organizaciones Industriales. Con la aprobación de la Ley Nacional de Relaciones del Trabajo (NLRA) en 1935 y la actitud amistosa de la Junta Nacional de Relaciones de Trabajo, el poder y la autoridad del gobierno federal respaldaron a la CIO.

Sus primeros objetivos fueron la industria automotriz y la del acero, famosas por su oposición a los sindicatos. A fines de 1936 estalló una serie de paros espontáneos organizados por el incipiente Sindicato de Trabajadores de la Industria del Automóvil, bajo la dirección de Walter Reuther, en las plantas de General Motors en Cleveland, Ohio y en Flint, Michigan.

El gobernador de Michigan se negó a desalojar a los huelguistas porque los veía con simpatía y a principios de 1937 se encontró una solución. En septiembre de ese año, el Sindicato de Trabajadores de la Industria del Automóvil ya tenía contratos con 400 empresas de ese sector, con lo cual se garantizó a los trabajadores un salario mínimo de 75 centavos por hora y una semana laboral de 40 horas.

En sus primeros seis meses de vida, el Comité Organizador de los Trabajadores del Acero (SWOC), encabezado por el lugarteniente de Lewis, Philip Murray, logró reunir 125.000 miembros. La principal compañía siderúrgica estadounidense, la U.S. Steel, comprendió que los tiempos habían cambiado y llegó también a un acuerdo en 1937. Ese mismo año, la Corte Suprema reconoció la constitucionalidad de la NLRA. Más tarde otras firmas más pequeñas, que por tradición habían sido aún más hostiles a los sindicatos que las grandes corporaciones, claudicaron. Las demás industrias — las del caucho, el petróleo, la electrónica y los textiles — siguieron una a una su ejemplo.

El ascenso de las grandes organizaciones de trabajadores tuvo dos efectos importantes a largo plazo: se convirtió en el núcleo organizacional del Partido Demócrata nacional y obtuvo beneficios materiales para sus miembros, que casi llegaron a borrar las diferencias económicas entre la clase obrera y la clase media en Estados Unidos.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 12: Estados Unidos en la posguerra

"Debemos construir un nuevo mundo, un mundo mucho mejor... un mundo donde la dignidad eterna del hombre sea respetada".

-- Presidente *Harry S Truman*, 1945

CONSENSO Y CAMBIO

Estados Unidos dominó los asuntos internacionales en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial. Tras la victoria en la gran contienda y al ver que su patria se había librado de la devastación de la guerra, los estadounidenses se sentían

confiados de su misión, tanto en el ámbito nacional como en el exterior. Los líderes del país deseaban preservar la estructura democrática que habían defendido a tan enorme costo y querían compartir los beneficios de la prosperidad lo más ampliamente posible. Para ellos, igual que para el editor de la revista *Time*, Henry Luce, aquel era "el siglo de Estados Unidos".

Durante 20 años, la mayoría de los estadounidenses se sintieron seguros de ese enfoque basado en la confianza; aceptaron la necesidad de asumir una posición fuerte contra la Unión Soviética en la Guerra Fría que se desarrolló a partir de 1945. Apoyaron el crecimiento de la autoridad del gobierno y aceptaron las líneas generales del rudimentario estado benefactor formuladas por vez primera en el Nuevo Trato. Disfrutaban una prosperidad de posguerra que creó nuevos niveles de riqueza.

Sin embargo, poco a poco algunos empezaron a cuestionar los supuestos predominantes. Las impugnaciones surgidas en diversos frentes destruyeron el consenso. En la década de 1950, los afro-estadounidenses iniciaron una cruzada, a la que más



Día de mudanza en una comunidad suburbana recién inaugurada en 1953. (J.R Eyerman/Time Life Pictures/Getty Images)

tarde se unirían otros grupos minoritarios y las mujeres, para gozar de una porción mayor del sueño estadounidense. En los años 60, los estudiantes políticamente activos protestaron por el papel del país en el exterior, sobre todo en la corrosiva guerra de Vietnam. Surgió una contracultura juvenil que impugnó el statu quo. Los más diversos sectores de la población deseaban crear un nuevo equilibrio social y político en Estados Unidos.

LOS OBJETIVOS DE LA GUERRA FRÍA

La Guerra Fría fue la cuestión política y diplomática más importante en los primeros años de la posguerra. Surgió de los viejos desacuerdos entre la Unión Soviética y Estados Unidos que se desarrollaron después de la Revolución Rusa de 1917. El Partido Comunista soviético bajo el mando de V. I. Lenin se vio a sí mismo como la punta de lanza de un movimiento internacional que habría de sustituir a las clases de orden político vigentes en Occidente y, de hecho, en todo el mundo. En 1918, tropas estadounidenses participaron en la intervención de los Aliados en Rusia a favor de las fuerzas antibolcheviques. Estados Unidos no concedió reconocimiento diplomático al régimen bolchevique sino hasta 1933 y aun entonces persistía la suspicacia. Sin embargo los dos países lucharon como aliados en la Segunda Guerra Mundial y pasaron por alto sus diferencias para encarar el peligro nazi.

Cuando la guerra terminó, el antagonismo volvió a aflorar. Estados Unidos esperaba compartir con otras naciones sus ideas de libertad, igualdad y democracia. También trató de aprender de los errores percibidos en la era posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando se creyó que el alejamiento político y el proteccionismo económico de Estados Unidos contribuyeron a la irrupción de dictaduras en Europa y otros lugares. Al encarar de nuevo un mundo de posguerra con guerras civiles e imperios que se desintegraban, este país esperaba aportar la estabilidad necesaria para hacer posible la reconstrucción pacífica. Recordando el espectro de la Gran Depresión (1929-1940), Estados Unidos defendía ahora el libre comercio por dos razones: crear mercados para sus productos agrícolas e industriales y garantizar la capacidad de las naciones del oeste europeo para exportar como un medio para reconstruir sus economías. Los estadounidenses forjadores de políticas creían que la reducción de las barreras al comercio fomentaría el crecimiento económico interno y en el exterior y fortalecería a los amigos y aliados de su

país.

La Unión Soviética tenía su propia agenda. La tradición histórica rusa de gobiernos centralizados y autocráticos contrastaba con el énfasis estadounidense en la democracia. La ideología marxista-leninista se moderó durante la guerra, pero seguía guiando la política soviética. Devastada por una lucha en la que murieron 20 millones de sus ciudadanos, la Unión Soviética estaba decidida a reconstruirse y protegerse de otro conflicto igualmente terrible. A los soviéticos les inquietaba sobre todo la perspectiva de que su territorio fuera invadido otra vez desde el oeste. Habiendo repelido los embates de Hitler, estaban decididos a evitar otro ataque de esa índole. Exigían fronteras "defendibles" y gobiernos "amistosos" en el este de Europa y al parecer asociaron ambas cosas con la propagación del comunismo, a despecho de los deseos de las poblaciones nativas. En cambio Estados Unidos había declarado que el restablecimiento de la independencia y el autogobierno en Polonia, Checoslovaquia y los demás países del centro y el este de Europa era uno de sus objetivos en la guerra.

EL LIDERAZGO DE HARRY TRUMAN

Harry S. Truman fue el sucesor de Franklin D. Roosevelt en la presidencia antes que terminara la guerra. Siendo un hombre sin pretensiones que primero fue senador demócrata por Missouri y después vicepresidente, no se sintió al principio bien preparado para gobernar. Como Roosevelt no comentaba con él las complejas cuestiones de la posguerra, Truman tenía poca experiencia en asuntos internacionales. "No soy lo bastante grande para este trabajo", le dijo una vez a un ex colega.

A pesar de todo, Truman respondió sin dilación a los nuevos retos. Impulsivo a veces en asuntos menores, demostró estar dispuesto a tomar decisiones difíciles y bien meditadas sobre asuntos de mayor importancia. En su escritorio de la Casa Blanca tenía un pequeño letrero que decía: "Aquí es donde para la pelota". Sus juicios sobre el modo de responder a la Unión Soviética determinaron a fin de cuentas la situación en los albores de la Guerra Fría.

ORIGEN DE LA GUERRA FRÍA

La Guerra Fría se desarrolló cuando las diferencias de opinión sobre cómo debía ser el mundo de posguerra dieron lugar a suspicacias y desconfianza entre Estados Unidos y la Unión

Soviética. El primero y el más difícil de los casos de prueba fue Polonia, cuya mitad oriental había sido invadida y ocupada por la URSS en 1939. Moscú exigía un gobierno sometido a su influencia y Washington quería instaurar allí un gobierno más independiente y representativo, de acuerdo con el modelo occidental. En febrero de 1945, la Conferencia de Yalta había producido un acuerdo de amplio alcance acerca de Europa oriental que se prestaba a distintas interpretaciones. En él se incluía la promesa de realizar elecciones "libres y sin restricciones" en Polonia.

Menos de tres semanas después de haber asumido la presidencia, en una reunión con el ministro soviético de asuntos externos Vyacheslav Molotov, Truman se mantuvo firme en defensa de la autodeterminación de Polonia, y sermoneó al diplomático soviético sobre la necesidad de poner en vigor los acuerdos de Yalta. Cuando Molotov replicó: "Nunca en mi vida me habían hablado así", Truman le respondió: "Cumpla usted sus acuerdos y nadie le hablará en esta forma". Las relaciones se deterioraron a partir de ese momento.

En los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, fuerzas militares de la URSS ocuparon todo el centro y el este de Europa. Moscú usó su poder militar para apoyar los esfuerzos de los partidos comunistas de Europa oriental y aplastar a los partidos democráticos. Los comunistas se apoderaron de uno a uno de los países. El proceso culminó con un golpe de estado perpetrado en Checoslovaquia en 1948.

"Desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático", dijo Churchill, "una cortina de hierro ha descendido a través del continente". Gran Bretaña y Estados Unidos, declaró, tendrían que trabajar juntos para contener la amenaza soviética.

LA CONTENCIÓN

La política estadounidense en los años de posguerra consistió en contener a la Unión Soviética. George Kennan, un alto funcionario de la embajada de Estados Unidos en Moscú, definió ese nuevo enfoque en un largo telegrama que envió al Departamento de Estado en 1946. Él mismo amplió su análisis en un artículo publicado con la firma "X" en el prestigioso periódico *Foreign Affairs*. En una alusión al tradicional sentimiento de inseguridad de Rusia, Kennan dijo que la Unión Soviética no suavizaría su posición por ningún concepto. Escribió que Moscú estaba "comprometido en forma fanática con la idea de que no era

posible tener un modus vivendi permanente con EE.UU. y que era deseable y necesario perturbar la armonía interna de nuestra sociedad". La presión de Moscú para expandir su poder tendría que ser neutralizada con una "labor firme y vigilante para contener la tendencia expansionista de Rusia...".

La doctrina de la contención se aplicó por vez primera de modo significativo en el Oriente Medio y en el este del Mediterráneo. A principios de 1946, Estados Unidos exigió y obtuvo el retiro total de los soviéticos de Irán, cuya mitad septentrional había sido ocupada por ellos durante la guerra. En ese verano, EE.UU. tuvo el acierto de apoyar a Turquía contra las demandas soviéticas de controlar los estrechos turcos entre el Mar Negro y el Mediterráneo. A principios de 1947, la política estadounidense cristalizó cuando los británicos informaron que ya no podrían seguir apoyando al gobierno de Grecia contra una insurgencia comunista poderosa.

En un enérgico discurso en el Congreso, Truman dijo: "Creo que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que se resisten a ser subyugados por minorías armadas o por presiones del exterior". Los periodistas no tardaron en llamar a esa declaración la Doctrina Truman. El presidente solicitó al Congreso 400 millones de dólares en ayuda económica y militar, sobre todo para Grecia, pero también para Turquía. Después de un emotivo debate que hizo recordar al de los intervencionistas y los aislacionistas antes de la Segunda Guerra Mundial, esa suma le fue concedida.

Los detractores de izquierdas acusaron después a Truman de haber exagerado la amenaza soviética para Estados Unidos con tal de lograr que sus compatriotas apoyaran la política de contención. A su vez, esta declaración provocó una oleada de histeria anticomunista en todo el país. Tal vez así fue. Sin embargo otros rebatirían este argumento diciendo que en él se pasa por alto la reacción que probablemente se habría producido si Grecia, Turquía y otros países hubieran caído en la órbita soviética sin oposición alguna de Estados Unidos.

La contención requirió también una copiosa ayuda económica para ayudar a la recuperación del oeste de Europa devastado por la guerra. Ante la inestabilidad económica y política que privaba en muchos de los países de la región, Estados Unidos temía que los partidos comunistas locales, dirigidos por Moscú, capitalizaran su prestigio por la resistencia que opusieron a los nazis en la guerra

y accedieran al poder. El secretario de Estado, George C. Marshall, declaró: "El paciente se consume mientras los médicos deliberan". A mediados de 1947, Marshall invitó a los atribulados países de Europa a elaborar un programa "que no iría dirigido contra ningún país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos".

Los soviéticos participaron en la primera reunión de planificación, pero después se retiraron para no compartir sus datos económicos ni someter al control de Occidente los egresos destinados a la ayuda. Los 16 países restantes elaboraron una petición de fondos que arrojó la cifra final de 17.000 millones de dólares para un periodo de cuatro años. A principios de 1948 el Congreso aprobó por votación que se financiara el "Plan Marshall" para ayudar a la recuperación económica de Europa occidental, lo cual se considera en general como una de las iniciativas de política exterior más exitosas en la historia de Estados Unidos.

La Alemania de posguerra era un problema especial. Fue dividida en zonas de ocupación estadounidense, soviética, británica y francesa, y la propia ex capital del país, Berlín (dividida a su vez en cuatro zonas), quedó cerca del centro de la zona soviética. Cuando las potencias de Occidente anunciaron su intención de crear un estado federal consolidado a partir de sus respectivas zonas, Stalin reaccionó. El 24 de junio de 1948, fuerzas soviéticas bloquearon Berlín, interrumpiendo todas las vías de acceso, por carretera y ferrocarril, desde Occidente.

Los líderes estadounidenses temían que la pérdida de Berlín fuera el prelude de la pérdida de Alemania y, más tarde, de toda Europa. Por lo tanto, en una exitosa demostración de la firmeza de Occidente que se llegó a conocer como "El Puente Aéreo de Berlín", la aviación de los Aliados alzó el vuelo para llevar provisiones a esa ciudad. Aviones de EE.UU., Francia y Gran Bretaña transportaron casi 2.250.000 toneladas de productos, entre ellos alimentos y carbón. Stalin levantó el bloqueo al cabo de 231 días y de 277.264 vuelos.

Para entonces, la dominación soviética en Europa oriental y sobre todo el golpe de estado en Checoslovaquia alarmó a los europeos occidentales. El resultado, propuesto por los europeos, fue una alianza militar como complemento de las medidas económicas de contención. El historiador noruego Geir Lundestad ha llamado a esto "el imperio por invitación". En 1949 EE.UU. y otros 11 países fundaron la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Un ataque a cualquiera de sus miembros se interpretaría como una agresión contra todos y se le haría frente con la fuerza adecuada. La OTAN fue la primera "alianza vinculatoria" en tiempo de paz con potencias fuera del hemisferio occidental en la historia de Estados Unidos.

Al año siguiente este país definió con claridad sus objetivos de defensa. El Consejo Nacional de Seguridad (CNS) — el foro donde el presidente, los funcionarios del gabinete y otros miembros de la rama ejecutiva estudian los problemas de seguridad nacional y de asuntos exteriores — emprendió una revisión a fondo de la política exterior y de defensa del país. El documento resultante, conocido como el NSC-68, marcó un nuevo rumbo en la política de seguridad estadounidense. A partir del supuesto de que "la Unión Soviética estaba empeñada en un esfuerzo fanático por controlar a todos los gobiernos siempre que fuera posible", el documento comprometió a EE.UU. a ayudar a los países aliados que parecieran estar amenazados por la agresión soviética en cualquier lugar del mundo. Después del inicio de la Guerra de Corea, Truman aprobó el documento con renuencia. Estados Unidos se aprestó a incrementar sus gastos de defensa en forma notable.

LA GUERRA FRÍA EN ASIA Y EL MEDIO ORIENTE

Al tiempo que trataba de impedir que la ideología comunista ganara más adeptos en Europa, Estados Unidos respondió también a desafíos en otros lugares. En China, a los estadounidenses les preocupaban los progresos de Mao Zedong y su Partido Comunista. En la Segunda Guerra Mundial, el gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek se enfrascó en una guerra civil contra las fuerzas comunistas y, a la vez, combatía a los japoneses. "Chiang había sido un aliado durante la guerra, pero su gobierno no tenía esperanza por ineficiente y corrupto. Los creadores de políticas estadounidenses tenían pocas esperanzas de salvar ese régimen y consideraron que Europa era mucho más importante." Mientras la mayor parte de la ayuda estadounidense iba al otro lado del Atlántico, las fuerzas de Mao tomaron el poder en 1949. El gobierno de Chiang huyó a la isla de Taiwán. Cuando el nuevo gobernante de China anunció que apoyaría a la Unión Soviética contra el "imperialista" Estados Unidos, eso pareció indicar que el comunismo se estaba propagando sin el menor control, al menos en Asia.

The Korean War brought armed conflict between the United States

and China. The United States and the Soviet Union had divided Korea along the 38th parallel after liberating it from Japan at the end of World War II. Originally a matter of military convenience, the dividing line became more rigid as both major powers set up governments in their respective occupation zones and continued to support them even after departing.

En junio de 1950, después de consultarlo con la Unión Soviética y obtener su aprobación, el dirigente de Corea del Norte Kim Il-sung envió a su ejército pertrechado por los soviéticos a través del paralelo 38 y atacó al sur, neutralizando a Seúl. Al darse cuenta de que los norcoreanos eran peones de la URSS en la lucha por el mundo, Truman envió a Corea a las fuerzas armadas de EE.UU., comandadas por el héroe de la Segunda Guerra Mundial, general Douglas MacArthur. Entre tanto, Washington logró que la ONU expidiera una resolución en la que se señalaba a Corea del Norte como el agresor. (La Unión Soviética, que habría podido vetar la decisión si hubiera ocupado su escaño en el Consejo de Seguridad, se había retirado para boicotear a las Naciones Unidas en protesta porque ésta no admitió en sus filas al nuevo régimen de Mao en China.)

La guerra fue un continuo vaivén. Las fuerzas estadounidenses y coreanas fueron repelidas al principio hasta un enclave muy al sur, en torno de la ciudad de Pusan. Un audaz desembarco anfibio en Inchon, el puerto para la ciudad de Seúl, obligó a los norcoreanos a retroceder y amenazó con ocupar toda la península. En noviembre, China se incorporó a la guerra y envió enormes masas de combatientes a través del río Yalu. Las fuerzas de la ONU, en gran parte estadounidenses, retrocedieron una vez más en la cruenta lucha. Bajo el mando del general Matthew B. Ridgway, contuvieron la excesiva expansión de los chinos y poco a poco se abrieron paso de nuevo hasta el paralelo 38.

Lo que estaba en juego en la Guerra Fría era valioso. Consciente de la prioridad europea, el gobierno de Estados Unidos decidió no enviar más tropas a Corea y se dispuso a concertar un acuerdo para restituir el statu quo anterior a la guerra. El resultado fue la frustración de muchos estadounidenses que no acertaban a entender la necesidad de tanta moderación. La popularidad de Truman se desplomó a un índice de aprobación de sólo 24%, el más bajo obtenido hasta entonces por un presidente desde que se empezaron a hacer encuestas para calcular la popularidad del mismo. Las conversaciones para concertar la tregua empezaron

en julio de 1951. Los dos bandos llegaron por fin a un acuerdo en julio de 1953, en el primer periodo presidencial de Dwight Eisenhower, el sucesor de Truman.

La lucha de la Guerra Fría se produjo también en el Medio Oriente. La importancia estratégica de la región como proveedora de petróleo, había aportado gran parte del impulso para expulsar de Irán a los soviéticos en 1946. Pero al cabo de dos años, 15 minutos después de que Israel fue proclamado como nuevo estado, Estados Unidos lo reconoció oficialmente (esa decisión de Truman fue recibida con mucha resistencia por Marshall y por el Departamento de Estado). El resultado de esto fue un prolongado dilema: cómo mantener nexos con Israel y conservar buenas relaciones con los estados árabes, enconadamente contrarios a Israel (y ricos en petróleo).

EISENHOWER Y LA GUERRA FRÍA

En 1953, Dwight D. Eisenhower se convirtió en el primer presidente republicano en 20 años. Más un héroe de la guerra que un político de carrera, él tenía un dejo de naturalidad y sencillez que lo hizo muy popular. "I Like Ike" ("Me gusta Ike") fue la consigna de su campaña en ese tiempo. Después de haber sido comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa occidental en la Segunda Guerra Mundial, Eisenhower fue jefe del estado mayor del ejército, rector de la Universidad Columbia y jefe militar de la OTAN antes de aspirar a la candidatura presidencial por el Partido Republicano. Con su habilidad para lograr que la gente trabajara en equipo, actuó como un vigoroso portavoz del público y como un director ejecutivo un tanto distante de los detalles propios de la creación de política.

A pesar de algunos desacuerdos en cuanto a detalles, él tenía en esencia la misma opinión que Truman sobre la política exterior del país. También él veía al comunismo como una fuerza monolítica que pugnaba por la supremacía mundial.

El nuevo presidente y su secretario de Estado, John Foster Dulles, afirmaron que la contención no bastaba para frenar la expansión soviética. A su juicio, se requería una política de liberación más agresiva a favor de los que estaban sojuzgados por el comunismo. Sin embargo, cuando estalló una rebelión democrática en Hungría en 1956, Estados Unidos se mantuvo retraído mientras las fuerzas soviéticas la sofocaban.

Eisenhower seguía firme en su compromiso básico de contener al comunismo, para lo cual dio mayor importancia a un escudo nuclear para proteger al país. Estados Unidos creó las primeras bombas atómicas. En 1950 Truman autorizó el desarrollo de la nueva y más potente bomba de hidrógeno. Eisenhower, temiendo que los gastos de defensa se salieran de control, revirtió la política NSC-68 de Truman basada en una gran acumulación militar de tipo convencional. Tomando como base lo que Dulles llamó "represalias masivas", el gobierno manifestó que estaría dispuesto a usar armas atómicas si la nación o sus intereses vitales fueran atacados.

Sin embargo, en la práctica, la opción nuclear sólo podía usarse ante un ataque extremadamente crítico. Las amenazas comunistas reales fueron periféricas en general. Eisenhower se opuso al uso de armas nucleares en Indochina cuando los franceses fueron expulsados por las fuerzas comunistas vietnamitas en 1954. Fuerzas británicas y franceses atacaron Egipto en 1956, cuando ese país nacionalizó el Canal de Suez e Israel invadió el Sinaí egipcio. El presidente ejerció una intensa presión sobre los tres países para que se retiraran. Sin embargo, es posible que la China comunista haya tomado en serio la amenaza nuclear ya que no sólo se abstuvo de atacar Taiwán, sino también de ocupar algunas islas pequeñas que estaban en manos de los chinos nacionalistas muy cerca del continente. Es posible que eso haya disuadido a los soviéticos de ocupar Berlín, tema que volvió a surgir como un problema lacerante en los dos últimos años de Eisenhower en el cargo.

LA GUERRA FRÍA EN EL ÁMBITO NACIONAL

La Guerra Fría no sólo configuró la política exterior de Estados Unidos, sino también tuvo un profundo efecto en los asuntos internos. Por largo tiempo los estadounidenses habían temido una subversión radical. A veces esos temores fueron quizá exagerados y se usaron como pretexto para justificar restricciones políticas que en otras condiciones habrían sido inaceptables, pero también es cierto que algunos individuos sometidos a la disciplina del Partido Comunista y muchos de sus parásitos simpatizantes no entregaron su lealtad política a Estados Unidos sino al movimiento comunista internacional o, en términos prácticos, a Moscú. En la época del "espantajo rojo" de 1919 y 1920, el gobierno trató de suprimir las amenazas que la sociedad del país percibía a ese respecto. Después de la Segunda Guerra Mundial redobló sus

esfuerzos contra el comunismo en Estados Unidos. Los eventos del exterior, los escándalos en torno al espionaje y la política crearon una histeria anticomunista.

Cuando los republicanos triunfaron en las elecciones de medio periodo para el Congreso en 1946 y se mostraron dispuestos a investigar las actividades subversivas, el presidente Truman instituyó un Programa de Lealtad de los Empleados Federales. Eso produjo poco impacto en la vida de la mayoría de los funcionarios civiles, pero varios cientos de ellos fueron destituidos, algunos en forma injusta.

En 1947, el Comité de la Cámara sobre Actividades Antinorteamericanas investigó a la industria cinematográfica para determinar si los filmes populares reflejaban sentimientos comunistas. Cuando algunos escritores (que resultaron ser miembros secretos del Partido Comunista) se negaron a rendir testimonio, fueron obligados a comparecer bajo cargos de desacato y luego enviados a la cárcel. A raíz de eso, las compañías cinematográficas se negaron a contratar a la gente cuyo pasado pudiera ser cuestionable.

En 1948, Alger Hiss, que había sido subsecretario de Estado y consejero de Roosevelt en Yalta, fue acusado públicamente de ser un espía comunista por el ex agente soviético Whittaker Chambers. Hiss negó la acusación, pero en 1950 fue condenado por perjurio. Más tarde surgieron pruebas de que sí era culpable.

En 1949 la Unión Soviética estremeció a los estadounidenses con el ensayo de su propia bomba atómica. En 1950, el gobierno descubrió una red de espionaje británico-estadounidense que transfería a la Unión Soviética materiales sobre el desarrollo de la bomba atómica. Dos de sus operativos, Julius Rosenberg y su esposa Ethel, fueron sentenciados a muerte. El ministro de justicia J. Howard McGrath declaró que había muchos comunistas estadounidenses y que cada uno de ellos portaba "el germen de la muerte para la sociedad".

El luchador más denodado contra el comunismo fue el senador Joseph R. McCarthy, un republicano de Wisconsin. Él atrajo la atención del país en 1950 cuando dijo que tenía una lista de 205 comunistas conocidos que trabajaban en el Departamento de Estado. Aunque más tarde modificó la cifra en varias ocasiones y no pudo comprobar ninguna de sus acusaciones, tocó una cuerda sensible del público.

McCarthy adquirió poder en 1952, cuando el Partido Republicano obtuvo el control del Senado. Como presidente de un comité tuvo al fin un foro para su propia cruzada. Por medio de una amplia cobertura de prensa y televisión siguió buscando casos de traición entre los funcionarios de segundo nivel en el gobierno de Eisenhower. Disfrutando su papel de hombre duro que realizaba el trabajo sucio, pero indispensable, McCarthy persiguió a los supuestos comunistas con gran vigor.

McCarthy se extralimitó al desafiar al Ejército de EE.UU. cuando uno de sus ayudantes fue reclutado. La televisión llevó las audiencias a millones de hogares. Entonces muchos estadounidenses vieron por primera vez las tácticas salvajes de McCarthy y el apoyo del público se empezó a esfumar. El Partido Republicano, que había considerado útil a McCarthy para impugnar a un gobierno demócrata cuando Truman fue presidente, empezó a verlo ahora como motivo de vergüenza. Al final, el Senado lo condenó por su conducta.

En muchos aspectos, McCarthy encarnó los peores excesos de la Guerra Fría en el país. Cuando los estadounidenses lo rechazaron, a muchos les pareció natural suponer que la amenaza comunista en el país y en el exterior había sido burdamente exagerada. Cuando el país se acercaba a la década de 1960, el anticomunismo llegó a ser cada día más sospechoso, sobre todo entre los intelectuales y los forjadores de opinión.

LA ECONOMÍA DE POSGUERRA: 1945-1960

En los tres lustros posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos logró un crecimiento económico asombroso y consolidó su posición como la nación más rica del mundo. El producto nacional bruto (PNB), una medida del total de bienes y servicios producidos en un país, aumentó en el país de unos 200.000 millones de dólares en 1940 a 300.000 millones en 1950 y a más de 500.000 millones en 1960. Cada día era mayor el número de estadounidenses que se consideraban parte de la clase media.

El crecimiento tuvo distintas fuentes: el estímulo económico debido a los gastos públicos en gran escala para la Segunda Guerra Mundial ayudó a ponerlo en marcha y dos necesidades básicas de la clase media ayudaron mucho a mantenerlo en movimiento. El número de automóviles fabricados al año se cuadruplicó entre 1946 y 1955. El auge de la construcción de

viviendas, alentado en parte por las facilidades concedidas a los ex combatientes para la obtención de hipotecas, fomentó la expansión. El aumento de los gastos de defensa hizo también su aportación a este respecto cuando la Guerra Fría se recrudeció.

A partir de 1945, las mayores corporaciones de Estados Unidos crecieron aún más. Ya había habido oleadas de fusiones en las décadas de 1890 y 1920, y se produjo una oleada más en la de 1950. Las operaciones a base de franquicias, como los restaurantes McDonald's de comida rápida, permitieron que los pequeños emprendedores se convirtieran en parte integral de empresas grandes y eficientes. También las grandes corporaciones del país abrieron plantas en el extranjero, donde a menudo la fuerza de trabajo era más barata.

Los bienes se producían con menos mano de obra y aumentaba el número de trabajadores en el sector servicios. Ya en 1956 la mayoría de los empleados realizaban tareas de cuello blanco, ya sea como gerentes, maestros, vendedores o empleados de oficina. Algunas firmas garantizaban un salario anual, contratos de empleo a largo plazo y otras prestaciones. Con esos cambios, la militancia sindical se debilitó y algunas diferencias de clase se empezaron a desvanecer.

Los granjeros — por lo menos los que tenían operaciones pequeñas — vivían una época difícil. El aumento de productividad dio lugar a la consolidación agrícola y la agricultura se convirtió en una gran empresa. Un creciente número de familias de agricultores abandonó la tierra.

También otros estadounidenses mudaron de residencia. Las regiones del oeste y el suroeste crecieron cada vez más de prisa y esa tendencia continuó hasta el final del siglo. Las ciudades de la Franja del Sol, como Houston, Texas; Miami, Florida; Albuquerque, Nuevo México; y Phoenix, Arizona, se expandieron de prisa. Los Ángeles, California le ganó la delantera a Filadelfia, Pennsylvania, como la tercera ciudad más grande de EE.UU. y luego sobrepasó a Chicago, la metrópoli del medio oeste. El censo de 1970 demostró que California había desplazado a Nueva York como el estado más grande de la nación. En el 2000, Texas ya se había adelantado a Nueva York y ocupaba el segundo lugar.

Un movimiento demográfico aún más importante hizo que los estadounidenses emigraran del centro de las ciudades a nuevos suburbios donde las familias más numerosas, surgidas en la

posguerra a raíz del auge de nacimientos, esperaban hallar vivienda a precio accesible. Urbanistas como William J. Levitt construyeron nuevas comunidades — donde todas las casas tenían el mismo aspecto — con las técnicas de la producción en masa. Las casas de Levitt eran prefabricadas — parte del montaje se hacía en la fábrica y no en su ubicación definitiva — y modestas, pero los métodos de Levitt abatieron los costos y permitieron que nuevos propietarios se adueñaran de una parte del sueño norteamericano.

Cuando los suburbios crecieron, las empresas se mudaron a las nuevas áreas. Grandes centros comerciales que reunían una gran variedad de tiendas cambiaron los hábitos de consumo y su número aumentó, de ocho al final de la Segunda Guerra Mundial a 3.840 en 1960. Con cómodos estacionamientos y horarios vespertinos accesibles, esas instalaciones permitían que sus clientes nunca tuvieran que ir de compras al centro de la ciudad. Una consecuencia infortunada de esto fue el "abandono" del centro de las ciudades donde antes había tanta actividad.

Nuevas autopistas brindaron mejor acceso a los suburbios y sus tiendas. La Ley de Carreteras de 1956 dispuso la asignación de 26.000 millones de dólares, la más cuantiosa destinada al rubro de obras públicas en la historia de EE.UU., para construir más de 64.000 kilómetros de carreteras interestatales de acceso limitado y comunicar entre sí a todas las regiones del país.

La televisión tuvo también un impacto poderoso sobre las pautas sociales y económicas. En 1960, tres cuartas partes de las familias del país tenían por lo menos un televisor. A mediados de la década, la familia promedio dedicaba cuatro o cinco horas al día a mirar la televisión. Dos programas populares para niños fueron *Howdy Doody Time* y *The Mickey Mouse Club*; los espectadores de más edad preferían comedias de situaciones como *I Love Lucy* (*Yo quiero a Lucy*) y *Father Knows Best* (*Papá lo sabe todo*). Los estadounidenses de todas las edades quedaron expuestos a una publicidad cada día más sofisticada, la cual les mostraba productos que, según se les decía, eran necesarios para la buena vida.

EL TRATO JUSTO

El programa nacional de Harry Truman recibió el nombre de "El Trato Justo". Abundando en la idea del Nuevo Trato de Roosevelt, Truman consideró que el gobierno federal debía garantizar las

oportunidades económicas y la estabilidad social, y luchó para alcanzar esos fines contra la feroz oposición política de legisladores conservadores que estaban decididos a reducir el papel del gobierno.

La primera prioridad de Truman en el periodo inicial de la posguerra consistió en lograr la transición a una economía de tiempo de paz. Los soldados tenían prisa por volver a su hogar, pero en cuanto lo hacían se enfrentaban a la competencia por la vivienda y el empleo. La Ley de Conscriptos, aprobada antes del final de la guerra, ayudó a facilitar la reintegración de éstos a la vida civil, pues les brindó diversos beneficios, como préstamos con garantía para la compra de viviendas y ayuda financiera para su capacitación industrial y educación universitaria.

El descontento laboral era más inquietante. Cuando cesó la producción para la guerra, muchos trabajadores perdieron su empleo y otros exigieron aumentos de salario que, a su juicio, se les debían desde mucho tiempo atrás. En 1946 se declararon en huelga 4,6 millones de trabajadores, más que nunca antes en la historia de Estados Unidos. Ellos desafiaron a las industrias del automóvil, el acero y la electricidad. Cuando se lanzaron contra los ferrocarriles y las minas de carbón bituminoso, Truman intervino para poner coto a los excesos sindicales, pero con eso se distanció de muchos trabajadores.

Al atender los problemas inmediatos apremiantes, Truman propuso también una agenda de acción más amplia. Menos de una semana después del final de la guerra, presentó al Congreso un programa de 21 puntos que impartía protección contra las prácticas injustas en materia de empleos, un salario mínimo más alto, mayores pagos por desempleo y asistencia para la vivienda. En los meses siguientes agregó propuestas para un seguro de salud y legislación sobre la energía atómica. Sin embargo, ese enfoque tan disperso hizo que las prioridades de Truman parecieran a menudo poco claras.

Los republicanos se apresuraron a atacar; en las elecciones del Congreso en 1946, preguntaron: "¿Creen que ya fue suficiente?" y los votantes respondieron que sí. Al contar con mayoría en ambas cámaras del Congreso por primera vez desde 1928, los republicanos estaban decididos a invertir el rumbo liberal de los años de Roosevelt.

Truman luchó contra el Congreso cuando éste redujo los gastos y

los impuestos. En 1948 aspiró a la reelección, aun cuando las encuestas mostraban que tenía pocas posibilidades. Después de una vigorosa campaña, Truman dio una de las sorpresas más grandes en la política de este país al vencer al candidato republicano, Thomas Dewey, el gobernador de Nueva York. Truman revivió la antigua coalición del Nuevo Trato y ganó el apoyo de los votantes obreros, agricultores y afro-estadounidenses.

Cuando Truman dejó por fin el cargo en 1953, su programa del Trato Justo tenía un éxito ambiguo. En julio de 1948 prohibió la discriminación racial en la contratación de empleados del gobierno federal y ordenó que se pusiera fin a la segregación en las fuerzas militares. El salario mínimo se elevó y los planes de seguridad social se ampliaron. Un programa de vivienda tuvo algunos aciertos, pero no logró satisfacer muchas necesidades. Las medidas para un seguro nacional de salud y el plan de ayuda a la educación no fueron aprobadas por el Congreso. La preocupación del presidente por la Guerra Fría, que a fin de cuentas era su objetivo más importante, hizo que le fuera especialmente difícil obtener apoyo para la reforma social frente a una intensa oposición.

EL ENFOQUE DE EISENHOWER

Cuando Dwight Eisenhower sucedió a Truman como presidente, aceptó el marco básico de responsabilidad del gobierno establecido en el Nuevo Trato, pero trató de poner límites a los programas y los gastos. Él describió su enfoque como "conservadurismo dinámico" o "republicanismo moderno" y explicó que eso significaba ser "conservador en lo que toca al dinero, pero liberal cuando se trata de seres humanos". Según la crítica de un opositor, Eisenhower parecía decir que "recomendaba con entusiasmo la construcción de muchas más escuelas... pero no proveía dinero para hacerlo".

La mayor prioridad de Eisenhower consistió en equilibrar el presupuesto después de varios años de déficit. Se proponía recortar los gastos y los impuestos, y mantener el valor del dólar. Los republicanos estaban dispuestos a exponerse al desempleo con tal de mantener a raya la inflación. Renuentes a estimular demasiado la economía, fueron testigos de tres periodos de recesión en el país en los ocho años de la presidencia de Eisenhower, aunque ninguno de ellos fue muy grave.

Comparado con Truman, Eisenhower tuvo un programa nacional modesto. Si promovía en forma activa un proyecto de ley, es probable que éste fuera para recortar un poco el legado del Nuevo Trato; por ejemplo, reduciendo los subsidios al agro o imponiendo ligeras restricciones a los sindicatos. Su escasa inclinación a presionar por un cambio fundamental en cualquier dirección encajó muy bien con el espíritu de prosperidad general de los años 50. Él fue uno de los pocos presidentes que mantuvieron el mismo nivel de popularidad desde el principio hasta el final.

LA CULTURA DE LA DÉCADA DE 1950

En los años 50, muchos comentaristas culturales argumentaron que prevalecía un sentimiento de uniformidad en toda la sociedad de Estados Unidos. Ellos decían que el conformismo era increíblemente común. A pesar de que durante la Segunda Guerra Mundial se les impusieron nuevas pautas de empleo a los hombres y las mujeres, sus papeles tradicionales se reafirmaron en cuanto terminó el conflicto. Se esperaba que el hombre ganara el sustento para la familia y que la mujer asumiera su papel de ama de casa aunque también tuviera un empleo. En su notable libro *The Lonely Crowd (La multitud solitaria)*, el sociólogo David Riesman dijo que la nueva sociedad estaba "dirigida por los demás" y se caracterizaba por el conformismo, pero también por la estabilidad. La televisión todavía muy limitada en cuanto a las opciones que ofrecía a los espectadores, reforzó la tendencia a favor de una cultura homogénea, brindando a jóvenes y viejos una experiencia compartida que reflejaba las pautas sociales aceptadas.

Sin embargo, debajo de esta superficie aparentemente tranquila bullía la rebelión en importantes sectores de la sociedad estadounidense. Un buen número de escritores, conocidos colectivamente como la "generación beat", se esforzaron al máximo por impugnar las normas de la respetabilidad y escandalizar al resto de la cultura. Con énfasis en lo espontáneo y lo espiritual, preferían la intuición por encima de la razón y el misticismo oriental antes que la religión institucionalizada de Occidente.

La obra literaria de los beats exhibió su sentimiento de alienación y la búsqueda de autorrealización. Jack Kerouac mecanografió su best seller, la novela *On the Road (En el camino)*, en un rollo de papel de 75 metros. En ese libro se exaltaron las posibilidades de la vida libre, prescindiendo de la puntuación y la estructura

tradicional en párrafos. El poeta Allen Ginsberg ganó el mismo tipo de celebridad con su poema "Aullido", una crítica implacable a la mecanizada civilización moderna. Cuando la policía juzgó que la obra era obscena e incautó la versión publicada, Ginsberg impugnó con éxito el veredicto en los tribunales.

También los músicos y los artistas plásticos se rebelaron. El cantante de Tennessee, Elvis Presley, fue el que tuvo más éxito entre los intérpretes blancos que popularizaron un estilo de música afro-estadounidense sensual y vibrante que la gente empezó a llamar "rock and roll". Al principio escandalizó a los estadounidenses de clase media con su peinado de cola de pato y su cadera ondulante. Pero en unos cuantos años su actuación parecería relativamente moderada junto a las extravagancias de otros intérpretes posteriores como el grupo británico de los Rolling Stones. Así mismo, fue en la década de 1950 cuando algunos pintores, como Jackson Pollock, desecharon el caballete, colocaron lienzos gigantes sobre el piso y aplicaron pintura, arena y otros materiales en salvajes salpicaduras de color. Todos esos artistas y escritores, cualquiera que fuera el medio, fueron modelos para la revolución social más vasta y profundamente sentida de la década de 1960.

ORIGEN DEL MOVIMIENTO DE LOS DERECHOS CIVILES

En los años de posguerra, los afro-estadounidenses se tornaron cada vez más contestatarios. Durante la guerra impugnaron la discriminación en el servicio militar y en la fuerza de trabajo y lograron modestas conquistas. Millones de afro-estadounidenses dejaron las granjas del sur para ir a las ciudades del norte, donde esperaban hallar mejores empleos. Lo que encontraron en lugar de eso fueron barrios urbanos pobres y congestionados. Ahora los soldados afro-estadounidenses volvían a su hogar, muchos de ellos decididos a rechazar que los consideraran ciudadanos de segunda.

Jackie Robinson puso de relieve la cuestión racial en 1947, cuando rompió la frontera del color en el béisbol y empezó a jugar en las grandes ligas. Como miembro de los Dodgers de Brooklyn, a menudo tuvo dificultades tanto con sus compañeros de equipo como con sus contendientes. Sin embargo, su extraordinario desempeño en la primera temporada que jugó le ganó la aceptación general y allanó el camino para otros jugadores negros que desde entonces pudieron salir por fin de las ligas para negros donde los habían confinado.

Funcionarios del gobierno y muchos otros estadounidenses descubrieron el nexo entre los problemas raciales y la política de la Guerra Fría. Como líder del mundo libre, Estados Unidos buscó apoyo en África y Asia, pero la discriminación en su suelo malogró sus intentos de ganar amigos en otras partes del mundo.

Harry Truman apoyó el movimiento de los derechos civiles. Al hacer la evaluación de una racha de linchamientos y violencia contra los afro-estadounidenses en el sur en 1946, designó un comité de derechos civiles para investigar la discriminación. En su informe *To Secure These Rights (Para garantizar estos derechos)* expedido al año siguiente, documentó la situación de los afro-estadounidenses como ciudadanos de segunda en la vida del país y recomendó muchas medidas federales para proteger las garantías individuales de todos los ciudadanos.

La respuesta de Truman consistió en enviar al Congreso un programa de derechos civiles en 10 puntos. En 1948, los demócratas del sur lograron impedir su aprobación en el Congreso. Algunos de los más indignados, encabezados por el gobernador de Carolina del Sur, Strom Thurmond, formaron en 1948 un Partido de los Derechos de los Estados para oponerse al presidente. Truman expidió una orden ejecutiva para proscribir la discriminación entre los empleados federales, exigió la igualdad de trato para todos en las fuerzas armadas y designó un comité cuya misión era poner fin a la segregación militar, la cual se acabó en gran parte durante la Guerra de Corea.

En el sur, los afro-estadounidenses tenían todavía pocos derechos civiles y políticos, a veces ninguno. En general, no podían votar. Los que intentaban registrarse como votante se arriesgaban a ser golpeados, a perder el empleo, a que se cancelaran sus créditos o a ser desalojados de sus tierras. Aún se perpetraban linchamientos ocasionales y las leyes discriminatorias imponían la segregación racial en tranvías, ferrocarriles, hoteles, restaurantes, hospitales, centros de recreo y empleos.

LA INTEGRACIÓN

La Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (ANPGC) encabezó los esfuerzos para anular la doctrina judicial establecida por la Corte Suprema en el caso *Plessy v. Ferguson* en 1896, por la cual la segregación de los estudiantes afro-estadounidenses y blancos en las escuelas era constitucional si las instalaciones para ambos eran "separadas pero iguales". Ese

decreto se usó durante varias décadas para justificar una rígida segregación en todos los aspectos de la vida en el sur, aun cuando allí las instalaciones rara vez o nunca eran iguales.

Los afro-estadounidenses lograron su meta de anular el precedente de *Plessy* en 1954, cuando la Corte Suprema — presidida por un magistrado designado por Eisenhower, el presidente del tribunal Earl Warren — dictó su veredicto en el caso *Brown v. Junta de Educación*. La corte declaró por unanimidad que "las instalaciones separadas son desiguales por naturaleza" y dictaminó que la doctrina de "separados pero iguales" ya no podía seguirse aplicando en las escuelas públicas. Al cabo de un año, la Corte Suprema exigió que las juntas escolares locales implementaran esa decisión "con la más deliberada celeridad".

Aunque simpatizaba con las necesidades de los sureños, que enfrentaban una transición crucial, Eisenhower actuó para que la ley fuera acatada frente a una resistencia masiva en gran parte del sur. Él encaró una crisis importante en Little Rock, Arkansas en 1957, cuando el gobernador Orval Faubus trató de impedir un plan de integración en el que se exigía la admisión de nueve alumnos afro-estadounidenses en la Central High School de la ciudad que antes era exclusiva para blancos. Al cabo de inútiles intentos de negociación, el presidente envió soldados federales a Little Rock para imponer el cumplimiento del plan.

La respuesta del gobernador Faubus consistió en ordenar el cierre de las escuelas preparatorias de Little Rock en el periodo lectivo 1958-59. Sin embargo, un tribunal federal ordenó que volvieran a abrirse al año siguiente. La reapertura se realizó en una atmósfera de tensión, con un número insignificante de estudiantes afro-estadounidenses. De esta manera, la integración en las escuelas avanzó a un ritmo lento e incierto en gran parte del sur del país.

Otro hito en el movimiento de los derechos civiles tuvo lugar en Montgomery, Alabama, en 1955. Rosa Parks, una costurera afro-estadounidense de 42 años que también era secretaria en la oficina de la ANPGC en el estado, se sentó en la sección del frente en un autobús que según la ley y la costumbre estaba reservada para los blancos. Cuando se le ordenó que pasara a la parte posterior, ella se negó. Llegó la policía y la arrestó por infringir los estatutos de segregación. Los líderes afro-estadounidenses, que sólo esperaban un caso así para empezar a actuar, organizaron un boicot contra el sistema de autobuses.

Martin Luther King Jr., un joven ministro del templo bautista donde los afro-estadounidenses se reunían, se convirtió en el vocero de la protesta. "Llega el momento", dijo, "en que la gente se cansa... de sufrir los brutales puntapiés de la opresión". King fue arrestado, como lo sería muchas otras veces; una bomba dañó la fachada de su casa. Pero los afro-estadounidenses de Montgomery no cesaron en el boicot. Casi un año después, la Corte Suprema dictaminó que la segregación en los autobuses, igual que en la escuelas, era inconstitucional. El boicot terminó. El movimiento de los derechos civiles obtuvo una importante victoria y halló a su líder más vigoroso, reflexivo y elocuente en Martin Luther King Jr.

Los afro-estadounidenses se esforzaron también por conquistar sus derechos como votantes. Aunque la 15ª Enmienda a la Constitución de EE.UU. les garantizaba el derecho de voto, muchos estados habían encontrado la forma de neutralizar la ley, ya sea por medio de un impuesto (de capitación) sobre el sufragio o con exámenes de lectoescritura — que solía calificarse en forma mucho más estricta para los afro-estadounidenses — a fin de impedir que votaran los miembros menos instruidos de esa etnia.

Eisenhower, con la colaboración del líder de la mayoría en el Senado, Lyndon B. Johnson, dio su apoyo a un esfuerzo del Congreso para garantizar el voto. La Ley de Derechos Civiles de 1957, la primera en su tipo en 82 años, fue un paso adelante pues en ella se autorizó la intervención federal en los casos en que a los afro-estadounidenses se les negara la oportunidad de votar. A pesar de todo, la ley seguía teniendo lagunas; por eso los activistas presionaron con éxito por la aprobación de la Ley de derechos Civiles de 1960, que dispuso sanciones más severas para quien impidiera el voto, aunque no llegó a autorizar a los funcionarios federales para que registraran a los afro-estadounidenses como votantes.

Gracias a los esfuerzos de los mismos afro-estadounidenses, el movimiento de derechos civiles cobró ímpetu en los años de posguerra. Mediante sus gestiones en la Corte Suprema y en el Congreso, los partidarios de los derechos civiles habían creado las bases para una "revolución" dramática, aunque pacífica, en las relaciones raciales estadounidenses en la década de 1960.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)

RESEÑA DE LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 13: Décadas de cambio: 1960-1980

"He soñado que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos y los hijos de los que fueron amos de esclavos se podrán sentar juntos a la mesa de la fraternidad".

-- Martin Luther King Jr., 1963

En 1960, Estados Unidos estaba al borde de un importante cambio social. La sociedad del país siempre había sido más abierta y fluida que la de la mayoría de las naciones del mundo.

Sin embargo, había estado dominada ante todo por varones blancos chapados a la antigua. En los años 60, empezaron a autoafirmarse con mayor fuerza y éxito algunos grupos que habían estado inhibidos o subordinados: los afro-estadounidenses, los estadounidenses nativos, las mujeres, los descendientes étnicos blancos de la "nueva inmigración" y los latinos. Gran parte del apoyo que recibieron provino de una población joven, más numerosa que nunca, usuaria de un sistema de escuelas superiores y universidades que se expandía a un ritmo sin precedente. Afiliados a menudo a estilos de vida "contraculturales" y a la política radical, muchos descendientes de la generación de la Segunda Guerra Mundial se perfilaron como impulsores de un nuevo Estados Unidos caracterizado por un pluralismo cultural y étnico que sus padres solían ver con zozobra.

EL MOVIMIENTO DE LOS DERECHOS CIVILES DE 1960 A 1980

La lucha de los afro-estadounidenses por la igualdad llegó a su clímax a mediados de la década de 1960. Después de varias victorias graduales en la década anterior, los afro-



El piloto del módulo, Edwin Aldrin Jr. en la Luna el 20 de julio de 1969. (National Aeronautics and Space Administration (NASA))

estadounidenses se comprometieron aún más a fondo con la acción directa no violenta. Algunos grupos, como la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur (SCLC por sus siglas en inglés) formado por sacerdotes afro-estadounidenses, y el Comité Estudiantil de Coordinación de la No Violencia (SNCC) integrado por activistas más jóvenes, pugnaron por la reforma mediante la confrontación pacífica.

En 1960 algunos estudiantes de educación superior afro-estadounidenses organizaron un plantón en un restaurante segregado de Woolworth, en Carolina del Norte, y se negaron a retirarse del lugar. El plantón atrajo la atención de los medios y dio lugar a otras manifestaciones similares en todo el Sur. Al año siguiente los trabajadores partidarios de los derechos civiles organizaron "giras de la libertad", en las que afro-estadounidenses y blancos viajaban juntos en autobuses hasta las terminales segregadas del Sur, dando lugar a confrontaciones que captaban el interés de los medios informativos y propiciaban el cambio.

Esos grupos organizaron también concentraciones, la mayor de las cuales fue la "Marcha a Washington" en 1963. Más de 200.000 personas se reunieron en la capital del país para manifestar su compromiso con la igualdad para todos. El momento culminante de una jornada de canciones y discursos llegó cuando tomó la palabra Martin Luther King Jr., quien se había perfilado como el principal vocero de los derechos civiles. "He soñado que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos y los hijos de los que fueron amos de esclavos se podrán sentar juntos a la mesa de la fraternidad", proclamó.

En sus inicios, los progresos del movimiento de los derechos civiles no estuvieron a la altura de su retórica. Al principio el presidente Kennedy no quiso presionar a los sureños blancos para que apoyaran los derechos civiles pues necesitaba sus votos para otros proyectos. Sin embargo, los acontecimientos impulsados por los propios afro-estadounidenses lo obligaron a actuar. En 1962, cuando a James Meredith se le negó la admisión a la Universidad de Mississippi a causa de su raza, Kennedy envió tropa federal para imponer el cumplimiento de la ley. Cuando las protestas contra la segregación fueron recibidas con violencia por la policía en Birmingham, Alabama, envió al Congreso un nuevo proyecto de ley de derechos civiles donde se imponía la integración obligatoria en los lugares públicos. A pesar de todo, ni la "Marcha a Washington" fue capaz de agilizar la aprobación de esa medida

por un comité del Congreso donde aún seguía empantanada en 1963, cuando Kennedy fue asesinado.

El presidente Lyndon B. Johnson tuvo más éxito. Haciendo gala de la habilidad negociadora que empleó tan a menudo en los años que fue líder de la mayoría en el Senado, Johnson convenció al Senado de que debía limitar las tácticas dilatorias que intentaban impedir la votación final sobre la amplia Ley de Derechos Civiles de 1964, por la cual se prohibió la discriminación en todos los alojamientos públicos. Al año siguiente, la Ley de Derechos de los Votantes de 1965 autorizó al gobierno federal para registrar a los votantes en los lugares donde los funcionarios locales negaran el registro a los afro-estadounidenses. En 1968, un millón de afro-estadounidenses se registraron en el extremo Sur y el número de funcionarios afro-estadounidenses elegidos en todo el país aumentó en forma sustancial. En 1968 el Congreso aprobó la legislación que prohibió la discriminación en la vivienda.

Sin embargo, una vez desatada, la revolución de los derechos civiles generó líderes impacientes tanto por el ritmo del cambio como por la meta de incorporar a los afro-estadounidenses en la corriente principal de la sociedad blanca. El elocuente activista Malcolm X fue el personaje más destacado que abogó por la separación entre los afro-estadounidenses y la raza blanca. Stokely Carmichael, un líder estudiantil, se desilusionó también por las ideas de no violencia y cooperación entre razas. Él popularizó la consigna del "poder negro" que debía ser conseguido "por todos los medios necesarios" según las palabras de Malcolm X.

La violencia acompañó las exhortaciones de los militantes a la reforma. En 1966 y 1967 estallaron desórdenes en varias ciudades grandes. En la primavera de 1968, Martin Luther King Jr. fue abatido por la bala de un asesino. Varios meses después el senador Robert Kennedy, que era vocero de los menos favorecidos, opositor de la Guerra de Vietnam y hermano del presidente asesinado, corrió la misma suerte. Para mucha gente, esos dos homicidios marcaron el final de una era de inocencia e idealismo. La creciente militancia de las izquierdas, aunada a la inevitable reacción de los conservadores, abrió una brecha en la mentalidad de la nación que tardaría años en cerrarse.

Sin embargo, para entonces un movimiento a favor de los derechos civiles que contaba con el apoyo de veredictos judiciales, leyes del Congreso y reglamentos administrativos federales ya se

había entretendido irreversiblemente en la urdimbre de la vida estadounidense. La principal cuestión era cómo implementar los conceptos de igualdad y libre acceso, no decidir sobre la legalidad de la segregación o la privación del derecho de voto. Los debates de la década de 1970 y después giraron en torno a temas como el transporte de niños en autobuses fuera de sus respectivos barrios para lograr el equilibrio racial en las escuelas metropolitanas o el uso de la "acción afirmativa". Estos programas y políticas fueron considerados por algunos como medidas activas para garantizar la igualdad de oportunidades en educación y empleo, mientras que otros los interpretaron como una discriminación a la inversa.

Los tribunales sortearon todos esos problemas con fallos que a menudo no eran congruentes. Entre tanto, el continuo avance de los afro-estadounidenses en las filas de la clase media y su silenciosa irrupción en suburbios que habían sido mayoritariamente blancos reflejaron un cambio demográfico profundo.

EL MOVIMIENTO FEMINISTA

En las décadas de 1950 y 1960 un creciente número de mujeres casadas ingresó a la fuerza de trabajo, pero en 1963 la paga que recibían en promedio era de sólo el 63% de la de los varones. Betty Friedan publicó en ese año *The Feminine Mystique (La mística femenina)*, una explosiva crítica a las pautas de vida de la clase media, con la cual expresó una sensación generalizada de descontento que, según decía, era compartida por muchas mujeres. Al decir que a menudo la mujer no tenía otra salida para su expresión que "encontrar esposo y tener hijos", Friedan alentó a sus lectoras a asumir nuevos papeles y responsabilidades y a descubrir su propia identidad personal y profesional, en lugar de dejar que una sociedad dominada por los hombres la definiera por ellas.

El movimiento feminista de las décadas de 1960 y 1970 se inspiró en el movimiento de los derechos civiles. La mayoría de sus miembros eran de clase media y, por lo tanto, participaban del espíritu de rebeldía que se apoderó de grandes segmentos juveniles de su clase en los años 60.

La legislación de la reforma propició también el cambio. En el debate por el proyecto de ley de derechos civiles de 1964, los opositores esperaban anular toda la cuestión proponiendo una enmienda que prohibiera la discriminación por motivos de género

y no sólo de raza. La enmienda fue aprobada primero, y más tarde se aprobó como proyecto de ley, dando a las mujeres un valioso instrumento legal.

En 1966 un grupo de 28 profesionales del sexo femenino, entre ellas Friedan, fundaron la Organización Nacional de la Mujer (NOW por sus siglas en inglés) "a fin de actuar para que la mujer estadounidense participe cabalmente en la corriente principal de la sociedad actual del país". Aun cuando NOW y otras organizaciones feministas similares tienen hoy un gran número de miembros, se puede decir que su influencia fue mayor a principios de la década de 1970, esa época en la que se destacó también la periodista Gloria Steinem y muchas otras mujeres descubrieron la revista *Ms.*. Su activismo provocó también la formación de grupos antifeministas, a menudo dirigidos por mujeres, la más destacada de las cuales fue la activista política Phyllis Schlafly. Por lo común, esos grupos abogaban por los papeles de género más "tradicionales" y se oponían a la enmienda constitucional propuesta a favor de la "igualdad de derechos".

Aprobada por el Congreso en 1972, parte de esa enmienda sostenía que "la igualdad de derechos ante la ley no será negada o restringida ni por el gobierno federal ni por el de cualquier estado por motivos de sexo". En los años siguientes, 35 de los 38 estados necesarios la ratificaron. Los tribunales procedieron también a ampliar los derechos de la mujer. En el caso *Roe v. Wade* de 1973, la Corte Suprema reconoció el derecho de la mujer al aborto en los tres primeros meses de embarazo; eso fue interpretado como una victoria importante para el movimiento feminista, pero el caso *Roe* precipitó también el crecimiento de un movimiento contra el aborto.

Sin embargo el movimiento feminista pareció estancarse entre mediados y fines de los años 70, pues no logró hacerse atractivo más allá de la clase media. Hubo divisiones entre las feministas moderadas y las radicales. Sus adversarios conservadores organizaron una campaña contra la Enmienda de la Igualdad de Derechos y ésta expiró en 1982 sin obtener la aprobación de los 38 estados necesarios para su ratificación.

EL MOVIMIENTO DE LOS LATINOS

Después de la Segunda Guerra Mundial, estadounidenses de origen mexicano y puertorriqueño fueron objeto de discriminación en Estados Unidos. Los nuevos inmigrantes llegados de Cuba,

México y América Central, a menudo sin capacitación laboral y sin saber hablar inglés, eran discriminados también. Algunos hispanos trabajaban como peones agrícolas y a veces se les explotaba con crueldad en las faenas de recolección; otros iban a las ciudades y ahí encontraban dificultades, igual que los primeros inmigrantes, en su búsqueda de una vida mejor.

Los chicanos o estadounidenses de origen mexicano se movilizaron en organizaciones como la Asociación Nacional México-Americana, de tintes radicales, pero no asumieron una actitud beligerante antes de la década de 1960. Después de haber esperado que el programa de Lyndon Johnson contra la pobreza ampliara las oportunidades para ellos, se dieron cuenta de que las burocracias no respondían a los grupos menos militantes. El ejemplo del activismo afro-estadounidense, en particular, enseñó a los chicanos la importancia de la política de presión en una sociedad pluralista.

La Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935 excluyó a los trabajadores agrícolas de la garantía que en ella se consagra sobre el derecho de organizarse y negociar colectivamente. Sin embargo César Chávez, fundador de la organización predominantemente hispana de los Trabajadores Agrícolas Unidos, demostró la eficacia de la acción directa para lograr el reconocimiento de su sindicato por los empleadores. Los dueños de viñedos de California accedieron a negociar con el sindicato sólo después que Chávez encabezó un boicot nacional de consumidores.

Los hispanos empezaron a participar también activamente en la política. En 1961 Henry B. González fue elegido representante de Texas en el Congreso. Tres años después Eligio ("Kika") de la Garza, también de Texas, siguió los mismos pasos y Joseph Montoya, de Nuevo México, llegó al Senado. En las décadas de 1970 y 1980, el ritmo de la participación política de los hispanos se hizo más vivo. Varios hispanos prominentes fueron miembros del gabinete de los presidentes Bill Clinton y George W. Bush.

EL MOVIMIENTO DE LOS NORTEAMERICANOS NATIVOS

En la década de 1950, los norteamericanos nativos lucharon contra una política del gobierno por la cual se decidió expulsarlos de sus reservaciones y llevarlos a ciudades para que se asimilaran a la corriente principal del país. Con frecuencia, muchas de las personas desarraigadas tuvieron dificultades para adaptarse a la

vida urbana. En 1961, cuando esa política fue suspendida, la Comisión de Derechos Civiles de EE.UU. declaró que "la pobreza y las privaciones son comunes" entre los norteamericanos nativos.

Al observar el desarrollo del nacionalismo en el Tercer Mundo y el progreso del movimiento de derechos civiles en las décadas de 1960 y 1970, los norteamericanos nativos adoptaron una actitud más militante para defender sus derechos. Una nueva generación de dirigentes acudió a los tribunales para defender lo que aún les quedaba de sus tierras tribales o para recobrar las que les fueron quitadas en otras épocas, a menudo en forma ilegal. Impugnaron las violaciones a varios tratados en cada uno de los estados y conquistaron la primera de sus muchas victorias en 1967, al obtener el reconocimiento de sus derechos sobre tierras y aguas que por largo tiempo les habían sido negados. El Movimiento Indígena Estadounidense (AIM por sus siglas en inglés), fundado en 1968, ayudó a canalizar fondos del gobierno a organizaciones controladas por norteamericanos nativos y brindó asistencia a los indígenas desamparados en las ciudades.

Las confrontaciones se volvieron más comunes. En 1969 un grupo de 78 norteamericanos nativos desembarcó en la isla Alcatraz, en la bahía de San Francisco, y la tuvo en su poder hasta 1971 cuando fue desalojado por oficiales federales. En 1973 el AIM se apoderó de la aldea de Wounded Knee en Dakota del Sur, que a fines del siglo XIX fue escenario de la masacre de un campamento de indígenas sioux a manos de soldados. Los militantes de ese movimiento quisieron poner de relieve las condiciones de pobreza y alcoholismo que imperaban en la reservación aledaña a la ciudad. El episodio terminó cuando un norteamericano nativo fue muerto y otro resultó herido, después de lo cual el gobierno accedió a reexaminar los derechos concedidos en diversos tratados.

A pesar de todo, el activismo indígena produjo resultados. Otros estadounidenses cobraron mayor conciencia de las necesidades de sus compatriotas nativos. Funcionarios del gobierno respondieron con medidas entre las que figuraron la Ley de Ayuda a la Educación de 1975 y la Ley de Vivienda y Autodeterminación para Estadounidenses Nativos de 1996. En 1992 el primer norteamericano nativo, Ben Nighthorse Campbell, fue elegido para un escaño del Senado por Colorado.

LA CONTRACULTURA

La agitación a favor de la igualdad de oportunidades despertó también otras formas de descontento. Los jóvenes en particular rechazaron las pautas estables de la vida de clase media forjadas por sus padres en los decenios siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Algunos optaron por el activismo político radical, pero fue mucho mayor el número de los que adoptaron un nuevo estilo en el modo de vestir y en la conducta sexual.

Los signos visibles de la contracultura permearon varios sectores de la sociedad de Estados Unidos a fines de los años 60 y a principios de los 70. El cabello largo y las barbas se volvieron muy comunes. Los pantalones de mezclilla y las camisetas deportivas reemplazaron a los pantalones anchos, las chaquetas y las corbatas. El consumo de drogas ilegales se incrementó. El rock and roll se impuso, proliferó y dio lugar a muchas variantes musicales. El "rock pesado" se hizo muy popular y las canciones con mensaje político o social, como las del cantante y autor Bob Dylan, se oían por doquier. La contracultura juvenil culminó en agosto de 1969 en Woodstock, un festival musical realizado en el medio rural del estado de Nueva York, que se prolongó tres días y al que asistió casi medio millón de personas. El festival se convirtió en mito gracias al cine y a muchas grabaciones y le dio nombre a toda esa época, conocida como "la generación de Woodstock".

Una manifestación paralela de la nueva sensibilidad de los jóvenes fue el surgimiento de la Nueva Izquierda, un grupo de jóvenes radicales en edad universitaria. Los miembros de ese grupo, que tenían homólogos cercanos en Europa occidental, eran en muchos casos los hijos de la generación anterior de radicales. Sin embargo, ellos rechazaron la retórica al viejo estilo marxista. En su lugar, dijeron que los estudiantes universitarios, como ellos mismos, eran una clase oprimida que podía entender especialmente la lucha de otros grupos oprimidos de la sociedad del país.

Los miembros de la Nueva Izquierda participaron en el movimiento de derechos civiles y en la lucha contra la pobreza. Su mayor éxito — y el tema en que lograron reunir una multitud de seguidores — fue su oposición a la Guerra de Vietnam, un asunto de interés emotivo para sus coetáneos en edad de reclutamiento. A fines de la década de 1970, la Nueva Izquierda Estudiantil ya había desaparecido, pero muchos de sus activistas se abrieron paso en el círculo tradicional de la política.

LA DEFENSA DEL MEDIO AMBIENTE

La misma energía y la sensibilidad que alimentaron el movimiento de derechos civiles, la contracultura y la Nueva Izquierda alentaron también el movimiento ecologista a mediados de los años 60. Muchos cobraron conciencia de la situación en 1962, a raíz de la publicación del libro de Rachel Carson *Silent Spring* (*Primavera silenciosa*), donde se dijo que los plaguicidas químicos, en particular el DDT, provocaban cáncer y otros males. La preocupación del público por el medio ambiente siguió aumentando todo el decenio de 1960 pues mucha gente se percató de la amenaza que implicaba para su propia salud y para la belleza de su entorno la presencia de otros contaminantes, como las emisiones de los vehículos, los desechos industriales y los derrames de petróleo. El 22 de abril de 1970, escuelas y comunidades de todo el país festejaron por primera vez el Día de la Tierra. Por medio de seminarios se ilustró a los estadounidenses sobre los peligros de la contaminación ambiental.

Pocos negaron que la contaminación fuera un problema, pero las soluciones propuestas implicaban gastos e inconvenientes. Muchos pensaron que eso reduciría el crecimiento económico del cual dependía el nivel de vida de muchos estadounidenses. Sin embargo, el Congreso enmendó en 1970 la Ley del Aire Limpio de 1967 para desarrollar normas nacionales uniformes sobre la calidad del aire. También fue aprobada la Ley para el Mejoramiento de la Calidad del Agua, por la cual la responsabilidad de limpiar los derrames de petróleo en el mar se hizo recaer sobre el contaminador. También en 1970, la Agencia de Protección Ambiental quedó constituida como un organismo federal independiente para encabezar la campaña contra los abusos a ese respecto. En los tres decenios siguientes, la APA, reforzada por una legislación que le dio más autoridad, llegó a ser una de las dependencias más activas del gobierno y emitió reglas rigurosas sobre la calidad del aire y el agua.

KENNEDY Y EL RESURGIMIENTO DEL LIBERALISMO DEL GOBIERNO GRANDE

Ya en 1960, el gobierno se había vuelto una fuerza cada día más poderosa en la vida de la gente. Durante la Gran Depresión de la década de 1930, nuevas agencias del ejecutivo fueron creadas para lidiar con muchos aspectos de la vida del país. En la Segunda Guerra Mundial, el número de civiles empleados por el gobierno federal aumentó de 1 millón a 3,8 millones y luego se mantuvo

estable en 2,5 millones en los años 50. Los gastos federales, que se sostuvieron en 3.100 millones de dólares en 1929, se elevaron a 75.000 millones en 1953 y a 150.000 millones en la década de 1960.

La mayoría de los estadounidenses aceptaron que el gobierno ampliara sus funciones, aunque no se ponían de acuerdo en cuanto al límite que esa expansión debía tener. En general, los demócratas querían que el gobierno garantizara el crecimiento y la estabilidad; deseaban que las prestaciones federales se ampliaran a la educación, la salud y el bienestar. Muchos republicanos aceptaban cierto nivel de responsabilidad del gobierno, pero querían limitar los gastos de éste y restablecer en mayor grado la iniciativa individual. La elección presidencial de 1960 reveló una nación dividida casi por igual entre esas dos visiones.

John F. Kennedy, el vencedor demócrata por estrecho margen a la edad de 43 años, fue el hombre más joven que hubiera llegado a la presidencia. Se mostró capaz, coherente y enérgico en una serie de debates por televisión con su opositor Richard Nixon. En su campaña propuso que el país entrara con dinamismo a la nueva década y dijo: "La Nueva Frontera está aquí, ya sea que la busquemos o no". Concluyó su primer discurso como presidente con una elocuente exhortación: "No preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país". En el breve periodo de Kennedy en la presidencia, su combinación especial de simpatía, ingenio y personalidad — mucho más que su agenda legislativa específica — lo ayudó a mantener su popularidad e influyó en las futuras generaciones de políticos.

Kennedy quería ejercer un liderazgo fuerte para llevar beneficios económicos a todos los ciudadanos, pero el precario margen de su victoria impuso límites a su mandato. Aunque el Partido Demócrata controlaba ambas cámaras del Congreso, los demócratas conservadores del Sur se aliaron a menudo con los republicanos en asuntos referentes al alcance de la intervención del gobierno en la economía. Ellos se opusieron a los planes de aumentar la ayuda federal para educación, proveer un seguro de salud para ancianos y crear un nuevo Departamento de Asuntos Urbanos. Así, a pesar de su elevada retórica, las políticas de Kennedy fueron a menudo limitadas y modestas.

Una prioridad consistía en poner fin a la recesión que ya estaba en marcha cuando Kennedy asumió la presidencia y reanudar el

crecimiento económico. Pero él perdió la confianza de los líderes empresariales en 1962, cuando logró poner coto a lo que el gobierno veía como un aumento excesivo de precios en la industria del acero. Aunque alcanzó su objetivo inmediato, el presidente se distanció así de una importante fuente de apoyo. Cuando sus asesores económicos lo convencieron de que un considerable recorte de impuestos estimularía la economía, Kennedy respaldó un proyecto de ley a ese respecto. Sin embargo, la oposición conservadora en el Congreso pareció destruir toda esperanza de aprobar un proyecto que, a juicio de la mayoría de los congresistas, habría aumentado el déficit del presupuesto.

En general el expediente legislativo del gobierno de Kennedy fue desalentador. Él mostró simpatía por los líderes de los derechos civiles, pero sólo suscribió las metas de su movimiento cuando las manifestaciones encabezadas por Martin Luther King Jr. lo obligaron a actuar en 1963. Igual que Truman antes que él, no pudo obtener la aprobación del Congreso ni para brindar ayuda federal a la educación pública ni para un programa de atención médica exclusivo para ancianos. Sólo logró un aumento modesto en el salario mínimo. Sin embargo obtuvo fondos para el programa espacial y fundó el Cuerpo de Paz para enviar a los países en desarrollo hombres y mujeres que les ayudaran a satisfacer sus necesidades.

KENNEDY Y LA GUERRA FRÍA

Cuando el presidente Kennedy asumió el cargo se comprometió a mantener con vigor la Guerra Fría, pero también esperaba hallar algún arreglo y no quería comprometer a las fuerzas estadounidenses. En su primer año y medio en el cargo, rechazó la intervención del país tras el fracaso de la invasión a la Bahía de Cochinos dirigida por la CIA en Cuba, cedió de hecho al control comunista la nación de Laos en el sudeste de Asia sin salida al mar y accedió a la construcción del Muro de Berlín. Las decisiones de Kennedy reforzaron la impresión de debilidad que el primer ministro soviético Nikita Khrushchev tuvo de él en su única entrevista personal, una junta cumbre celebrada en Viena en junio de 1961.

En el otoño de 1962, la administración supo que la Unión Soviética estaba emplazando en secreto armas nucleares ofensivas en Cuba. Después de estudiar varias opciones, Kennedy decidió imponer una cuarentena para impedir que los buques soviéticos

llevaran más suministros a la isla. Exigió públicamente que Moscú retirara las armas y advirtió que un ataque desde la isla traería represalias contra la URSS. Al cabo de varios días de tensiones en los que el mundo estuvo más cerca que nunca de una guerra nuclear, los soviéticos accedieron a retirar los misiles. Los opositores acusaron a Kennedy de haber corrido el riesgo de un desastre nuclear, siendo que la diplomacia serena podría haber sido eficaz, pero la mayoría de los estadounidenses y gran parte del mundo no comunista aplaudieron su gesto decidido. La crisis de los misiles hizo que él fuera por primera vez el líder reconocido del Occidente democrático.

En retrospectiva, la crisis de los misiles en Cuba marcó un viraje en las relaciones de EE.UU. y la URSS. Ambas partes vieron la necesidad de aliviar las tensiones que podrían haberlos llevado a una confrontación militar directa. Al año siguiente, Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña firmaron un histórico Tratado para la Proscripción Limitada de Ensayos Nucleares que prohibió las pruebas de esas armas en la atmósfera.

Indochina (Vietnam, Laos, Camboya), que fue posesión de Francia antes de la Segunda Guerra Mundial, era un campo de batalla más en la Guerra Fría. El esfuerzo de Francia por reafirmar su control colonial en la región halló la oposición de Ho Chi Minh, un comunista vietnamita cuyo movimiento Viet Minh emprendió una guerra de guerrillas contra el ejército francés.

Truman y Eisenhower, ansiosos de obtener el apoyo de Francia para su política de contención en Europa, dieron a ese país ayuda económica que liberó recursos para la lucha en Vietnam. Pese a todo, los franceses sufrieron una derrota decisiva en Dien Bien Phu en mayo de 1954. En una conferencia internacional realizada en Ginebra se concedió la independencia a Laos y Camboya. Vietnam fue dividido, quedando en el poder en el norte Ho y en el sur Ngo Dinh Diem, un católico romano anticomunista, en una población mayoritariamente budista. Las elecciones debían realizarse dos años después para unificar al país. Convencido de que la caída de Vietnam podía conducir a la pérdida de Birmania, Tailandia e Indonesia, Eisenhower apoyó a Diem en su negativa de hacer elecciones en 1956 y en efecto estableció a Vietnam del Sur como un estado cliente de Estados Unidos.

Kennedy aumentó la ayuda y envió un pequeño número de asesores militares, pero una nueva guerra de guerrillas continuó entre Norte y Sur. La popularidad de Diem aumentó y la situación

militar empeoró. A fines de 1963, Kennedy aprobó en secreto un golpe de estado. Para sorpresa del presidente, Diem y su poderoso cuñado, Ngo Dien Nu, fueron asesinados. La presidencia de Kennedy terminó tres semanas más tarde, en esa coyuntura de incertidumbre.

EL PROGRAMA ESPACIAL

En el segundo periodo de Eisenhower, el espacio exterior llegó a ser otro escenario para la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En 1957, la URSS lanzó el Sputnik, un satélite artificial, con lo cual demostró que podía construir cohetes más potentes que los estadounidenses. Éstos lanzaron su primer satélite, el Explorer I, en 1958. Sin embargo, tres meses después de que Kennedy asumió la presidencia, la URSS colocó al primer hombre en órbita. La respuesta de Kennedy consistió en comprometer a Estados Unidos a llevar a un hombre a la Luna y traerlo de vuelta "antes del fin de la década". Con el Proyecto Mercury en 1962, John Glenn fue el primer astronauta estadounidense que orbitó la Tierra.

Después de la muerte de Kennedy, el presidente Lyndon Johnson apoyó con entusiasmo el programa espacial. A mediados de la década de 1960, científicos estadounidenses desarrollaron la nave espacial Gemini para dos personas. Gemini fue el primero en varios aspectos, entre ellos una misión de ocho días en agosto de 1965 — el vuelo espacial más largo de la época — y el primer reingreso a la atmósfera terrestre controlado automáticamente en noviembre de 1966. En el programa Gemini tuvo lugar también el primer acoplamiento de dos naves tripuladas en vuelo y se hicieron las primeras caminatas de EE.UU. en el espacio.

Con la nave espacial Apollo, para tres tripulantes, se alcanzó la meta de Kennedy y se demostró al mundo que Estados Unidos había superado la capacidad soviética en el espacio. El 20 de julio de 1969, ante cientos de millones de espectadores que lo veían por televisión en todo el mundo, Neil Armstrong fue el primer ser humano que caminó en la superficie de la Luna.

Después hubo otras misiones Apollo, pero muchos estadounidenses empezaron a cuestionar el valor de los vuelos espaciales tripulados. A principios de los años 70, cuando otras prioridades se hicieron más apremiantes, Estados Unidos redujo su programa espacial. Varias misiones Apollo se cancelaron y sólo fue construida una de las dos estaciones Skylab proyectadas.

LA MUERTE DE UN PRESIDENTE

John Kennedy se labró un prestigio mundial por la forma en que manejó la crisis de los misiles en Cuba y ganó también gran popularidad en su país. Muchos pensaron que él ganaría con facilidad la reelección en 1964. Sin embargo fue asesinado el 22 de noviembre de 1963, cuando viajaba en un auto descubierto en una visita a Dallas, Texas. Su muerte, magnificada por la cobertura de televisión, fue un evento traumático igual que el fallecimiento de Roosevelt 18 años antes.

En retrospectiva resulta claro que la buena reputación de Kennedy le debió más a su estilo personal y a la elocuente expresión de sus ideales que a la implementación de sus políticas. Él estableció una agenda impresionante, pero gran parte de ella quedó estancada en el Congreso después de su muerte. Si Kennedy llegó a ser visto como una fuerza a favor del cambio y el progreso fue en gran parte por la habilidad política y las victorias legislativas de su sucesor.

LYNDON JOHNSON Y LA GRAN SOCIEDAD

Lyndon Johnson, el tejano líder de la mayoría en el Senado antes de ocupar la vicepresidencia junto a Kennedy, fue un político magistral. Se formó en el Congreso, donde adquirió la notable habilidad de lograr que las cosas se realizaran. Él sabía suplicar, halagar o amenazar, según fuera necesario para lograr sus fines. Su idealismo liberal era tal vez más profundo que el de Kennedy. Como presidente, se propuso usar su poder con dinamismo para eliminar la pobreza y hacer que los beneficios de la prosperidad llegaran a todos.

Johnson ocupó la presidencia decidido a asegurar la aprobación de la agenda legislativa de Kennedy. Sus prioridades inmediatas fueron los proyectos de ley de su antecesor para reducir los impuestos y garantizar los derechos civiles. Con sus dotes de convencimiento y apelando al respeto de los legisladores por el presidente asesinado, logró la aprobación de ambos en su primer año en el cargo. Las reducciones tributarias estimularon la economía. La ley de Derechos Civiles de 1964 fue el instrumento legislativo de mayor alcance en ese rubro desde la Reconstrucción.

Johnson se ocupó también de otras cosas. Ya en la primavera de 1964 había empezado a usar el término "Gran Sociedad" para

describir su programa socio-económico. Ese verano logró que fuera aprobado un programa de empleos federales para jóvenes de escasos recursos. Ese fue el primer paso de lo que se llamó la "Guerra contra la Pobreza". Obtuvo una aplastante victoria sobre el candidato republicano conservador, Barry Goldwater, en la elección presidencial de noviembre de ese año. Fue significativo que la elección de 1964 diera a los demócratas liberales un firme control del Congreso por primera vez desde 1938. Así lograron la aprobación de algunas leyes frente a la oposición conjunta de los republicanos y los conservadores demócratas del sur.

La Guerra contra la Pobreza llegó a ser el elemento central del programa de la Gran Sociedad de la administración. La Oficina de Oportunidades Económicas, instituida en 1964, impartió capacitación a los pobres y creó varias agencias de acción comunitaria guiada por una ética de "democracia participativa" que aspiraba a dar a los pobres voz en los programas de vivienda, salud y educación.

La atención médica fue el siguiente tema. Bajo el liderazgo de Johnson, el Congreso promulgó el programa de salud Medicare para los ancianos y Medicaid, el programa de asistencia médica para los pobres.

Johnson tuvo éxito en el intento de brindar más ayuda federal a la enseñanza elemental y secundaria, que por tradición era una función estatal y local. Por la medida promulgada se aportaron fondos a los estados en proporción a su población infantil perteneciente a familias de bajos ingresos.

Convencidos de que el país se enfrentaba a una "crisis urbana" caracterizada por la decadencia del centro de las ciudades, los arquitectos de la Gran Sociedad idearon una nueva ley de vivienda por la cual se dispuso dar un complemento al ingreso de los pobres y se instituyó el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano.

Otras leyes causaron un impacto en muchos aspectos de la vida estadounidense. Se dio ayuda federal a artistas y académicos para alentar su trabajo. En septiembre de 1966, Johnson promulgó como leyes dos proyectos sobre transporte. El primero de ellos proveyó fondos a los gobiernos estatales y locales para desarrollar programas de seguridad, y el otro estableció normas federales de seguridad sobre automóviles y neumáticos. El segundo programa fue fruto de los esfuerzos del joven luchador social radical Ralph

Nader. En su libro *Unsafe at Any Speed: The Designed-In Dangers of the American Automobile (Inseguros a cualquier velocidad: los peligros incluidos en el diseño de los autos estadounidenses)* de 1965, Nader afirmó que los fabricantes de coches sacrificaban la seguridad en aras de la línea y lanzó la acusación de que los defectos de ingeniería contribuían al alto índice de muertes en las carreteras.

En 1965, el Congreso abolió las cuotas discriminatorias de 1924 en materia de inmigración según el origen nacional. Esto desató una nueva oleada de inmigración que, en gran parte, provino del sur y el este de Asia y de América Latina.

La Gran Sociedad fue la mayor explosión de actividad legislativa desde el Nuevo Trato. Sin embargo desde 1966 el apoyo se empezó a debilitar. Algunos de los programas de Johnson no estuvieron a la altura de las expectativas y muchos no contaron con fondos suficientes. Al parecer, lo único que pasó fue un empeoramiento de la crisis urbana. Sin embargo, ya sea por los gastos de la Gran Sociedad o por el vigoroso resurgimiento económico, la pobreza disminuyó, al menos en forma marginal, en el gobierno de Johnson.

LA GUERRA DE VIETNAM

La insatisfacción con la Gran Sociedad fue igualada y superada por el descontento hacia la situación en Vietnam. Una serie de hombres fuertes sudvietnamitas no tuvieron mucho más éxito que Diem en la tarea de movilizar a su país. Los insurgentes del Viet Cong, pertrechados y coordinados por Vietnam del Norte, ganaron terreno en el campo.

Decidido a contener el avance del comunismo en Vietnam del Sur, Johnson hizo suya la Guerra de Vietnam. A raíz del ataque naval de Vietnam del Norte contra dos destructores de EE.UU., Johnson logró que el Congreso aprobara la Resolución del Golfo de Tonkín el 7 de agosto de 1964, por la cual se permitió al presidente "tomar todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos y prevenir futuras agresiones". Después de su reelección en noviembre de 1964, él mismo emprendió una política de escalada. El número de soldados — voluntarios y reclutas — aumentó de 25.000 a principios de 1965 a 500.000 en 1968. Una campaña de bombardeos provocó el caos en Vietnam del Norte y del Sur.

La espeluznante cobertura de televisión, presentada con un sesgo crítico, debilitó el apoyo a la guerra. Algunos estadounidenses la consideraron inmoral; otros vieron consternados cómo una campaña militar masiva parecía ser ineficaz. Grandes protestas, sobre todo de jóvenes, y una creciente insatisfacción pública general apremiaron a Johnson a iniciar negociaciones de paz.

LA ELECCIÓN DE 1968

En 1968 había agitación en el país por la Guerra de Vietnam y el desorden civil, expresado en alborotos urbanos que reflejaban la ira afro-estadounidense. El 31 de marzo de 1968, el presidente desistió de su intención de contender por la reelección. Una semana después, Martin Luther King Jr. fue baleado y muerto en Memphis, Tennessee. El hermano menor de John Kennedy, Robert, como aspirante a la nominación del Partido Demócrata, realizó una emotiva campaña contra la guerra y fue asesinado en junio.

En la Convención Nacional Demócrata en Chicago, Illinois, los manifestantes se enfrentaron a la policía en las calles. El Partido Demócrata dividido nombró candidato a la vicepresidencia a Hubert Humphrey, quien había sido el héroe de los liberales pero ahora se mostraba leal a Johnson. La oposición de los blancos a las medidas a favor de los derechos civiles en la década de 1960 le dio fuerza a la candidatura del representante de un tercer partido, el gobernador de Alabama George Wallace, un demócrata que se impuso en su estado natal, Mississippi, y en Arkansas, Louisiana y Georgia, que en esa época solían apoyar al candidato demócrata. El republicano Richard Nixon, quien tomó como base de su campaña un plan para sacar al país de la guerra y reforzar "la ley y el orden" en el interior, ganó por estrecho margen.

NIXON, VIETNAM Y LA GUERRA FRÍA

Decidido a lograr "la paz con honor", Nixon retiró poco a poco las tropas estadounidenses y redobló sus esfuerzos por pertrechar al ejército sudvietnamita para que continuara la lucha. Ordenó también intensas acciones ofensivas norteamericanas. La más importante de éstas fue la invasión de Camboya en 1970 para cortar las líneas de abastecimiento de los norvietnamitas hacia Vietnam del Sur. Eso desató otra oleada de protestas y manifestaciones. Estudiantes de muchas universidades se lanzaron a las calles. En la Universidad Estatal de Kent, en Ohio, los soldados de la guardia nacional llamados para restablecer el

orden fueron presa del pánico y mataron a cuatro estudiantes.

Sin embargo, en el otoño de 1972, el número de soldados en Vietnam era menor de 50.000 y la conscripción militar que tanto descontento causaba en los medios universitarios casi había desaparecido. En 1973 se firmó un alto al fuego, negociado en nombre de Estados Unidos por el asesor de Nixon en asuntos de seguridad nacional, Henry Kissinger. A pesar del retiro de los soldados estadounidenses, la guerra se prolongó hasta la primavera de 1975, cuando el Congreso suspendió la ayuda a Vietnam del Sur, y Vietnam del Norte consolidó su control sobre todo el país.

La guerra causó la devastación de Vietnam, con millones de muertos o inválidos, y causó también un trauma en Estados Unidos. Los estadounidenses ya no estaban unidos por un amplio consenso en torno a la Guerra Fría y se mostraban suspicaces ante cualquier otra intervención en el exterior.

No obstante, a medida que el caso Vietnam perdió ímpetu, el gobierno de Nixon tomó medidas históricas para estrechar sus nexos con las principales potencias comunistas. El paso más dramático consistió en establecer una nueva relación con la República Popular de China. En los 20 años siguientes al triunfo de Mao Zedong, Estados Unidos siempre había afirmado que el gobierno nacionalista de Taiwán representaba a toda China. En 1971 y 1972 Nixon suavizó la posición de su país, redujo las restricciones al comercio y fue el primer presidente estadounidense que visitó a Beijing. El "Comunicado de Shanghai" firmado durante esa visita instituyó una nueva política estadounidense: que China era una sola, que Taiwán era parte de ella y que una solución pacífica de la disputa, concertada por los propios chinos, sería conveniente para Estados Unidos.

Nixon tuvo el mismo éxito al aplicar la política que él y su secretario de Estado Henry Kissinger llamaron la distensión. Tras varias reuniones cordiales con el líder soviético Leonid Brezhnev, ambos convinieron en limitar sus arsenales de misiles, colaborar en el espacio y reducir las restricciones al comercio. Las Conversaciones para la Limitación de Armas Estratégicas (SALT) culminaron en 1972 con un acuerdo sobre control de armas para contener la expansión de los arsenales nucleares y restringir los sistemas de misiles antibalísticos.

LOGROS Y DERROTAS DE NIXON

Nixon fue el vicepresidente de Eisenhower y luego contendió sin éxito por la presidencia en 1960 y lo consideraban uno de los políticos más astutos de Estados Unidos. Aunque Nixon suscribía el valor republicano de la responsabilidad fiscal, admitió la necesidad de ampliar el papel del gobierno y no rechazaba el estado benefactor en sus rasgos básicos. No se oponía en principio a los derechos civiles de los afro-estadounidenses, pero sentía desconfianza por las grandes burocracias federales de derechos civiles. A pesar de todo, su gobierno aplicó con vigor las órdenes judiciales de integración en las escuelas, incluso cuando estaba tratando de granjear el voto de los sureños blancos.

Su mayor problema interno fue tal vez la economía. Le heredaron una baja de ésta, en comparación con el máximo alcanzado en la época de Vietnam y de Johnson, y una incesante oleada inflacionaria que fue subproducto de la guerra. Para enfrentar el primer problema llegó a ser el primer presidente republicano que apoyó el gasto deficitario como una forma de estimular la economía; el segundo lo resolvió imponiendo controles de salarios y precios, una política a largo plazo en la que las derechas no creían en 1971. En el corto plazo, esas decisiones estabilizaron la economía y crearon condiciones favorables para la reelección de Nixon en 1972. Su victoria fue abrumadora sobre el pacifista senador demócrata George McGovern.

Factores ajenos al control de Nixon socavaron su política económica. En 1973 la guerra de Israel contra Egipto y Siria indujo a Arabia Saudita a imponer un embargo sobre los envíos de petróleo al aliado de Israel, Estados Unidos. Otras naciones miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) cuadruplicaron sus precios. Los estadounidenses enfrentaron ambas formas de escasez, exacerbadas a juicio de muchos por la excesiva regulación de la distribución y el rápido aumento de precios. Aunque el embargo terminó al año siguiente, los precios siguieron siendo altos y afectaron la vida económica del país en todos sus aspectos: la inflación llegó al 12% en 1974 y causó perturbaciones que elevaron más aún la tasa de desempleo. El auge económico sin precedente que Estados Unidos habían gozado desde 1948 llegaba a su fin.

La retórica de Nixon sobre la necesidad de imponer "la ley y el orden" ante la elevación del índice de criminalidad, el creciente consumo de drogas y las actitudes más complacientes hacia el sexo halló eco en la mayoría de los estadounidenses. Sin

embargo, esa preocupación no bastó para acallar la inquietud suscitada por el allanamiento de Watergate y por la economía. Para entusiasmar y acrecentar el número de sus partidarios políticos, Nixon arremetió contra los manifestantes, atacó a la prensa pretextando que deformaba las noticias y trató de acallar a sus opositores. Lejos de lograrlo, causó una impresión desfavorable cuando muchos que lo vieron por televisión lo percibieron como una persona inestable. Para complicar los problemas de Nixon, el vicepresidente Spiro Agnew, su muy franco vocero contra los medios y los liberales, fue obligado a dimitir en 1973, comprometiéndose a "no impugnar" una acusación penal por evasión de impuestos.

Es probable que Nixon no haya sabido con anterioridad del allanamiento de Watergate, pero trató de encubrir los hechos y le mintió al pueblo estadounidense a ese respecto. Las pruebas de su participación se multiplicaron. El 27 de julio de 1974, el Comité Judicial de la Cámara de Representantes recomendó por mayoría de votos que se lo sometiera a juicio político. Ante la eminente destitución de su cargo, dimitió el 9 de agosto de 1974.

EL INTERLUDIO DE FORD

El vicepresidente de Nixon, Gerald Ford (designado para sustituir a Agnew), era un hombre sin pretensiones que había pasado la mayor parte de su vida pública en el Congreso. Su primera prioridad consistió en restañar la confianza en el gobierno. No obstante, consideró necesario evitar el espectáculo de un posible juicio contra Nixon y concedió un indulto general a su antecesor. Esta medida fue muy impopular, aunque tal vez era necesaria.

En política pública, Ford siguió el rumbo trazado por Nixon. Los problemas económicos seguían siendo graves pues la inflación y el desempleo aumentaban sin cesar. Un recorte de impuestos y un aumento en las prestaciones por desempleo ayudaron un poco, pero la economía seguía siendo débil.

En política exterior, Ford adoptó la estrategia de distensión de Nixon. Su principal manifestación fueron tal vez los Acuerdos de Helsinki de 1975 en los que Estados Unidos y las naciones de Europa occidental reconocieron de hecho la hegemonía de la URSS en Europa oriental a cambio de la afirmación soviética de los derechos humanos. El acuerdo tuvo poca significación inmediata, pero a la postre pudo haber contribuido a que el mantenimiento del imperio soviético fuera más difícil. Las naciones occidentales

usaron con eficacia las "reuniones periódicas de revisión de Helsinki para llamar la atención sobre los abusos cometidos por los regímenes comunistas del bloque oriental contra los derechos humanos.

LOS AÑOS DE CARTER

El ex gobernador demócrata de Georgia, Jimmy Carter, ganó la presidencia en 1976. Después de presentarse en su campaña como alguien ajeno a la política de Washington, prometió aplicar un nuevo enfoque de gobierno, pero su falta de experiencia a nivel nacional le complicó las cosas desde el inicio de su presidencia.

En la esfera económica, Carter permitió al principio una política de gasto deficitario. Cuando la Junta de la Reserva Federal, responsable del rumbo de la política monetaria, aumentó la oferta de dinero para cubrir el déficit, la inflación subió a 10% al año. La respuesta de Carter consistió en recortar el presupuesto, pero eso afectó programas sociales que eran el corazón mismo de la política nacional demócrata. A mediados de 1979, la indignación de la comunidad financiera lo obligó de hecho a designar a Paul Volcker como presidente de la Reserva Federal. Volcker era un "halcón de la inflación" que elevó las tasas de interés para contener las alzas de precios, aunque eso implicara consecuencias negativas para la economía.

Carter fue criticado también cuando no logró que fuera aprobada una política eficaz en materia de energía. Presentó un programa completo para reducir la dependencia del país con respecto a las importaciones de petróleo extranjero y dijo que era el "equivalente moral de la guerra". Sus opositores impidieron que fuera aprobado en el Congreso.

Aunque Carter se decía populista, sus prioridades políticas nunca fueron del todo claras. Apoyó el papel del gobierno como protector, pero luego inició el proceso de desregulación, es decir, la supresión del control gubernamental sobre la vida económica. Con el argumento de que algunas restricciones del siglo anterior limitaron la competencia y elevaron los costos para el consumidor, apoyó la supresión del control sobre la industria del petróleo, aerolíneas, ferrocarriles y camiones.

Carter no tuvo éxito en sus intentos políticos de atraer el apoyo del público o del Congreso. Hacia el final de su periodo, su índice de desaprobación llegó al 77% y los estadounidenses volvieron los

ojos una vez más al Partido Republicano.

El principal logro de Carter en política exterior fue la negociación de un acuerdo de paz entre Egipto, bajo el presidente Anwar al-Sadat, e Israel, gobernado por el primer ministro Menachem Begin. En su doble papel de mediador y participante, convenció a los dos líderes de poner fin a un estado de guerra que había durado 30 años. El tratado de paz ulterior fue firmado en la Casa Blanca en marzo de 1979.

Al final de un debate largo y a menudo emotivo, Carter logró también que el Senado ratificara los tratados por los cuales en el año 2000 se cedería a Panamá el canal que lleva su nombre. Él fue un paso más adelante que Nixon y concedió el reconocimiento diplomático formal a la República Popular de China.

Carter tuvo menos éxito con la Unión Soviética. Aunque ocupó la presidencia cuando la distensión era máxima y dijo que Estados Unidos ya se habían librado de su "desorbitado temor al comunismo", su insistencia en que "nuestro compromiso con los derechos humanos debe ser absoluto" le creó antagonismo con el gobierno soviético. Se firmó un acuerdo SALT II que limitaba aún más los arsenales nucleares, pero éste no fue ratificado por el Senado de EE.UU. pues muchos de sus miembros pensaron que el tratado no era equitativo. La invasión soviética en Afganistán acabó con el tratado en 1979 e indujo a Carter a reforzar la defensa, lo cual preparó el terreno para los enormes gastos que se harían para ese fin en los años 80.

Carter tuvo su mayor desafío de política exterior en Irán. A raíz de la revolución fundamentalista dirigida por el líder musulmán chiíta Ayatollah Ruhollah Khomeini, que sustituyó a un régimen corrupto, pero amigable, Carter recibió en Estados Unidos al sha derrocado, quien viajó para someterse a un tratamiento médico. Indignados por eso, militantes iraníes respaldados por el régimen islámico tomaron la embajada de EE.UU. en Teherán y mantuvieron como rehenes a 53 estadounidenses por más de un año. La prolongada crisis de los rehenes fue el hecho dominante en el último año de su presidencia y perjudicó en gran medida sus posibilidades de reelección.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

Bibliografía

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 14: El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial

"Siempre he creído que por obra de algún plan divino, este gran continente fue colocado en medio de dos océanos para que acudieran a él todos los que tuvieran un amor inquebrantable a la libertad y un tipo especial de valentía."

-- Gobernador de California
Ronald Reagan, 1974



Los presidentes Ronald Reagan y Mikhail Gorbachev después de firmar el Tratado Sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF) en diciembre de 1987. (Dirck Halstead/Time Life Pictures/Getty Images)

UNA SOCIEDAD EN TRANSICIÓN

Los cambios en la estructura de la sociedad de Estados Unidos, iniciados años o decenios antes, ya eran evidentes al inicio de la década de 1980. La composición de la población y los trabajos y aptitudes más importantes de la sociedad del país habían cambiado mucho.

El predominio de los empleos de servicios en la economía llegó a ser indiscutible. A mediados de la década de 1980, tres cuartas partes de los empleados del país trabajaban en servicios, como vendedores al menudeo, empleados de oficina, maestros, médicos y empleados del gobierno.

La actividad en el sector servicios se benefició con la accesibilidad y el uso creciente de la computadora. Había llegado la era de la información, con equipo y programas capaces de manipular cantidades nunca imaginadas de datos sobre tendencias económicas y sociales. El gobierno federal hizo una cuantiosa inversión en la tecnología informática, en los años 50 y 60, como parte de sus programas militares y del espacio.

En 1976, dos jóvenes empresarios de California construyeron en

una coquera la primera computadora de amplia comercialización para el hogar, la llamaron Apple y encendieron una revolución. A principios de los años 80, millones de microcomputadoras habían llegado a las empresas y los hogares de Estados Unidos y la revista *Time* hizo de la computadora su "máquina del año" en 1982.

Mientras tanto las "industrias con chimeneas" del país, como la siderúrgica y la textil, estaban en decadencia. La industria automovilística nacional se tambaleaba ante la eficiencia de los autos japoneses. En 1980, las compañías de Japón ya fabricaban la quinta parte de los vehículos vendidos en Estados Unidos. Los fabricantes estadounidenses lucharon con cierto éxito por igualar las eficiencias de costo y las normas de ingeniería de sus rivales nipones, pero su antiguo predominio del mercado automovilístico nacional se había perdido para siempre. Las gigantescas compañías siderúrgicas de antaño se contrajeron a proporciones relativamente insignificantes porque los fabricantes de acero extranjeros adoptaban con más facilidad nuevas tecnologías.

Los consumidores fueron los beneficiarios de esa feroz competencia de las industrias manufactureras, pero la penosa lucha por abatir los costos causó la pérdida permanente de cientos de miles de empleos fabriles. Algunos lograron realizar la transición al sector servicios, pero otros se convirtieron en una triste estadística.

Las pautas demográficas cambiaron. Después del "auge de nacimientos" de la posguerra (de 1946 a 1964), la tasa general de crecimiento demográfico se redujo y la población envejeció. La composición de la familia se modificó también. El porcentaje de unidades familiares disminuyó en 1980; el 25% de los grupos se clasificaba ya como "unidades no familiares" en las que convivían dos o más personas sin lazos de parentesco.

Los nuevos inmigrantes cambiaron el carácter de la sociedad del país en otros aspectos. La reforma de la política migratoria en 1965 dejó de centrarse en Europa occidental y auspició un aumento notable en el número de recién llegados de Asia y América Latina. En 1980 llegaron 808.000 inmigrantes, la cifra más alta en 60 años, y el país se convirtió de nuevo en un asilo para gente de todo el mundo.

Otros grupos empezaron a participar activamente en la lucha por la igualdad de oportunidades. Los homosexuales usaron las tácticas y la retórica del movimiento de derechos civiles y se describían a sí mismos como un grupo oprimido que buscaba el reconocimiento de

sus derechos básicos. En 1975, la Comisión del Servicio Civil de EE.UU. anuló su prohibición de dar empleo a homosexuales. Muchos estados promulgaron leyes contra la discriminación.

Después, en 1981, se descubrió el SIDA (síndrome de inmunodeficiencia adquirida). El SIDA se transmite por vía sexual o por transfusiones de sangre y atacó con especial virulencia a los varones homosexuales y a los usuarios de drogas intravenosas, aunque se demostró que también la población en general era vulnerable al mal. En 1992 ya habían muerto más de 220.000 estadounidenses a causa del SIDA. La epidemia de SIDA no se limitó en modo alguno a Estados Unidos y la campaña para atender la enfermedad incluye hoy a médicos e investigadores de todo el mundo.

EL CONSERVADURISMO Y EL ASCENSO DE RONALD REAGAN

Las tendencias económicas, sociales y políticas de las dos décadas anteriores — que fueron desde la criminalidad y la polarización racial en muchos centros urbanos y la impugnación de los valores tradicionales hasta los reveses económicos y la inflación de los años de Carter — provocaron una sensación de desilusión en muchos estadounidenses. Eso reforzó también una renovada suspicacia hacia el gobierno y su capacidad para atender los problemas sociales y políticos del país.

Los conservadores, que por largo tiempo no habían tenido el poder en el plano nacional, quedaron bien posicionados políticamente en el contexto de ese nuevo estado de ánimo. Muchos estadounidenses fueron receptivos a su mensaje de imponer límites al gobierno, reforzar la defensa nacional y proteger los valores tradicionales.

El repunte conservador tuvo muchas causas. Numerosos cristianos fundamentalistas estaban muy alarmados por la delincuencia y la inmoralidad sexual. Esperaban que la religión o los preceptos morales que a menudo se asocian a ella volvieran a ser un elemento central de la vida del país. Uno de los grupos políticamente más eficaces de principios de los años 80 fue la Mayoría Moral, encabezado por el ministro bautista Jerry Falwell. Otro grupo, dirigido por el reverendo Pat Robertson, creó la organización Coalición Cristiana que en los 90 sería una fuerza considerable en el Partido Republicano. Utilizando la televisión para propagar sus mensajes, Falwell, Robertson y otros tuvieron un buen número de seguidores.

Otro tema que encendió a los conservadores fue el del aborto, uno de los más enconados y emocionales de la época. La oposición a la decisión de la Corte Suprema en el caso *Roe v. Wade* de 1973, que afirmó el derecho de la mujer al aborto en los primeros meses de embarazo, convocó a gran variedad de organizaciones y personas que incluían, entre otros, a católicos, conservadores políticos y evangelistas, la mayoría de los cuales veía el aborto como un equivalente del homicidio en casi todos los casos. Las manifestaciones a favor de la libre elección y a favor de la vida (es decir, a favor y en contra del derecho de aborto) se volvieron un rasgo permanente del paisaje político.

En el Partido Republicano, el ala conservadora volvió a ser dominante. Con las técnicas modernas de correo directo y el poder de la comunicación masiva para propagar su mensaje y recaudar fondos, basados en las ideas de conservadores como el economista Milton Friedman, periodistas como William F. Buckley y George Will, e instituciones de investigación como la Heritage Foundation, la Nueva Derecha tuvo un papel decisivo para definir el temario de la década de 1980.

La "Antigua Derecha" de Goldwater proponía límites estrictos para la intervención del gobierno en la economía. Esta tendencia fue reforzada por un grupo importante de "conservadores libertarios" de la "Nueva Derecha" que no confiaban en el gobierno en general y se oponían a la intromisión del estado en la conducta personal. Además, en la Nueva Derecha había una facción más fuerte, a menudo evangélica, que estaba decidida a ejercer el poder del estado para imponer sus puntos de vista. La Nueva Derecha preconizaba también la adopción de medidas severas contra la delincuencia, reforzar la defensa nacional, enmendar la Constitución para permitir la oración en las escuelas públicas, y la oposición al aborto.

El hombre que logró fusionar todas esas tendencias fue Ronald Reagan. Nacido en Illinois, alcanzó el estrellato en el cine de Hollywood y en la televisión, antes de dedicarse a la política. La primera vez que destacó en ésta fue con un discurso que pronunció en 1964 y fue transmitido por televisión a todo el país en apoyo de Barry Goldwater. Reagan llegó a ser gobernador de California en 1966 y lo fue hasta 1975. Después de perder por estrecho margen la candidatura del Partido Republicano para la presidencia en 1976, la obtuvo por fin en 1980 y avanzó sin parar hasta que ocupó el máximo cargo, derrotando al presidente Jimmy Carter.

El invariable optimismo del presidente Reagan y su capacidad para exaltar los logros y aspiraciones de su pueblo campearon en los dos periodos que ocupó el cargo. Para muchos estadounidenses él fue un emblema de reafirmación y estabilidad. Reagan llegó a ser conocido como el "Gran Comunicador" por su absoluta soltura ante los micrófonos y las cámaras de televisión.

Citando una frase del líder puritano del siglo XVII John Winthrop, él le dijo a la nación que Estados Unidos era una "ciudad resplandeciente sobre una colina", a la cual Dios mismo confirió la misión de defender al mundo contra la difusión del totalitarismo comunista.

Reagan estimó que el gobierno se inmiscuía demasiado en la vida nacional. Por eso se propuso eliminar los programas que a su juicio no necesitaba el país y acabar con "el desperdicio, el fraude y el abuso". Intensificó el programa de desregulación iniciado por Jimmy Carter. Trató de suprimir muchos reglamentos que afectaban al consumidor, a los centros de trabajo y al medio ambiente.

Reagan reflejó también la creencia de muchos conservadores según la cual la ley se debe aplicar con rigor a quien la infringe. Poco después de asumir la presidencia, se enfrentó a una huelga nacional de los controladores del transporte aéreo de Estados Unidos. Aunque estaban prohibidas por la ley, esas huelgas habían sido toleradas de ordinario en el pasado. Cuando los controladores aéreos se negaron a volver al trabajo, él ordenó que todos fueran cesados. En los siguientes años el sistema fue reconstruido con nuevas contrataciones.

LA ECONOMÍA EN LA DÉCADA DE 1980

El programa nacional del presidente Reagan se basó en su idea de que el país prosperaría si se suprimían todas las trabas al poder del sector privado en la economía. La teoría rectora detrás de esto, la economía "del lado de la oferta", sostenía que el aumento de la oferta de bienes y servicios resultante de medidas para aumentar la inversión de las empresas era el camino más expedito para el crecimiento económico. En consecuencia, el gobierno de Reagan argumentó que una fuerte reducción de impuestos propiciaría una mayor inversión de capital y más ganancias para las empresa, de modo que aun con impuestos más bajos se incrementarían los ingresos del gobierno.

A pesar de que sólo contaba con una leve mayoría republicana en el

Senado y los demócratas controlaban la Cámara de Representantes, el presidente Reagan logró la aprobación de los principales elementos de su programa económico en su primer año en el cargo, entre ellos una reducción de 25% en el impuesto a individuos, que se aplicaría gradualmente durante tres años. El gobierno propugnó y logró aumentos notables en los gastos de defensa para modernizar las fuerzas militares del país y contrarrestar lo que se percibía como la continua y creciente amenaza de la Unión Soviética.

Los draconianos aumentos de las tasas de interés impuestos por la Reserva Federal bajo el mando de Paul Volcker contuvieron la desbocada inflación iniciada a fines de la década de 1970. La recesión tocó fondo en 1982 cuando la tasa prima de interés se acercó a 20% y la economía tuvo una brusca caída. Ese año, el producto nacional bruto (PNB) real cayó 2%, la tasa de desempleo subió a casi 10% y cerca de la tercera parte de la planta industrial del país quedó ociosa. Los precios del petróleo, persistentemente altos, contribuyeron a ese descenso. Sus rivales económicos, como Alemania y Japón, absorbieron una porción mayor del comercio mundial y el consumo de bienes producidos en otros países aumentó de pronto en Estados Unidos.

También para el agro fueron tiempos difíciles. En los años 70, los agricultores de EE.UU. ayudaron a la India, China, la Unión Soviética y otros países afectados por la escasez de sus cosechas y contrajeron cuantiosas deudas para comprar tierra y elevar su producción. Pero el alza del petróleo elevó los costos y la caída de la economía mundial en 1980 abatió la demanda de productos agrícolas. A los pequeños agricultores que sobrevivieron les fue muy difícil enfrentar la situación.

A causa del mayor gasto militar — aunado a la reducción de los impuestos y el crecimiento del gasto gubernamental en salud — el gobierno federal gastó cada año mucho más de lo que recibía por concepto de ingresos. Algunos analistas dijeron que el déficit era parte de una estrategia deliberada de la administración para impedir los futuros aumentos en el gasto interno que deseaban los demócratas. Sin embargo, tanto los republicanos como los demócratas del Congreso se negaron a reducir esos gastos. De 74.000 millones de dólares en 1980, el déficit se disparó a 221.000 millones en 1986 para luego volver a caer a 150.000 millones en 1987.

La profunda recesión de principios de los años 80 logró contener la

inflación desatada que comenzó en los años de Carter. Más aún, el precio de los combustibles cayó de pronto y al menos una parte de la caída pudo atribuirse a la decisión de Reagan de abolir los controles sobre el precio y la asignación de la gasolina. La situación mejoró a fines de 1983; al inicio del año siguiente la economía reaccionó. En el otoño de 1984, la recuperación ya era franca, lo cual permitió que Reagan compitiera por la reelección con la consigna "ha vuelto a amanecer en Estados Unidos". Él derrotó a su opositor demócrata, el ex senador y vicepresidente Walter Mondale, por un margen abrumador.

Estados Unidos entró en uno de los periodos más largos de crecimiento económico sostenido desde la Segunda Guerra Mundial. El gasto del consumidor aumentó en respuesta a la reducción del impuesto federal. El mercado de valores subió como reflejo de aquella optimista oleada de compras. En un periodo de cinco años a partir del inicio de la recuperación, el Producto Nacional Bruto creció a una tasa anual de 4,2%. La tasa de inflación anual se mantuvo entre 3 y 5% de 1983 a 1987, salvo en 1986 cuando cayó a poco menos de 2%, el nivel más bajo en varias décadas. El PNB de la nación creció sustancialmente en los años 80; de 1982 a 1987, su economía creó más de 13 millones de nuevos empleos.

Inflexible en su compromiso de reducir los impuestos, Reagan firmó en su segundo periodo la medida de reforma fiscal federal más tajante en 75 años. En ella, con el apoyo generalizado tanto de demócratas como de republicanos, redujo las tasas del impuesto sobre la renta, simplificó las clasificaciones tributarias y subsanó varias omisiones de la ley.

Sin embargo un porcentaje apreciable de ese crecimiento se basó en el gasto deficitario. Más aún, lejos de estabilizarse con el vigoroso crecimiento económico, la deuda nacional casi se triplicó. Gran parte del crecimiento se produjo en los rubros de tecnología y servicios especializados. A muchas familias pobres y de clase media no les fue tan bien. Aunque el gobierno era partidario del libre comercio, presionó a Japón para que se autoimpusiera una cuota voluntaria en sus exportaciones de vehículos a Estados Unidos.

La economía se estremeció el 19 de octubre de 1987, el "Lunes Negro", cuando el mercado de valores tuvo una caída de 22,6%, la peor que ha sufrido en un sólo día en toda su historia. Algunas de las causas del colapso fueron los grandes déficit del comercio internacional y del presupuesto federal de Estados Unidos, el alto nivel de la deuda personal y empresarial, y las nuevas técnicas

computarizadas que permitieron la venta instantánea de acciones y futuros. Sin embargo, aun cuando hizo recordar lo ocurrido en 1929, la caída fue un evento transitorio con poca repercusión. De hecho el crecimiento económico continuó y el índice de desempleo cayó a 5,2% ciento en junio de 1988, su nivel más bajo en 14 años.

ASUNTOS EXTERIORES

En política exterior, Reagan pugnó por dar a su país un papel más afirmativo y Centroamérica fue su primer campo de pruebas. Estados Unidos proveyó a El Salvador un programa de ayuda económica y capacitación militar porque un movimiento insurgente guerrillero amenazaba derrocar al gobierno. Reagan dio también un apoyo activo a la transición a un gobierno de elección democrática, pero sólo en parte triunfó su intentos de contener las actividades de los escuadrones de la muerte, de filiación derechista. El apoyo de EE.UU. ayudó a estabilizar al gobierno, pero el nivel de violencia no decayó. Un acuerdo de paz fue firmado al fin a principios de 1992.

La política de Estados Unidos en Nicaragua fue mucho más controvertida. En 1979 los revolucionarios que se llamaban sandinistas derrocaron al régimen represor de derecha presidido por Somoza e instauraron una dictadura pro soviética y pro cubana. Los intentos de imponer la paz en la región fracasaron, por lo cual la administración estadounidense cambió de enfoque y centró sus esfuerzos en apoyar la resistencia antisandinista conocida como la contra.

Tras un intenso debate político en torno a esa estrategia, el Congreso suspendió toda la ayuda militar a la contra en octubre de 1984, pero en el otoño de 1986 se retractó bajo la presión de la administración y aprobó 100 millones de dólares de ayuda militar. Sin embargo la falta de éxito en el campo de batalla, los cargos de violaciones de derechos humanos y la revelación del desvío de fondos procedentes de la venta secreta de armas a Irán para ayudar a la contra (ver más adelante) debilitaron el apoyo político del Congreso para seguir dando esa ayuda.

Más tarde el gobierno del presidente George H.W. Bush, quien sucedió a Reagan como presidente en 1989, suspendió todos los intentos de obtener ayuda militar para la contra. La administración Bush presionó también a favor de las elecciones libres y apoyó una coalición política de oposición, la cual ganó en forma inesperada la elección en febrero de 1990, derrocando del poder a los sandinistas.

El gobierno de Reagan fue mas afortunado en el resto de América Latina, desde Guatemala hasta Argentina, donde fue testigo del retorno de la democracia. El surgimiento de gobiernos democráticamente elegidos no sólo se produjo en Latinoamérica; en Asia, la campaña del "poder del pueblo", dirigida por Corazón Aquino, derrocó a la dictadura de Ferdinand Marcos, y con las elecciones realizadas en Corea se puso punto final a varias décadas de gobierno militar.

En cambio Sudáfrica persistió en su actitud intransigente frente a los esfuerzos estadounidenses por propiciar el final del apartheid racial mediante la controvertida política de "participación constructiva", una diplomacia tranquila aunada a un apoyo público a la reforma. En 1986, frustrado por la falta de progresos, el Congreso de EE.UU. hizo caso omiso del veto de Reagan e impuso una serie de sanciones económicas a Sudáfrica. En febrero de 1990, el presidente sudafricano F. W. de Klerk anunció la liberación de Nelson Mandela e inició la lenta destrucción del apartheid.

A pesar de su vehemente retórica anticomunista, el uso directo de la fuerza militar por Reagan durante su gobierno fue moderado. El 25 de octubre de 1983, fuerzas de EE.UU. desembarcaron en la isla de Granada, en el Caribe, en respuesta a un urgente llamado de auxilio de los países vecinos. La acción se produjo a raíz del asesinato del primer ministro izquierdista de Granada por miembros de su propio partido de orientación marxista. Tras un breve periodo de lucha, los soldados de EE.UU. capturaron a cientos de expertos militares y de construcción cubanos e incautaron armas suministradas por la URSS. En diciembre de 1983 las últimas tropas de combate estadounidenses salieron de Granada y al año siguiente hubo elecciones democráticas.

Sin embargo, el Oriente Medio planteaba una situación mucho más difícil. La presencia militar en Líbano, donde Estados Unidos trataba de reforzar a un gobierno débil, pero moderado y favorable a Occidente, tuvo un final trágico en octubre de 1983 cuando 241 infantes de marina estadounidenses murieron en un atentado terrorista con bombas. En abril de 1986, aviones de la Armada y la Fuerza Aérea de EE.UU. bombardearon Trípoli y Benghazi, Libia, en represalia por los ataques terroristas instigados por ese país contra personal militar norteamericano en Europa.

En el golfo Pérsico, el rompimiento previo de relaciones entre estadounidenses e iraníes y la guerra de Irán e Irak prepararon la escena para las actividades de la armada de EE.UU. en la región. Al

principio los estadounidenses respondieron a Kuwait cuando pidió protección para su flota de buques cisterna; sin embargo, a la postre, Estados Unidos mantuvo abiertas las rutas marítimas vitales, con la ayuda de barcos de Europa occidental, escoltando a los convoyes de buques cisterna y otros navíos neutrales que surcaban las aguas del golfo.

A fines de 1986 los estadounidenses se percataron de que el gobierno había vendido en secreto armas a Irán para reanudar sus relaciones diplomáticas con ese gobierno islámico que le era hostil y obtener así la libertad de los rehenes estadounidenses capturados en Líbano por organizaciones radicales controladas por Irán. La investigación reveló también que los fondos obtenidos de esas ventas de armas habían sido desviados a la contra de Nicaragua en un periodo en que el Congreso había prohibido ese tipo de ayuda militar.

En las audiencias siguientes sobre el caso Irán-contras, ante un comité conjunto de la Cámara y el Senado, fue examinada la posible ilegalidad de esas acciones y también el asunto más amplio de definir los intereses de política exterior de Estados Unidos en el Oriente Medio y Centroamérica. En un sentido más amplio, las audiencias fueron un debate constitucional sobre el sigilo del gobierno y la autoridad del presidente frente a la del Congreso en la conducción de las relaciones exteriores. A diferencia de las célebres audiencias en el Senado por el caso Watergate 14 años antes, en esta ocasión no hallaron bases para someter al presidente a juicio político y no llegaron a una conclusión definitiva sobre esos problemas siempre vigentes.

LAS RELACIONES ESTADOUNIDENSE-SOVIÉTICAS

En las relaciones con la Unión Soviética, la política declarada del presidente Reagan consistió en buscar la paz por medio de la fuerza. Él estaba decidido a mantenerse firme contra el país al que él mismo llamaría en 1983 "el imperio del mal". Dos sucesos iniciales agravaron la tensión en las relaciones entre las dos naciones: la supresión del movimiento sindical Solidaridad en Polonia en diciembre de 1981 y el derribo de un avión civil que se salió de curso — el vuelo 007 de Korean Airlines — por un avión caza de combate soviético el 1 de septiembre de 1983. Estados Unidos condenó también la continua ocupación soviética de Afganistán y siguió dando la ayuda iniciada por la administración Carter a la resistencia mujahid de ese país.

En el primer periodo de Reagan el país gastó sumas sin precedente para reforzar masivamente la defensa, lo cual incluyó el emplazamiento de misiles nucleares de alcance intermedio en Europa para contrarrestar los despliegues soviéticos de proyectiles del mismo tipo. Además, el 23 de marzo de 1983, en una de las decisiones de política más acaloradamente debatidas de su presidencia, Reagan anunció el programa de investigación de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) para explorar tecnologías avanzadas, como el láser y proyectiles de alta energía, para la defensa contra misiles balísticos intercontinentales. Aunque muchos científicos cuestionaron la factibilidad tecnológica de la IDE y los economistas señalaron las sumas exorbitantes de dinero que su ejecución podría requerir, el gobierno continuó con el proyecto.

Después de su reelección en 1984, Reagan suavizó su actitud en materia de control de armas. A su vez, Moscú se mostró accesible para llegar a un acuerdo, en parte porque su economía ya había gastado en la defensa una proporción mucho mayor del producto nacional que Estados Unidos. El dirigente soviético Mikhail Gorbachev pensó que más incrementos habrían entorpecido su plan de liberalizar la economía del país.

En noviembre de 1985, Reagan y Gorbachev acordaron en principio que tratarían de reducir en 50% sus armas nucleares estratégicas ofensivas y que concertarían un acuerdo provisional sobre las fuerzas nucleares de alcance intermedio. En diciembre de 1987 firmaron el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (FNAI) por el cual se dispuso la destrucción de toda esa categoría de armas nucleares. Para entonces la Unión Soviética parecía ser un adversario menos amenazador. A Reagan se le podría acreditar en gran parte el marcado debilitamiento de la Guerra Fría, pero al final de su gobierno casi nadie comprendió cuán frágil había llegado a ser la URSS.

LA PRESIDENCIA DE GEORGE H.W. BUSH

El presidente Reagan gozó de una popularidad inusitadamente alta al final de su segundo periodo en el cargo, pero según lo dispuesto en la Constitución de Estados Unidos, no pudo volver a contender por la presidencia en 1988. El candidato republicano fue el vicepresidente George Herbert Walker Bush, quien fue elegido como 41º presidente de EE.UU.

En su campaña, Bush prometió a los votantes continuar con la prosperidad iniciada por Reagan. Dijo también que apoyaría una

defensa poderosa para el país en forma más fiable que el candidato demócrata, Michael Dukakis. Prometió además trabajar por "un Estados Unidos más bondadoso y amable". Dukakis, el gobernador de Massachusetts, decía que los estadounidenses menos afortunados habían sido perjudicados en su economía y que el gobierno debía ayudarlos, imponiendo al mismo tiempo un control sobre la deuda federal y los gastos de defensa. Sin embargo el público se sintió mucho más atraído por el mensaje económico de Bush: no habrá nuevos impuestos. Bush venció en los comicios por un margen de 54 contra 46% del voto popular.

En su primer año en el cargo, Bush aplicó un programa fiscal conservador cuyas políticas de impuestos, gastos y endeudamiento fueron fieles al programa económico del gobierno de Reagan. Pero el nuevo presidente pronto quedó atrapado entre un abultado déficit presupuestario y una ley que exigía la reducción del mismo. Pareció necesario hacer recortes a los egresos y Bush tuvo poco margen de maniobra para introducir nuevos elementos en el presupuesto.

El gobierno de Bush propuso nuevas iniciativas de política en rubros que no requerían nuevos gastos federales cuantiosos. Así, en noviembre de 1990, Bush firmó una legislación tajante que impuso nuevas normas federales sobre el nivel de smog permisible en las ciudades, las emisiones de vehículos, la contaminación tóxica del aire y la lluvia ácida, pero la mayor parte del costo recayó sobre el contaminador industrial. Él aceptó leyes para facilitar el tránsito de los incapacitados, pero no hubo suposición federal alguna acerca del gasto que implicaría modificar los edificios para el acceso de sillas de ruedas y ese tipo de ayudas.

PRESUPUESTOS Y DÉFICIT

En realidad el gobierno de Bush tuvo más problemas en su intento de controlar el déficit del presupuesto federal. Una fuente de sus dificultades fue la crisis en materia de ahorro y préstamo. Los bancos de ahorro — antes sometidos a intensa regulación como un refugio seguro que concedía préstamos con intereses bajos a la gente ordinaria — fueron liberalizados, lo cual les permitió competir con más agresividad mediante el pago de tasas de interés más altas y la concesión de préstamos con mayor riesgo. El aumento de la garantía del gobierno sobre seguros de depósito redujo la reticencia del consumidor para acudir a las instituciones menos firmes. El fraude, la mala administración y la economía incoherente llevaron a una insolvencia generalizada a las casas de ahorro (término

genérico que abarca todas las instituciones orientadas al consumo, como las asociaciones de ahorro y préstamo y los bancos de ahorro). En 1993 el costo total de la venta y el cierre de las empresas fallidas fue enorme: cerca de 525.000 millones de dólares.

El presidente Bush presentó su propuesta presupuestaria ante el Congreso en enero de 1990. Los demócratas replicaron que las proyecciones presupuestarias del gobierno eran demasiado optimistas y que para acatar la ley de la reducción del déficit era preciso elevar los impuestos y hacer recortes más tajantes a los gastos de defensa. En junio de ese año, al cabo de largas negociaciones, el presidente aprobó un aumento de impuestos. Así mismo, la combinación de la recesión económica, las pérdidas a causa de la operación de rescate de la industria de ahorro y préstamo, y la escalada de los costos de atención de la salud de Medicare y Medicaid neutralizaron las medidas para la reducción del déficit y produjeron en 1991 un faltante por lo menos tan grande como el del año anterior.

EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

Cuando Bush llegó a la presidencia, el imperio soviético estaba al borde del colapso. Los esfuerzos de Gorbachev por abrir la economía de la URSS parecieron zozobrar. En 1989, los gobiernos comunistas de uno tras otro de los países de Europa oriental se derrumbaron cuando fue evidente que las tropas rusas ya no serían enviadas para sostenerlos. Los partidarios de la línea dura intentaron dar un golpe de estado a mediados de 1991, pero los contuvo el rival de Gorbachev, Boris Yeltsin, presidente de la República de Rusia. Al final de ese año Yeltsin ya tenía una posición dominante e impuso la disolución de la Unión Soviética.

El gobierno de Bush condujo con destreza el final de la Guerra Fría, trabajando de cerca con Gorbachev y Yeltsin. Encabezó las negociaciones que culminaron con la unificación de Alemania del Este y el Oeste (en septiembre de 1990), el acuerdo sobre grandes reducciones de armas en Europa (en noviembre de 1990) y recortes sustanciales en los arsenales nucleares (en julio de 1991). Después de la liquidación de la Unión Soviética, Estados Unidos y la nueva Federación Rusa accedieron a dismantelar todos sus misiles de ojivas múltiples en un periodo de 10 años.

La disposición final de los materiales nucleares y la preocupación siempre presente por la proliferación nuclear reemplazaron a la

amenaza de un conflicto nuclear entre Washington y Moscú.

LA GUERRA DEL GOLFO

La euforia por el final de la Guerra Fría se ensombreció dramáticamente el 2 de agosto de 1990 cuando Irak invadió Kuwait. Irak bajo el mando de Saddam Hussein e Irán, gobernado por su régimen fundamentalista islámico, se habían perfilado como las dos principales potencias militares en el área del Golfo Pérsico, rica en petróleo. Los dos países se enfrascaron en una guerra larga e inconclusa en la década de 1980. Menos hostil a Estados Unidos que a Irán, Irak ganó cierto grado de apoyo de los gobiernos de Reagan y Bush. La ocupación de Kuwait fue una amenaza para Arabia Saudita y cambió los cálculos diplomáticos de la noche a la mañana.

El presidente Bush condenó enérgicamente la acción de Irak, exigió su retiro inmediato y sin condiciones y envió un fuerte despliegue de soldados estadounidenses a Oriente Medio. Formó una de las coaliciones militares y políticas más extraordinarias de la era moderna, con fuerzas militares de Asia, Europa y África, y también del Medio Oriente.

En los días y semanas siguientes a la invasión, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó 12 resoluciones condenando la invasión iraquí e impuso sanciones económicas de amplio alcance contra Irak. El 29 de noviembre aprobó el uso de la fuerza si ese país no se retiraba de Kuwait antes del 15 de enero de 1991.

Bush se enfrentó también a un importante problema constitucional: la Constitución de EE.UU. confiere a la rama legislativa la facultad de declarar la guerra. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX, el país se había involucrado en Corea y en Vietnam sin una declaración de guerra oficial y sólo con una oscura autorización legislativa. El 12 de enero de 1991, tres días antes que se cumpliera el plazo de la ONU, el Congreso otorgó al presidente Bush la autoridad por él solicitada, al conferirle el poder más explícito y cabal para hacer la guerra que se hubiera otorgado a un presidente en casi medio siglo.

Estados Unidos y una coalición de naciones como Gran Bretaña, Francia, Italia, Arabia Saudita, Kuwait y otras, lograron la liberación de Kuwait con una devastadora campaña aérea encabezada por EE.UU. que duró poco más de un mes. En seguida se realizó una invasión masiva sobre Kuwait e Irak por soldados de infantería

aerotransportados y equipados con vehículos blindados. Gracias a su mayor velocidad, movilidad y poder de fuego, las fuerzas aliadas dominaron al ejército iraquí en una campaña terrestre que duró sólo 100 horas.

Sin embargo, la victoria fue incompleta e insatisfactoria. La resolución de la ONU, que Bush cumplió al pie de la letra, sólo exigía que Irak fuera expulsado de Kuwait. Saddam Hussein se mantuvo en el poder y reprimió con crueldad a los kurdos en el norte y a los chiítas en el sur que se habían rebelado, alentados por Estados Unidos. Los cientos de incendios provocados intencionalmente por los iraquíes en los pozos petrolíferos no pudieron ser extinguidos antes de noviembre de 1991. Además, fue evidente que el régimen de Saddam trató de impedir la actividad de los inspectores de la ONU que, según las resoluciones del Consejo de Seguridad, trataban de localizar y destruir las armas de destrucción masiva de Irak, que incluían instalaciones nucleares más avanzadas de lo que antes se había sospechado y enormes reservas de armas químicas.

La Guerra del Golfo hizo posible que Estados Unidos convencieran a los estados árabes, Israel y una delegación palestina, de iniciar negociaciones directas para resolver sus complejos e intrincados problemas, pues a la postre eso podría conducir a una paz duradera en la región. Las conversaciones empezaron en Madrid, España, el 30 de octubre de 1991. A su vez, en ellas se preparó la escena para las negociaciones secretas realizadas en Noruega que culminaron con el histórico acuerdo entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina, firmado el 13 de septiembre de 1993 en la Casa Blanca.

PANAMÁ Y EL NAFTA

El presidente recibió también amplio respaldo de ambos partidos en el Congreso para la breve invasión estadounidense de Panamá, el 20 de diciembre de 1989, en la que el dictador y general Manuel Antonio Noriega fue derrocado. En la década de 1980, cuando la adicción a la cocaína en forma de crack alcanzó proporciones de epidemia, el presidente Bush colocó la "guerra contra las drogas" en el centro de su agenda nacional. Además Noriega, un dictador especialmente brutal, había tratado de mantenerse en el poder con demostraciones bastante burdas de antinorteamericanismo. Después de buscar refugio en la embajada del Vaticano, Noriega se entregó a las autoridades de EE.UU. Más tarde fue juzgado y convicto en un tribunal federal de Miami, Florida, por tráfico de

drogas y fraude organizado.

El gobierno de Bush logró avanzar en el frente económico con la negociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA por sus siglas en inglés) con México y Canadá. Éste sería ratificado después de un intenso debate en el primer año del gobierno de Clinton.

CANDIDATOS INDEPENDIENTES Y DE TERCEROS PARTIDOS

Con frecuencia se cree que Estados Unidos funciona bajo un sistema de dos partidos. En la práctica eso es cierto: la Casa Blanca ha estado ocupada todos los años por un demócrata o por un republicano desde 1852. Sin embargo también es verdad que el país ha producido a través de los años un buen número de terceros partidos y otros de orden menor.

Los terceros partidos se organizan en torno de un conjunto de temas afines o de un solo tema. Suelen tener mejor suerte cuando encuentran un líder carismático. Como la presidencia está fuera de su alcance, la mayoría de ellos sólo busca una plataforma para divulgar sus inquietudes políticas y sociales.

Theodore Roosevelt. El candidato de un tercer partido que tuvo más éxito en el siglo XX fue el republicano Theodore Roosevelt, el ex presidente, cuyo Partido Progresista o del Alce ganó el 27,4% de los votos en la elección de 1912. El ala progresista del Partido Republicano, decepcionada del presidente William Howard Taft, instó a Roosevelt a contender por la candidatura del partido en 1912. Éste accedió y derrotó a Taft en varias elecciones primarias. Sin embargo, Taft tenía el control de la maquinaria del partido y ganó la nominación.

Entonces los partidarios de Roosevelt se separaron de su partido para formar el Partido Progresista. Roosevelt dijo que se sentía tan fuerte y apto como un alce (de ahí el nombre popular del partido) e inició su campaña con una plataforma cuyos temas básicos eran: la regulación de las "grandes empresas", el sufragio de la mujer, un impuesto gradual sobre la renta, el Canal de Panamá y la conservación de los recursos naturales. Su campaña bastó para derrotar a Taft. Sin embargo, al dividir el voto republicano, él ayudó a asegurar la elección del demócrata

Woodrow Wilson.

Los socialistas. El Partido Socialista alcanzó también su apogeo en 1912 al ganar el 6% del voto popular. Su eterno candidato, Eugene Debs, obtuvo ese año más de 900.000 votos con sus propuestas de pugnar por la propiedad colectiva de las industrias del transporte y las comunicaciones, acortar el horario de trabajo y promover proyectos de obras públicas para alentar el empleo.

Robert LaFollette. Otro progresista fue el senador Robert LaFollette, quien ganó más del 16% de los votos en la elección de 1924. Eterno defensor de los granjeros y los trabajadores industriales y enemigo acérrimo de la gran empresa, LaFollette fue uno de los protagonistas de la resurrección del movimiento progresista después de la Primera Guerra Mundial. Con el apoyo del voto de campesinos y obreros, socialistas y los últimos miembros del Partido del Alce de Roosevelt, LaFollette contendió basado en una plataforma cuyo tema central era la nacionalización de los ferrocarriles y los recursos naturales del país. Sólo logró ganar Wisconsin, su estado natal.

Henry Wallace. El Partido Progresista se reinventó a sí mismo en 1948, cuando nombró candidato a Henry Wallace, el ex secretario de agricultura y vicepresidente de Franklin Roosevelt. En su plataforma de 1948, Wallace se declaró en contra de la Guerra Fría, el Plan Marshall y las grandes empresas. Basó también su campaña en la lucha para acabar con la discriminación contra los negros y las mujeres, apoyó el salario mínimo e instó a la supresión del comité de la Cámara que investigaba las actividades antinorteamericanas. El hecho de no haber desconocido al Partido Comunista de Estados Unidos que lo apoyaba debilitó su popularidad y al final sólo pudo ganar poco más del 2,4% del voto popular.

Los dixícratas. Igual que los progresistas, el Partido de los Derechos de los Estados o "dixícrata" cuyo líder era el gobernador de Carolina del Sur, Strom Thurmond, fue fundado en 1948 como un subproducto del Partido Demócrata. Su oposición provenía de la plataforma de derechos civiles de Truman. Aunque el partido se presentaba como defensor de los "derechos de los estados", su objetivo principal era seguir aplicando la segregación racial y apoyar las leyes antiafro-

estadounidenses que la sustentaban.

George Wallace. Los disturbios étnicos y sociales de la década de 1960 hicieron que la atención del país se enfocara en George Wallace, otro gobernador del sur partidario de la segregación. Wallace atrajo a sus seguidores con una serie de pintorescas diatribas contra los derechos civiles, los liberales y el gobierno federal. Él fundó el Partido Estadounidense Independiente en 1968, realizó su campaña desde el palacio municipal de Montgomery, Alabama y ganó el 13,5% del voto presidencial total.

H. Ross Perot. Todos los terceros partidos tratan de capitalizar la insatisfacción popular contra el gobierno federal y los grandes partidos. Sin embargo, en la historia reciente, pocas veces ha sido tan fuerte ese sentimiento como en la elección de 1992. El empresario tejano Perot, poseedor de una inmensa fortuna, tenía una habilidad especial para llevar su mensaje de sensatez económica y responsabilidad fiscal a un amplio espectro de la población. Mediante encendidos libelos contra los dirigentes del país y con un mensaje económico que se reducía a fórmulas fáciles de entender, Perot no tuvo la menor dificultad para atraer la atención de los medios informativos. Se retiró de la contienda en julio, pero se reintegró a la misma un mes antes de la elección y ganó más de 19 millones de votos, casi el 19 por ciento del total, como portaestandarte del Partido de la Reforma. Esto fue por amplio margen el mayor número de sufragios que haya obtenido jamás un candidato de un tercer partido. Sólo fue superado por Roosevelt en 1912, en su porcentaje del sufragio total.

CONTENIDO

Capítulo 1:
[Los albores de Norteamérica](#)

Capítulo 2:
[El periodo colonial](#)

Capítulo 3:
[El camino de la independencia](#)

Capítulo 4:
[La formación de un gobierno nacional](#)

Capítulo 5:
[La expansión hacia el oeste y las diferencias regionales](#)

Capítulo 6:
[Conflictos sectoriales](#)

Capítulo 7:
[La Guerra Civil y la Reconstrucción](#)

Capítulo 8:
[Crecimiento y transformación](#)

Capítulo 9:
[Descontento y reforma](#)

Capítulo 10:
[Guerra, prosperidad y depresión](#)

Capítulo 11:
[El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial](#)

Capítulo 12:
[Estados Unidos en la posguerra](#)

Capítulo 13:
[Décadas de cambio: 1960-1980](#)

Capítulo 14:
[El nuevo conservadurismo y un nuevo orden mundial](#)

Capítulo 15:
[Un puente hacia el siglo XXI](#)

[Bibliografía \(en inglés\)](#)

PERFILES ILUSTRADOS

[El advenimiento de una nación](#)

[La transformación de una nación](#)

[Monumentos y sitios conmemorativos](#)

[Agitación y cambio](#)

[Una nación del siglo](#)



(Publicado en febrero de 2007)

Capítulo 15: Un puente hacia el siglo XXI

"La mejor esperanza para la paz en nuestro mundo es que la libertad se expanda por todo el mundo".

-- Presidente *George W. Bush*, 2005

Para la mayoría de los estadounidenses, la década de 1990 fue una época de paz, prosperidad y rápidos cambios tecnológicos. Algunos lo atribuyeron a la

"Revolución Reagan" y al final de la Guerra Fría, pero otros pensaron que se debió al regreso de un demócrata a la presidencia. En ese periodo, la mayoría de los estadounidenses — cualquiera que fuese su afiliación política — reafirmaron su apoyo a los valores familiares tradicionales basados a menudo en sus ideas religiosas. El columnista del *New York Times* David Brooks especuló que el país estaba pasando por una "autorreparación moral" en virtud de que "muchos de los indicadores de disolución social, que se dispararon a fines de los años 60 y en los 70 y se estancaron en niveles elevados en los años 80", ya estaban disminuyendo.

Sin tomar en cuenta las mejoras en términos de delincuencia y otras estadísticas sociales, la política del país siguió siendo ideológicamente emotiva y se caracterizó por sus intensas divisiones. Además, poco después de que la nación entró en el nuevo milenio, su sensación de seguridad por haber dejado atrás la Guerra Fría fue sacudida por un ataque terrorista sin precedente que la lanzó por un sendero internacional nuevo y difícil.

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 1992



Bomberos al pie de los puntales verticales destruidos de las torres gemelas del World Trade Center tras los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, D.C. (AP/WWP)

A medida que la elección presidencial de 1992 se acercaba, los estadounidenses se vieron que su mundo había sido transformado de un modo que habría sido casi inimaginable cuatro años antes. Los conocidos símbolos de la Guerra Fría, desde el Muro de Berlín hasta los misiles intercontinentales y los bombarderos en constante alerta roja, habían desaparecido. Europa oriental era independiente, la Unión Soviética se había disuelto, Alemania estaba unida, árabes e israelíes se reunían para sostener negociaciones directas y la amenaza de un conflicto nuclear se había reducido notablemente. Fue como si un gran volumen de la historia se hubiera cerrado y otro acabara de abrirse.

Sin embargo, en su país, los estadounidenses eran menos optimistas y se enfrentaban a problemas profundos y muy conocidos. El país se vio envuelto en la más profunda recesión registrada desde principios de los años 80. Muchas de las plazas de trabajo perdidas correspondían a empleados de cuello blanco en puestos de gerentes de nivel medio y no tan sólo entre los trabajadores manuales del sector manufacturero, como había ocurrido antes. A pesar de que la economía inició su recuperación en 1992, su crecimiento fue de hecho imperceptible hasta fines de ese año. Además, el déficit federal siguió creciendo, impulsado del modo más sorprendente por el continuo aumento de los gastos para la atención de la salud.

El presidente George Bush y el vicepresidente Dan Quayle lograron con facilidad ser designados de nuevo candidatos del Partido Republicano. En el mando demócrata, el gobernador de Arkansas, Bill Clinton, derrotó a un nutrido grupo de aspirantes y ganó la candidatura de su partido. Como candidato a la vicepresidencia, él escogió al senador de Tennessee Al Gore, reconocido en general como uno de los partidarios más vigorosos de la protección del medio ambiente en el Congreso.

El profundo descontento del país por el rumbo de la economía propició también el ascenso de un notable candidato independiente, el acaudalado empresario tejano H. Ross Perot. Él supo aprovechar la gran corriente de frustración ante la incapacidad de Washington para lidiar con los problemas económicos en forma eficaz, sobre todo con el déficit federal. Ross Perot tenía una personalidad pintoresca y un don para formular las consignas políticas más elocuentes en pocas palabras. A fin de cuentas fue el más exitoso de los candidatos presentados por terceros partidos desde Theodore Roosevelt en 1912.

La campaña de Bush para la reelección fue erigida sobre las ideas que por tradición han esgrimido los candidatos que están en el cargo: experiencia y confianza. George Bush, de 68 años y el último de una dinastía de presidentes que prestaron servicio en la Segunda Guerra Mundial, se enfrentaba al joven retador Bill Clinton que, a la edad de 46 años, nunca había pertenecido a las fuerzas militares y participó en las protestas contra la guerra de Vietnam. Al poner de relieve su experiencia como presidente y comandante en jefe, Bush atrajo la atención hacia la inexperiencia de Clinton en el nivel nacional.

Bill Clinton organizó su campaña en torno de los temas más antiguos y poderosos de la política electoral: la juventud y el cambio. Cuando estudiaba la preparatoria, Clinton tuvo oportunidad de conocer al presidente Kennedy; 30 años después, gran parte de su retórica fue un eco consciente de la que Kennedy desplegó en su campaña de 1960.

Después de haber sido gobernador de Arkansas por 12 años, Clinton podía hablar de su experiencia en la lucha contra los mismos problemas de crecimiento económico, educación y atención de la salud que, según las encuestas de opinión pública, eran los puntos más vulnerables del presidente Bush. Mientras él ofrecía un programa económico basado en la reducción de impuestos y recortes en los gastos del gobierno, Clinton propuso impuestos más altos para los ricos y mayores egresos en inversiones para educación, transporte y comunicaciones pues, a su juicio, eso impulsaría la productividad y el crecimiento de la nación y, por lo tanto, reduciría el déficit. Así mismo, las propuestas de Clinton en materia de atención de la salud implicaban una participación mucho mayor del gobierno federal que las de Bush.

Clinton demostró ser un comunicador muy eficaz, tanto en persona como por televisión, un medio que realizaba su carisma e inteligencia. Los éxitos mismos del presidente al poner fin a la Guerra Fría y contener el empuje de Irak en Kuwait fortalecieron el argumento implícito de Clinton de que los asuntos exteriores eran ahora menos importantes, en términos relativos, frente a las apremiantes necesidades sociales y económicas que había en el país.

El 3 de noviembre Bill Clinton ganó la elección y fue el 42º presidente de Estados Unidos, después de obtener el 43% del voto popular, frente al 37% de Bush y el 19% de Perot.

UNA NUEVA PRESIDENCIA

En muchos aspectos, Clinton fue el dirigente perfecto para un partido que estaba dividido entre el ala liberal y la moderada. Él trató de asumir el papel de un centrista pragmático, capaz de moderar las demandas de los diversos grupos que defendían intereses especiales en el Partido Demócrata sin distanciarse de ninguno.

Sin recurrir a la retórica ideológica de que el gobierno grande es un factor positivo, él propuso varios programas que le ganaron el mote de "Nuevo Demócrata". El control de la burocracia federal y las designaciones para la rama judicial le brindaron un medio de satisfacer las demandas políticas de los trabajadores organizados y de los grupos defensores de los derechos civiles. En el tema siempre controvertido del aborto, Clinton apoyó el veredicto del caso *Roe v. Wade*, pero dijo también que el aborto debía practicarse en forma "segura, legal y en raras ocasiones"

La persona que colaboró en forma más importante con el presidente Clinton fue su esposa, Hillary Rodham Clinton. En la campaña, él decía que quienes votaran por él "obtendrían dos por el precio de uno". Ella apoyó a su esposo frente a las acusaciones en torno a su vida personal.

Con una actitud tan enérgica y activista como la de su esposo, la Sra. Clinton asumió un papel más importante en el gobierno que ninguna otra primera dama anterior, incluida Eleanor Roosevelt. Su primera asignación importante fue el desarrollo de un programa de salud nacional. En el año 2000, cuando el gobierno de su esposo llegaba a su fin, ella fue elegida senadora federal por Nueva York.

LANZAMIENTO DE UNA NUEVA POLÍTICA NACIONAL

En la práctica, el centralismo de Clinton requirió tomar decisiones que a veces suscitaban emociones vehementes. La primera iniciativa de política del presidente tuvo el objetivo de satisfacer las demandas de los homosexuales que, exigiendo ser reconocidos como un grupo que era víctima de discriminación, habían llegado a ser un electorado demócrata importante.

En cuanto asumió el cargo, el presidente Clinton emitió una orden ejecutiva que rescindió la antigua política militar por la cual los homosexuales reconocidos eran expulsados del servicio. Esa orden

no tardó en provocar la furibunda crítica de algunos militares, en su mayoría republicanos, y de grandes sectores de la sociedad estadounidense. Clinton no tardó en modificarla con una orden de "no preguntar y no declarar" a ese respecto, que restableció de hecho la antigua política, pero desalentó la investigación activa de la conducta sexual de las personas.

El fallido intento de crear un plan nacional de salud fue un revés mucho más grave. La administración organizó una numerosa fuerza de tarea, presidida por Hillary Clinton e integrada por destacados intelectuales y activistas políticos, que trabajó en secreto varios meses en el desarrollo de un plan para proveer atención médica a todos los estadounidenses.

La suposición de trabajo en la que se apoyaba esa estrategia era que un plan con "un solo pagador" y administrado por el gobierno podría impartir servicios de salud a toda la nación con más eficiencia que el sistema descentralizado actual con sus miles de aseguradores y proveedores disociados unos de otros. Sin embargo, tal como fue presentado al Congreso en septiembre de 1993, el plan fue tan complicado como su objetivo. La mayoría de los republicanos y algunos demócratas lo criticaron aduciendo que era un intento federal fatalmente complejo de apoderarse de la medicina en el país. Al cabo de un año de discusiones expiró sin llegar a ser votado en el Congreso.

Clinton tuvo más éxito en otro asunto de mayor repercusión en la economía nacional. El presidente anterior, George Bush, había negociado el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) para establecer un comercio totalmente abierto entre Canadá, Estados Unidos y México. Electores demócratas clave se opusieron a ese acuerdo. Los sindicatos pensaron que estimularía la exportación de empleos y socavaría las normas laborales del país. Los defensores del medio ambiente dijeron que induciría a las principales industrias nacionales a reubicarse en países donde los controles contra la contaminación fueran más débiles. Esos fueron los primeros indicios de un movimiento creciente del ala izquierda de la política estadounidense contra la visión de un sistema económico mundial integrado.

A pesar de todo, el presidente Clinton aceptó la idea de que, a la postre, el comercio abierto sería benéfico para todas las partes porque conduciría a un flujo más abundante de bienes y servicios producidos con más eficiencia. Su administración no sólo presentó el NAFTA ante el Senado, sino también respaldó la creación de un

sistema de comercio internacional muy liberalizado que sería administrado por la Organización Mundial del Comercio (OMC). Al cabo de un debate vigoroso, el Congreso aprobó el NAFTA en 1993. Un año más tarde aprobaría también la afiliación a la OMC.

Aun cuando en la campaña presidencial Clinton habló de una "reducción de impuestos para la clase media", presentó al Congreso un presupuesto que requería un incremento general en la tributación. En su versión original incluía un fuerte impuesto sobre el consumo de energía destinado a promover la conservación, pero pronto éste fue sustituido por un aumento nominal del impuesto federal sobre la gasolina. También aplicó impuestos a los beneficios de la seguridad social para los beneficiarios con ingresos medianos y mayores. Sin embargo, el factor principal consistió en elevar el impuesto sobre la renta a quienes tenían altos ingresos. El debate ulterior no fue sino una repetición de las discusiones de los partidarios de la reducción de impuestos con los defensores de la "responsabilidad fiscal" que fueron características de los años de Reagan. Al final, Clinton se salió con la suya, pero por muy estrecho margen. El proyecto de ley fue aprobado en la Cámara de Representantes por un solo voto.

Para entonces, las campañas de 1994 para las elecciones del Congreso ya estaban en marcha. Aun cuando la administración ya había tomado muchas decisiones sobre política exterior, estaba claro que los asuntos del país revestían mayor interés para los votantes. Los republicanos describían a Clinton y a los demócratas como derrochadores incapaces de reformar el sistema tributario. El propio Clinton ya estaba abrumado por acusaciones de que incurrió en presuntos actos indebidos de índole financiera en un proyecto de bienes raíces en Arkansas, y a eso se sumaron cargos de conducta sexual inapropiada. En noviembre, los votantes entregaron a los republicanos el control de las dos cámaras del Congreso por primera vez desde la elección de 1952. Muchos observadores creyeron que Bill Clinton no sería elegido para un segundo periodo en la presidencia. En una decisión que pareció apearse a las nuevas realidades políticas, Clinton prefirió moderar su derrotero político. En el resto de su presidencia presentó pocas iniciativas en materia de política. Contrariando las predicciones republicanas de desastre, los incrementos tributarios de 1993 no impidieron que la economía mostrara un mejoramiento constante.

En cambio, el nuevo liderazgo republicano en la Cámara de Representantes presionó mucho para alcanzar sus objetivos de políticas, en marcado contraste con el nuevo tono moderado de la administración. Cuando extremistas de derechas bombardearon un edificio federal en la ciudad de Oklahoma en abril de 1995, Clinton respondió en un tono tan moderado y conciliador que elevó su estatura e implícitamente arrojó ciertas dudas en torno a sus opositores conservadores. Al final del año, vetó un proyecto presupuestario republicano, lo cual suspendió las operaciones del gobierno por varias semanas. Al parecer, la mayor parte del público culpó de esto a los republicanos.

El presidente cooptó también una parte del programa republicano. En su discurso sobre el Estado de la Unión, en enero de 1996, declaró en tono manera rotundo: "La época del gobierno grande ha terminado". Ese verano, en vísperas de la campaña presidencial, firmó un importante proyecto de reforma del bienestar social que era en esencia un producto republicano. Como su propósito era terminar con el apoyo permanente para la mayoría de los beneficiarios de la seguridad social e inducirlos a trabajar, muchos miembros de su partido se opusieron al proyecto. En términos generales, la aplicación de esa reforma habría de tener éxito en la década siguiente.

LA ECONOMÍA DE ESTADOS UNIDOS EN LA DÉCADA DE 1990

A mediados de los años 90, el país no sólo se había recuperado de la breve, pero intensa, recesión de la presidencia de Bush, sino también estaba entrando en una era de floreciente prosperidad, y eso a pesar de la declinación de su base industrial tradicional. Es probable que la principal fuerza impulsora de ese nuevo crecimiento haya sido el auge de la computadora personal (PC).

A menos de 20 años de su lanzamiento, la PC había llegado a ser un artículo muy familiar, no sólo en las oficinas de todo tipo de empresas, sino también en los hogares de todo Estados Unidos. Mucho más potente de lo que cualquiera pudo haber imaginado dos decenios antes, capaz de almacenar enormes cantidades de datos, disponible al costo de un refrigerador de buena calidad, llegó a ser un aparato doméstico de uso común en los hogares del país.

Con el uso de paquetes de software, las personas pudieron usar sus máquinas para operaciones de contabilidad, procesamiento de

textos o como un depósito de música, fotografías y vídeos. El ascenso de la Internet, surgida de una red previamente cerrada de datos de defensa, brindó acceso a información de toda índole, creó nuevas oportunidades para hacer compras y estableció el correo electrónico como una modalidad común de comunicación. La popularidad de los teléfonos móviles creó una industria nueva y gigantesca que se fecundó en forma recíproca con la PC.

La comunicación al instante y la manipulación de datos a la velocidad de la luz aceleraron el ritmo de muchos negocios, reforzaron en alto grado la productividad y crearon nuevas oportunidades de lucro. Las industrias incipientes que alimentaron la demanda de ese nuevo equipo llegaron a alcanzar un valor de varios miles de millones de dólares casi de la noche a la mañana, generando una nueva y enorme clase media integrada por técnicos, gerentes y publicistas de software.

El cambio de milenio le dio el impulso decisivo a ese fenómeno. La enorme urgencia de mejorar el equipo de cómputo anticuado que tal vez no sería capaz de reconocer las fechas posteriores al año 2000 llevó a un punto máximo los gastos para adquirir tecnología informática.

Estos hechos empezaron a cobrar forma en el primer periodo de Clinton y al final del segundo le dieron impulso a un repunte de la economía. Cuando él fue elegido presidente, el desempleo era de 7,4%; cuando contendió por la reelección en 1996, la cifra era de 5,4%; cuando los votantes fueron a las urnas para elegir a su sucesor, en noviembre de 2000, era de 3,9%. En muchos lugares, el problema no era tanto atender a la gente desempleada, sino encontrar trabajadores dispuestos a ocupar un empleo.

Un personaje de la talla del presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, vio con preocupación la rápida escalada del mercado de valores e hizo una advertencia contra la "exuberancia irracional". La exuberancia de los inversionistas, la más grande desde los años 20, prosiguió con la convicción de que las normas ordinarias de evaluación ya eran obsoletas ante una "nueva economía" de potencial ilimitado. Los buenos tiempos avanzaron peligrosamente de prisa, pero la mayoría de los estadounidenses se sintieron más inclinados a disfrutar de ese auge, mientras durara, que a hacer planes para una quiebra futura.

LA ELECCIÓN DE 1996 Y SU SECUELA POLÍTICA

El presidente Clinton emprendió su campaña de reelección en 1996 en la más favorable de las circunstancias. Aunque su personalidad no era imponente como la de Roosevelt, tenía un don natural para hacer campaña y proyectarse ante muchos con un encanto contagioso. Él presidió durante una creciente recuperación económica y se posicionó en el espectro político de una manera que lo hizo parecer como un hombre de centro inclinado a la izquierda. Su opositor republicano, el senador Robert Dole de Kansas, líder republicano de la cámara alta, era un formidable legislador, pero tuvo menos éxito como candidato a la presidencia.

Con la promesa de "construir un puente hacia el siglo XXI", Clinton venció con facilidad a Dole en una contienda entre tres partidos, los cuales obtuvieron los siguientes resultados: 49,2% contra 40,7% y 8,4% para Ross Perot. De este modo se convirtió en el segundo presidente estadounidense que ganó dos elecciones consecutivas con menos de la mayoría del total de votos. (El otro fue Woodrow Wilson en 1912 y 1916.) A pesar de todo, los republicanos conservaron el control tanto de la Cámara de Representantes como del Senado.

Clinton nunca dio muchos detalles sobre un programa nacional para su segundo periodo. El hecho culminante de su primer año fue un acuerdo con el Congreso para equilibrar el presupuesto, lo cual reforzó aún más la posición del presidente como un liberal moderado y responsable en el aspecto fiscal.

En 1998, la política del país entró en un periodo de agitación por la revelación de que Clinton había tenido un lance amoroso con una joven becaria en la Casa Blanca. Al principio el presidente lo negó y le dijo al pueblo estadounidense: "No tuve relaciones sexuales con esa mujer". El presidente ya se había enfrentado a acusaciones similares en el pasado. Ante una demanda de acoso sexual interpuesta por una mujer a la que conoció en Arkansas, él negó bajo juramento el asunto de la Casa Blanca. Esto encaja con la mayoría de las definiciones de perjurio, a juicio de los estadounidenses. En octubre de 1998, la Cámara de Representantes inició las audiencias para someterlo a un juicio político, a partir de acusaciones de perjurio y obstrucción de la justicia.

Cualesquiera que hayan sido los méritos de ese enfoque, tal parece que la mayoría de los estadounidenses opinaron que se trataba de un asunto privado que debía ventilarse dentro de la

familia, lo cual implicó un cambio notable en la actitud del público. También fue interesante que Hillary Clinton no dejara de apoyar a su esposo. Otro factor a su favor fue sin duda que era una buena época para el país. En medio del debate de la Cámara en torno al juicio político, el presidente anunció el mayor superávit registrado en el presupuesto en 30 años. Las encuestas de opinión pública mostraron que el índice de aprobación a Clinton era el más alto en sus seis años en el cargo.

En noviembre de ese año, los republicanos sufrieron más pérdidas en las elecciones de medio periodo para el Congreso, lo cual redujo sus mayorías a márgenes minúsculos. El presidente de la Cámara, Newt Gingrich, renunció y el partido trató de forjarse una imagen menos estridente. A pesar de todo, en diciembre la Cámara votó la primera resolución de juicio político contra un presidente en funciones desde Andrew Johnson (1868) y decidió presentar el caso ante el Senado para iniciar el juicio.

El juicio político de Clinton, presidido por el presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos, produjo poca expectación. En el curso del mismo, el presidente pronunció su discurso anual del Estado de la Unión ante el Congreso. Nunca tuvo que testificar y ningún observador serio llegó a pensar que alguno de los cargos presentados contra él pudiera obtener el voto de dos tercios del tribunal para destituirlo de su puesto. A la postre, ninguno de los cargos obtuvo siquiera una mayoría simple. El 12 de febrero de 1999 Clinton fue absuelto de todos los cargos.

LAS RELACIONES EXTERIORES DE ESTADOS UNIDOS EN LOS AÑOS DE CLINTON

Bill Clinton no esperaba ser un presidente que hiciera énfasis en la política exterior. Sin embargo, igual que sus predecesores inmediatos, no tardó en descubrir que todas las crisis internacionales parecían seguir una ruta que pasaba por Washington.

Él tuvo que lidiar con la confusa secuela de la Guerra del Golfo de 1991. Al no lograr destituir a Saddam Hussein, Estados Unidos trató de contenerlo con el apoyo de Gran Bretaña. Un régimen de sanciones económicas administrado por las Naciones Unidas con la intención de permitir a Irak la venta de suficiente petróleo para satisfacer sus necesidades humanitarias fue relativamente ineficaz. Saddam canalizó gran parte de los beneficios hacia su propio bolsillo y dejó en la miseria a grandes masas de su pueblo.

Las "zonas vedadas a los vuelos", impuestas como una medida militar para evitar que el gobierno iraquí desplegara su fuerza aérea contra los kurdos rebeldes en el norte y los chiítas en el sur, requirió de constantes patrullajes aéreos de Estados Unidos y Gran Bretaña que siempre tenían que eludir el ataque de misiles antiaéreos.

Estados Unidos dio también el principal respaldo a los equipos de la ONU a cargo de las inspecciones de armas, cuya misión era investigar los programas químicos, biológicos y nucleares de Irak, comprobar la eliminación de las armas de destrucción masiva existentes y suprimir los programas en marcha para fabricarlas. Los inspectores de la ONU encontraron crecientes obstáculos en su labor y fueron expulsados del país en 1998. La respuesta de Estados Unidos, tal como ocurrió ante otras provocaciones anteriores, consistió en ataques limitados con misiles. La secretaria de Estado Madeline Albright dijo que Saddam seguía encerrado "en su cajón".

Fue inevitable que la disputa entre Israel y Palestina, interminable al parecer, involucrara a la administración a pesar de que ni el presidente Clinton ni el ex presidente Bush tuvieron mucho que ver con el acuerdo de Oslo de 1993, por el cual se estableció una "autoridad" palestina para gobernar a esa población en la Ribera Occidental y la Franja de Gaza y se obtuvo el reconocimiento palestino del derecho de Israel a existir.

Igual que muchos acuerdos sobre el Oriente Medio concertados en principio en el pasado, el de Oslo se desmoronó en cuanto fue discutido en detalle. El líder palestino Yasser Arafat rechazó las ofertas finales del líder pacifista israelí Ehud Barak en 2000 y enero de 2001. Surgió entonces una insurgencia palestina en gran escala, caracterizada por la inclusión de atentados suicidas con bombas. Barak cayó del poder y fue sustituido por un personaje mucho más duro, Ariel Sharon. La identificación de Estados Unidos con Israel fue considerada por algunos como un gran problema para la resolución de otros problemas de la región, pero los diplomáticos estadounidenses pudieron aportar muy poco más que sus buenos deseos para contener la violencia. Después de la muerte de Arafat a fines de 2004, surgió un nuevo liderazgo palestino más receptivo frente a un acuerdo de paz y los creadores de políticas estadounidenses reanudaron sus esfuerzos para el logro de un acuerdo.

El presidente Clinton se involucró también a fondo con "los

problemas" de Irlanda del Norte. En uno de los bandos se hallaba el violento Ejército Republicano Irlandés, respaldado sobre todo por los irlandeses católicos que querían incorporar esos países británicos a la República de Irlanda. En el otro bando estaban los unionistas, con fuerzas paramilitares igualmente violentas, respaldados por la mayor parte de la población protestante de escocés-irlandeses que deseaban seguir siendo parte del Reino Unido.

Clinton concedió a los separatistas un mayor reconocimiento del que nunca habían obtenido en Estados Unidos, pero trabajó también de cerca con los gobiernos británicos de John Mayor y Tony Blair. El resultado final, los acuerdos de paz del Viernes Santo de 1998, estableció un proceso político, pero muchos detalles quedaron pendientes de ser precisados. En los siguientes años, la paz y el orden se mantuvieron mejor en Irlanda del Norte que en el Oriente Medio, pero siguieron siendo precarios. El acuerdo final siguió eludiendo a los negociadores.

La desintegración de Yugoslavia — un estado dividido en lo étnico y religioso entre serbios, croatas, eslovenos, musulmanes bosnios y kosovares albaneses — después de la Guerra Fría, se abrió paso también hasta Washington cuando los gobiernos europeos no fueron capaces de imponer el orden. El gobierno de Bush se negó a involucrarse en la violencia inicial, pero la administración Clinton lo hizo al fin, con mucha renuencia, a petición expresa de sus aliados en Europa. En 1995 negoció un acuerdo en Dayton, Ohio, para establecer en Bosnia algo siquiera parecido a la paz. En 1999, ante las masacres de kosovares a manos de los serbios, encabezó una campaña de la OTAN que consistió en un bombardeo de tres meses contra Serbia, lo cual la obligó a negociar por fin.

En 1994, la administración reinstauró en el poder al presidente derrocado Jean-Bertrand Aristide en Haití, y él habría de seguir gobernando nueve años antes de volver a ser depuesto.

En suma, el gobierno de Clinton siguió mirando sobre todo hacia el interior, dispuesto a abordar sólo los problemas internacionales que no fuera posible eludir y, en otros casos, obligado por el resto del mundo a enfrentarlos.

INDICIOS DE TERRORISMO

Hacia el final de su administración, George H. W. Bush envió

tropas estadounidenses a la caótica nación de Somalia, en el este de África. Su misión consistió en encabezar una fuerza de la ONU con el objetivo de proteger el tránsito regular de alimentos para una población que moría de hambre.

Somalia habría de ser otro asunto heredado a la administración Clinton. Los intentos de establecer allí un gobierno representativo llegaron a ser una empresa equivalente a "edificar una nación". En octubre de 1993, soldados estadounidenses enviados para arrestar a un caudillo recalcitrante tropezaron con una resistencia inesperadamente vigorosa en la cual perdieron un helicóptero de ataque y sufrieron 18 bajas. El cacique jamás fue capturado. Todas las unidades de combate estadounidenses fueron retiradas en los siguientes meses.

Desde el punto de vista de la administración, una medida prudente consistió en poner fin a un compromiso marginal, mal aconsejado, y concentrarse en otras prioridades. Sólo más tarde se percibió con claridad que el cacique somalí había contado con el apoyo de una organización sombría e incipiente que llegaría a ser conocida como al-Qaeda, encabezada por un musulmán fundamentalista de nombre Osama bin Laden. Enemigo fanático de la civilización occidental, se dice que bin Laden vio ratificada su idea de que los estadounidenses no peleaban cuando eran atacados.

Para entonces, Estados Unidos ya había sufrido un embate de extremistas musulmanes. En febrero de 1993, un coche con una enorme bomba explotó en un estacionamiento subterráneo bajo una de las torres gemelas del World Trade Center en el bajo Manhattan. La explosión mató a siete personas e hirió a casi un millar, pero no logró derribar el gigantesco edificio en el que laboraban miles de personas. Las autoridades federales y las de Nueva York vieron el asunto como un acto criminal, aprehendieron a cuatro de los conspiradores y lograron que los condenaran a cadena perpetua. Más tarde, otras conspiraciones para hacer estallar túneles vehiculares, edificios públicos y hasta las Naciones Unidas fueron descubiertos y resueltos en forma similar.

Sin embargo, el posible terrorismo del exterior fue eclipsado por el terrorismo nacional, sobre todo por la bomba que estalló en la ciudad de Oklahoma. Perpetrado por los extremistas de la derecha Timothy McVeigh y Terry Nichols, mató a 166 personas e hirió a cientos de ellas, un recuento de bajas mucho mayor que el del ataque al World Trade Center en 1993. Sin embargo, el 25 de

junio de 1996 otra enorme bomba explotó en las Torres de Khobar, un complejo de viviendas militares en Arabia Saudita, causando la muerte a 19 personas e hiriendo a 515. Un gran jurado federal acusó a 13 saudíes y un libanés por ese ataque, pero Arabia Saudita se negó a hacer extradiciones.

Dos años después, el 7 de agosto de 1998, la explosión simultánea de potentes bombas destruyó las embajadas de Estados Unidos en Kenya y Tanzania, matando a 301 personas e hiriendo a más de 5.000. En represalia, Clinton ordenó ataques con misiles sobre los campos de entrenamiento de terroristas dirigidos por Bin Laden en Afganistán, pero al parecer éstos estaban desiertos. Clinton ordenó también un ataque con misiles para destruir una fábrica de productos químicos sospechosa en Sudán, un país que le brindó refugio a bin Laden con anterioridad.

El 12 de octubre de 2000, terroristas suicidas se lanzaron en una lancha rápida con bombas contra el destructor Cole de la Marina de Guerra de Estados Unidos que hacía una visita de cortesía a Yemen. La acción heroica de la tripulación mantuvo el barco a flote, pero en el atentado murieron 17 marinos. Se percibía con claridad la mano de Bin Laden detrás de los ataques en Arabia Saudita, África y Yemen, pero no era posible atraparlo a menos que la administración estuviera dispuesta a invadir Afganistán para buscarlo ahí.

El gobierno de Clinton nunca quiso dar ese paso. Incluso se retrajo ante la posibilidad de asesinarlo porque otras personas podían morir en el intento. Los ataques habían sido remotos y muy separados entre sí; era fácil aceptarlos como un costo indeseable e imposible de evitar, asociado al estado de superpotencia. Bin Laden siguió siendo una molestia grave, pero no una máxima prioridad para un gobierno que se acercaba a su fin.

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 2000 Y LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO

El Partido Demócrata puso al vicepresidente Al Gore a la cabeza de su lista de candidatos en el 2000. Para oponerse a él, los republicanos escogieron a George W. Bush, gobernador de Texas e hijo del ex presidente George H. W. Bush.

Gore contendió como un liberal consumado, muy preocupado por los daños al medio ambiente y dispuesto a buscar más ayuda para

los sectores menos favorecidos de la sociedad del país. Al parecer, se colocó en una posición política un poco a la izquierda de la del presidente Clinton.

Bush estableció una orientación más cercana al legado de Ronald Reagan que al de su propio padre. Mostró un interés especial por la educación y se definió a sí mismo como un "conservador compasivo". Su profesión del cristianismo evangélico, que según declaró cambió su vida después de una juventud mal empleada, fue un hecho especialmente notable y subrayó un apego a valores culturales tradicionales que contrastaba con el claro modernismo tecnocrático de Gore. Ralph Nader, el viejo crítico de la gran empresa, compitió a la izquierda de Gore como candidato del Partido Verde. El republicano conservador Patrick Buchanan se presentó como candidato independiente.

La votación final quedó dividida casi por igual en todo el país; lo mismo ocurrió con los votos electorales. El estado decisivo fue Florida, donde sólo un minúsculo margen separó a los candidatos y miles de sufragios fueron disputados. Al cabo de una serie de impugnaciones en tribunales estatales y federales a las leyes y procedimientos empleados para el recuento de votos, la Corte Suprema de la nación dictó una decisión por estrecho margen que en efecto concedió la victoria a Bush. Los republicanos conservaron el control de ambas cámaras del Congreso por un pequeño margen.

Los totales definitivos pusieron de manifiesto lo reñido de la elección: Bush ganó 271 votos electorales frente a los 266 de Gore, pero éste aventajó a su opositor en el voto popular nacional por 48,4% contra 47,9%. Nader obtuvo el 2,7% y Buchanan el 0,4%. Gore arrasó en los estados del noreste y en la costa oeste, todas las cuales aparecían en azul en el mapa; también obtuvo buen resultado en el corazón industrial del medio oeste. Bush, cuyos estados se marcaban en rojo, doblegó a su opositor en el sur, en el resto del medio oeste y en los estados montañosos. En todas partes los comentaristas reflexionaron sobre la amplia brecha que separaba las zonas "rojas" y "azules" del país, una división que se caracterizó más por cuestiones culturales y sociales que por diferencias económicas, lo cual hizo que la cuestión fuera aún más emocional. George Bush asumió el cargo en un clima de acritud partidista extrema.

Bush esperaba ser un presidente enfocado ante todo en la política nacional. Él quería una reforma de la educación; en su campaña

habló de remozar el sistema de seguridad social; quería seguir el ejemplo de Reagan y reducir los impuestos.

El presidente muy pronto descubrió que tendría que lidiar con una economía que ya empezaba a descender de la elevada cima que alcanzó a fines de los años 90. Esto le ayudó a obtener la aprobación para un recorte tributario en mayo de 2001. Al final del año, logró que también se aprobara la Ley "Que Ningún Niño se Quede Atrás", por la cual se exigió a las escuelas públicas efectuar pruebas anuales de destrezas matemáticas y de lectura, y se instituyeron sanciones para las instituciones que no lograran alcanzar un nivel previamente establecido. Los déficits proyectados en el fondo fiduciario de seguridad social no fueron atendidos.

La presidencia de Bush cambió de modo irrevocable el 11 de septiembre de 2001, cuando Estados Unidos sufrió el ataque más devastador de su historia dirigido desde el exterior contra su territorio continental. Esa mañana, terroristas del Oriente Medio secuestraron cuatro aviones de pasajeros a la vez y usaron dos de ellos como vehículos suicidas para destruir las torres gemelas del World Trade Center. El tercer avión se estrelló contra el edificio del Pentágono, las oficinas generales del Departamento de Defensa, en las afueras de Washington, D.C. El cuarto, que probablemente se dirigía al Capitolio federal, se estrelló en la campiña de Pennsylvania durante el forcejeo de los pasajeros y los secuestradores.

El recuento de muertos, en su mayoría civiles que se hallaban en el World Trade Center, fue de unos 3.000, un número mayor que el de las bajas sufridas en el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941. También los costos económicos fueron altos. La destrucción del centro de comercio arrastró en su caída a otros edificios y obligó al cierre de los mercados financieros por varios días. El resultado fue la prolongación de una recesión que ya estaba en plena marcha.

A medida que el país se empezó a recobrar del ataque del 9/11, una persona desconocida o un grupo de ellas envió cartas que contenían pequeñas cantidades de la bacteria del ántrax. Algunas fueron dirigidas a miembros del Congreso y a funcionarios del gobierno, otras a personas desconocidas. Ningún personaje notable resultó infectado. Sin embargo, cinco víctimas murieron y otras sufrieron enfermedades graves. Las cartas provocaron una oleada de histeria nacional que desapareció tan repentinamente

como se había iniciado, y aun permanecen en el misterio.

Ese fue el marco donde el gobierno logró la aprobación de la Ley Patriótica de EE.UU. el 26 de octubre de 2001. Proyectada para combatir el terrorismo en el país, la nueva ley amplió en forma notable las facultades del gobierno federal para realizar registros, capturas y detenciones. Sus opositores dijeron que eso implicaba una grave violación de las garantías individuales protegidas por la Constitución. Sus partidarios respondieron que un país en guerra necesita protegerse a sí mismo.

Después de dudar un poco, la administración Bush optó también por apoyar la creación de un nuevo y gigantesco Departamento de Seguridad Nacional. Autorizado en noviembre de 2002 y proyectado para coordinar la lucha contra los ataques terroristas en el país, el nuevo departamento consolidó en su seno a 22 agencias federales.

En el exterior, la administración no tardó en tomar represalias contra los autores de los ataques del 11 de septiembre. Habiendo determinado que el ataque fue una operación de Al-Qaeda, lanzó una ofensiva militar contra Osama bin Laden y los talibanes fundamentalistas del gobierno musulmán de Afganistán. Estados Unidos obtuvo la cooperación pasiva de la Federación Rusa, entabló relaciones con las ex repúblicas soviéticas vecinas de Afganistán y, sobre todo, reanudó una alianza por largo tiempo desatendida con Pakistán, país que le dio apoyo político y acceso a sus bases aéreas.

Por medio de fuerzas especiales del Ejército de EE.UU. y operativos paramilitares de la Agencia Central de Inteligencia, la administración se alió con los rebeldes afganos que por tanto tiempo habían estado marginados. Con un respaldo aéreo eficaz, la coalición depuso al gobierno de Afganistán en dos meses. Se creyó que Bin Laden, los dirigentes talibanes y muchos de sus combatientes lograron escapar a las áreas remotas y semiautónomas del noreste de Pakistán. A partir de allí tratarían de reagruparse y atacar al nuevo y frágil gobierno afgano.

Entre tanto, el gobierno de Bush identificó otras fuentes de terrorismo enemigo. En su discurso sobre el Estado de la Unión en 2002, el presidente mencionó a un "eje del mal" que, a su juicio, amenazaba a la nación: Irak, Irán y Corea del Norte. De estos tres países, él y sus asesores estimaron que Irak era el problema más inmediato. Saddam Hussein había logrado expulsar a los

inspectores de armas de la ONU. Había una creencia generalizada, no sólo en Estados Unidos sino en todo el mundo, de que Irak tenía grandes arsenales de armas químicas y biológicas y tal vez estaba en vías de adquirir la capacidad nuclear. ¿Por qué otra razón podría haber expulsado a los equipos de inspectores y soportado sanciones en forma constante?

Durante todo el año, la administración presionó a la ONU para que dictara una resolución exigiendo la reanudación de las inspecciones de armas sin restricción alguna de acceso. En octubre de 2002, Bush obtuvo la autorización del Congreso para usar la fuerza militar, por votación de 296 contra 133 en la Cámara y 77 contra 23 en el Senado. Las fuerzas militares de EE.UU. empezaron a acumular personal y material bélico en Kuwait.

En noviembre de 2002, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó por unanimidad la Resolución 1441, en la cual se exigió a Irak que concediera a los inspectores de la ONU el derecho incondicional de hurgar en cualquier lugar de Irak en busca de armas prohibidas. Al cabo de cinco días, Irak declaró que acataría la resolución. Sin embargo, los nuevos equipos de inspección se quejaron de mala fe. En enero de 2003, el jefe de inspectores Hans Blix presentó un informe a las Naciones Unidas declarando que Irak no había logrado explicar satisfactoriamente la presencia de sus armas de destrucción masiva, pero recomendó que se hicieran más esfuerzos antes de retirarse.

A pesar de la insatisfactoria cooperación de Saddam con los inspectores de armas, los planes estadounidenses de destituirlo del poder se toparon con una oposición inusitadamente vigorosa en gran parte de Europa. Francia, Rusia y Alemania se opusieron al uso de la fuerza, lo cual hizo imposible la aprobación de una nueva resolución del Consejo de Seguridad para autorizar el uso de la fuerza contra Irak. Incluso en las naciones cuyos gobiernos apoyaban a Estados Unidos hubo una intensa hostilidad popular hacia la cooperación. Gran Bretaña se convirtió en el principal aliado de Estados Unidos en la guerra subsiguiente. Australia y la mayor parte de las naciones de Europa oriental independizadas en fecha reciente aportaron su ayuda. También los gobiernos de Italia y España dieron su respaldo. Turquía, por largo tiempo un aliado de Estados Unidos digno de confianza, se negó a hacerlo.

El 19 de marzo de 2003, tropas estadounidenses y británicas, apoyadas por pequeños contingentes enviados por otros países,

iniciaron la invasión de Irak desde el sur. Grupos pequeños aerotransportados al norte coordinaron sus esfuerzos con la milicia kurda. En ambos frentes, la resistencia fue feroz en ciertas ocasiones, pero por lo general se reblandeció. Bagdad cayó el 9 de abril. El 14 de abril oficiales del Pentágono anunciaron que la campaña militar había terminado.

Resultó que tomar Irak fue mucho más sencillo que administrarlo. En los primeros días después del final del combate principal, el país fue víctima del pillaje generalizado. Las tropas aliadas pronto empezaron a ser víctimas de ataques relámpago que más tarde se organizaron cada vez mejor, a pesar de la captura de Saddam Hussein y la muerte de sus dos hijos y herederos. A veces parecía que las distintas facciones iraquíes estaban a punto de hacerse la guerra entre sí.

Los nuevos equipos de inspectores de armamento no lograron encontrar los arsenales esperados de armas químicas y biológicas. Aun cuando ninguna explicación pareció tener sentido, fue cada día más evidente que Saddam Hussein había llevado a cabo una gigantesca y enigmática campaña de simulación, o bien, que tal vez las armas fueron llevadas a otro país.

Después de la caída de Bagdad, Estados Unidos y Gran Bretaña, con la creciente cooperación de las Naciones Unidas, procedieron a instaurar un gobierno provisional que asumiera la soberanía sobre Irak. Ese esfuerzo se produjo en medio de una violencia cada día mayor que incluyó ataques no sólo contra las tropas aliadas, sino también contra los iraquíes que tenían algún nexo con el nuevo gobierno. Tal como parecían las cosas, la mayoría de los insurgente eran leales a Saddam; algunos eran sectarios musulmanes del país y también había entre ellos un buen número de combatientes extranjeros. No se sabía con claridad si a partir de ese caos sería posible crear una nación liberal y democrática, pero era seguro que Estados Unidos no podría imponerla nación si los iraquíes no lo deseaban.

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 2004

A mediados de 2004, ante una insurgencia violenta en Irak y un grado considerable de oposición extranjera a la guerra en ese país, Estados Unidos parecía estar tan fuertemente dividido como lo había estado cuatro años antes. Para contender contra el presidente Bush, los demócratas nombraron candidato al senador John F. Kerry de Massachusetts. El historial de Kerry como

veterano de Vietnam condecorado, su larga experiencia en Washington, su porte digno y sus dotes de orador parecieron proyectarlo como el candidato ideal para unificar a su partido. Su estrategia inicial de campaña consistió en evitar divisiones profundas entre los demócratas en torno a la guerra, haciendo énfasis en su expediente militar personal como combatiente de Vietnam para indicar que tal vez podría manejar el conflicto de Irak mejor que Bush. Sin embargo, los republicanos pusieron de relieve que él incurría en una evidente contradicción al votar primero por que el presidente fuera autorizado para invadir Irak y después dar su voto contra una importante asignación de recursos para esa guerra. Además, un grupo de veteranos de Vietnam impugnó el historial militar de Kerry y su activismo ulterior contra la guerra.

Bush, by contrast, portrayed himself as frank and consistent in speech and deed, a man of action willing to take all necessary steps to protect the country. He stressed his record of tax cuts and education reform and appealed strongly to supporters of traditional values and morality. Public opinion polls suggested that Kerry gained some ground following the first of three debates, but the challenger failed to erode the incumbent's core support. As in 2000, Bush registered strong majorities among Americans who attended religious services at least once a week and increased from 2000 his majority among Christian evangelical voters.

En cambio Bush se presentó como alguien franco y congruente en sus palabras y sus hechos, un hombre de acción dispuesto a tomar todas las medidas necesarias para proteger al país. Él hizo énfasis en su historial de recortes de impuestos y reforma educativa y apeló con vigor a los partidarios de los valores y la moral tradicionales. Según las encuestas de la opinión pública, Kerry ganó algo de terreno después del primero de tres debates, pero no logró erosionar el voto duro de los que apoyaban al presidente en funciones. Igual que en el 2000, Bush fue aprobado en forma mayoritaria por los estadounidenses que suelen asistir a servicios religiosos por lo menos una vez a la semana y obtuvo una mayoría aún mayor que la del 2000 entre los votantes cristianos evangélicos.

El ritmo al que fueron organizadas las campañas fue tan frenético como la retórica de las mismas. Los dos bandos se superaron en su poder de convocatoria; el voto popular total fue cerca de 20% más numeroso que en 2000. Bush ganó por 51% contra 48%,

siendo el 1% restante para Ralph Nader y otros candidatos independientes como él. Tal parece que Kerry no pudo convencer a la mayoría de que su estrategia para poner fin a la guerra era eficaz. Los republicanos tuvieron también ganancias pequeñas, pero importantes, en el Congreso.

Cuando George W. Bush inició su segundo periodo, Estados Unidos se enfrentaba a un sinfín de desafíos: la situación en Irak, las tensiones en la alianza atlántica, en parte a causa de Irak, los crecientes déficits del presupuesto, la escalada de costos en los derechos de seguridad social y una moneda tambaleante. Las profundas divisiones persistieron en el electorado. En el pasado, Estados Unidos ha prosperado en ese tipo de crisis. Lo que ocurra en el futuro aún está por verse.

COMENTARIO FINAL

Desde su inicio como un conjunto de oscuras colonias abrazadas a la costa del Atlántico, Estados Unidos ha pasado por una notable transformación hasta llegar a ser lo que el analista político Ben Wattenber ha llamado "la primera nación universal", con una población de casi 300 millones de personas que representan a casi todas las nacionalidades y grupos étnicos del planeta. También es una nación donde el ritmo y la magnitud del cambio — económico, tecnológico, cultural, demográfico y social — aumentan sin cesar. Este país es a menudo el heraldo de la modernización y el cambio que avanzan de modo inexorable hacia otras naciones y sociedades en un mundo cada día más interdependiente e interconectado.

Sin embargo, Estados Unidos mantiene también un sentido de continuidad, un conjunto de valores fundamentales cuyo origen se remonta a su fundación. Entre ellos figuran la fe en la libertad individual y el gobierno democrático y un compromiso con la oportunidad económica y el progreso para todos. La tarea incesante de Estados Unidos será asegurarse de que sus valores de libertad, democracia y oportunidad — el legado de una historia rica y turbulenta — estén protegidos y florezcan a medida que la nación y el mundo entero avanzan en el siglo XXI.

los 18 estados libres.